ANTOLOGIA DEL NUEVO CUENTO CHILENO

Enrique Lafourcade



ZIG-ZAG

Antología del NUEVO CUENTO CHILENO

por Enrique Lafourcade

Enrique Lafourcade, uno de los jóvenes valores de nuestras letras, autor de "Pena de Muerte", obra que levantó polémicas y causó sensación en los círculos literarios, por lo extraño de su trama y los indiscutidos méritos de su autor, nos presenta una "Antología del Nuevo Cuento Chileno", en la que expone las obras y la personalidad de la más nueva generación de escritores nacionales y futuro baluarte de nuestra literatura.

Todos los autores aquí seleccionados reúnen ciertas características comunes, que permiten al antologador reunirlos en este haz que formaría esta nueva y bien definida generación. Todos, o casi todos, son inéditos, no sobrepasan los treinta años de edad, y su obra tiene un valor que, en mayor o menor grado, permite catalogarlos entre las nuevas figuras que se alzan en el horizonte literario nacional.

El antologador, con clara visión, define las tendencias de esta generación, comunes a todos sus escritores, que califica de "tumultuosas y deshumanizadas", y luego se adentra en la azarosa presunción del destino literario de sus miembros, actitud que el propio Lafourcade reconoce difícil de establecer, pero, fundamentado en el valor de sus producciones y ciertas características personales, predice para ella, como ha sucedido con todas las generaciones artísticas que se han distinguido por formar un grupo de iguales tendencias, un destino desuniforme. Unos llegarán a ser grandes individualidades creadoras; otros renunciarán al amargo ejercicio de su arte, y otros, los menos, se deslizarán en una apacible medianía intelectual. Y el antologador termina diciendo: pero el hombre permanece...

Y así se deslizan por las páginas selectas de esta Antología los nombres de estos nuevos valores, y, junto con ellos, Lafourcade embiste la tarea ímproba de exponer en forma clara y detallada la correcta concepción de la palabra "cuento" en sí misma, sus características y su forma, adentrándose profundamente en el tema, con documentado interés, hasta llegar a la perfecta definición de esta narración en prosa, de características tan fundamentales, a la cual dedican su valía intelectual los escritores estudiados en estas páginas.

Empresa Editora Zig-Zag

Portada de Gustavo Jiménez.

Antología
del
NUEVO CUENTO CHILENO

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS

153649

Es propiedad. Derechos exclusivos. Inscripción N.° 15160. Copyright by Empresa Editora Zig-Zag, S. A., Santiago de Chile, 1954.

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S. A.
SANTIAGO DE CHILE, 1954.

Antología

del

NUEVO CUENTO CHILENO

SELECCION, PROLOGO Y NOTAS

DE

ENRIQUE LAFOURCADE

Z I G - Z A G

Portada de GUSTAVO JIMENEZ

E X O R D I O

I.— DEL CUENTO

¿QUE es un cuento? ¿Cuáles son sus diferencias específicas con la novela? ¿Dónde termina el cuento? Estas y muchas otras preguntas deberemos responder en este exordio preliminar. Los géneros literarios no son formas absolutas. Padecen de cierta lamentable elasticidad. Pero, sin duda, observan características capaces de diferenciarlos con rigor.

Determinar estas características será nuestra tarea.

Cuento —dice el Diccionario de la Real Academia Española— *es la relación de un suceso.* Agrega luego: *relación, de palabra o por escrito, de un suceso falso o de pura invención.* Concluye, finalmente: *fábula o conseja que se cuenta a los muchachos para divertirlos.*

Es evidente que dicha definición peca de ser demasiado general, amplia, inexacta. Hemos solicitado el auxilio de múltiples tratados y libros de elementos de Literatura, sin que ninguno nos diera más luces. Sin embargo, en el Diccionario de Literatura Española, editado por Occidente, hallamos algunos otros elementos de juicio. *Cuento* —dice aquel Diccionario— *es la narración de una acción ficticia, de carácter sencillo y breve extensión, de muy variadas tendencias, a través de un arraigado abolengo literario.* Trata, a continuación, de la historia del cuento, muy particularmente del cuento español.

Con el concurso de estas dos definiciones, podemos adelantar algo. Tienen ambas en común una carac-

terística: narración de una acción ficticia. De breve extensión, añade la segunda.

Ninguna de las dos definiciones satisface plenamente nuestra curiosidad con una explicación inundada de sentido y agobiadora de evidencia.

Hemos recurrido, entonces, a un texto de Literatura Inglesa: *The Revised Matriculation English Course*, del cual es autor *Lancelot Oliphant*, Profesor de Literatura del *Regent Street Polytechnie*, de Londres. El análisis que dicho profesor realiza es exhaustivo. Pareciera no dejar nada por tocar con su metódica y penetrante inteligencia. Veremos luego nuestros principales puntos de discrepancia con las afirmaciones vertidas por Lancelot Oliphant.

Dice nuestro Profesor:

"1.— Un cuento, como su nombre lo indica, debe ser corto. De ahí que no haya espacio para el desarrollo lento de una trama compleja y elaborada. En esto difiere radicalmente de la novela. Mientras que en la novela podemos manejar un largo período de tiempo y la historia completa de la vida de una persona, en el cuento estamos limitados a un solo episodio y también a un período de tiempo corto. Es imprescindible escoger nuestro argumento y referirnos en la narración exclusivamente a él. Irrelevantes y digresiones son perdonables en una larga novela, pero en un cuento son, invariablemente, un defecto. Esto significa que el total de la narración debe ser cuidadosamente planeado de antemano, y que todas sus implicaciones deben ser, asimismo, claramente concebidas, antes de poner la pluma sobre el papel, y cuando empecemos a escribir, todo en el cuento ha de corresponder directamente al episodio que es nuestro objeto desarrollar.

2.— Diferentes maneras de narrar un cuento

Existen varias formas para desarrollar un cuento: a) una forma narrativa; b) como un diario; c) como una serie de cartas (forma epistolar).

Si se desarrolla en la forma narrativa, puede ser contado en primera o tercera persona. De estas dos posibilidades, recomendaríamos vivamente tomar la forma narrativa de la tercera persona.

3.— El principio

¿Cómo se principia un cuento? Llegamos ahora al principio del cuento. Y nuevamente enfrentamos la alternativa de escoger. Podemos empezar desde su iniciación y describir los acontecimientos en orden cronológico; o podemos romper, dentro del cuento, deteniéndonos en algún punto medio y, luego, volver sobre nuestros pasos y explicar lo que se supone sucedido. O podemos empezar con una descripción del final, o con un breve período dialogado. El cuentista novicio hace bien en adoptar el primero de estos métodos. Más tarde, con mayor experiencia, puede usar algunas de las otras formas de iniciar el cuento. Pero, cualquiera que sea la elección, lo fundamental que debe recordarse es: el comienzo debe ser delineado como un golpe en el núcleo de la historia, que suscite de inmediato el interés del lector.

Si, por ejemplo, el cuento tiene la intención de ser humorístico, su iniciación debe ser humorística. Si la historia pretende ser seria, su iniciación debe ser seria; y a la vez, ser dicha iniciación de tal naturaleza, que, una vez que el lector la ha comenzado a leer, se vea inevitablemente incitado a continuar.

4.— El medio

La parte media o centro de la narración es, por supuesto, la mayor parte del cuento. De allí que requiera una atención primordial. Aquí el principio del *suspenso* es siempre importante. El cuento ha de ser construido de modo tal, que mantenga constantemente al lector en expectación y curiosidad. Cada párrafo, cada frase, quizá diríamos, cada palabra, debe contribuir a la incitación, hasta que se alcance el *clímax* y la historia se deslice suavemente hacia su previsto

fin. La única manera cómo esto puede ser realizado es *buscar la unidad de impresión* y subordinar todo al tema principal.

No se pierda en detalles inútiles. Elimine lo superfluo y lo retórico. Suprima toda frase que no ayude al desarrollo de su cuento y recuerde que la exageración es el camino más seguro del desastre.

5.— El fin

El fin del cuento debe ser rápido e inesperado. Existe el cuento que termina en el *clímax;* el que termina en una sorpresa o en un desenlace imprevisto —tal como muchos de O. Henry—, y la historia cuyo fin es previsible y en la que todo se aclara con minuciosidad. De estas tres posibilidades, prefiera usted la que termina en un *clímax* o en una sorpresa. Sin embargo, cuando sea indispensable una aclaración, trate de hacerla breve, porque el cuento que concluye en una explicación elaborada después del *clímax* ha perdido todo su interés.

6.— Los personajes

El objetivo primordial del cuentista ha de ser extraer sus personajes de la vida. La única manera de crear personajes vivos es encarnarlos, vivirlos. Si no están vivos en usted; si no son individuos diferenciados como los que ve todos los días; si ellos no son tan reales como usted, como sus íntimos amigos, puede estar completamente seguro de que no existen para el lector. Esto no quiere decir, por supuesto, que el mejor modo de crear seres reales sea introducir personajes vivos en su historia. Los seres reales pueden parecer fantásticos en el cuento. Su tarea es *mezclar el tipo con el individuo.* Así, mientras concibe personajes tipos de una clase, debe otorgarles características diferenciadas que los sitúen de modo convincente en la vida real.

Es menester, por eso, un estudio y una práctica de las características y costumbres de todos aquellos

con los cuales usted toma contacto. Pero convénzase de que no es objeto del cuentista señalar solamente las debilidades, sino indicar sus características principales, sean ellas buenas o malas. En resumen, describir las personas *tales como son*. Si usted tiene éxito, sus personajes serán individualidades íntegras. En el hecho, la verdadera prueba para saber si sus personajes son seres humanos es ésta: ¿podría poner, apropiadamente, en la boca de otro personaje del cuento lo que dice y el modo cómo lo dice el protagonista principal? Si esto es posible, su personaje ha fracasado y debe volver a realizarlo.

7.— Diálogo

Un buen diálogo, como usted comprenderá, no es fácil de hacer. Si oye atentamente la conversación de sus amigos o conocidos, concluirá rápidamente que la lengua escrita difiere de la hablada. Sus principales diferencias son:

1.—La lengua hablada es, generalmente, más fácil, ligera, flexible;
2.—El lenguaje es más simple;
3.—Las frases son más cortas;
4.—Las palabras se abrevian con cierta libertad;
5.—Se introduce la jerga popular, como por ejemplo: *puchas, pagar el pato, mostrar la hilacha, tirarse al dulce, comerle la color*, etc...
6.—Las frases son, a menudo, bruscamente interrumpidas en el centro y permanecen incompletas.

El diálogo escrito, si pretende aparecer natural y convincente, debe ser una cercana imitación del diálogo hablado, reteniendo la ligereza y la facilidad de la conversación y del lenguaje, pero modificando sus defectos y crudezas obvios. Hay, sin embargo, peligro por ambos lados: o es demasiado crudo, como el hablado, o es demasiado pulido, como el escrito. En el primer caso, tiende a ser flojo, difuso y vago; en el segundo, a ser duro, formal, libresco y artificial. A este respecto, recuerde lo que se dijo anteriormente:

usted debe tratar de hacer personajes singularizados. De ahí que el diálogo esté en razón directa con el carácter descrito. En otras palabras, una fregona debe hablar como una fregona, y no como un médico o un abogado.

Cuando usted escriba diálogo, debe indicar quién habla. Si una palabra de advertencia es esencial, al dar la indicación, evite la monotonía de repetir: ella dijo, él dijo, ella dijo, él dijo. Varíe estas formas muertas usando otras expresiones: él notó, observó, susurró, explicó, interrumpió, etc., más de acuerdo con las exigencias del texto. Y cuando esté claro quién habla, omita explicaciones.

Por último, cabe notar que puede conducir los personajes de su cuento a su propia revelación *por medio del diálogo.* Una cierta cuota de relato puro o de comentarios explicatorios son necesarios, pero deben ser reducidos al mínimum."

Tal es lo que nos informa Lancelot Oliphant acerca de la estructura del cuento y de sus delimitaciones técnicas. Pocas son, en verdad, las afirmaciones controvertibles en el análisis precedente. Pareciera haber agotado la materia. En un esfuerzo último, recurrimos al Diccionario Universal de Larousse y a la Enciclopedia Universal Ilustrada. El primero nos informa que cuento es: *un relato que tiene como único fin entretener.* La segunda es todavía más parca: *cuento es la relación de un suceso.*

Con el propósito de dar más luces acerca de este tema, hemos preguntado a cada uno de los escritores de esta Antología lo que entienden por cuento. Diversas respuestas, si bien todas con algunas características comunes. No deja de ser interesante la de Guillermo Blanco: *es una especie de célula, y, como la célula, ha de tener un núcleo preciso en torno del cual se expanda el resto, lo complementario.* Precisar las determinaciones exactas del núcleo, si lo hay, debería ser la tarea propuesta a nosotros. ¿Hay uno o varios

puntos de tensión, centrales, núcleos, fundamentos últimos de estructura, en el cuento?

Respondemos: hay uno solo. *Un cuento es como una mano empuñada* —nos dice Margarita Aguirre—, *a diferencia de la novela, que es como una mano abierta.* La metáfora es oportuna. Cada escritor de esta Antología, como veremos, ha dado —requerido por el antologador— su opinión respecto de qué es el cuento. Los nexos comunes en dichas opiniones han sido de extrema utilidad para la tarea de delimitar el género. Pero ¿a qué este afán?, se nos preguntará. "Es un síntoma de pulcritud mental querer que las fronteras entre las cosas estén bien demarcadas."

Mas ya es mucho hablar sobre el cuento. Precisemos, pues, sus características fundamentales, aquellas que, alteradas, no lo dejan ser cuento, y lo hacen ser poema en prosa, novela, teatro, etc.

Dichas características son:

1.º *Cuento es una narración en prosa.*
2.º *De extensión breve (no hay cuento de mil páginas).*
3.º *Con un principio, un medio y un fin.*
4.º *En que, necesariamente, debe contarse algo.*
5.º *Real o imaginado.*

Tales son, a nuestro entender, las cinco condiciones que debe cumplir un cuento propiamente llamado. Circunscribir más el género sería riesgoso. El cuento es la simple narración de peripecias. El acento, en la fisiología del cuento, carga sobre éstas.

Observemos, ahora, atentamente, hasta qué punto los autores antologados cumplen con los cinco preceptos.

Y hasta qué punto los eluden, transformando el género.

II.— LA NUEVA GENERACION

Diversas circunstancias permiten hablar de una nueva generación de escritores. El hecho de que sean todos, o en su mayor parte, inéditos. El de que ninguno sobrepase los treinta años. Y el de que gran número

se conozcan, vivan en un medio cultural unívoco, estén en contacto y beligerancia permanentes. Los escritores que integran esta Antología cumplen todos con las condiciones antedichas. Generación literaria es siempre una unidad cultural, un nexo común dentro de un grupo humano. Esa unidad, este nexo, cabe advertirlo aquí, si bien oculto, imperceptible, difícil de situar, y, una vez situado, difícil de desentrañar en sus significaciones últimas.

Grosso modo, intentaremos una caracterización de los rasgos comunes a nuestros antologados. Extrañamente —luego de revisar sus notas biográficas y sus obras— podría darse un grupo tan heterogéneo. Nada parece reunirlos, aparentemente. Cada escritor manifiesta estilos distintos, inquietudes diversas. A éste le preocupa el realismo psicológico; a aquél, el relato de tesis; a otro le interesa la obra trascendente, simbólica, alusiva. Quién prefiere el cuento simple, criollista. Quién, el estetizante, exquisito, cuidadoso y frío. Tal es el bosque que deberemos cruzar. Ayudémonos en este arduo tránsito con algunas consideraciones generales:

1.— *Es una generación individualista y hermética;*

2.— *Pretenden realizar una literatura de élite, egregia;*

3.— *Pretenden concebir la literatura por la literatura, por lo que ella misma significa como hecho estético, desentendiéndose de llamados, mensajes, reivindicaciones;*

4.— *Es una generación culturalmente más amplia que las anteriores. Su formación intelectual ha sido sistemática. Conocen de literatura tanto como de filosofía e historia;*

5.— *Es una generación abierta, sensible e inteligente.* Todos los escritores que la integran conocen a fondo, o están en trance de conocer, la literatura contemporánea y la problemática fundamental de esa literatura;

6.— *Es una generación antirrevolucionaria.* Su beligerancia, si la hay, consiste en realizar a conciencia,

y hasta sus extremas posibilidades creadoras, su obra. No escriben para combatir, negar, afirmar algo de orden social o histórico. Trabajan por rescatar del fondo de sí mismos un sentido, distinto para cada uno. Comprometidos profundamente con su oficio, cada uno de estos escritores se desentiende de todo aquello que vulnere su actividad;

7.— *Es, en consecuencia, una generación vocacionalmente comprometida;*

8.— *Pretende ser una generación deshumanizada.*

"Si el arte nuevo —nos dice José Ortega y Gasset— no es inteligible para todo el mundo, quiere decir que sus resortes no son los genéricamente humanos. No es un arte para los hombres en general, sino para una clase muy particular de hombres, que podrán no valer más que los otros, pero que evidentemente son distintos."

Veamos este aserto nuestro, acaso el más grave. *Guillermo Blanco, Armando Cassigoli, Alfonso Echeverría, Mario Espinosa, Claudio Giaconi, César Ricardo Guerra, Jaime Lazo, Enrique Molleto, Eugenio Guzmán, Enrique Lihn, María Eugenia Sanhueza, Pablo García,* son algunos de nuestros cuentistas que observan, quién más, quién menos, esa actitud fría, inteligente, ante el cuento. Elusión de la metáfora, desdén por los raptos líricos, conciencia clara y distinta de los problemas que propone el género. Sin perjuicio de que uno u otro de nuestros antologados adobe su material literario con hermosos ornamentos retóricos. Un escritor, a quien omitimos en la enumeración precedente, *Herbert Müller,* con su obra, ilumina de modo más cierto nuestras consideraciones. Como *Claudio Giaconi, Herbert Müller* es uno de los más extraordinarios cuentistas que integran esta selección. Su "Perceval" y "Coloquio" constituyen grandes cuentos, no solamente de la literatura chilena, sino también de la contemporánea. ¿Cómo han sido realizados? Nosotros respondemos: mediante un plan exacto, en el cual cada palabra estaba prevista. Es decir, mediante

la sujeción de la emoción sensible originaria a los controles de la inteligencia. Prosa austera, simple y directa. Prosa funcional, que cumple estrictamente con su propósito, he aquí la materia literaria de que están hechas las obras de los artistas anteriormente nombrados.

Dijimos, desde el principio, que estábamos ante una generación heterogénea, tumultuosa en sus tendencias. Y es de este modo como otro grupo —agrupaciones todas provisionales, por cierto— adscribe a una actitud puramente sensible, próxima al poema en prosa, pródiga en descubrimientos formales, metafóricos, con un lirismo fresco y diáfano. Obras como las de *Jorge Edwards, Félix Emerich, Gloria Montalvo, Margarita Aguirre, Luis Alberto Heiremans, Yolanda Gutiérrez, José Donoso, Pilar Larrain, Fernando Balmaceda,* tienden, más bien, a una comunicación de orden poético, en donde el relato va acompañado de una carga metafórica, alusiva, más pura y de mayor lirismo que el grupo antes nombrado.

Pero volvamos a nuestra afirmación de que se trata de una generación deshumanizada. E insistimos, antes de continuar, que estos rasgos con los cuales estamos caracterizando a los escritores de la Antología corresponden a *propensiones predominantes, y no a atribuciones absolutas*. Estos escritores, por sobre los problemas de representación fiel de determinadas emociones y necesidades sensibles, han intentado realizar estructuras formalmente diferenciadas y ricas. "El arte no puede consistir en el contagio psíquico, porque éste es un fenómeno inconsciente, y el arte ha de ser todo plena claridad, mediodía de intelección", nos informa Ortega y Gasset. La "Antología del Verdadero Cuento Chileno", de Miguel Serrano, notable por muchos respectos, ostenta un pecado, no venial. Mucho más grave. Y es este del contagio psíquico. Todos los cuentos se parecen. Más, diríase escrita por un solo autor. Aquella generación, tardíamente impregnada de superrealismo, padeció del contagio psíquico. Liberó un inconsciente idéntico.

Es azaroso profetizar el destino último de los escritores, muchos embrionarios, de esta nueva generación. Obran en su favor algunas de las consideraciones que hemos citado anteriormente, y muy en especial lo que Ortega llama *la voluntad de estilo*, claramente perceptible en cada uno. Ahora bien —continúa diciendo Ortega—, estilizar es deformar lo real, desrealizar. Estilización *implica deshumanización*. Obra en su favor, pues, ese deseo, consciente en algunos, secreto en otros, de llevar su literatura a esa plena claridad y mediodía de intelección.

Por de pronto, tenemos entre estos escritores diversas circunstancias, nada desdeñables, que permiten fundar con cierto rigor el aserto precedente: a) gran parte de ellos siguen carreras universitarias; b) todos, o casi todos, manejan corrientemente varios idiomas; c) la totalidad de esta generación pertenece a las clases media, alta y baja. Ha buscado, por lo tanto, realizar una literatura de extracción burguesa. Es indudable que la gran literatura ha surgido siempre de la burguesía; d) gran número de estos escritores descienden de extranjeros: Gertner, Cassigoli, Lihn, Giaconi, Molleto, Heiremans, Müller, Emerich, Edwards, etc. Esta particularidad hace que la nueva literatura sea más cosmopolita, esté más próxima a las fuentes de donde mana el gran arte.

El hecho de que entre sí estos escritores se frecuenten en una relación cortés, agresiva a ratos, pero en ningún caso estrecha y fraternal, se desprende de sus posiciones exclusivistas, aristocráticas. En su incapacidad para entregarse a una *causa*, como no sea su íntima causación estética y vital. Digamos, entonces, y a manera de novena caracterización, que:

9.— *Es una generación aristocrática, aislada.* Se acerca el tiempo en que la sociedad, desde la política al arte, volverá a organizarse, según es debido, en dos órdenes o rangos: el de los hombres egregios y el de los hombres vulgares. "Bajo toda la vida contemporánea late una injusticia profunda e irritante: el falso supuesto de la igualdad real entre los hombres. Cada

paso que damos entre ellos nos muestra tan evidentemente lo contrario, que cada paso es un tropezón doloroso."

Palabras, también, de José Ortega y Gasset.

Los bienes que aportan, concretamente, este grupo de escritores al fondo de cultura merecen señalarse levemente. En primer término, proezas y contorsiones estilísticas y estructurales. No muchas, aunque las necesarias como para pensar que gran parte maneja una cierta cuota de espíritu renovador. Dentro de la celda conceptual propia del género, se dan maña y abundan en procedimientos para romperlo, ampliarlo, mantenerlo vivo, en buenas cuentas.

Un aspecto que merece nuestra atención es, sin duda, el que en esta literatura emergen personajes míticos, legalizados por una conducta humana. Así, en un cuento, "Perceval", de Herbert Müller, el protagonista es un *gigante*. La poesía que envuelve este relato, sin duda que se desprende del equívoco propuesto por su autor al atribuirle a un gigante sentimientos humanos.

¿Cuál será el destino de esta generación?, preguntamos una vez más. Sin duda, brotarán grandes individualidades creadoras. Otros renunciarán al *amargo ejercicio* de la Literatura. Otros, finalmente, se deslizarán en una apacible medianía. Como todas las generaciones.

El hombre, el artista auténtico, si bien puede en alguna época de su vida constituir un grupo, por razones de orden histórico-cultural, continúa luego solo. Nuestro deseo profundo es que, en esta generación, existan múltiples individualidades capaces de engendrar una obra diferenciada. Por el momento, agavillados como están, ya se advierten ocultos conatos de independencia.

"Generación va y generación viene" —concluímos con las antiguas palabras—, *pero el hombre permanece* —agregamos.

¿Qué será de cada uno de ellos?

Estaremos aquí para verlo.

MARGARITA AGUIRRE

Margarita Aguirre nació el 30 de diciembre de 1925 en Santiago. Hizo sus estudios humanísticos en diversos colegios de congregaciones religiosas en Chile y Argentina. Cursó, posteriormente, Pedagogía en Castellano en el Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile.

Su labor literaria es extensa. En 1951 publicó su primer libro, "CUADERNO DE UNA MUCHACHA MUDA", en dos ediciones: una realizada por la editorial argentina Botella al Mar, y la otra realizada por Nascimento. La crítica se pronunció con entusiasmo ante este libro, reconociéndole a su autora notables virtudes poéticas y líricas.

Ha sido redactora de "Pro-Arte" y colaboradora permanente de "La Nación" de Buenos Aires y "El Tiempo" de Bogotá. Colaboró, asimismo, en la revista "Margarita".

Tiene actualmente dos obras inéditas: "El Huésped" y "Un Día en Prosa". Novelas ambas.

El cuento que mostramos es un relato estructurado con inteligencia, fino, con una prosa liviana y directa. Margarita Aguirre es una escritora seria, sistemática, profundamente comprometida con su oficio, cuya producción futura deberá ser ampliamente considerada en nuestra literatura.



Margarita Aguirre

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Un cuento es como una mano empuñada, a diferencia de la novela, que es como una mano abierta. Es decir, el cuento es una narración concluída, de una sola pieza. La novela, por el contrario, es amplia, muestra caminos."

EL NIETO

EN las ventanas de la casa de Isabel hay pequeños maceteros pintados de rojo, las cortinas son claras, y en el jardín florece un aromo. Isabel lleva dos trenzas negras a la espalda. Los domingos sus moños son blancos. Tiene una muñeca, una pelota de colores y un perro tan lanudo como una ovejita. Supe que se llamaba Isabel, y su nombre me pareció dulce, tanto, que lo estuve repitiendo en voz baja durante todo un día.

—Los duendes no salen a la calle —me dice la abuela—. ¿No lo sabes?, se han transformado en ratones.

Yo he visto ratones y no me parecen bonitos: caminan muy ligero.

—Abuela —le digo—, los ratones no son bonitos, y hasta me parece que son malos.

Ella me mira ausente.

—Tus hermanos son malos, están siempre en la calle —murmura.

—¿A usted le gustaría salir? —le pregunto.

—Hubo un tiempo en que los duendes dormían en mi cama —continúa.

Quedo callado. Pensando. Debo preguntarle a Isabel: "¿Quieres jugar conmigo?, ¿puedo acompañarte?" Seguramente ella me tomaría de la mano y nos iríamos al parque.

—Las Isabeles son todas princesas, querido. ¿Lo sabes? —dice la abuela.

—No, abuela, no lo sabía.

—Si fuéramos amigos, te lo habría dicho antes —continúa.

No le contesto. Recuerdo que una vez escuché en la carnicería a una mujer que le decía a otra: "Me sonrió de una manera que de inmediato nos hicimos amigos". Yo siempre sonrío. Confusamente sonrío a todo el mundo, desde pequeño. Si tropiezo con alguien, sonrío. Si me miran, sonrío. Antes de hablar, mis palabras son primero una sonrisa. Es una mueca que mis labios hacen por sí solos. Mi sonrisa es una disculpa: defensa. Sonrío porque no soy más que esto: una sonrisa. Pero no tengo amigos. Vivo con mi abuela. Mis hermanos también viven aquí, pero ellos salen todo el día y yo me quedo siempre sentado en un banco, escuchando a mi abuela.

—Los duendes me miran, querido —dice la abuela.

—¿Y le sonríen, abuela?

—Las sonrisas quedan para las hadas, que nunca están seguras de lo que quieren —me responde.

—Yo creo que basta una sonrisa para ser amigos.

—Tonterías. Eso dicen los que salen a la calle y se miran en los escaparates de las tiendas. Los espejos no mienten, y ellos nunca están de broma. ¿Has oído reírse a un espejo?

Tal vez a Isabel no le gusten las sonrisas. Francamente, no sé por qué pienso en ella. Mejor sería olvidarla. Imaginarme que nunca la he visto. Después de todo, no es demasiado difícil. Yo puedo imaginar cualquier cosa. Los recuerdos que nunca han existido son los mejores. Puedo recordar cosas muy bonitas, y no vienen de ninguna parte.

—Hace muchos años me hablaron de las hadas —musita la abuela—. Una vieja me contó que se escondían en las parvas de paja. Pero era una vieja sin dientes y mentía.

—El abuelo tampoco tiene dientes —respondo.

La abuela se yergue en su silla.

—Pero él es militar y usa espada y casco y botones dorados.

—¿Cuando hay desfiles pasan muchos militares? —pregunto.

Sus manos se sueltan en la falda.

—Alfonso nunca lo ha dicho. No sé.

Si hay un desfile, iré a verlo con Isabel. Pero nunca hay desfiles por estas calles. Y yo tengo miedo de salir de mi calle, pues una noche que lo hice tropecé con una mujer que tenía los labios pintados de un color muy rojo. Aproximándose disimuladamente, comenzó a palparme por todas partes. ¡Era horrible! Me sentí avergonzado y ardía. De un automóvil le gritaron que me dejase tranquilo, ella rió y me dejó para subirse al automóvil. Al reír, su boca exhaló un aliento pegajoso. Y durante mucho tiempo, al recordarla, mi cuerpo se encogía y tiritaba, y un gusto amargo subía a mi boca.

Isabel es distinta, pero no debo pensar en ella ni en la calle. Pero tengo ganas de salir. Dicen que mi abuela está loca. El cartero ha dicho que soy un niño raro, que no tengo amigos. Me bastaría cruzar la calle, hablar a mi vecina y todo sería diferente. Entonces, al verme, el cartero y las mujeres del barrio no dirían más que soy raro. Porque mis hermanos son muy distintos a mí. Ellos salen y tienen amigos.

—Los dedos dicen palabras chiquitas y entonces crecen las uñas —dice la abuela.

—Abuela, ¿por qué dices estas cosas?

—Son los dedos, te he dicho.

La casa de mi vecina me gusta mucho, demasiado. Le conté al cura Martínez que yo había vivido en una casa como ésa, pero que quedaba muy lejos, que mi mamá debía tomar un tren para ir a misa los domingos y que entonces le llevaba ramos de aromo a la Virgen. Teníamos una alcancía en el salón de visitas, y la habitación de mi mamá era pequeña. El aromo entraba por la ventana. Sus ramas amarillas llegaban hasta la colcha con tules. A mí me gustaba darme vueltas en la cama, mientras el olor del aromo y sus resplandores me mareaban. Pero nada de esto es cierto.

Creo que yo nunca tuve una mamá, ni una casa, ni aromo que entrara por su ventana. Son mentiras que le cuento al cura Martínez cuando viene los martes a conversar con la abuela.

—¿Me estás escuchando? —interrumpe la abuela.

—Sí, abuela —le digo.

—Entonces, no pongas esa cara. Si te digo estas cosas, es por tu propio bien. No vayas después a meterme miedo con los guardianes. Desde hace tiempo me persiguen. Te han mandado a ti para espiarme.

—¿Por qué crees eso, abuela? Yo no digo nada.

—Es que nunca estás como esta tarde, sentado a mi lado, jugando con el sol.

Un hilo de baba corre por su cara.

—Esta tarde me gusta el sol —contesto.

El hilo llega ya a su arrugada barbilla.

—Esta tarde pareces un cuarto sin luz —continúa la abuela.

—Esta tarde tengo ganas de salir.

No quiero ver cómo la gota cae sobre su cuello. Ella canturrea.

—Triluca barena, aloma de seste.

—Abuela, ¿qué puedo hacer? —pregunto.

—Aloma en el pese, triluca barena —sigue tarareando.

La gota ya se desliza.

—Quisiera inventar palabras como usted y ser feliz, pero no puedo.

—Scht, alese, motranco pasito, aloma de seste, triluca barena. Scht. Te voy a decir lo que debes hacer. No tengas miedo. Jugaremos al tren. Verás que te va a gustar. Scht. Scht. Scht. Scht. Scht. Yo soy la locomotora. ¡Vamos! Tú eres el primer vagón. Scht. Scht. Scht. Scht. Scht. Scht. Scht. Scht. Scht.

Quiero huir.

—¡No puedo, abuela!, no tengo ganas.

Ella se levanta iracunda.

—¡Vamos! Agárrate a mi cintura. Scht. Scht. Scht. Scht. Scht.

—¡Déjame, abuela!; ¡por favor, déjame!

—No te vayas, bermejito. Quiero jugar al tren. Scht. Scht. Scht. Scht.

Sin saber cómo, me encuentro en la calle, apoyado en la verja de la puerta. Entonces sale mi vecina y se queda mirándome. Cruzo la calle y me detengo frente a ella. Le pregunto:

—¿Por qué me miras?

Y ella se echa a reír, jugando con sus trenzas.

—¿Me miras porque quieres jugar conmigo? —continúo.

—Andate a tu casa —me responde—. Voy a jugar con mis amigas.

—No quiero irme a casa y tampoco me interesa jugar contigo —le digo.

—Entonces, ¿para qué me hablas? —me pregunta.

Aprieto los puños. Enrojezco, clavado en el suelo como una piedra.

—No hablo contigo —le respondo sin mirarla.

Ella suelta una carcajada. Sus ojos brillan.

—Tonto —me dice, muerta de risa—. Eres el nieto raro, tu abuela está loca.

Grita:

—¡Carmen, Caarmen!, ¡ven a ver a éste!

La muchacha viene hasta nosotros, me mira de arriba abajo, pregunta:

—¿Quién es?

—El de enfrente —contesta Isabel, señalando mi casa—. Es el nieto de la loca.

—Mi casa es muy bonita por dentro —balbuceo—, y mi abuela es muy buena.

Y las dos rien. Carmen dice:

—Seguramente tu casa es un palacio, tu abuela una reina y tú eres un príncipe, ¿no es cierto? A ver, paséate. Queremos admirarte.

Deseo irme, pero me aplauden.

—Muy bien, muy bien. Lo has hecho muy bien. ¿Qué más sabes hacer?

La voz de Carmen es chillona y su nariz está cubierta de pecas.

—Sé hacer muchas cosas —contesto.

Isabel toma por el brazo a su amiga y, sin mirarme, la invita:

—Bueno, vamos a patinar.

Entonces la llamo, porque necesito ver sus ojos.

—Isabel...

—¿Cómo sabes que me llamo Isabel? —me interrumpe.

Tengo miedo de que mis piernas se doblen y bajo la vista.

—Bueno, vamos a patinar —dice Carmen, y mirándome burlonamente, agrega—: ¿Tú no quieres venir, príncipe?

—Claro, ven, ven —dice Isabel, empujándome.

—Déjame —le ruego—, quiero irme a casa.

—Quieres irte porque no sabes patinar.

—Claro que sé patinar.

—Entonces, ven.

Miento:

—Es que se me rompieron los patines.

Carmen interrumpe impaciente:

—Bueno, bueno, yo te presto los de mi hermano.

Camino junto a ellas hasta la esquina. Carmen entra corriendo en su casa y sale cargada de patines. Isabel me pregunta:

—¿Cómo te llamas?

—Guillermo —contesto, y busco sus ojos.

—Tengo un primo que se llama Guillermo. Es grande. Está en sexto año, pero siempre viene a verme. ¿Por qué pones esa cara? ¡Si te vieras en el espejo! Pareces un pescado. ¡Carmen, Carmen! —grita a su amiga—. Parece un pescado.

Se sientan en el borde de la acera y les escucho decir:

—Te apuesto a que no sabe patinar. Es un farsante.

—¡Qué bueno!, así nos vamos a reír cuando se caiga.

—¿Por qué no te pones los patines? —gritan.

Titubeo.

—No me gusta patinar.

—Mentiroso —me insulta Isabel con desprecio—; lo que pasa es que no sabes.

—Claro que sé.

—Entonces te corro una carrera.

Me siento en el suelo e intento colocarme los patines. Carmen e Isabel ríen a gritos al ver mis esfuerzos.

—Así no, tonto, así —dice Carmen, ayudándome—. Bueno, ahora levántate.

Busco apoyarme en ella, pero ya se ha retirado. Alargo mis brazos desesperadamente hacia el vacío. Pero es inútil: caigo. Desde el suelo veo cómo ríen de mí.

—Es un pescado aleteando, es un pescado —barbotea Isabel, sofocando carcajadas.

¡Quisiera morirme ahora mismo!, y que ellas fueran las culpables, sí, que en medio de sus risas descubrieran con espanto mi muerte. Quedo inmóvil, tenso de indignación y de malos deseos.

—Ya, levántate —me ordenan.

No obedezco.

—¡Vamos! —insiste Carmen—. Estás muy ridículo así.

Casi inconscientemente comienzo a enderezarme. Dolorido, no tanto por los golpes, como por la imposibilidad de morirme. Isabel se acerca y me empuja por la espalda. Nuevamente caigo y esta vez es mi cabeza la que golpea el pavimento. Isabel acompaña con sus risas mi nueva caída. Carmen mira asustada, diciendo:

—Cuidado, Isabel, puede hacerse daño de verdad, es muy flaco.

—Es un pescado —le contesta riendo Isabel.

Carmen está seria, y la risa de Isabel resuena dura y sin sentido. Isabel parece avergonzarse de esa risa.

—Esto le pasa por farsante —trata de dar una explicación, sin dirigirse a nadie en particular.

Lentamente saco los patines de mis pies y los dejo en el suelo. Me incorporo y comienzo a caminar sin mirarlas.

—¿Te vas? —pregunta Carmen.

No contesto. Camino en el vacío. Ni siquiera recuerdo que ellas están allí, a mi espalda.

—Hasta luego —me gritan.

Pero ya no las escucho. Es como si no existieran. Como si nada existiera.

—No te enojes —ruega Isabel—. No te enojes, pescadito. Ven a jugar con nosotras.

Su voz no logra sacarme del sopor que me invade. Abro la reja de mi casa sin haber vuelto a mirarlas y ni siquiera sé si continúan llamándome.

Dentro, la abuela es un tren todavía. En su pechera brilla la baba.

—¡Bermejito! —grita al verme—. Eres el tren de carga y no podemos retrasarnos.

Me agarro a su cintura y juntos corremos por el corredor. Y mientras ella bufa, dejo que por fin salgan las lágrimas de mis ojos.

—Scht. Scht. Scht. Tilín, tilín. Estación a la vista. Scht. Scht. Scht. Scht.

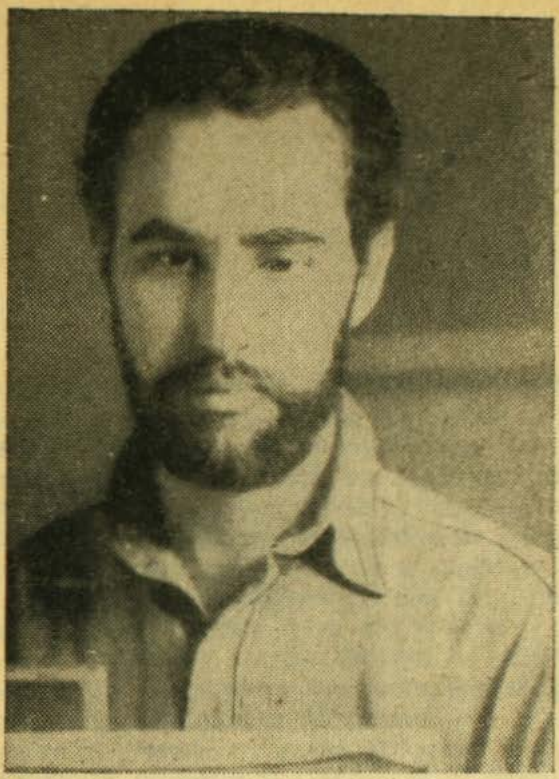
FERNANDO BALMACEDA

Fernando Balmaceda nació en Santiago en 1923. Estudió en diversos colegios. Durante algún tiempo dirigió una oficina de propaganda. Posteriormente realizó viajes al Perú y a Estados Unidos, con una representación diplomática. Desde 1947 a 1950 reside en Washington, en donde tiene oportunidad de frecuentar íntimamente a significativos escritores, como Juan Ramón Jiménez, Pedro Salinas, Saint John Perse, Ezra Pound. Poco después viaja a Europa, en donde permanece un año estudiando pintura. De regreso a Chile, trabaja en cine, filmando documentales. En 1952 regresa una vez más a Europa. Desde Italia viajó por tierra hasta la India, por la antigua ruta de las caravanas: Austria, Yugoslavia, Grecia, Turquía, Persia, Pakistán, etc. Frecuenta al hijo de Rabindranath Tagore, del mismo nombre, y se interioriza con los intelectuales y filósofos hindúes. Su tardía y confusa vocación empieza a emerger y a adquirir perfiles reales. Ya ha escrito algunos cuentos.

Este que aquí mostramos nos indica algunos de los méritos centrales de Fernando Balmaceda. Una prosa limpia, directa; un profundo conocimiento de psicología infantil;

un sentido de austeridad expresiva, componen esta narración delicada y extraña.

Se trata de un escritor cuyos primeros pasos, seguros y perfectos, le harán encaminarse hacia una obra personal y creadora dentro de nuestra literatura.



Fernando Balmaceda

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"No me atrevo a definir lo que, técnicamente, es un cuento. Lo veo sólo como una manifestación literaria perfectamente adaptada al ritmo de nuestra época. Es, casi, el "slogan" que tiende a dar un vistazo rápido, claro, objetivo, entretenido, de hechos y problemas que ponen al lector, de inmediato, en contacto con una experiencia reveladora."

—¡UNO, dos y... tres! —Pablito saltó desde lo alto del ropero, piernas y brazos encogidos; rebotó en la sobrecama amarilla y cayó por el borde de la cama en el choapino rojo. Apoyado en el bronce reluciente del catre, Vladimir lo miró saltar, rebotar, caer y luego levantarse pálido, pero con la decisión de repetir brincando en los ojos. Vladimir, a su vez, pisó en la silla, desde ella subió a la cómoda y con una flexión de los brazos conquistó la altura del ropero.

—Uno..., dos... y... —La puerta se abrió rechinando y entró en la pieza un perro grandote, negro, los ojos gelatinosos por el distemper.

—¡Fuera, Nerón..., fuera el perro cochino! —gritó Vladimir, manoteando desde su encumbrada posición; pero Nerón fué hacia Pablito, y Pablito retrocedió de espaldas, y Nerón siguió avanzando y Pablito topó con el muro floreado, preso entre la cabezota, la esquina y el velador.

—Fuera, cochino... —volvió a gritar Vladimir, y entonces saltó. La misma flexión sobre el amarillo, un cambio de rumbo, y Vladimir estrelló la cabeza contra los cupidos y hojas de bronce de la cabecera. Pablito y Nerón se quedaron mirándolo, un pobre cuerpo desordenado, inmóvil. Un segundo después y torció débilmente el cuello hacia ellos. Nerón se acercó meneando un poco el rabo y le pasó por la nariz y la frente herida su gran lengua afiebrada. Esto bastó.

Vladimir dió un grito rabioso, saltó al suelo y cogiéndole el rabo, se lo levantó en torsión y le aplicó una patada en el trasero—. Fuera, te he dicho..., perro asqueroso..., toma, toma —y Nerón lanzó un aullido retardado mientras cruzaba la puerta.

El juego siguió en un autobús formado por las sillas y los dos veladores.

Al anochecer llegó la madre de Vladimir, y poco después el padre. Pablito se escabulló hacia la puerta, salió de la pensión y atravesó la calle hasta su casa. En las gradas de mármol encontró a su mamá tomando el fresco y juntos subieron al segundo piso para el baño de antes de acostarse.

—Papá dijo anoche que las máquinas de la Textil eran muy viejas y que el patrón no las quería cambiar para cobrarles multas a los obreros, y que tú eras un ricachón bonito y que tu mamá se gastaba la plata en perfumes y te dejaba solo, y que por eso venías a jugar a la pensión para rompernos los muebles.

Pablito admiraba a Vladimir porque tenía el pelo rojo y un padre que a él le daba miedo. Y como dormían los tres en una pieza, Vladimir sabía muchas cosas de la fábrica, y otras veces le contaba de los parientes que vivían en Yugoslavia y que escribían cartas para pedirles dinero. Además, Vladimir tenía siete años, uno menos que él, y era más alto y más fuerte. Terminado el período de clases y mientras no salía de veraneo con su madre, Pablito atravesaba todas las tardes a encontrarse con Vladimir, que durante el día estaba solo, ya que sus padres regresaban del trabajo al anochecer. Los demás pensionistas eran también extranjeros y no tenían niños.

En el primer cuerpo de la casa había un hall central y un pasadizo al que daban salida los dormitorios, y que desembocaba en otro hall más pequeño, habilitado como comedor común. A través de una galería de vidrios se veía el patio descubierto, a un lado las dependencias del servicio, al fondo un cobertizo para las aves, y sobre éste, haciendo sombra, un frondoso

parrón de uvas verdes. En este lugar pasaban la tarde Vladimir y Pablito, sentados sobre unos cajones vacíos; allí discurrían elaboradas historias o se transmitían las conversaciones de sus mayores, punzando de vez en cuando con unas puntas de coligüe a las gallinas que se acercaban a escuchar. El perro Nerón dormitaba a la distancia, un enjambre de moscas removiendo a su alrededor el aire detenido.

—Ayer en la noche llegó un señor alemán a la pieza frente a la de nosotros, y traía una maleta negra de forma muy rara, de esas con máquinas de escribir adentro, pero más chica y alargada. Papá dijo que parecía un fotógrafo, porque todos los alemanes eran fotógrafos, pero mi mamá lo hizo callar y él se rió porque ella creía que el alemán era un espía y podía entender el yugoslavo.

La conversación siguió sobre los espías. Pablito se acordaba de una película en la cual un señor de negro y con sombrero echado sobre los ojos andaba por la calle con una señora rubia, y entonces entraba en una casa donde estaban bailando, y otro hombre, también de negro, se le acercaba y le entregaba un papel, y entonces el primer hombre entraba en un auto y se lo llevaban preso.

—Esa no tiene gracia, porque las buenas son con balazos y aviones y el joven dispara con una ametralladora, pram-pram-pram-pram, y mata a todos los que están abajo.

Con el coligüe, Vladimir apuntaba a las gallinas y las rociaba con sus ráfagas mortíferas.

—Quisiera tener una ametralladora de verdad —exclamó en un suspiro.

—A mí me gustaría tener una grúa de esas que levantan los sacos en los vapores.

—Con mi ametralladora te dispararía un balazo y te echaría abajo.

—Y yo te agarraría con el gancho que va en la punta del cordel y te levantaría bien alto y te dejaría colgando.

Vladimir se dió cuenta de que en esa posición no tendría defensa y cortó bruscamente el tema.

—¿Y si fuéramos a la pieza del alemán para ver lo que hay adentro de la maleta?

—¿Y si llega y nos pilla?

—Le decimos que era para ver no más lo que había...

Una última mirada de complicidad, se bajaron de sus respectivos cajones y abrieron con sigilo la puerta vidriera, atravesaron por entre las sillas del comedor y se internaron como dos gatos en el pasadizo de los dormitorios.

Más tarde, Vladimir y Pablito salieron de la pensión y cortaron a buen paso calle abajo. Al llegar a la esquina, el italiano del almacén los vió mirar a ambos lados, atravesar presurosos y perderse en dirección al centro de la ciudad, suspendida entre ambos la misteriosa maleta negra.

A esa hora las calles del comercio estaban atestadas de gente, por entre la cual las vitrinas descubrían sus mercaderías multicolores. Al pasar frente a una que exhibía trajes de baño, Pablito recordó en voz alta que luego partiría con su madre a pasar dos meses en la playa.

—Mejor que te vayas, y ojalá te quedes allá para siempre —rezongó Vladimir, dando un tirón a la doble manilla de la maleta.

En la cuadra siguiente vieron una tienda con toda clase de aparatos fotográficos y frente a la entrada se detuvieron indecisos. Después de un instante, Vladimir dió otro tirón a la manilla y entraron. El interior estaba casi vacío, salvo el empleado y una señora con un niño. El empleado le pidió a la señora que esperase y avanzó por detrás del mostrador hacia ellos.

—¿Qué se les ofrece?

La señora dió un medio giro. El niño torció la cabeza y los dos se quedaron mirando a los recién llegados. Pablito clavó la vista en el estampado rojo y blanco del vestido de la señora. Vladimir miró a la señora, miró al niño, luego al empleado.

—La mamá de Pablito está enferma y nos mandó a que vendiéramos esto... —y dió otro tirón aún más furioso a la maleta. El empleado se inclinó, la tomó por las dos manillas, la puso sobre el mostrador, la abrió y miró al interior con concentrada estupidez.

—Hum..., filmadora Zeiss de las antiguas..., no hay repuestos —y sacando el aparato—, hum..., un solo lente.

Pablito no despegaba la vista del estampado del vestido; la señora balanceaba una pierna, impaciente; el estampado giraba, giraba. Vladimir miraba rectamente a la cara del vendedor.

—¿Y cuánto quiere tu madre por esto? —le preguntó sin expresión.

—No es mi mamá, es la de Pablito, que está enferma y que nos mandó a que la vendiéramos —y le dió a su amigo un brusco empujón en el hombro. El estampado giraba, rojo, blanco, rojo, blanco.

—Tu madre o la de quien sea, ¿cuánto quiere por esto?

Vladimir lo miraba ahora a los ojos, tratando de adivinar lo que pasaba por dentro. Nada.

—No nos dijo cuánto..., que la vendiéramos no más..., fué todo lo que nos dijo la mamá de Pablito.

Al oír éste su nombre, el rojo se detuvo y le vino a la cara.

—Hum..., no más de seiscientos..., y eso; es un modelo antiguo, no hay repuestos —casi preguntó el empleado. Vladimir buscó inútilmente la mirada de Pablito—: ¿Crees que tu madre lo encontrará bien?

El rojo nuevamente giraba, el blanco. Pablito movió la cabeza en balanceo, siguiendo el ritmo al rojo, al blanco, al rojo.

—Eres un tonto..., tu mamá estará contenta — le dijo Vladimir con reproche. Y mirando al dependiente, le hizo un gesto afirmativo. La maleta se cerró, se levantó del mostrador y desapareció por el fondo de la tienda detrás de una cortina negra de hule. Al poco rato el empleado emergió con unos sobrecitos que entregó a la señora. El rojo, el blanco, avanzaron girando; se acercaron, rojo, blanco, y desaparecieron de

golpe. Pablito traspiraba frío, las piernas suspendidas en un vacío rojo.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis..., seiscientos y muchas gracias —contó el empleado. Vladimir recibió los billetes y se los guardó en el bolsillo del pantalón.

En la calle, la arremetida de la luz echó al fondo la escena anterior. Agarrados del brazo se fueron las primeras cuadras esquivando los encontrones. Luego torcieron por una lateral menos concurrida. Vladimir apretaba las cejas tratando de concentrar un propósito. Pablito miraba a todos lados, agradecido del aire, de las palomas que cruzaban el alto techo de la calle.

—¡Mira! —exclamó por fin Vladimir—, iremos primero a esa pastelería; después vemos lo otro..., ¿quieres?

Todavía el gusto a chocolate en el paladar, salieron más tarde de la pastelería con un nuevo brillo en los ojos, el éxtasis revolviéndoles en las venas como hormiguitas. La vista de los pasteles, de los dulces acaramelados, de esas enormes tortas cilíndricas, color y merengue en todas las gamas de espesores, les había desatado la imaginación en torrentes. Más a Vladimir, que sólo recordaba una emoción semejante allá en Belgrado, cuando el velorio de su abuelo. Pablito, por su lado, se aturdía tratando de escapar de algo que lo rondaba amenazador. Y así salieron. La tarde declinaba y ya algunas tiendas comenzaban a bajar sus cortinas metálicas. Sin mucho andar vieron una juguetería y entraron, esta vez sin dudar. En las estanterías, hasta el techo, sobre las mesas, amontonada, toda una infinidad de maravillas, en maderas pulidas y en metales esmaltados, máquinas, trenes, casas, animales. Vladimir dió varias vueltas buscando con seguridad. Pablito había descubierto desde la entrada una grúa toda verde, la caseta blanca con el techo rojo, acanalado, y la miraba sin atreverse a tocarla. Al fin Vladimir indicó con el brazo, y la señorita que lo seguía subió por una escalerilla y bajó con un rifle impresionante, negro con brillos acerados.

—Queremos la ametralladora y la grúa —dijo Vladimir simplemente; y sacando el dinero del bolsillo—: Tenemos todo esto.

La señorita movió los labios en silencio, separó los billetes y le devolvió una pequeña suma. Al llegar a la puerta, Vladimir se volvió y le preguntó:

—¿Este rifle mata?

—Mata elefantes y tigres —respondió sonriendo la señorita.

—Entonces mata hombres también —dijo Vladimir con orgullo.

Aferrado con sus brazos a la grúa, Pablito la miró con ternura, luego dijo como para sí:

—Esta grúa es de juguete.

Cuando las tiendas han bajado sus cortinas, las calles del comercio adquieren, aun en verano, una fría apariencia invernal. Los pocos transeúntes retardados las atraviesan escabullidos, recortados contra el gris metálico de las fachadas ciegas. Vladimir y Pablito caminaron esas cuadras en puntillas, los dos con una opresión de angustia al plexo.

—Me duele el estómago —rompió Pablito.

—A mí también..., tengo ganas de devolver el chocolate —contestó Vladimir, escupiendo con asco.

—Va a estar oscuro cuando lleguemos...

—Mi papá y mi mamá llegan en la noche, por el sindicato.

—Y... el alemán..., ¿estará él?

—No me importa —cortó Vladimir, apurando el paso.

Más tarde, por esas mismas calles totalmente desiertas, cruzó a gran velocidad un auto negro de la policía. Vladimir, en el asiento delantero y al lado del conductor, oprimía un pie contra el otro, en un intento de acelerar aún más. Hundido atrás contra el respaldo, Pablito frenaba y frenaba, agarrado al cojín, en cada esquina que cruzaban apretando los ojos y abriendo angustiosamente la boca. A su lado, el ale-

mán raspaba la garganta, agitado. Al otro, el italiano del almacén sonreía al aspirar el viento de la ventanilla.

En el cuartel, el comisario abrió el interrogatorio desde su pupitre cercado por una barandilla de madera. Primero fué el alemán quien detalló las características de su máquina y cómo, al llegar esa tarde a la pensión, la echó de menos. Después, el italiano explicó largamente su situación en el barrio como comerciante honrado y de cómo, al ir a cerrar su almacén, había llegado a la carrera la señora de la pensión a llamar por el teléfono a la policía, acordándose él entonces de los niños que atravesaban la calle llevando entre los dos una maleta negra.

—Comparezcan ahora los autores del delito —bostezó la voz del comisario.

Un policía los empujó por la espalda hasta la barandilla. Ninguno sentía miedo, apenas una vergüenza ante el señor desconocido que se aburría ahí sentado por culpa de ellos.

—¿Cuál es el mayor de los dos? —y los recorrió de los pies a la cabeza con mirada cansada. Vladimir había descubierto, allá en el fondo de la pieza, una hilera de carabinas colgando de sus correas.

—Pablito es mayor que yo —contestó indiferente, entretenido por su descubrimiento.

—Y tú, ¿es que no sabes contestar? —y el comisario mostró los dientes, tal vez sonriendo. Pablito endulzó la cara haciendo un gesto afirmativo.

—Pero es mentira que mi mamá está enferma —dijo con un súbito rencor por Vladimir, que se aprovechaba de tener un año menos que él.

—Tu mamá no estará enferma, pero dime... ¿quién fué el de la idea de robar la cámara?

—Vladimir dijo que el señor alemán tenía en su pieza una maleta negra y que fuéramos a ver lo que tenía adentro.

—Ahá..., ¿y después que vieron la cámara?

—Vladimir dijo que esa máquina era para hacer películas de espías y entonces salimos y Vladimir le dijo al hombre que mi mamá estaba enferma.

—Sí, sí..., muy bien, pero dime..., antes de salir..., cuando estaban en la pieza del señor, ¿qué sucedió entonces?

—Vladimir salió para ver si estaba por ahí la señora de la pensión y al volver lo siguió Nerón y Vladimir le pegó para que saliera.

—Bueno, bueno —exclamó el comisario, retorciéndose las manos—, pero contesta la pregunta: ¿a quién se le ocurrió la idea..., a ti o a Vladimir, de vender la máquina..., a quién? —Después de esperar un instante, el comisario se volvió impaciente hacia Vladimir—: Contesta tú, que a lo que parece eres el más vivo..., ¿fuiste tú el de la idea de vender la máquina?

Vladimir se sintió halagado con la sospecha.

—Yo sabía que en el centro había tiendas que vendían máquinas de fotografía, y por eso le dije a Pablito que era mejor ir allá.

—Cómo que era mejor..., ¿adónde quería ir él?

—A Pablito le daba miedo ir al centro, y yo le dije que conmigo no tuviera miedo.

El comisario se empinaba sobre los codos, encontrando de pronto que la silla no se avenía con su temperamento.

—Escucha, Vladimir —exclamó sonoramente, después de una pausa—, lo mejor de todo es que nos cuentes desde el comienzo, ¿entiendes?; es decir, todo lo que pasó después que tú le dijiste a tu amigo que el señor tenía una maleta negra en su pieza.

Vladimir se concentró un instante, mirando hacia el fondo, donde estaban las carabinas alineadas.

—Yo quería tener una ametralladora y Pablito una de esas grúas para echarles sacos a los vapores, y yo le dije que fuéramos a ver lo que había en la maleta. La pieza estaba bien oscura y yo prendí la luz del velador, y entonces vimos que era una máquina muy grande, y yo le dije a Pablito que era para hacer películas de espías, y él no me creyó, y después, cuando el hombre dijo que era de películas, yo miré a Pablito, pero él se hizo el leso. Entonces fuimos a la pastelería y...

—Un momento —gritó el comisario, soplándose la nariz—. ¡Sargento!, haga abrir esas puertas.

Ubicadas lateralmente del pupitre y de la barandilla de los acusados, las dos puertas giraron y se vió un largo corredor embaldosado y abierto al patio de entrada. Desde el fondo avanzaban dos figuras y más atrás una tercera. Vladimir reconoció a sus padres, seguidos por un policía. La voz del comisario lo hizo volverse.

—Ahora me vas a contestar de una vez, entiéndeme..., me vas a contestar de una vez si fuiste tú o tu amigo el de la idea... —Se interrumpió y miró a los recién llegados, padre y madre, grises y serios como dos rocas, y les hizo un gesto de sentarse en una banqueta lateral. Unos pasitos nerviosos se sintieron al fondo del corredor.

—Nos vas a decir de una vez por todas si fuiste tú...

Pablito sintió los pasos, torció la vista semi de reojo y vió la menuda figura de su madre avanzando cuadrito a cuadrito por las baldosas. Como si le oprimieran el estómago, aspiró una bocanada quejumbrosa y se lanzó a su encuentro llorando con desesperación. Uno de los policías quiso seguirlo, pero se contuvo al ver que el niño se abrazaba a la cintura de su madre y ella continuaba con él hacia la sala. En el momento que cruzaban el umbral, el comisario le lanzó una mirada a Vladimir, temiendo acaso que también quisiera dar una carrera, pero éste lo detuvo con una expresión casi divertida.

—¿Y bien? —lo incitó el comisario.

Vladimir miró a sus padres, grises y serios como dos rocas; a Pablito, oculto entre los finos brazos de su madre; al comisario, y dijo suavemente:

—Fuí yo.

GUILLERMO BLANCO

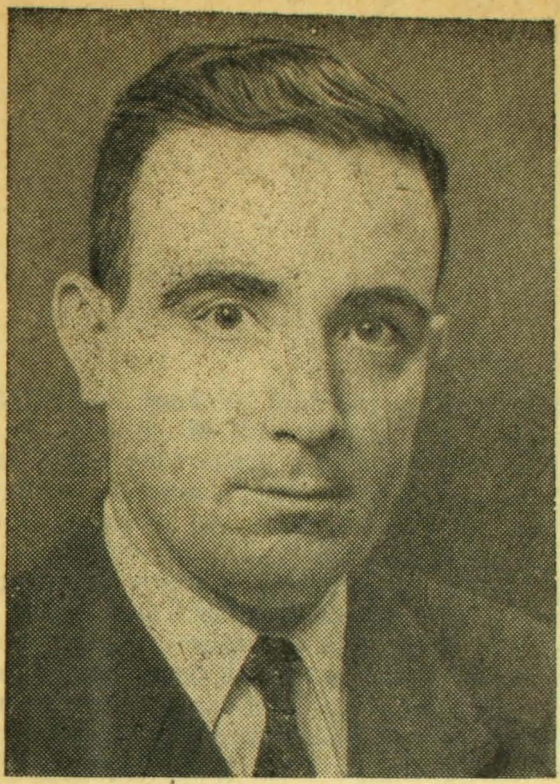
Guillermo Blanco M. nació en Talca el 15 de agosto de 1926. Hizo sus Humanidades en el Instituto Luis Campino. Bachillerato en Letras en 1943. En 1948 participó en el concurso de biografías organizado por Zig-Zag, obteniendo que el jurado acordara publicar su trabajo, cosa que *—nos dice en su carta—,* gracias a Dios, *no ha hecho hasta el momento. Redactor de la revista "Rumbos" y colaborador regular de "Estudios", Guillermo Blanco es un escritor con profundo conocimiento práctico del oficio. En el presente año obtuvo el segundo premio en el Concurso de Biografías de Precursores de la Minería organizado por la Sociedad de Escritores y la Braden Copper.*

Su prosa es simple y de extremada perfección. Se deja leer sin tropiezos. Mas incitando. Su capacidad descriptiva sumamente sobria, su aguda adjetivación, su hilo conductor, hacen de este cuento un modelo en su género. Se llega casi a saltos al

final. Y se encuentra en ese término justamente lo que no se esperaba.

Guillermo Blanco ingresa a nuestra literatura con una narración de alta jerarquía artística.

¿Conozcámosla?



Guillermo Blanco

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"El cuento es, en esencia, una narración breve, una especie de célula, y, como la célula, ha de tener un núcleo preciso en torno del cual se expanda el resto —lo complementario, lo accesorio—, siempre relacionado con el núcleo, dependiente de él, hecho para él, para alimentarlo, reforzarlo, destacarlo. Y, por lo mismo que es como una célula —a la inversa de la novela, que es árbol, con raíces y ramas—, el cuento debe ser un todo en sí mismo, libre de desviaciones, de subtemas, de personajes innecesarios. Un mundo diminuto y completo, una unidad compacta, que se deje sin curiosidad, sin la impresión de que falta algo, pero también sin la sensación de que hay algo superfluo."

P E S A D I L L A

¡TACATAC, tacatac, tacatac!... Aquí estaban de nuevo los caballos. Se iban metiendo a la pieza por la mancha negra del ropero, eran negros, con sus jinetes negros, y se hinchaban prodigiosamente, como pompas de jabón. Pasaban por sobre su cabeza, rechinaban contra los muros; sus herraduras iban golpeando con ruido de metal sobre el aire, que era duro: una especie de vidrio. Las crines flameaban, las capas de los jinetes se movían semejando alas, y sus bocas estaban abiertas en la actitud del grito, pero no gritaban. Todo ocurría en una especie de silencio terrible, un silencio que era fusión del tacatac ensordecedor y de la sombra, que se esfumaba y volvía a intervalos disparejos. Era pavoroso el golpeteo de las patas, y lo era también la quietud que le seguía, y ambos tenían algo de enloquecedor, formaban una armonía enervante en cuya garra el alma del niño se iba sintiendo cada vez más presa, cada vez más impotente, más débil, más despavorida.

...Volvían los caballos, volvían los jinetes.

Y la mano de Remo se crispaba, pequeña y pálida, sobre la pálida almohada. "¡Aquí están de nuevo, aquí están de nuevo!", latía en sus sienes. Mes a mes aparecían más seguido. Al principio daban una o dos vueltas por el cuarto, para luego marcharse, dejándole aterrado, yerto de frío y miedo. Eran sombras solamente. No se veían bocas, ni se distinguían brazos, o

dedos, o capas. Llegaban y se iban. Pasado un rato, cuando podía mover los labios, el chico gemía:

—¡Abuelita!

La abuela saltaba en su lecho. Medio dormida gruñía:

—¿Eh, qué? ¿Qué pasa?

El, tímidamente:

—Abuelita...

—¿Qué hay, niño?

—Unos caballos...

—No digas tonteras...

—Pero...

—Duérmete.

Muy pronto el plácido roncar de la anciana rompía el silencio de la pieza. Pero no rompía la sombra ni la soledad de Remo.

Eso era al comienzo. Más tarde la abuela no le decía que eran sueños. Le decía, con una voz terrible:

—No pienses más en eso, porque acabarás loco.

¿Era malo ser loco? El no lo sabía, pero la palabra sonaba —en el ámbito oscuro del cuarto— tan lúgubre, tan terrible, que sólo de oírla le daba miedo. No, él no quería ser loco; quería ser médico, para tener un maletín nuevecito y unos anteojos de marco grueso y un estetoscopio, con los que iría, de casa en casa, preguntando: "¿Cómo anda hoy el enfermo?" Su voz sería muy ronca, profunda, una voz cariñosa, capaz de tranquilizar a los pobres muchachos. Ninguno le temería al verle entrar. Y cuando ellos le contaran que habían visto caballos, o cocodrilos, o lo que fuera, él, el doctor Remo, no los oiría distraídamente mientras bajaba el termómetro, sino que les pondría toda su atención. Incluso llegaría a quedarse con ellos por las noches para ver qué diablos eran esas figuras macabras que les asustaban.

"Acabarás loco, acabarás loco."

La abuela se lo decía también a las visitas:

—A mí me da miedo de que este niño se vuelva loco. Ve visiones.

Y las visitas le miraban con una mezcla de pena y de temor, y a él le daban ganas de decir, en voz bien alta:

—Mierda.

O:

—Pucha.

Para que su abuela y la gente enrojecieran, se sintieran turbadas y se fueran. Pero no se atrevía. Lo único que hacía era escuchar con el corazón encogido de angustia, de vergüenza, las largas explicaciones de la anciana, explicaciones minuciosas, con detalles que iban hasta los más dolorosos extremos:

—Ha retrocedido mucho en este último tiempo. Toda la plata que gastamos en el masajista se ha perdido, porque la fiebre que tuvo lo aniquiló. Ahora no puede mover ni un ápice las piernecitas.

No. Remo lo sabía: por mucho tiempo más, quizá para siempre, no podría volver siquiera a los tímidos pasos que había logrado dar gracias a los masajes. Nadie se lo dijo, pero él lo sabía, lo sentía en su interior. Casi no le venían ganas de poner un poco de su parte para recuperarse. Casi deseaba seguir así, para que su abuela gastara mucho, mucho dinero, y siguiera quejándose con esa cara de pesar y de cansancio y de vejez.

—Yo he hecho cuanto he podido. No hay médico que no se consultara. He probado todos los remedios imaginables. Mire —y abría el ropero lleno de frascos—. Mire la cantidad. Y eso sin contar los que se han botado. —Tomaba uno, luego otro, e iba leyendo—: Este, ciento cuarenta; éste, doscientos; éste..., bueno, éste, veinticinco, pero estas inyecciones...

Era interminable.

El sería médico, con un auto y un maletín nuevos, y ganaría mucha plata para venir donde la abuela, abrir el ropero, contar los frascos y sus precios y pagarle hasta el último centavo. La abuela lloraría, claro está, eso era lo terrible. Lloraría, igual que cuando él le dijo:

—No te quiero.

Con la misma expresión de estar sufriendo una atroz injusticia. Y a él le daría pena y tal vez se la llevaría a vivir a su casa.

No es que no la quisiera —pensaba—, la quería, y ella era muy buena, pero... ¡Era tan difícil de explicar! La pobre, es cierto, se pasaba las noches en vela cuando él tenía fiebre, y le daba calmantes, y le ponía su mano fría sobre la frente para atenuar el horrible calor, y llamaba al médico, y le daba cosas ricas de comer. Le traía pasteles siempre que estuviera con el estómago sano. En el verano le hacía un postre de plátano con un poco de hielo. Sí, lo malo es que ella era buena, porque si no, bastaba con no quererla. Era buena, pero se negaba a encender la luz en los momentos en que él veía los caballos negros. Sólo le decía:

—No los veas, porque te volverás loco.

¿Y cómo no verlos? ¿Acaso no cerraba los ojos, y era peor? Entonces se ponían rojos, echaban chispas. Y él no podía gritar, pues tenía la garganta endurecida, no podía defenderse, no podía dormirse. A medida que pasaba el tiempo las visiones se hacían peores, duraban más, galopaban más intensamente. Algunas noches, uno de los caballos se detenía encima de su cama. Los demás, en torno, empezaban a andar muy despacio. Los ojos de los jinetes brillaban pálidamente en la sombra, y sus dientes brillaban pálidamente en la sombra. Destellaban, en la sombra, las armas adornadas de plata. Una pata —¡negra!— se alzaba muy, muy despacio, para bajar poco a poco sobre su cabeza, hasta posarse en ella, y luego apretarla, apretarla, haciendo crujir sus huesos cual si la fuera a partir. Apretaba. De pronto, unas chispas amarillas empezaban a bailar ante sus ojos

(no podía gritar)

y saltaban, aumentaban en número. Después no veía caballos ni sombras, sino sólo las chispas, y un dolor atroz le oprimía las sienes. Tenía jaqueca. Amanecería y él seguiría sintiendo esto en sueños. Despertaría vomitando. La abuela pondría el grito en el cielo, él lo

sabía, y se desesperaría tratando de encontrarle remedio.

Pero la jaqueca se iba sólo cuando quería. Nada era capaz de vencerla. Era la obra de los caballos y los jinetes negros.

—Lo terrible —decía la abuela— es que va para atrás. Mírele los ojos. Los tiene ojerosos como nunca, cada día peor, y los labios se le van poniendo amoratados. ¡Ay, Señor! Bien sabe Dios lo que sufre una.

Las visitas movían la cabeza, asintiendo. ¿Por qué siempre se ponían de parte de ella? ¿No entendían...? ¡Qué iban a entender! Sus caras idiotas no sabían otra cosa que oscilar diciendo "sí, sí" cuando la abuela decía que hacía lo posible, y "no, no" cuando afirmaba que no había más que intentar. Parecían globos, redondos, tontos. Pero ella era obscena. ¿Por qué les contaba a todos que él tenía el traste hecho llaga de tanto estar en cama? ¿Por qué, si eso le dolía a él más que la llaga misma? ¿Por qué hablaba a cualquiera de su costumbre de chuparse el dedo —siempre el mismo: el meñique de la mano derecha— si él no podía dejarlo, si eso era como una acción instintiva, inevitable e inexplicable?

—Tiene llagado el trastecito.

Y la gente:

—¡Pobre!

Pero parecía que esto lo decían más de la abuela que de él, como si la abuela se hubiera ganado la compasión del mundo a través de su enfermedad. Como si ella tuviera la herida.

Un día vino la tía Lola. Era joven, de rostro agradable, casi infantil, con unos ojos verdes muy sinceros y buenos y una sonrisa leal, libre de compromisos, una sonrisa de verdadero cariño, donde la lástima no se asomaba siquiera.

—¡Hola, Remo! —le dijo.

—Hola.

El apenas la recordaba de cuando era mucho más niño. Le traía juguetes en ese tiempo... Uno o dos, porque era pobre. Se había ido a vivir a Linares — Linares parecía el nombre de grandes pastizales, con

sauces y lagunas y mucho sol— y no venía desde hacía dos o tres años. Ahora le miraba sin pena, le sonreía y le decía:

—¡Hola!

Cual si sólo ayer hubieran estado juntos. De inmediato la quiso. Tenía una voz tal cual, exenta de inflexiones excesivamente dulces, y se reía a carcajadas con su risa contagiosa, y cuando la abuela empezó a hablar de sus temas —de las medicinas y los frascos y el traste magullado—, la tía Lola parecía no oír. Contestaba apenas "sí" o "no", o movía la cabeza, pero a cada instante desviaba la conversación para decirle a él algún chiste o preguntarle algo. Cuando la anciana mencionó que se chupaba el dedo, ella contestó:

—Yo también lo hago a veces. Es rico, ¿verdad, Remo?

Y relató alguna anécdota a propósito.

Si la abuela hubiera salido del cuarto sólo un momento, él le habría contado a la tía lo de los caballos y los jinetes negros, pero la abuela quería contarlo todo..., como si lo supiera todo.

Luego la tía Lola se fué. Partía a Linares al día siguiente.

—¿No me encargas nada de allá, Remo?

Meditó un momento.

—Quiero un huevo de perdiz.

—¡Oh! —dijo la anciana—. ¡Qué tontera!

Mas la tía Lola le prometió que se lo mandaría. Y se marchó. Diríase que toda la pieza hubiera quedado con algo de su lozanía, de su juventud, de su alegría tan llana. Remo pensó de nuevo que la quería. ¡Con qué gusto se iría con ella a su casa, a la comarca de los sauces y los pastizales! Claro que eso era absurdo. La tía era pobre, y además... Sí, él no podía separarse de la abuela. No se atrevía. Le parecía que si la dejaba no iba a saber ni respirar ni mover los dedos, porque ella se había hecho parte de su vida, se había convertido en algo tan imprescindible e inseparable como su corazón o sus ojos.

—¿Qué haría Remo sin la abuelita? Se moriría mi pobre nietecito.

¡Le decía eso tan seguido! Sonaba a disparate pensar que tía Lola podría alguna vez llevarle en brazos por entre los plantíos de trigo, pasar con ella por debajo de los sauces, que dicen que son muy bonitos...

...Tacatac, tacatac...

Iban dando vueltas cada vez más despacio, se detendrían. Tembló de terror. Se detendrían. El más negro, el más grande, levantaría su pata dura, caliente, y le empezaría a oprimir la cabeza, lentamente, hasta que comenzara a ver las fatídicas luces amarillas.

Se revolvió en la cama, contorsionado de angustia.

Había pensado muchas veces que en una noche así se moriría. Eso debía ser bueno. La abuela le tenía prohibido hablar de la muerte, pero él pensaba que de seguro se iría al cielo, y el cielo sería como Linares, estarían papá y mamá, y no habría caballos negros, y él podría correr por el pasto, esperando sin impaciencia a la tía Lola, y la tía Lola —aunque se muriera después de muchos años— aparecería joven y bella, con su sonrisa llena de gracia, y le gritaría de lejos:

—¡Hola, Remo!

¿Por qué iba a ser malo desear eso? ¿Por qué la abuela decía que era pecado? ¡Sufría tanto así! Además, ella misma aseguraba que iba para atrás en su enfermedad, en esta dolencia desconocida, sin nombre siquiera. Iba para atrás. ¿Le gustaba eso a la anciana? ¿Sentía ella, acaso, un placer en protegerlo y ser buena, en que la gente la compadeciera?

Sí, quería morirse. Tendría frío cuando llegara la hora. El caballo presionaría más fuerte, más fuerte sobre su cerebro, hasta que perdería la conciencia y no habría nada, y luego despertaría en medio de los trigales, con una brisa muy suave refrescándole el rostro, agitando los calmos sauces, con un bello sol en lo alto —un sol como el que se sentía en el jardín, limpio, tibiecito—; así despertaría, y sabría que todo había pasado, que podía levantarse y correr, porque ya estaba en el Cielo.

...Se detuvieron. El más negro, el más grande, levantó su pata dura, caliente, y le fué oprimiendo la

cabeza, despacio, despacio, hasta que empezó a ver las fatídicas luces amarillas. Se durmió. Una gran nada, sin sueños ni sensación de tiempo, invadió su espíritu. Después, poco a poco la oscuridad fué desgarrándose, abriendo paso a una tenue luz. Pero no había pasto en torno, ni sauces ni lagunas. No soplaba la brisa; sólo el aire tibio, viscoso del cuarto. Era la mañana y él no había muerto. Vivía. Seguiría viviendo aún. ¿Cuánto más? ¿Años, meses, horas? Le trajeron su medicina amarga. Luego el plato de avena. Luego el termómetro. La abuela hizo algún comentario.

No. No estaba muerto.

ARMANDO CASSIGOLI

Armando Cassigoli nació el 31 de marzo de 1928. Hizo sus estudios humanísticos en el Liceo Amunátegui, continuando luego en la Universidad. Actualmente cursa el último año de Pedagogía en Filosofía. Su obra se encuentra completa y totalmente inédita. Esporádicamente han aparecido artículos suyos en revistas. La narración que aquí presentamos fué escrita hace seis años, en pleno fervor adolescente. Es un cuento hermético, extraño, múltiple en sus posibles significaciones. ¿Parábola de la vida burguesa? ¿Crítica a determinado estilo de existencia en nombre de valores superiores?

Todo eso, y quizá más. Y acaso, menos.

La prosa de este escritor es simple, funcional. Es decir, va directo a su objetivo, cumple con su misión expresiva. "En la Gavia", por su celosa estructura, por su tejido, a la vez fino y sórdido, por la perfección del lenguaje y el sutil ocultamiento de su comunicación, de su mensaje, es uno de los

grandes cuentos de nuestra joven literatura. En ese carácter lo antologamos, y aun cuando no lo precisa, hacemos una exégesis elemental de sus méritos.

Armando Cassigoli tiene en preparación un volumen de cuentos que ha titulado "Relatos del Ultimo Tiempo".



Armando Cassigoli

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"En contraposición al género llamado novela, el cuento es síntesis. Encontramos otro género entre ambos, el llamado novela corta. En cada autor, el concepto es distinto y orienta su creación.
"Tal como Croce definió el Arte como aquello que todos entendemos por Arte, se puede definir al cuento como aquello que todos entendemos por cuento.
"El origen del cuento es popular y emana, posiblemente, de los romances.
"La literatura moderna, o la europeizante en nuestra América, ha desvirtuado su origen popular y social; es necesario rescatarlo."

EN LA GAVIA

"Oculta los males de casa."
TALES DE MILETO.

INTRODUCCIÓN

CUANDO el señor F., boticario de la región y única voz en la salud de aquellos mansos pobleños, diagnosticó la enfermedad de Ramiro con sólo dos palabras: *morbus dementiae,* el padre de éste, bastante apesadumbrado y con gran dolor, pero también previendo funestas consecuencias, ordenó que Ramiro fuese encerrado en una jaula de gruesos y lustrosos barrotes que había allá, en la casa, frente al patio y bajo el alar de la recocina, esperando servir a trastos, a animales, a los usos más variados. Fué un miércoles.

DESARROLLO

La servidumbre no atinaba a comprender nada. Sin embargo, espiaba los movimientos del recluído, que siempre parecía estar observando el techo de su celda.

Ramiro pensaba en sus tiempos de colegial, es decir, no pensaba, sino que evocaba descompaginadamente una que otra escena de aquellos lejanos tiempos de colegio, en donde, por otra parte, fué un ser anónimo y sin importancia, un niño, podría decirse, desapercibido.

Su padre era pobre y muy ahorrativo; no obstante, sorteando sacrificios, le mandó a la escuela, siempre

vestido de paño negro, de negro lustroso, de negro remendado, pero negro. "¡Serás, quiéraslo o no, un caballero!", le decía. Recordaba Ramiro como desde pequeño le hacían ir con un corbatón al cuello: una prenda chillona y muy planchada, que le revisaban todas las mañanas. De las actividades escolares recordaba pocas cosas; por ejemplo, que cierta vez, en clase de zoología, apresó una mosca que se puso a observar con la mayor dedicación. De pronto la socarrona voz del profesor le interrumpió: "¿Y ahora piensa comérsela, Ramiro?" Y él, poniéndose lívido, se la había tragado, luego se sonrió y la escupió en el suelo.

De ahí sus pensamientos se confundían en el recuerdo de un festival escolar de fin de año, en que había tenido que actuar de cura, diciendo desde el proscenio:

—Yo, como sacerdote, represento al Papa, y como ciudadano, al Presidente de la República. ¡Dios y Patria!

Tal era la confusión del muchacho, víctima de su enfermedad, que ahora ya no recordaba con precisión si fué un sacerdote el que se tragó una mosca, o fué una mosca la que habló de Dios y de la Patria. Sin embargo, en su mundo de nueve metros cuadrados, Ramiro era feliz.

Vivía bien, era un solitario. "Para ser solitario sólo basta comer bien", decía, y esto lo repetía varias veces.

El padre, adentro, en las habitaciones centrales, se paseaba inquietamente y repetía para sí, como tratando de penetrar en la fórmula: *morbus dementiae, morbus dementiae,* y tornaba a suspirar. De súbito movía la cabeza en señal de asentimiento, estrujábase el labio superior entre el pulgar y el índice, repitiendo siempre, casi con exasperación: *morbus dementiae,* y concluía, las más de las veces, por quedarse en un sofá con la cabeza entre las manos.

Era un juicio irrevocable, un nuevo dolor en la familia; pero era necesario salir adelante, sobreponerse a los hechos y aceptar lo que viniese. El estigma había caído...

La madre, como por no incurrir en un pecado especial, pasaba la mayor parte del día tejiendo; había suprimido todas las visitas, y cuando osaba referirse a Ramiro, hablaba del "enfermito", como si la enfermedad hubiese borrado de éste todo vestigio humano, hasta su propio nombre; y esto la hacía acordarse más del hijo.

Ramiro, que antes de su enfermedad pensara trasladarse a la capital para ingresar a la Facultad de Ciencias, decía muchas cosas al respecto; por ejemplo, dijo cierta vez:

—Mamá, ¿sabías tú que la primera ciencia fué la botánica —y se explicaba—: La botánica es la ciencia clasificatoria por excelencia. Para la ciencia, el hombre no es un hombre, sino que un ser clasificable y clasificado por país, lengua, sexo, conocimientos, color, clase social, etc., y en última instancia, es un *homo sapiens*, pero no un hombre, sólo un *homo sapiens*, y no otra cosa. Ahora, ¿qué se sabe del mundo, de las cosas, de los seres, de esa verdad buscada? Su clasificación, nada más que su clasificación. ¿Qué otra cosa hace la ciencia, esa ciencia que vemos florecer y acrecentarse en nuestros países, que circunscribir los objetos, separando sus trozos y sus mezclas? O cuando mucho, sirve para fabricar armas o narcóticos. Por lo menos, esto es un negocio: Un hombre muerto, un hombre adormecido: ¡mal negocio! Muchos hombres muertos, muchos hombres adormecidos: ¡buen negocio!..., ¡progreso! —Y aquí, al terminar, Ramiro se echaba a reír, como si lo que hubiese dicho fuera muy risible, pero su madre, que se quedaba pensando en lo que éste dijera, levantábase de un salto y lo cubría de besos.

Ahora que él estaba enfermo, la madre, al recordar esas escenas sazonadas de tiernas caricias, rompía a sollozar diciendo: "¡Mi enfermito, mi enfermito!"

Estoy convencido de que Ramiro era ciertamente un loco, más aún, ya que se encontraba entre cuerdos, y los cuerdos necesitan de la comunicabilidad entre ellos, para bien o para mal, eso no importa. Pero Ramiro era intratable, era ese ser inasible que se te-

me, porque no puede existir la más mínima comunicación entre él y los demás. Ante Ramiro, las personas se encontraban con lo imprevisto, con lo desconcertante, con lo imposible de hacer reaccionar a sus arbitrios.

Quizás entre quinientas mil personas de su naturaleza, Ramiro no hubiese sido encerrado en una jaula. Es un problema estadístico.

La gavia era de madera y fierro, con unas canaletas de latón en los bordes del techo, como previsión para la temporada lluviosa. En la mitad posterior del piso había un recubrimiento de cemento con un plano inclinado que iba a desembocar en una sucia acequia que cruzaba transversalmente a la casa, para que así éste pudiera satisfacer a discreción ciertos vitales menesteres. Entre otras cosas, Ramiro sabía que los barrotes de su prisión eran treinta y seis, contados de a uno por uno; cuarenta, contando cada lado por separado, y muchos, mirándolos a simple vista. Supo que éstos también eran lisos y helados, de tal suerte que cuando se sentía un poco afiebrado, afirmaba su rostro entre ellos, recibiendo la fresca caricia que producen los barrotes fríos y suaves; luego, cuando éstos perdían su frescor, por el calor de sus mejillas, cambiaba su cara de sitio, encontrándolos más helados, más cómodos, más suaves. Y se quedaba así, como idiotizado, absorto, como si toda su sangre, su vista, su ser íntegro, estuviera fijo en la caricia refrescante de las rejas. En ese momento, las empleadas de casa que lo espiaban se decían sin acertar a comprender: "¿Qué mirará?", y dirigían su vista hacia donde reposaba la mirada vacía de Ramiro, y al ver que allí no había nada de interés, excepto un guijarro o una planta pequeñita, una de ellas volvía a decir, como penetrando en un misterio:

—¡Sí, ve algo, de seguro que ve algo!

Las otras asentían en silencio, compartiendo la opinión.

Al poco tiempo Ramiro se había acostumbrado a su encierro y no era raro oírle a toda hora cantar una

cancioncilla de letra muy original, que más o menos decía así:

Estoy, estamos, están;
comiendo, bebiendo y muriendo.
Se cierran y se abren las puertas;
y siempre comiendo, bebiendo y muriendo.
No estoy, no estamos, no están.

Nadie supo de dónde él había sacado esa canción, ni a ninguna persona se le ocurrió preguntarle, aunque a decir de la cocinera, quien le conocía desde niño, era original del "enfermito", como a veces le llamaba, por una especie de solidaridad ante el dolor con su patrona.

En los primeros tiempos de su encierro, Ramiro tenía sólo dos seres que le visitaban a menudo, siendo para él sus únicos amigos; éstos eran: un zorzal y un muchachote simple, y según las gentes, necio, que vagaba por el pueblo.

El zorzal venía todas las mañanas a cantarle. Ramiro le tomaba en las manos alizándole el suave plumaje del lomo, mientras le musitaba frases incomprensibles. La avecilla se dejaba arrullar, quieta, como escuchando las palabras. Ramiro también le guardaba migas de pan y restos de comida. Pasado cierto tiempo, el ave emprendía el vuelo y no aparecía hasta el día siguiente, a la misma hora.

—Vuela, vuela —decía el muchacho, mientras lo miraba alejarse.

El otro amigo aparecía por las noches, saltaba la tapia, acercábase silentemente hasta las rejas y quedábase observando con gran respeto a Ramiro. Cierta noche llegó más tarde que de costumbre y se acercó al enfermo diciéndole:

—Le he traído manzanas.

Se las pasó y esperó respuesta. Ramiro miró las frutas, contempló al muchacho y con una voz ahogada musitó:

—¡Sácame de aquí!

El muchacho sonrió, pasó sus manos por entre las rejas, golpeteó a Ramiro sobre el hombro e hizo una mueca amistosa.

"Es el único que podría hacerlo", pensó Ramiro. El otro se fué sin decir nada y ya no se le vió en muchos días. Ramiro quedó triste.

De pronto los hechos cambiaron casi totalmente. Fué pasando el tiempo y la familia acostumbrándose poco a poco al paciente, de tal suerte que la cocinera tenía orden de abrirle la puerta de la jaula varias veces al día, ora para hacer el aseo, ora para hacer menos opresiva al enfermo su estada en la gavia.

Por su parte, el padre ya se había acostumbrado a la enfermedad del hijo, y así fué que un día se atrevió hasta el punto de mostrarlo a varios compañeros de oficina, los más de confianza, por supuesto. Ante todo, les pidió discreción por lo que viesen y oyeran, y además les explicó que su hijo no era ni una bestia ni mucho menos un ser endemoniado, sino simplemente un buen cristiano y excelente hijo, que por el momento padecía de una rara enfermedad, llamada por la moderna ciencia: *morbus dementiae*.

Los compañeros de oficina hicieron un gesto de asentimiento, mientras decían:

—¡Ahá! ¡Ahá! —y le hablaron de un caso parecido que había obtenido curación pronta. Seguramente los funcionarios mentían, pero en estas circunstancias, bien valía una mentira, ya que ésta podría, quizás en parte, aliviar el dolor del padre. Este, a su vez, se intranquilizaba un tanto al saber que otras personas también habían padecido el mismo mal; de modo que, como para defender en algo la dignidad de Ramiro, exclamaba:

—¡Pero vean ustedes, queridos amigos! La enfermedad que aqueja al muchacho no es *morbus dementiae* propiamente tal, ordinaria y simple, sino una forma especial de insania, una *morbus dementiae* en sexto grado y hereditaria.

A esta altura del discurso bajaba la voz en la última palabra, como denunciando un grave secreto. Los amigos volvían a decir: "¡Ahá, ahá!", casi como

en sordina, y quedábanse luego callados. Entre tanto, el padre justificaba la mentirilla con que salvara el honor de su hijo y la honra familiar.

Se sucedieron muchas ocasiones como éstas, y Ramiro, que dentro de su anormalidad comprendía la buena intención que su padre involucrara en aquellas conversaciones, se disponía a divertir a los visitantes. Para este efecto comenzaba por llamar la atención de los concurrentes con dos o tres sonidos guturales. Acto seguido, se hincaba, dándose una vuelta hacia atrás, y luego otra hacia adelante. Concluídas las vueltas, gritaba a voz en cuello:

—¡Soy el hombre sin cerebro! —o—: ¡Mi cabeza es de madera y mi corazón de piedra!

En esto se arrodillaba, aprestándose a darse de cabezazos contra el recubrimiento de cemento. Felizmente, nunca se hizo daño suficiente como para sangrar, rompiéndose la cabeza. Se desvestía en seguida, previo un intervalo, de la cintura hacia arriba, gritando:

—¡Soy un mono, sí, un mono!

A este punto del espectáculo, el padre, la madre, los visitantes y la servidumbre, que no podían retener la risa por más tiempo, estallaban en sonoras carcajadas, que Ramiro recibía con la felicidad con que los actores reciben los vivas y aplausos, y agradecía a su público, sacando un palmo de lengua por un corto espacio. Esto lo ponía eufórico y estimulaba la hilaridad de los presentes. Pasado un breve instante, volvía a lanzar sonidos guturales, pero en forma más sonora y aguda, como avisando a los espectadores que allí venía la parte más interesante del programa; se dirigía entonces silencioso hasta las rejas y comenzaba a lamerlas, como si éstas hubiesen sido de almíbar. Luego abría los ojos y los paseaba intermitentemente sobre los asistentes. El dueño de casa sonreía satisfecho, sin hilaridad.

—¡Si parece un león! —decían unos.

—Se nos figura un oso, la "esencia" de un oso — expresaban otros.

—Para mí es un símbolo onírico —explicaba un tercero, versado en muchas materias, dándole a la palabra "onírico" un sabor muy especial. Y entre risas, aplausos, glosas y teorías acerca de la enfermedad, deshacíase el grupo, dejando a Ramiro como siempre estaba: solo, solo en su jaula de treinta y seis barras lustrosas.

Pero nadie alcanzaba a oír después de cada exhibición una vocecilla apocada y gangosa con que Ramiro decía: "¡Mamá!...", un mamá apagado pero con la fuerza de un llamado angustioso. Junto con hacer este llamado en sordina, Ramiro sentía una honda opresión en la garganta, y se quedaba luego en su acostumbrada posición horizontal. Eran los momentos de más tristeza en la vida del enfermo.

Aquellas actuaciones en que se mezclaban lo espectacular del teatro, lo insubstancial de la velada familiar y lo trágico del circo se repitieron periódicamente. Fueron así invitadas personas muy ajenas a la familia. En el pueblo, la sociedad pueblerina ya hablaba de Ramiro con orgullo, como quien habla de algún monumento o de algún sitio pintoresco de atracción turística. Ramiro, por su parte, estaba ya posesionado de su papel y lo vivía con naturalidad; no obstante, aunque muy pocas veces, el pobre recluído aburríase hondamente.

De pronto ocurrió algo inesperado. Había sido invitado por el padre un alto funcionario, tipo grosero, borrachín e influyente, quien esperaba gozar de una gran diversión con el loco.

El mismo padre salió a recibirle, y mientras recorrían los largos y sombreados corredores que conducían al patio, el personaje público inquirió por tercera vez:

—¿Cree usted, mi amigo, que valga la pena el... espectáculo?

—¡Ya se lo he dicho, no deja de tener gran interés, señor! —contestaba el padre, mientras se hurgaba algo en los bolsillos como para no dar tiempo al alto empleado de hacer otra pregunta de difícil respuesta.

—Por otra parte —proseguía el funcionario—, me aseguró usted que su hijo es verdaderamente un..., como le dijera..., un enfermo —concluía el caballero, sin acentuar demasiado los vocablos.

—¡Le aseguro a usted, le aseguro a usted —repetía el padre—, aunque, si no lo fuese, sólo un muy buen actor podría representar un papel de esa naturaleza, y un buen actor es digno de verse, lo manda nuestro criterio selectivo, en cuanto a arte se refiere — concluyó en el momento en que se acercaban a la gavia.

Aproximáronse finalmente a la reja, se sentaron junto a otros invitados y sobre unos amplios asientos que para el efecto el padre había hecho colocar allí, y esperaron. El exhibido permanecía estático.

Pasado un tiempo prudencial, el padre comenzó a inquietarse al ver que Ramiro no hacía el menor movimiento que denunciase el más mínimo deseo de actuar, en vista de lo cual comenzó a hacerle unas pequeñas señas, algo así como diciendo:

"¡No me dejes en vergüenza! ¡Vamos, Ramiro, haz algo!"

A su vez, Ramiro aún permanecía callado. Entonces el padre, amostazado, avanzó hasta la puerta de la reja y dijo, ya sin poder contenerse:

—¡Vamos, haragán! ¿Piensas tenernos así toda la tarde?

Ramiro miró al padre directamente a los ojos, lo contempló largo rato, tristemente, y sólo acertó a musitar:

—Sí... —Acto seguido, dióse media vuelta y fué a sentarse en la parte posterior de la gavia, desde donde clavó su mirada en los presentes. Luego rodaron lágrimas de sus ojos.

El alto funcionario lanzó una pequeña carcajada, sonora y llena de picardía, mientras dirigía una mirada de soslayo al padre, de modo que éste pudiera apreciarla ampliamente.

Habíase operado un importante cambio en la anormalidad de Ramiro. Había sufrido una mejoría de tal grado, que había recobrado casi completamente la razón, estado que tendía cada día a ser mejor. Nadie

en la casa, exceptuando al mismo Ramiro, habíase dado cuenta de ello.

A pesar de todo, el padre se acercó en la noche hasta la gavia, donde amenazó a Ramiro con duras reprimendas y castigos si osaba interrumpir aquellas exitosas actuaciones.

El prisionero, ya que en estas circunstancias Ramiro había llegado a ser un prisionero, al cabo de poquísimas palabras aceptó el mandato paterno. Recomenzáronse, pues, las veladas, y el público fué en aumento. Sin embargo, un dejo de tristeza se filtraba entre las gentes y Ramiro. Así pasaron quince días.

Una noche en que había tenido gran éxito la exhibición de las graciosas excentricidades de Ramiro, y éste se mostraba bastante agotado sobre el piso de la jaula, oyéronse unos menudos pasitos que se acercaban silenciosamente. El recluído pensaba que le era imposible ya seguir fingiendo, sometiéndose. Necesitaba salir, recorrer campos, mares y ciudades, conocer el amor, el trabajo, la risa; en resumen, gozar de esa necesaria libertad, ahora tan lejana para él. Su mundo de nueve metros cuadrados se abría de súbito, ilimitadamente.

Los pasos se hicieron más perceptibles y una voz se dejó oír:

—Ramiro, vengo a llevarte... —Era el muchachote simple que antes le visitara muy a menudo.

—¡Ah, eres tú! Creí que...

—Ven, tengo dos caballos listos.

—¿Para ir adónde?

—Donde tú quieras. Si tú sabes alguna parte...

—No sabría dónde ir, pero...

—Escucha, entonces: hay un circo de paso por el pueblo y yo les he hablado de ti.

—Un circo, ¿ah? No, ándate, me iré solo.

—¡Pero, don Ramiro!

—No; déjame, debo irme solo.

—Podrías hasta quizás ganar mucho dinero.

Ramiro titubeó un instante y sonrió.

—¡No! ¡No! —repitió—. De todos modos, ábreme la puerta, ¿quieres? —concluyó, echándose sobre el jergón (habíanle colocado uno el día anterior).

El muchachote abrió la puerta y esperó. Mas, viendo que Ramiro permanecía inmóvil, se quedó perplejo, hizo un gesto incomprensible y se perdió en el obscuro fondo del patio.

A la mañana siguiente, todos los de casa madrugaron como por extraña coincidencia. Las empleadas hacían el aseo acostumbrado. Una de ellas, la más joven, se aproximó a la jaula y vió a Ramiro ya erguido, afirmado rectamente contra las rejas posteriores, con su acostumbrada vista fija en el vacío. El día había amanecido espléndido, lleno de voces y de pájaros.

La mujer se aproximó a la jaula, abrió la portezuela y contempló al enfermo. Este estaba apoyado en el suelo, casi apenas tocándolo, la vista muy fija; a su cuello había anudado un cinturón de cuero firme y tenso, cuyo extremo estaba atado a una de las vigas de la techumbre.

—¡Oh, Dios se ha...! —dijo la mujer, lanzándose a la carrera en busca de los dueños de casa. A los pocos instantes, el padre y la madre acudían presurosos a la gavia.

—¡Hijito, hijito! ¡Qué hiciste! —exclamaba la madre, mientras trataba de pasar la portezuela de rejas. Entretanto el padre ya estaba adentro y balbuceaba con desesperación:

—¡Ramiro, Ramirito!...

Entonces Ramiro estiró un pie y esbozó una sonrisa.

—¿Qué sucede? —inquirió.

—¡Pero... esa correa..., nosotros creíamos...! —se expresó el padre.

Ramiro entonces explicó:

—No se preocupen, nada sucede, sólo un nuevo número artístico en preparación. Un número que se me ha convertido en obsesión..., en una obsesión.

La familia, malhumorada, aunque pensativa, se volvió a los aposentos interiores.

Epílogo

Un día, muy de mañana, nublado y frío, poco tiempo después, Ramiro salió, abandonando la gavia, la casa y el pueblo.

Marchóse a una ciudad vecina, en donde se casó con una niña de trenzas y de pocas palabras. Su padre, maestro tonelero, empleó a Ramiro y le enseñó el oficio.

En el día, Ramiro trabajaba; en las tardes iba a la taberna, y en las noches, leía, en el hogar, junto a su mujer.

El tabernero, que de oídas conocía la historia de Ramiro, cierta vez le comentó:

—¿Es por capricho que un hombre pierde su hogar, su posición, y se hace tonelero?

—¡No! —contestó Ramiro—. ¡Por limpieza!

El tabernero le celebró la ocurrencia y le invitó a una copa.

Enero de 1947.

JOSE DONOSO

José Donoso Yáñez nació en 1924. Estudió Humanidades en el Grange School. Viajó luego a Magallanes, en donde permaneció trabajando durante un tiempo. A su vuelta, ingresa al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, en donde sigue estudios de Pedagogía en Inglés. En 1949 es agraciado con una beca de la Doherty Foundation, para estudiar Literatura Inglesa en la Universidad de Princeton, en Estados Unidos. Allí sigue las clases de R. P. Blackmur, Edward Fitzgerald y Allen Tate. Publica dos cuentos en inglés, "The Blue Woman" y "The Poisoned Pastries", en la revista "MSS". Vuelve al cabo de dos años y medio de permanencia, viajando por América Central y México. Actualmente se dedica a la enseñanza.

El cuento que aquí antologamos es un relato simple, lleno de ternura, con una prosa liviana y directa. Nos muestra el cambio profundo que existe entre la infancia y las otras edades del hombre. Su estructura es clási-

ca, con un desenlace violento y, a la vez, imperceptible.

José Donoso tiene en preparación un volúmen de cuentos titulado "Coronación", que publicará próximamente.



José Donoso

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"El cuento es un relato más corto que la novela, en el cual la psicología, el ambiente y el desarrollo deben depender, al mismo tiempo que realzar, la situación y el tono."

"CHINA"

POR un lado el muro gris de la Universidad. Enfrente, la agitación maloliente de las cocinerías alterna con la tranquilidad de las tiendas de libros de segunda mano y con el bullicio de los establecimientos donde hombres sudorosos horman y planchan, entre estallidos de vapor. Más allá, hacia el fin de la primera cuadra, las casas retroceden y la acera se ensancha. Al caer la noche, es la parte más agitada de la calle. Todo un mundo se arremolina en torno a los puestos de fruta. Las naranjas de tez áspera y las verdes manzanas, pulidas y duras como el esmalte, cambian de color bajo los letreros de neón, rojos y azules. Abismos de oscuridad o de luz caen entre los rostros que se aglomeran alrededor del charlatán vociferante, engalanado con una serpiente viva. En invierno, raídas bufandas escarlatas embozan los rostros, revelando sólo el brillo torvo o confiado, perspicaz o bovino, que en los ojos señala a cada ser distinto. Uno que otro tranvía avanza por la angosta calzada, agitando todo con su estruendosa senectud mecánica. En un balcón de segundo piso aparece una mujer gruesa envuelta en un batón listado. Sopla sobre un brasero, y las chispas vuelan como la cola de un cometa. Por unos instantes, el rostro de la mujer es claro y caliente y absorto.

Como todas las calles, ésta también es pública. Para mí, sin embargo, no siempre lo fué. Por largos

años mantuve el convencimiento de que yo era el único ser extraño que tenía derecho a aventurarse entre sus luces y sus sombras.

Cuando pequeño, vivía yo en una calle cercana, pero de muy distinto sello. Allí los tilos, los faroles dobles, de forma caprichosa, la calzada poco concurrida y las fachadas serias hablaban de un mundo enteramente distinto. Una tarde, sin embargo, acompañé a mi madre a la otra calle. Se trataba de encontrar unos cubiertos. Sospechábamos que una empleada los había sustraído, para llevarlos luego a cierta casa de empeños allí situada. Era invierno y había llovido. Al fondo de las bocacalles se divisaban restos de luz acuosa, y sobre los techos cerníanse aún las nubes en vagos manchones parduscos. La calzada estaba húmeda, y las cabelleras de las mujeres se apegaban, lacias, a sus mejillas. Oscurecía.

Al entrar por la calle, un tranvía vino sobre nosotros con estrépito. Busqué refugio cerca de mi madre, junto a una vitrina llena de hojas de música. En una de ellas, dentro de un óvalo, una muchachita rubia sonreía. Le pedí a mi madre que me comprara esa hoja, pero no prestó atención y seguimos camino. Yo llevaba los ojos muy abiertos. Hubiera querido no solamente mirar todos los rostros que pasaban junto a mí, sino tocarlos, olerlos, tan maravillosamente distintos me parecían. Muchas personas llevaban paquetes, bolsas, canastos y toda suerte de objetos seductores y misteriosos. En la aglomeración, un obrero cargado de un colchón desarregló el sombrero de mi madre. Ella rió, diciendo:

—¡Por Dios, esto es como en la China!

Seguimos calle abajo. Era difícil eludir los charcos en la acera resquebrajada. Al pasar frente a una cocinería, descubrí que su olor mezclado al olor del impermeable de mi madre era grato. Se me antojaba poseer cuanto mostraban las vitrinas. Ella se horrorizaba, pues decía que todo era ordinario o de segunda mano. Cientos de floreros de vidrio empavonado, con medallones de banderas y flores. Alcancías de yeso en forma de gato, pintadas de magenta y plata.

Frascos llenos de bolitas multicolores. Sartas de tarjetas postales y trompos. Pero sobre todo me sedujo una tienda tranquila y limpia, sobre cuya puerta se leía en un cartel: "Zurcidor Japonés".

No recuerdo lo que sucedió con el asunto de los cubiertos. Pero el hecho es que esta calle quedó marcada en mi memoria como algo fascinante, distinto. Era la libertad, la aventura. Lejos de ella, mi vida se desarrollaba simple en el orden de sus horas. El "Zurcidor Japonés", por mucho que yo deseara, jamás remendaría mis ropas. Lo harían pequeñas monjitas almidonadas de ágiles dedos. En casa, por las tardes, me desesperaba pensando en "China", nombre con que bauticé esa calle. Existía, claro está, otra China. La de las ilustraciones de los cuentos de Calleja, la de las aventuras de Pinocho. Pero ahora esa China no era importante.

Un domingo por la mañana tuve un disgusto con mi madre. A manera de venganza fuí al escritorio y estudié largamente un plano de la ciudad que colgaba de la muralla. Después del almuerzo mis padres habían salido, y las empleadas tomaban el sol primaveral en el último patio. Propuse a Fernando, mi hermano menor:

—¿Vamos a "China"?

Sus ojos brillaron. Creyó que íbamos a jugar, como tantas veces, a hacer viajes en la escalera de tijeras tendida bajo el naranjo, o quizás a disfrazarnos de orientales.

—Como salieron —dijo—, podemos robarnos cosas del cajón de mamá.

—No, tonto —susurré—, esta vez vamos a IR a "China".

Fernando vestía mameluco azulino y sandalias blancas. Lo tomé cuidadosamente de la mano y nos dirigimos a la calle con que yo soñaba. Caminamos al sol. Íbamos a "China", había que mostrarle el mundo, pero sobre todo era necesario cuidar de los niños pequeños. A medida que nos acercamos, mi corazón latió más aprisa. Reflexionaba que afortunadamente era

domingo por la tarde. Había poco tránsito, y no se corría peligro al cruzar de una acera a otra.

Por fin alcanzamos la primera cuadra de mi calle.

—Aquí es —dije, y sentí que mi hermano se apretaba a mi cuerpo.

Lo primero que me extrañó fué no ver letreros luminosos, ni azules, ni rojos, ni verdes. Había imaginado que en esta calle mágica era siempre de noche. Al continuar, observé que todas las tiendas habían cerrado. Ni tranvías amarillos corrían. Una terrible desolación me fué invadiendo. El sol era tibio, tiñendo casas y calle de un suave color de miel. Todo era claro. Circulaba muy poca gente, éstas a paso lento y con las manos vacías, igual que nosotros.

Fernando preguntó:

—¿Y por qué es "China" aquí?

Me sentí perdido. De pronto, no supe cómo contentarlo. Vi decaer mi prestigio ante él, y sin una inmediata ocurrencia genial, mi hermano jamás volvería a creer en mí.

—Vamos al "Zurcidor Japonés" —dije—. Ahí sí que es "China".

Tenía pocas esperanzas de que esto lo convenciera. Pero Fernando, quien comenzaba a leer, sin duda lograría deletrear el gran cartel desteñido que colgaba sobre la tienda. Quizás esto aumentara su fe. Desde la acera de enfrente, deletreó con perfección. Dije entonces:

—Ves, tonto, tú no creías.

—Pero es feo —respondió con un mohín.

Las lágrimas estaban a punto de llenar mis ojos, si no sucedía algo importante, rápida, inmediatamente. ¿Pero qué podía suceder? En la calle casi desierta, hasta las tiendas habían tendido párpados sobre sus vitrinas. Hacía un calor lento y agradable.

—No seas tonto. Atravesemos para que veas —lo animé, más por ganar tiempo que por otra razón. En esos instantes odiaba a mi hermano, pues el fracaso total era cosa de segundos.

Permanecimos detenidos ante la cortina metálica del "Zurcidor Japonés". Como la melena de Lucrecia,

la nueva empleada del comedor, la cortina era una dura perfección de ondas. Había una portezuela en ella, y pensé que quizás ésta interesara a mi hermano. Sólo atiné a decirle:

—Mira... —y hacer que la tocara.

Se sintió un ruido en el interior. Atemorizados, nos quitamos de enfrente, observando cómo la portezuela se abría. Salió un hombre pequeño y enjuto, amarillo, de ojos tirantes, que luego echó cerrojo a la puerta. Nos quedamos apretujados junto a un farol, mirándole fijamente el rostro. Pasó a lo largo y nos sonrió. Lo seguimos con la vista hasta que dobló por la calle próxima.

Enmudecimos. Sólo cuando pasó un vendedor de algodón de dulce salimos de nuestro ensueño. Yo, que tenía un peso, y además estaba sintiendo gran afecto hacia mi hermano por haber logrado lucirme ante él, compré dos porciones y le ofrecí la maravillosa sustancia rosada. Ensimismado, me agradeció con la cabeza y volvimos a casa lentamente. Nadie había notado nuestra ausencia. Al llegar Fernando tomó el volumen de "Pinocho en la China" y se puso a deletrear cuidadosamente.

Los años pasaron. "China" fué durante largo tiempo como el forro de color brillante en un abrigo oscuro. Solía volver con la imaginación. Pero poco a poco comencé a olvidar, a sentir temor sin razones, temor de fracasar allí en alguna forma. Más tarde, cuando el mundo de Pinocho dejó de interesarme, nuestro profesor de box nos llevaba a un teatro en el interior de la calle: debíamos aprender a golpearnos no sólo con dureza, sino con técnica. Era la edad de los pantalones largos recién estrenados y de los primeros cigarrillos. Pero esta parte de la calle no era "China". Además, "China" estaba casi olvidada. Ahora era mucho más importante consultar en el "Diccionario Enciclopédico" de papá las palabras que en el colegio los grandes murmuraban entre risas.

Más tarde ingresé a la Universidad. Compré gafas de marco oscuro.

En esta época, cuando comprendí que no cuidarse mayormente del largo del cabello era signo de categoría, solía volver a esa calle. Pero ya no era mi calle. Ya no era "China", aunque nada en ella había cambiado. Iba a las tiendas de libros viejos, en busca de volúmenes que prestigiaran mi biblioteca y mi intelecto. No veía caer la tarde sobre los montones de fruta en los kioscos, y las vitrinas, con sus emperifollados maniquíes de cera, bien podían no haber existido. Me interesaban sólo los polvorientos estantes llenos de libros. O la silueta famosa de algún hombre de letras que hurgaba entre ellos, silencioso y privado. "China" había desaparecido. No recuerdo haber mirado, ni una sola vez en toda esta época, el letrero del "Zurcidor Japonés".

Más tarde salí del país por varios años. Un día, a mi vuelta, pregunté a mi hermano, quien era a la sazón estudiante en la Universidad, dónde se podía adquirir un libro que me interesaba muy particularmente, y que no hallaba en parte alguna. Sonriendo, Fernando me respondió:

—En "China"...

Y yo no comprendí.

ALFONSO ECHEVERRIA

Alfonso Echeverría Yáñez es hijo de la distinguida escritora chilena María Flora Yáñez. Nació el 22 de julio de 1922 en Santiago. Hizo sus estudios humanísticos en "The Grange School", y los universitarios en la Universidad Técnica Federico Santa María.

Becado por los Estados Unidos, permanece allí durante dos años (1942 a 1944), perfeccionándose en su especialidad. Comparte el ejercicio de su profesión con el ingrato y amargo ejercicio de la literatura. Su principal obra, "La Vacilación del Tiempo", permanece aún inédita. El escritor nos dice en su carta, textualmente, que... "describe las experiencias íntimas del autor en ese período de dos años, y es, a la vez, un ensayo de extraordinario alcance poético y filosófico".

La obra que aquí mostramos fué premiada en el Concurso "Renovación" en 1952. Su

prosa es clara, con economía de expresión, simple en sus procedimientos. La narración es casi poemática, inquietantemente obscura, oscilación continua entre el sueño y la realidad.



Alfonso Echeverría

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"INDIVISIBLE debe ser el cuento. La unidad, en él, es más necesaria que en género alguno de las letras. Esta cohesión de piedra escasa, trabajada, la alcanza el cuento de carácter narrativo, a través del desenlace, que, con ser postrero, es también primordial y luminoso. Si hemos de conservar tal unidad, indispensable en el género, y si a la vez, por razones que ignoramos, ha dejado de atraernos el relato de la acción y de sus contingencias, debemos substituir ese poder aglutinante del final por una armonía más oculta, que trascienda del conjunto de lo escrito, y haga de cada cuento una obra separada, singular, INDIVISIBLE."

N A U F R A G I O

EL barco estaba terminado. Lo había construído él mismo en diez meses. A sus amigos, que lo interrogaban sobre sus fines, les contestaba simplemente que cruzaría el Atlántico. Y al ver la extrañeza con que ellos contemplaban el proyecto, esa partida desde un puerto extremo de la América del Sur, para cruzar el Estrecho y el océano en una embarcación tan frágil, sin tripulación, sin otra compañía que la de una mujer, él les decía: "Mi mujer es todo para mí, y yo soy todo para ella. Si se abre un hoyo en el mar, mejor es que entremos los dos".

Y un día dijo a un amigo: "Cuando ella despierta, antes de abrir los ojos, sonríe".

Tenía tal vez razón para sonreír. Las franjas amarillas y celestes rodeaban las chimeneas de los barcos. En el agua transparente reposaban lanchones, conteniendo manzanas, pescados, verduras. Y en los diques vendían ladrillos de luche, cadenas de almejas, cochayuyo: toda clase de algas y moluscos. Estaba contenta. Siempre había sentido la atracción de los viajes. Vió desde chica, subida a una silla, los buques anclados en el puerto y el vuelo de los pájaros marinos. Y este espectáculo diario de mar azul, de espacio libre, le fué infundiendo la ilusión de aventura.

Nunca lugar alguno del mapa le pareció tener sentido permanente. Estaban siempre de paso, por un año, por dos, pero de paso siempre. Así conserva-

ban, por sobre todas las cosas, su libertad y soledad con respecto al mundo.

Sólo que ahora, tal vez, era distinto. Preparaban algo más hondo, más grande. No parecía atraerles la meta en sí, sino algo anterior a la meta, que no sabían muy bien expresar.

Cuando caminaron, para partir, por los muelles de piedra, ella observó los pescados, que temblaban en el muelle como gelatina. El cuchillo cortaba uno de ellos en dos, y unas manos gruesas se lo extendían al comprador, quien lo envolvía en papel de diario y buscaba en el bolsillo un cordel para amarrarlo. En el piso de concreto había un charco, y sobre él flotaban algunas hojas amarillas y otras rojizas.

Así partieron, limpiamente. El no vió todo esto que ella miraba. Iba serio, sosteniendo el timón. Llevaba una camisa de lana que le quedaba estrecha. Ella, en cambio, lo había visto todo. Hasta un pequeño saltimbanqui entre las hojas. Y el casco podrido de un barco que se acercaba al muelle. Y las ropas lavadas, en la costa, flotando sobre el viento con sus colores pálidos.

Solamente mar afuera, él giró la cara para mirarla. Iba sentada sobre un rollo de cuerda. Tenía el cuello inclinado, y unos pelos le sobraban del cabello y se agitaban. Era una imagen cercana y a la vez distante.

Durante varios días, él estuvo absorto en la brújula y el mapa. Parecía adentrarse en la geografía, estudiando sin cesar todas las cartas. Mostraba cierta obstinación por salir, salir del continente, sin causar a su barco un solo rasguño.

El viaje era su idea. Había insistido en realizarlo, como si dependiera su vida misma de esa entrada al océano. Y sólo después de sacrificios innumerables, cuando cargados de provisiones dejaron por fin el último puerto, y varios días y noches de horizonte limpio lavaron su memoria de toda costa, sólo entonces, cuando eran pequeños en el centro del mar, perdió esa obstinación que lo había guiado.

Sobrevino en ambos un abandono. La sal los dominaba. Endurecía sus labios. Daba realce a sus dientes. Borraba la cuenta de los días y las noches. Quitaba importancia al trayecto. El dejó de soñar con dificultades y trámites y luchas. Cierta aspiración secreta, que nunca intentó expresar, tomaba ahora forma en sus sueños. Tenía relación con el agua, con la "atmósfera líquida", según su término. Pero era una noción confusa que no acertaba a definir. Solamente en sueños, en sueños que después se extinguían, dejando sólo un residuo oscuro, lograba ver lo que durante el día buscaba en él expresión.

Era un aire denso el que habitaba entonces, un aire sin aire, un aire de agua. Privado de todo peso o resistencia, descendía al fondo, se arrastraba entre tintas y arborescencias, volando lentamente en todas direcciones. Y encontraba brillantes flores animales, esponjas frescas y vivas, moluscos con pintas de leopardo. O alguna concha blanca, sonrosada, de finos repliegues y profundidades, conteniendo perlas naranjas, amarillas, todavía blandas.

Despertaba oprimido, como si alguien lo hubiese arrancado de ese mundo, aunque no recordaba más que vagamente lo que había visto. Solamente su mujer parecía encarnar, todavía, la esencia del sueño; parecía continuar y condensar la vida aquella, silenciosa, preservándola de perecer en la vigilia.

Ella preparaba una sopa. Abría una lata con un instrumento especial, y vaciaba a los platos un líquido rojo blanquizco. "Hoy tenemos sopa de tomates", decía. ¿Pero de dónde salía ese líquido rojo? ¿No lo había visto momentos antes diluido en el agua? ¿No sería todo una farsa? ¿No estaría *en otra parte* la realidad?

Volvía al timón, y estaba largo rato allí de pie, mirando el vacío, tratando de enfocar lo ausente. Su angustia no venía de aquello que estaba descubriendo, sino más bien del temor incierto de ser distanciado, de no alcanzar a aprehenderlo.

Recordaba aquel sueño de algunos años atrás. Habían llegado a los confines del planeta, a las masas

glaciales del Polo. Dejaron el barco, que estaba prisionero entre los hielos, y caminaron por la blanca redondez final de la Tierra. "Es la curvatura del inmenso globo", pensó, mientras se deslizaba y alejaba, sin que le fuera ya posible asirse a las cosas. Comprendió que caía en el espacio, y sólo alcanzó a agitar un brazo lentamente, en señal de despedida, a esa figura que lo miraba irse desde el borde desolado del desierto.

Ese sueño expresaba cierto temor que era en él esencial. ¿Cómo distinguir lo que ardorosamente deseaba, en su interior, de ese lento resbalarse en el vacío? No sabía distinguirlo. Pero sabía que debía optar ahora, ahora que estaba tan cerca de su ignorado deseo.

Había archivado las cartas náuticas. Ya no trazaba en ellas, como antes, el progreso del barco. La brújula misma no era ya para él un instrumento que orienta. La observaba como quien contempla un organismo vivo, tratando quizá de captar su misterio. Y ella, la mujer, lo contemplaba a él hondamente. La llegada al puerto de destino no parecía importarles. Tal vez, al contrario, habría sido para ambos como un regreso, como un fracaso, como un volver al punto inicial.

Un día preguntó: "¿Por qué hemos hecho este viaje, al fin?" Y ella sonrió levemente, como si no quisiera decir. "Pero sabía —pensó él—, sabía, sin duda, sabía." Su lengua viva lo refrescaba, era un contraste con la sal del aire; pero aun siendo dulce tenía un origen oceánico. Nada podía borrar ese parentesco. Cuando sus manos avanzaban a tomarlo, avanzaban como a través del agua. Había en ella cierta indómita, inocente libertad. Daba la impresión de estar sumergida.

"La tierra llega hasta su superficie —dijo él una mañana—, y sobre ella caminan las personas: sobre las duras ciudades y sobre los blandos campos. Pero es en el mar donde está la vida. No en su corteza, sino adentro del mar, en las profundidades más hondas y ocultas." Pero ella parecía saberlo desde años antes de haber nacido.

El hablaba, entonces, con frialdad y pasión. Porque ahora sus sueños no estaban ocultos en las horas dormidas. Asomaban por fin a la vigilia. Hablaba de los ojos negros, implacables, de algunos peces, rodeados de estrías azules. O de ciertos pulpos que son como serpientes reunidas. O de un cangrejo hirsuto, con patas de escarcha, que vive en las conchas deshabitadas. O de otros que emprenden exploraciones audaces, caminando en puntillas sobre sus grandes garras o delicadas pinzas. Ahí en el mar se encontraban reunidos el peligro y la belleza. El terror vagaba entre zonas puras: zonas amarillas, zonas verdes, violetas. Zonas completamente negras, en que sólo alumbra alguna fosforescencia breve.

Y hablaba después del cuerpo humano. De los órganos y líquidos y músculos que en su interior contiene. De ese molusco negro, terrible que es el corazón, de vida extraña, independiente, rebelde, en su recinto estrecho. O de esas piedras frescas, intocables, como cristal, que los párpados cubren y esconden.

Estaba poseído. Y ella lo deseaba, lo acogía, lo amaba y replegaba tiernamente. ¿Sentía la belleza de esos jardines vivos que a él tan sordamente lo atraían? Sumergirse en ese acuario virgen, entrar en esos cristales lentamente, ver en el descenso algún pez amarillo, pequeño, con listas negras, todo eso, ¿la seducía? Es más probable que tratara de aplacar el desvarío que veía crecer en él. Tal vez deseaba presentar la paz, la placidez, en esta vasta aventura. Aunque sabía, debía saber, que los negros abismos que los sostenían eran frágiles, vacilantes, prontos a abrirse.

Una noche el cuerpo de ella rodó hacia él, sobre el lecho, y un estruendo jamás oído sacudió todo el barco. Y cuando él subió a cubierta por la escala oblicua, ya sabía que afrontaba un temporal. Las olas habían crecido de pronto. La superficie tenía un relieve insospechado. El se prendía al timón, pero nada podía hacer con el barco. Sus bases arrancaban, huían en una corriente repentina que de pronto retornaba, aplastándolo todo con toneladas de agua.

Ella estaba en el cuarto, recluída. Un objeto asomó sobre la mesa, y cayó borde abajo, como deseando alejarse de su sitio habitual. Otros iniciaban vacilantes excursiones, despertando para volver a dormirse, como si hallaran en su sueño inmóvil la iniciativa que los hacía vagar. Y una gruesa cadena oscilaba, en la pared, más lerda y grave que todos los péndulos, pero más poderosa, como si preparara una acción desmedida. Ella miraba esta sagrada rebelión de los objetos, que decían ahora de pronto lo que habían callado tanto tiempo. Y trataba de absorberlos, de reducirlos en su cuerpo quieto. Las paredes estiraban hacia ella sus brazos, como si hubieran deseado aprehenderla, volviendo luego impotentes a su lugar de origen.

Todo de pronto se había trastrocado. El mar estaba oblicuo ahí afuera. Su plano se había inclinado, como queriendo volcarse sobre ellos. El mástil estaba en diagonal. Navegaban por una pendiente interminable. ¿Dónde estaba el "arriba"? ¿De dónde venía la gravedad? ¿No se hundían de soslayo? Las verticales, ¿no oscilaban todas?

Ella tal vez sentía extinta su antigua noción del espacio. El mar ahora bien podía darse vuelta y aplastarlos. Su inmersión en las aguas profundas les parecería una ascensión para salir a flote, y se sorprenderían de llegar al blando fondo, en vez de haber salido al aire, y tratarían de perforarlo para poder respirar, creyendo tal vez que ese "fondo", ese piso del mar, era el techo, la bóveda del agua, y que estaban pegados a ella, no por ser más pesados, sino por ser más livianos. Todo esto tal vez pensaba ella mientras estaba inmóvil mirando las cosas.

Y después de largas horas, o noches, o tal vez años, de estar allí enfrentando el brillo de esas montañas, temblorosas y negras, él de pronto volvía en sí. ¿Dónde estaba? ¿Existía ella? ¿O había hecho este viaje solo? Recorría la breve cubierta como un gigante pequeño, desconcertado. No tenía vinculación con su propia memoria. El mar y el peligro habían barrido con todo. Pero entonces la encontraba, a ella, en el camarote: como alga fresca, caracol de mar, tí-

mida esponja. Y escondía la cara en sus rodillas. Y ella con su mano le acariciaba el cuello. Y en esa tabla vacilante se deseaban.

Pero todo fué de pronto demasiado grande, demasiado oscuro y violento. Y ella fué, mirando primero hacia la entrada del camarote, entreabriendo la boca como quien abre un abismo, ella fué quien le dijo al oído, y le siguió diciendo en el cuello, y en la nuca, quemando su fría piel con las palabras, ella fué quien le dijo: "Ahora, ahora sí, ahora, ahora, ahora", como si todo el tiempo hubiera sabido las intenciones que él abrigaba.

Y obedeciendo a esas palabras susurradas de tan cerca, él se encontró de pronto en la bodega, con una picota en la mano, realizando un deseo que era en él poderoso pero inconsciente hasta entonces. Encerrado en esa cavidad como en un sueño, golpeó en las paredes, golpeó en el suelo, golpeó en las tablas que había construído, y que de pronto se abrieron, dejando entrar la inundación.

JORGE EDWARDS

Jorge Edwards Valdés, nacido en 1931, en Santiago, estudiante del último año de Derecho, es uno de los escritores más importantes de la nueva generación, no tanto por lo que ha hecho como por lo que está por hacer. Su formación humanista ha sido rigurosa. En 1952 publicó su primer libro, "El Patio", mereciendo críticas favorables, no desprovistas de entusiasta admiración.

El cuento "Los Pescados", que aquí presentamos, pertenece al libro antedicho. "La Herida" es inédito. En ambos es posible advertir las cualidades fundamentales de este escritor: a) armoniosa y equilibrada estructura; b) prosa austera y simple; c) sacrificio del sonido al sentido; y d) capacidad de representación ingenua y poética del mundo.

Henos aquí ante un escritor inteligente y sensible, estudioso, obstinado, diligente, virtudes todas que nos permiten confiar plenamente en su obra futura.



Jorge Edwards

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es una obra literaria en prosa, que expresa, con rigor de síntesis, una situación, a diferencia de la novela, que expresa un cúmulo de situaciones, un mundo; y en que el autor ofrece al lector, desde una pequeña perspectiva, su visión de la realidad, a diferencia de la novela, en que la perspectiva propuesta es extensa y cambiante."

L A H E R I D A

LOS muchachos trepaban al muro en una parte semiderrumbada, y avanzaban, con grandes precauciones, por la cima. Uno de ellos se aferró a las ramas de un árbol que estorbaban el paso, pero ante las violentas protestas de sus seguidores tuvo que continuar. Pronto las paredes de la casa lo ocultaron.

—¡La vuelta al mundo! ¡La vuelta al mundo! — gritaban, y las voces permanecían vibrando en la tarde aletargada, calurosa.

Tras de mirar al suelo, melancólico, Pedro se lanzó por el tobogán. Cayó en el cuadrado de arena y se puso de pie, restregando sus manos. No todos habían partido al muro; algunos conversaban en pequeños grupos, o jugaban, o contemplaban, con lánguido ensimismamiento, algún punto vago del jardín. Don Ernesto, dueño de casa, y las señoras Amelia y Soledad, que ocupaban las sillas de lona de la galería, habían dirigido hacia él sus miradas. Maquinalmente comenzó a subir la escala de nuevo.

Quizás en qué pensaba cuando propusieron la idea de recorrer el muro. El hecho es que, sin él darse cuenta, lo dejaron solo, y ahora resultaba humillante plegarse, sin una expresa invitación, a las filas. Era preferible fingir que continuaba en el tobogán por su propia voluntad.

Cuando estuvo arriba, vió el tejado de planchas oscuras, calcinadas por el calor. Los gritos llegaban desde

lejos. Ninguna brisa, bajo el sol ardiente, removía el aire.

Pedro se sentó en la cumbre del tobogán. Los más avanzados de la fila fueron apareciendo. Caminaban silenciosos, cansados de gritar, y con mucho mayor soltura. Uno de ellos, que había levantado la vista, la fijó en él fugazmente, sin parecer extrañarse de su aislamiento. Siguió caminando, con la vista clavada en el angosto sendero.

"¡No tengo nada que ver con ellos! —pensó Pedro, frunciendo los labios con furia—. ¡No debí venir a la fiesta!"

Los primeros comenzaron a descolgarse del muro. En grupos desiguales, se acercaron a la casa. Don Ernesto se hallaba tendido en la silla, con los pies cruzados y entrelazadas las manos. Por su rostro extendíase una plácida sonrisa:

—¿Ninguno se rompió algún hueso?

—¡No! ¡Ninguno!

—Díganles que no sigan. Ya es hora de que tomen té.

Los ojos de uno de los muchachos toparon sorprendidos a Pedro:

—¿Qué haces ahí todavía?

—Nada. Es que me dió flojera seguirlos a ustedes...

—¡Bájate! Vamos a ir a tomar té.

Pedro lo miró sin contestar. Después de un momento, se dió un impulso, sintiendo, mientras caía, una sensación extraña y dolorosa en la mano izquierda, como si la hubiera herido algo saliente. Se puso de pie, sacudiéndose con la otra mano, y vió con asombro que la izquierda estaba cubierta de sangre.

—¡Miren! —exclamó—. ¡Miren lo que me hice!

Los que pasaban cerca se volvieron:

—¿Qué te pasó?

Se acercaron, curiosos, y un grupo cada vez mayor fué formándose alrededor de Pedro.

—¿Qué le pasó? —preguntaban.

—Seguro que fué un clavo salido...

—Claro. Seguramente...

—Eso ha sido —dijo Pedro con tranquilidad.

Escurriéndose por entre sus dedos, la sangre goteaba en la arena.

—A ver... Déjenme pasar. —Intimidados, los muchachos abrieron paso a don Ernesto. Las dos señoras se mantuvieron a prudente distancia, muy preocupadas, mientras inspeccionaba por ellas un señor corpulento y de bigotes.

—No es nada —les anunció el señor, después de un rápido vistazo.

La expresión de las señoras, sin embargo, era tensa.

—¡Cómo sale la sangre! —dijo alguien.

La visión de su sangre le había producido a Pedro una mezcla de inquietud y orgullo. El era, de pronto, el personaje principal de aquella tarde.

La señora Soledad, que no había podido verlo hasta ese instante, contrajo los músculos faciales y se llevó una mano al mentón:

—¡Está pálido como un muerto!

—Ven —dijo don Ernesto. Lo empujó suavemente por un hombro—. No es nada tu herida; un poco de yodo y se te sana.

Los muchachos lo dejaron pasar y aprovecharon para observar su mano con extremada atención. El la llevaba en alto, para no mancharse con la sangre.

Al oír hablar de yodo, uno de ellos puso una expresión adolorida:

—¡Eso arde como caballo!

Pedro sintió que sus piernas apenas podían sostenerlo. Se nublaba su vista. Ante la perspectiva del dolor, preferia, sin duda, que la herida no sanara tan luego. Caminó despacio, mientras el malestar amainaba.

—Bueno, niños —dijo don Ernesto, una vez que llegaron a la galería—. Ustedes sigan jugando, no más. No se preocupen de Pedro.

Lo hizo penetrar en un gran salón semioscuro y de agradable frescura; el calor del verano, al parecer, se había detenido en los umbrales.

—Por favor, Amelia —dijo, mirándola con aire profesional—. ¿Por que no me traes un frasquito de yodo y un poco de algodón? Siéntate, Pedro —agregó

en seguida—; después te voy a dar un coñac y vas a ver cómo te sientes mejor inmediatamente.

El malestar había disminuido, pero el corazón de Pedro palpitaba con fuerza increíble.

—¡Claro! —exclamó el señor de bigotes, como si hubieran aludido a una de sus opiniones favoritas—; con el coñac se va a sentir como nuevo.

—¿Quieres que le traiga un poquito? —preguntó, desde atrás, la señora Soledad, que hasta ese momento guardaba un atento y circunspecto silencio.

—Por favor... ¿Por qué no traes una copa chica?

Pedro, también por orden de don Ernesto, se tendió en un diván, junto a un cojín negro bordado con hilo de diversos colores.

—¿Duele mucho el yodo? —preguntó, y su voz quería pedir indulgencia y, al mismo tiempo, pasar inadvertida.

—No —dijo don Ernesto—. ¡Qué te va a doler! Te arde un ratito, nada más.

Pedro se acomodó en el diván, pese a que las últimas palabras no lo tranquilizaron por completo.

La señora Amelia trajo un frasco muy pequeño y un pedazo de algodón.

Tomando el algodón, don Ernesto lo empapó en el yodo que le ofrecía la señora Amelia, y lo aplicó sin demora, con vigor, sobre la herida.

* * *

—¿Cómo te sientes ahora?

—Bien... —dijo Pedro, colocando la copa de coñac encima de una mesa. Su rostro estaba rojo, y sentía, por todo el cuerpo, un calor reconfortante.

—Diles a los niños que vengan un rato, si quieren —dijo don Ernesto a la señora Amelia—. Mejor que este hombre aún descanse un poco.

Pedro sentía una sensación muy agradable; una profunda calma. Ni siquiera recordaba su exasperado sentimiento de soledad y humillación; ahora era como si todos giraran alrededor suyo.

Los muchachos comenzaron a entrar en la pieza en penumbra muy serios y en correcto orden. Poco a poco lo fueron rodeando.

—¿Cómo te sientes?

—Bien... —dijo él—. Me siento perfectamente.

Los de atrás levantaban la cabeza, llenos de impaciencia por mirarlo. Transcurrieron momentos de embarazoso silencio.

—Bueno, entonces... Después ven al jardín. Nosotros vamos a estar allí hasta más tarde.

—Muy bien —dijo Pedro—. En el jardín nos juntamos... Y gracias por la visita... —Esbozó una sonrisa.

—Hasta más rato —dijeron ellos. Salieron lentamente, sin atropellarse, y se alejaron por un corredor. Luego Pedro los oyó precipitarse al jardín y resonaron sus gritos, confusos y lejanos. El se sintió contento de poder estar unos minutos solo, aunque no dejaba de temer que una de las señoras llegara, con el propósito de hacerle larga compañía. Los gritos, entretanto, de nuevo despreocupados e indiferentes, llegaban desde muy lejos, desde las cercanías del muro semiderruído.

LOS PESCADOS

PEDRO iba caminando por la orilla del estero. Junto a los muros derruídos y cubiertos de musgo, pescaba una hilera de personas de diferentes tamaños y edades.

Caminaba despacio, sin ganas de llegar muy luego. Serían, más o menos, las siete de la tarde.

Apoyada contra el muro, una niña miraba fijamente al camino. Era pecosa, de pelo amarillento y tieso, y en su cara redonda los ojos estaban un poco perdidos. Parecía no pensar en nada, o pensar en algo indiferente y monótono.

Al verlo, sus ojos se reavivaron, observándolo con curiosidad.

—¿Usted no quiere pescar? —preguntó.

—Muchas gracias... —Incómodo, se detuvo—. Lo que pasa es que no he pescado nunca.

—No importa —dijo ella, moviendo las manos con algo de agitación—. No importa. Eso no importa nada. Casi todos alegan lo mismo y siempre terminan pescando.

—Pero es que yo no tengo idea —dijo él.

Un tarro de lata lleno de agua descansaba en el suelo, junto a unas lienzas de pescar.

—¿Tiene algún pescado? —preguntó.

—Tengo muchos —dijo ella, con una imperceptible sonrisa de superioridad—. Pero éstos no se alcanzan a ver. ¡Espérese un ratito!

Partió corriendo en dirección a un señor muy gordo, que usaba gruesos anteojos blancos, una camiseta blanca, de manga corta, y un sombrero de color crema, un poco sucio.

Volvió con un frasco de vidrio fuertemente apretado entre sus manos.

—Mire —dijo—. En este frasco sí que se divisan bien. Claro que puse los pescaditos más chicos —añadió, mientras él observaba con sorpresa unos peces blanquecinos, pequeñísimos y casi transparentes—. Bueno —continuó, señalando un espacio en el muro—, ¿por qué no se coloca ahí para que pesque?

Depositó el frasco de vidrio encima del parapeto. Las aguas eran espesas y oscuras. Alguien lanzó un pedazo de pan, que quedó flotando a la deriva. En menos de un segundo, desapareció bajo una nube de peces que se lo disputaban.

—Si quiere le preparo yo misma la lienza —dijo la niña, y de inmediato, como si conociera su respuesta, puso manos a la obra.

La nube de peces ya se disolvía, después de haber exterminado el pedazo de pan.

El se volvió al sentir que introducían una cosa en su bolsillo.

—Así no se le cae al agua —dijo el rostro pecoso y cercano—. Primero tendría que caerse usted.

Pedro sonrió vagamente. Al otro lado del estero, los techos de lata, desvencijados y altos, eran enrojecidos por el sol. Ella colocó una miga de pan en cada uno de los diminutos anzuelos.

—Ahora pesque no más —dijo—; y si quiere gusanitos, pídaselos a mi papá. Es ese señor gordo con anteojos, de camiseta blanca.

El señor, de espaldas al estero, con los brazos y los pies cruzados, conversaba.

—Pídaselos sin miedo —dijo—. El le da gusanos a casi todos los que pescan aquí. Todas las mañanas los saca del jardín y los guarda en una caja.

Pedro comenzó a bajar su lienza.

—¿No quiere gusanos, entonces?

—No... Si yo creo que con migas...

Los anzuelos desaparecieron bajo el agua. Sufrieron, al instante, repentinos y cortos remezones.

—Creo que ya pesqué —dijo, torciendo la cabeza y mirándola lleno de satisfacción.

—Levante la lienza, pues —dijo ella, sin expresar sorpresa, sin siquiera inclinarse a mirar.

Silenciosamente, un muchacho de unos catorce años se acercó para observar la maniobra.

—Levante' bien despacio —dijo.

Fué levantando la lienza con infinitas precauciones. Un pescado coleaba en el extremo. Levantó poco a poco. Le parecía increíble que el pescado pudiera llegar hasta sus manos.

—Es harto grande —dijo el muchacho, con secreta simpatía. Pedro lo miró de reojo. Su cara era sucia y de piel bastante oscura.

Cuando el pescado llevaba recorrida la mitad del camino, se desprendió del anzuelo y cayó al agua.

—¡Por Dios! —exclamó Pedro. Miró hacia todas partes, pero ella no estaba. El muchacho lo observaba con ojos muy abiertos.

—Tome —dijo la niña, volviendo con una lombriz que se retorcía entre sus dedos—. Póngala en el anzuelo.

El obedeció sin hablar, con inmensa repugnancia. La lombriz se retorcía tenazmente. Por fin, quedó atravesada en el centro del anzuelo.

Balanceándose, el anzuelo comenzó a descender. La oscuridad iba creciendo. El no vió si había penetrado ya en el agua, pero se sintieron de repente los remezones de la lienza. La subió, y algo plateado brillaba entre la oscuridad. Ya se reconocía su forma cuando, desprendiéndose de la lienza, desapareció.

—Niñita —dijo Pedro, tratando de sonreír—, se me han caído todos los pescados al agua. —La lombriz, empapada, semideshecha, continuaba adherida al anzuelo.

—¡Pobre! —dijo ella, dirigiéndose a una indefinida concurrencia—. Los dos se le cayeron al agua.

Pedro sentía una tristeza ridícula y desalentadora. El niño lo miraba con curiosidad.

FELIX EMERICH

Félix Emerich Leblanc nació en Valparaiso en agosto de 1932. Su obra permanece totalmente inédita.

Los dos cuentos que hemos antologado muestran algunos de los méritos esenciales de este escritor: estilo sobrio, claro y ameno, sin derroches de fácil lirismo, so pretexto de crear metáforas. Muestran, asimismo, dos actitudes creadoras, ya que "Flor de Ceibo", el primer relato, nos precipita de modo directo en la realidad, mientras que "Diamantino", el cuento segundo, nos introduce en un mundo fantástico y poético de extraordinaria riqueza. Sin duda este último cuento quedará como una de las obras clásicas de la pura imaginación dentro de la nueva literatura chilena.

Félix Emerich ha tenido una formación autodidacta, lo que no le ha impedido procurarse una prosa, una materia literaria aus-

tera, expresiva y rica. Estamos ante un escritor cabal, con honda conciencia crítica, con rara madurez de oficio.

Y ante un artista que se mide, que refrena su musa, al cual será preciso atender en sus futuras realizaciones.



Félix Emerich

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es un relato breve que consideraré tanto mejor logrado mientras más me interese por su desenlace durante su lectura, y por releerlo, una vez conocido el desenlace."

FLOR DE CEIBO

SI mi tía Lucrecia no hubiera armado tanta alharaca acerca de la inviolabilidad del famoso baúl, yo creo que jamás se me hubiese ocurrido profanarlo. Pero guardaba la llave cual hueso de santo y abrialo con tantas precauciones y declaraba con tal énfasis que mientras ella viviese nadie metería en él las narices... El hecho fué que las mías empezaron a arder en deseos por introducirse en el misterioso mueble, sin esperar que mi tía falleciera.

Una casualidad hizo factible, cierto día, mi propósito. Mi tía recibió la visita de su antigua amiga doña Eduvigis, poseedora de una lengua infatigable e invencible, muy reputada en corrillos chismográficos. Recordando tiempos ¡ay! lejanos ya, se remontaron al punto de partida de su amistad. Se habían conocido a bordo del "Reina del Pacífico" siendo solteras (posteriormente ninguna había pescado marido, pero ya no eran solteras, sino solteronas), durante un célebre viaje de mi tía Lucrecia, en el cual flechara a un gringo simpatiquísimo.

—¿Tú te acuerdas del gringuito?

—¡Niña, por supuesto! ¡Era tan dije!... ¿Qué será de él ahora?

—Quizás... ¿Recuerdas la fotografía que me regaló?... Por ahí la tengo.

La tenía, precisamente, en el mencionado baúl y fué a buscarla, porque doña Eduvigis quería verla y mi tía mostrarla.

Enhebrada nuevamente la aguja del pelambre, ambas cotorras, comenzando por el gringuito galante, cosieron con el hilo de su palique a cuanto compañero de viaje rememoraron, hasta que la última llamada a la novena de San Antonio las hizo salir con tal prisa, que mi tía se olvidó de cerrar su baúl.

Me quedé solo en la casa. Mi madre había ido al cine, mi padre permanecía hasta tarde en su oficina, según aseguraba él, y la muchacha andaba de compras y se demoraría con el cartero en un rincón a oscuras. No había, pues, moros en la costa.

¿Qué suerte de tesoros guardaba mi tía con tanto celo? El baúl abierto desembuchó el secreto: primorosas cajitas de bombones, de yerba mate, de polvos y de cigarros, sin bombones, ni yerba mate, ni polvos, ni cigarros, pero llenas de postales y tarjetas, estampas y fotografías, monedas y medallas, rosarios y crucifijos, dados y pirinolas..., y olor a naftalina.

Hundidas en aquel mar de recuerdos, mis manos toparon una cajita de madera tallada, en cuya tapa leí la siguiente inscripción: "Cartas de Flor de Ceibo". ¿Flor de Ceibo? Nombre tan singular excitó mi curiosidad y apabulló mis débiles escrúpulos. Puesta la oreja en la puerta de calle, leí a la diabla aquellas misivas redactadas con aticismo y engalanadas con delicadas poesías. Así me enteré de la identidad de Flor de Ceibo y de la profunda amistad que tuviera con mi tía Lucrecia.

Flor Osorio había usado el seudónimo de Flor de Ceibo para firmar sus poemas, que cuatro lustros atrás publicaran los principales diarios y semanarios, y que mis entusiastas y profanos quince años calificaron como maravillosos. Estando en cierne su primer libro, la poetisa se había casado, ansiosa de "ir con la frente reclinada en el hombro amado por el sendero de la vida".

Pero aquel sendero, sepa Dios por qué, presentó una encrucijada: la del divorcio. Y, al año de matrimonio, Flor de Ceibo se halló nuevamente sola en su camino. Lastimada cruelmente su fina sensibilidad, le comunicó a mi tía Lucrecia, en una carta dolorida,

la última del epistolario, su decisión de recluirse en su casa de Villa Hermosa, para sufrir a solas su desilusión y su pena. Su amiga debía perdonarla: no quería saber más de nadie en el mundo.

Y enmudeció su lírica voz.

* * *

Impulsada por aquel hallazgo, mi fantasía formó una imagen de Flor de Ceibo, la más bella que pudo. Y transfiguró la casa situada en aquella Villa Hermosa, que yo no conocía, en un castillo encantado.

¡De cuántas novelas de amor fuimos protagonistas Flor de Ceibo y yo en el castillo de Villa Hermosa! Ya era yo un príncipe azul y ella una cenicienta; ya era ella una duquesa y yo un doncel... ¡Cuántas noches de ensueños! ¡Cuánto amor perdido en una quimera!

* * *

Una tarde me llamó mi tía a su alcoba, donde su ciática la mantenía postrada, y me alargó una carta. Era de Flor Osorio, de mi Flor de Ceibo, a quien, al cabo de tres años de relaciones imaginarias, empezaba yo a olvidar. ¡Flor de Ceibo deseaba reanudar la amistad que desatara veinte años atrás! Disculpábase con mi tía y la instaba a visitarla; continuaba en Villa Hermosa, en la misma casa de antes.

—¿Te das cuenta, Daniel? ¡Después de veinte años!...

Y mi tía me contó acerca de la poetisa lo que yo sabía, amén de otras cosillas.

—Oye, Daniel, yo creo que a ti te gustaría conocerla: es una mujer muy interesante. Podrías aprovechar tus vacaciones... Ella te recibiría muy bien; conversarían largo y tendido sobre literatura; podrías quedarte una semana o más para que conozcas los alrededores del pueblo. Yo le escribiré; pero si vas el lunes le pondré un telegrama... ¿Quieres ir, Daniel?

—¡Bueno!

—El viaje dura un día: el tren sale a las siete de la mañana y llega a Villa Hermosa a eso de las seis de la tarde, si mal no recuerdo. Debes...

Pero yo no la escuchaba.

* * *

Durante el viaje me forjé una nueva imagen de Flor de Ceibo: más humana, más real; una dama hecha y derecha, que se enamoraría de mi juventud inexperta y atolondrada.

Pero a medida que el tren, kilómetro a kilómetro, se aproximaba a Villa Hermosa, una timidez nerviosa se fué tragando mi curiosidad y mis hipótesis amatorias: temía las bisoñadas que mi inexperiencia pudiera cometer. Y previendo, además, que la presencia de un tercero acabaría con el escasísimo tupé que me quedaba, rogué a Dios que mi poetisa viviera absolutamente sola. Y siguiendo por este camino, al poner mis pies en el andén de Villa Hermosa, yo estaba del todo arrepentido de haber venido.

Una mujerona vestida del Carmen, de aspecto hombruno, cincuentona, fea y bigotuda, fijó en mí su rostro leonino:

—¿Usted será Daniel?

Luego que le hube contestado, me arrebató la maleta y con un ademán de guapo me indicó que la siguiera. Yo marché a su lado. Ella no me decía nada; a mí nada se me ocurría decirle; ambos nos examinábamos a hurtadillas. Su pinta de matrona confianzuda, antipática y mandona me chocaba. ¿Qué sería ella respecto a Flor de Ceibo: cocinera, parienta, parásita?... Fuera lo que fuese, linda pieza era para acompañar a mi pobre poetisa. ¡Y aquel aire de marimacho! ¡Pobre..., bah, no le había preguntado por ella!

—¿Y cómo está la señora Flor?

Me miró, pensó un rato; se encogió de hombros y me respondió:

—Igual que siempre.

Opté por observar la rúa que habíamos tomado, estirada entre dos hileras de casitas descascaradas y regada a trechos con agua arrojada desde la acequia. Caía el atardecer tristemente; se charlaba en las puertas; pasaban carricoches y jinetes. Villa Hermosa... "No le hace mucho honor a su lindo nombre", pensé, desilusionado. ¡Yo creía que iba a encontrar algo tan distinto!

—Esa es la casa.

Y mi cicerone señaló con el índice un vetusto caserón de dos pisos, con sucios balcones en los altos, y en los bajos..., una carnicería. ¡Mi castillo encantado! Pero eso no fué todo... Pasábamos frente a la oficina de Correos; un hombrecito de anteojos parecía sostener con sus espaldas una jamba de la puerta; la mujerona le preguntó:

—¿No tiene nada para mí, don Justino?

Don Justino me miró con curiosidad, como lo habían hecho todos los vecinos que me habían visto, y, como si él tuviera la culpa, dijo con voz contrita, derribando mi última ilusión:

—No hay nada para usted, doña Flor.

DIAMANTINO

HACE muchos, muchísimos años, nació en un humilde hogar del País de los Ciegos el que tiempo después fuera el tan famoso Diamantino. Eran sus padres y sus diez hermanos mayores todos mendigos, oficio predilecto de los habitantes de aquel país.

Cuando Diamantino ya fué un muchacho, lo llamó su padre y le dijo:

—Hijo mío: hora es de que aprendas a ganarte la vida, pues lo que Juanito no aprende nunca, logra Juan aprenderlo. Edad tienes más que suficiente para mendigar; desde mañana saldremos juntos y aprenderás de mí las artes del bien pedir.

Asintieron los labios de Diamantino, no así su ánimo. A él repugnábale mendigar. Estaba hecho para dar, no para pedir. Además..., él tenía ojos, él veía. ¡Sí, veía! Era tan distinto a sus hermanos... Donde habían ellos dos cuencas vacías, él tenía dos bellos ojos; por donde andaban ellos a tientas, él pasaba sin vacilar; cuando ellos permanecían ignorantes e impasibles frente a la belleza incomparable de la naturaleza, absorto se quedaba él. Todo era tan hermoso... ¿Por qué no verían los demás? A menudo él intentaba describirles lo que veía, lo que sentía, para que participaran también de su alegría incesante.

Pero no lo comprendían y no le creían..., y, es más, lo tildaban de loco y mofábanse de él.

Sólo su madre lo escuchaba de vez en cuando, más para darle gusto que por creer lo que oía.

* * *

Al día siguiente, listos para partir a la faena, Diamantino le suplicó a su padre por última vez:

—Yo no deseo mendigar, padre mío. Déjame acompañarte, sin embargo; yo iré a tu vera diciéndote todo lo bello y maravilloso que hallemos en el camino, y que tú no tienes la dicha de ver.

Diamantino pensaba que aquello serviría de consuelo para su pobre padre; él no concebía ciegos felices. Lo eran, sin embargo, porque ciegos habían sido siempre, porque no deseaban ver.

El padre, sin hacerle mucho caso, se lo llevó a empellones, mientras decíale airado:

—No parece hijo mío este holgazán. ¿Así que no quieres trabajar? Entonces querrás morirte de hambre.

Diamantino comenzó su aprendizaje del oficio. Era reacio para aprender, no porque no quisiera, sino porque no podía. Pero su padre, creyéndolo taimado, empezó por picarse y terminó por enfurecerse y darle de golpes. Diamantino lloró entonces sus primeras lágrimas; raras lágrimas, grandes, duras, cristalinas, que sonaban como guijarros al caer.

Eran diamantes.

—¡Basta de lloriqueos! —rugió el ciego—. ¡Ea, vamos andando!

Mas al hacerlo resbaló en las lágrimas del hijo y dió con su cuerpo en el suelo.

Aquello colmó la medida. Lo que salió de sus labios los míos no se atreven a decirlo. Solamente os diré que mandó a su hijo al diablo.

Y el pobre muchacho, triste, cabizbajo, se fué al diablo tomando por el camino real.

* * *

Un lacayo lo encontró durmiendo en una escalinata de palacio al día siguiente y se lo llevó consigo.

Este lacayo había hecho, a medias con una doncella de la reina, un rapazuelo más malo que un diantre, que los tenía bastante aburridos, y, pareciéndole bondadoso Diamantino al tratar con él, decidió adoptarlo. Y así lo hizo. Al otro lo arrojó al río. No queriendo, sin embargo, aparecer como un criminal ante los dioses, ofrendó a éstos la víctima, retirándose muy campante, muy satisfecho, limpias las manos, limpia y tranquila su conciencia.

La vida de Diamantino se tiñó color de rosa. Paje de un palacio lleno de pajes, dedicábase casi exclusivamente a recorrerlo, admirando los suntuosos aposentos, las cámaras imponentes y los hermosos jardines.

Un día entró en una estancia desconocida, mucho, muchísimo más imponente y suntuosa que cuantas viera. Atravesaba en toda su extensión aquella sala una gran alfombra roja, por la cual se puso a caminar Diamantino, observando sus dibujos. Tropezó de súbito con una tarima, la tarima de un trono, del trono de su majestad el rey de los ciegos.

Allí, arrellanado en el regio solio, estaba el último representante de la dinastía de monarcas tuertos que gobernaban el País de los Ciegos desde tiempos inmemoriales.

Era tan feo, tan feo aquel individuo, que Diamantino, asustado, rompió a llorar apenas lo vió. Y desparramó a puñados los diamantes a los pies del trono, ante la estupefacción del rey. Quedó éste boquiabierto y aumentó Diamantino su llanto al ver aquella boca como socavón.

Por último el monarca, dominando su asombro, logró tranquilizar al muchacho y le preguntó:

—Dime, hijo, ¿siempre lloras así?

Al contestar afirmativamente Diamantino, brilló la codicia en el único ojo del rey, como el destello de un faro solitario.

* * *

Curioso edicto echaron a los cuatro vientos los pregoneros del rey: sería obligación de todo súbdito, al pasar por la plaza de armas, hacerle daño al muchacho atado a un poste en medio de ella. Se hacía especial hincapié de que no se pusiera en peligro la vida del atormentado; se trataba solamente de hacerle sufrir. Quien desobedeciera tales disposiciones, sería castigado de acuerdo a las leyes.

Dijéronse los ciegos:

—Debe ser un peligroso malhechor, que no ha escapado al ojo de lince de nuestro rey y señor.

Y les dió por atravesar la plaza con inusitada frecuencia, sin dejar ni tomar aliento siquiera al desventurado Diamantino, que lloraba y lloraba, regando el suelo con piedras preciosas, las que después iban a inundar las arcas reales.

* * *

Y pasó el tiempo.

Cierto día un ciego pisó un par de diamantes, los recogió y se le ocurrió la peregrina idea de llenar con ellos sus cuencas desocupadas.

¡Y vió!

Loco de júbilo, echó a correr por las calles, tropezando, tambaleando, sin saber dónde poner los pies, que no hay peor ciego que aquel que logra ver, esparciendo desaforadamente la inaudita noticia. Y comenzaron a salir los ciegos de sus tugurios, sorprendidos e incrédulos; y echaron a caminar algunos hacia la plaza; y siguiéronles otros... y otros... Diamantino los vió llegar aterrorizados: era una turbamulta enloquecida que se le venía encima, que lo golpeaba, gritando salvajemente:

—¡Llora, llora, llora!...

Tanto le pegaron, que cayó desvanecido. En vano intentaron reanimarle; por muerto lo abandonaron y se arrojaron de bruces al suelo, tanteando con frenéticas manos su áspera epidermis, en busca de las preciosas piedras. Los que ya tenían ojos burlábanse de los afanes de los que aún buscaban, y los hacían

arrastrarse vanamente, indicándoles los lugares donde no había diamantes. Finalmente se acabaron las piedras preciosas, pero quedaron muchos ciegos todavía, los cuales, despechados, iracundos, intentaron arrebatarles los ojos de viva fuerza a los flamantes videntes. La sangre no llegó al río, no obstante, merced a los buenos oficios de uno de los ex ciegos, que se impuso con sensatas palabras a la furia de la descontrolada muchedumbre.

Les habló del hombre que podía darles la vista a los que aún no la tenían. Aquel hombre era el rey, que guardaba los diamantes en sus arcas. Además, había llegado la hora de la justicia y de las reparaciones; era menester arreglar cuentas con aquel tuerto que los había tiranizado durante tantos años mediante su miserable ojo. Ahora todos ellos tendrían dos y valían tanto o más que el rey.

—¡Al palacio, compañeros!

Un hurra ensordecedor brotó de la muchedumbre, que se lanzó, en alas del contagioso entusiasmo colectivo, hacia el palacio del rey.

Las tropelías que allí cometieron yo no las puedo narrar. Diré tan sólo que ahorcaron al rey y vaciaron sus arcas, con lo cual no quedó ningún ciego en todo el país.

* * *

Dicen que no hay mal que por bien no venga, y tienen razón. Ojos ganaron los ciegos; en cambio perdieron la cabeza. Los menos trenzáronse en cruenta lucha por ocupar el solio vacante del rey; los más hicieron tales disparates y barbaridades, que los escasísimos hombres sensatos que había pensaban que la vista, en lugar de una bendición, era una maldición de los dioses.

Al principio clamaron cordura; después guardaron silencio, porque se convencieron de que clamar cordura en medio de dementes es cosa de dementes.

Nadie les oyó. Estaban ebrios de ardores desconocidos, de locas ambiciones.

La vista de los horizontes les produjo sed de aventuras. Dejando a un lado sus rencillas, armáronse hasta los dientes y partieron en son de conquistas hacia los países vecinos.

Pero desconocían el arte de la guerra y fueron derrotados fácilmente por el primer ejército que les hizo frente.

Así perdieron su libertad. Como era usual en aquellos tiempos, los vencedores arrearon con el pueblo derrotado como si fuera un rebaño de ovejas, conduciéndolo a sus dominios.

Diamantino iba también. Y sentía tal dolor ante la inmensa tragedia que afligía a su pueblo, que se largó a llorar desconsolado. Y llovían los diamantes delante de los asombrados guardianes, los cuales lanzáronse sobre las hermosas piedras, descuidando a los prisioneros, que se dieron a la fuga. Sólo Diamantino, rodeado de guardianes exaltados por la codicia, no pudo escapar. Le azotaron ellos hasta dejarlo exánime, llenándose los bolsillos de diamantes, y lo llevaron enseguida a presencia del rey, creyendo que la extraordinaria nueva de su existencia haría pasar inadvertida la fuga de los demás prisioneros.

Mas no fué así, para desgracia de los guardianes. Después de oírles, el rey mandó freírlos en aceite. Era un monarca en extremo celoso por el cumplimiento de los códigos de su país. Presenciado el suplicio, se ocupó de Diamantino. Este le narró su historia; maravillóse mucho el rey al oírla y se dijo: "Yo he vencido a un pueblo que no ha sabido utilizar esas pupilas maravillosas. Ellos lo han golpeado y él ha retribuido los golpes con diamantes. Emplearé yo la diplomacia y espero mejores frutos; tales, que me permitan realizar mi sueño: formar un imperio".

Y como lo pensó lo hizo. Colmó de honores a Diamantino; le dió un lugar de preferencia en su corte; vistióle como un príncipe y en seguida príncipe lo hizo, dándole su más bella hija por esposa.

Finalmente hizo público su proyecto de formar un gran imperio y nombró a su yerno generalísimo de sus tropas.

El se procuraría soldados, armas, víveres, etcétera. Las arcas reales estaban exhaustas, pero... ¿para qué tenía el generalísimo esos maravillosos ojos que lloraban diamantes?

Diamantino, lleno de entusiasmo al verse comprendido, honrado y apreciado en su justo valor, se retiró a su alcoba para llorar con tranquilidad.

Pero era demasiado feliz y no pudo hacerlo.

MARIO ESPINOSA

Mario Espinosa Wellmann nació en Puerto Montt en abril de 1924. Estudió sus Humanidades en los colegios de San Francisco Javier, en dicha ciudad, y San Ignacio, en Santiago. Continuó luego estudios universitarios, iniciando la carrera del Derecho. Llamado por una irrefrenable vocación literaria, abandona sus estudios.

En 1950 publicó una novela, "Un Retrato de David". Alone, Eleazar Huerta, Ricardo Latcham, Angel Cruchaga y diversos otros críticos acordaron su juicio en el sentido de señalar la presencia de un escritor joven, entusiasta, cuya primera obra aparecía teñida de méritos.

Colabora, luego, en la redacción de "Doce Capítulos del Génesis", un estudio sobre el matriarcado en la Biblia, del ex Director de Bellas Artes y pintor Pablo Vidor. Asimismo, aparece su nombre como corrector de los originales de "Jemmy Button", novela de Benjamín Subercaseaux.

Su labor periodística ha sido extensa y variada. Crítico literario de "El Imparcial" (1950), de "El Debate" (1952) y de la revista "Hoy" (1953), ha sido el más entusiasta animador de todo intento literario concebible.

La joven generación tiene con Mario Espinosa una honda deuda de gratitud, ante su estímulo, en ocasiones excesivo; ante su colaboración abnegada y gratuita; ante su fervor por las letras chilenas.

El cuento que aparece en esta Antología obtuvo la Primera Mención Honrosa en los Concursos de Cuento "Renovación".

En esta obra clara y simple, Mario Espinosa nos propone el problema del pecado en una niña. Proposición poética, dentro de un estilo limpio y liviano, no exento de descubrimientos formales.



Mario Espinosa

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es la exposición breve, verbal o escrita, de hechos reales o imaginarios, ordenados en cierto sentido, a fin de que tengan un significado estético; significado que existe, esencialmente, por los hechos expuestos, más que por las palabras empleadas, cuyo juego es propio de la poesía."

CAIDA DE UN ANGEL

(Cuento experimental)

DESPUES del té, en la hora del atardecer, Marita entró en el costurero y encontró a su madre cosiéndole un vestido.

—Marita —le dijo ella—, mañana es viernes primero de mes. Debes ir a confesarte ahora para que comulgues conmigo en la misa de las ocho.

—¿Tú también vienes, mamá?

—No. Ya me confesé temprano.

Marita entró en su dormitorio a fin de arreglarse; se vistió de calle; se peinó con cuidado y salió.

Aunque las muchachas de doce años no suelen ser obedientes ni tranquilas, ella lo era. Su madre no recordaba que le hubiera dado un disgusto serio. Estaba realmente orgullosa de su primogénita y pensaba que, de grande, habría de ser muy agradable a los muchachos. Tenía una carita primorosa, inmensos ojos azules muy expresivos, y el cabello castaño le caía en largos rizos hasta los hombros. Su carácter vivaz y la prontitud de su inteligencia le evitaban todo tropiezo en los estudios. Así, pues, su madre tenía puesta su confianza en que ella nunca habría de crearle problema alguno. Y la razón estaba de su parte.

Marita caminó sin detenerse hasta la iglesia, por calles más bien desviadas, con el objeto de evitar un encuentro con amigas que pudieran invitarla a pasear, en esa hora en que la suave luz del atardecer envol-

vía la ciudad en un manto de agrado. Caminó, eso sí, por delante de la casa de Miguel, con la esperanza de que apareciera en la ventana o en el jardín, pero no lo divisó.

Entró en la iglesia y se arrodilló con devoción ante uno de los altares laterales. Estaba sola. Un rayo de sol penetraba por la cúpula e iba a caer alegremente sobre el altar mayor. A pesar de ello, el ambiente a esa hora era triste. Marita no oía ningún sonido fuerte: apenas si escuchaba los murmullos que venían de la calle o el chasquido tenue provocado por las hojas del breviario de algún confesor. Un olor vago de cera quemada se esparcía por el templo. Comenzó a repasar sus pecados siguiendo con atención las indicaciones del librito de rezos que había traído consigo. Revisó cuidadosamente los diez mandamientos y repitió para sí las preguntas allí escritas: "¿Había faltado a misa alguna vez?"; "¿realizó algo no conveniente un día en que la Santa Madre Iglesia ordena santificar?" Dejó revolotear su pensamiento intentando sorprender las faltas en que pudiera haber incurrido. No aparecía ninguna. Pero, más adelante, al pensar en el mandamiento que ordena no mentir, su corazón latió fuertemente. Sí, sí. Ahora recordaba. Le había contado a su mamá que estaba con una amiga, cuando la realidad era que esa vez paseaba con Miguel por la orilla del mar. El nunca fué tan amable con ella como ese día, y se atrevió a pensar que Dios se alegraría por los dos. Por eso decidió mentirle a su mamá. ¡Tan bueno era! Un pecado, un pecado grave. Hizo rápidamente un acto de contrición y fué caminando casi de puntillas hasta el confesionario. Se arrodilló temblorosa frente a la rejilla, oyendo al sacerdote murmurar aún sus oraciones.

El confesor descorrió la cortinilla y ella pudo percibir su rostro pálido y anguloso, y un intenso olor a rapé. La voz ronca murmuró:

—Ave María Purísima...

Apenas pudo contestar:

—Sin pecado concebida.

—¿Cuánto tiempo hace que no te confiesas, hija mía?

Demoró un instante:

—Desde el domingo pasado, padre.

—¿Y qué pecados has cometido desde entonces, hija mía?

Dudó de contárselo todo al padre. Sin embargo, debía hacerlo. Ocultar un pecado era otro más grave aún.

—Padre..., yo..., padre, le dije a mi mamá que había estado con una amiga..., pero... no estaba con una amiga, sino que había estado pololeando.

En fin, lo había dicho y éso era todo.

—Feo pecado es mentirle a tu madre, hija mía. Y más grave todavía si es para ocultarle tus amoríos. ¿Y qué haces con tu novio? ¿Te besa?

Naturalmente, Miguel la besó una vez en su casa. El día de su cumpleaños reunió a sus amigas y a sus amigos y jugaron a las prendas. Las chiquillas se besaron con los chiquillos. A Miguel y a ella los obligaron a darse un beso y abrazarse. Esa había sido una vez. También la besó un día en su casa: iban a ver a su hermana y no la encontró. Estuvo con él en su dormitorio. Los confesores preguntan sólo los pecados. Comenzó a sentirse acalorada y la transpiración perlaba su frente. "¿Por qué lo preguntaba el padre?" Siempre le dijeron que al confesor nada debía ocultarle. Por lo menos nada de lo que él preguntara.

—Sí, padre. El me dió un beso una vez en mi casa y otra vez en la casa de él. También me dió un abrazo. Dos veces, padre.

Ella esperaba que no le preguntase ninguna cosa más. La voz calló un momento.

—¿Y sucedió eso de los besos en el lecho?

"¿Cómo lo sabía el padre?" El se sentó a su lado mientras esperaban a Andrea, su hermana, y la besó en la mejilla. Rió toda la tarde con sus amigas y con los chistes de la ridícula Hilda. No sabía que era pecado sentarse con su novio en la cama y que le dieran un beso. Su mamá no le había prohibido hacerlo. Cuando le contó su proyecto matrimonial con Miguel

se rió mucho: parecía estar muy feliz. Le dió unas palmadas en las mejillas y plata para que fuese el domingo al cine y se encontrase allá con Miguel. "Es un buen niño ese muchacho", le dijo.

—Sí, padre. Yo y Miguel estábamos en su cama.

—¿Quién es Miguel?

Detrás de la rejilla la voz ronca parecía amenazarla.

—Es mi novio, padre, y nos vamos a casar cuando seamos más grandes.

Deseaba no estar allí. Podría estar con Miguel ahora.

—¿Verdad que él te desnuda y te mete en su cama?

Ellos jamás harían tal cosa. Recordó que su madre le dijo que las muchachas debían ser recatadas con los jóvenes y lo chocante que había sido para ella oír decir a una amiga haber pasado la noche con un muchacho.

—Nunca hace esas cosas conmigo, padre.

Quería irse. Pero nadie lo hacía antes de recibir la bendición.

—¿Hacéis cosas, eh?

—Nunca, padre, nunca...

"Nunca —pensó—, nunca lo haría". Sintió miedo. "No lo haré jamás", se repitió. No podía pensar que Miguel, tan bueno y tan hermoso, pudiera. "No, no podría."

—¿Pero te toma y te acaricia?

Se sintió aterrorizada. Era del mismo infierno de lo que hablaba el padre confesor. Su madre no le había dicho nada de eso. En el librito de oraciones tampoco aparecía. Se levantó y salió de la iglesia sin esperar la absolución. Corrió por las calles hasta la casa de Miguel: lo encontró en el jardín. Fueron al escritorio y se sentaron.

—Miguel...

—¿Qué pasa?...

—Tú no cometes pecados terribles, ¿no es cierto?

No sabía cómo preguntárselo. No le salían las palabras. La voz le comenzó a temblar.

—¿Pecados terribles?

Enarcó las cejas y la miró con sorpresa.

—¿Por qué me preguntas eso?

—¡No!, ¡tú no puedes cometer esos pecados tan espantosos! ¡Tú eres bueno, eres muy bueno! ¡No creo que te puedas portar mal conmigo, Miguel!

—¿Yo? Estás loca, Marita. Jamás se me ha ocurrido tal cosa. Pero... ¿por qué lo dices? ¿Quién te ha dicho que me portaba mal contigo y cometía pecados terribles?

Ahora que él la miraba con sus grandes ojos y le tomaba las manos, hablándole con esa voz, no podía imaginárselo quitándole la ropa, y... todo eso que preguntaba el padre confesor.

—¡Eres un ángel, Miguel! ¡Eres un ángel! ¿No es verdad que siempre me vas a querer mucho y no me vas a quitar la ropa? Ni cuando nos casemos, ¿verdad, Miguel?

Se sintió abochornada. Miguel se levantó bruscamente.

—¡Marita!... ¿Yo? ¿Sacarte la ropa?... ¿Cómo se te puede ocurrir? —dijo muy colorado.

No supo qué contestarle. Cayendo de rodillas frente a él, trató de pedirle perdón: le tomó las manos y, llorando, se las besó.

—Miguel..., angelito... —pudo musitar.

El se arrodilló a su lado. Le dió en la mejilla un beso que le pareció muy dulce. Ahora, todo volvía a estar igual que antes.

¿Igual?

PABLO GARCIA

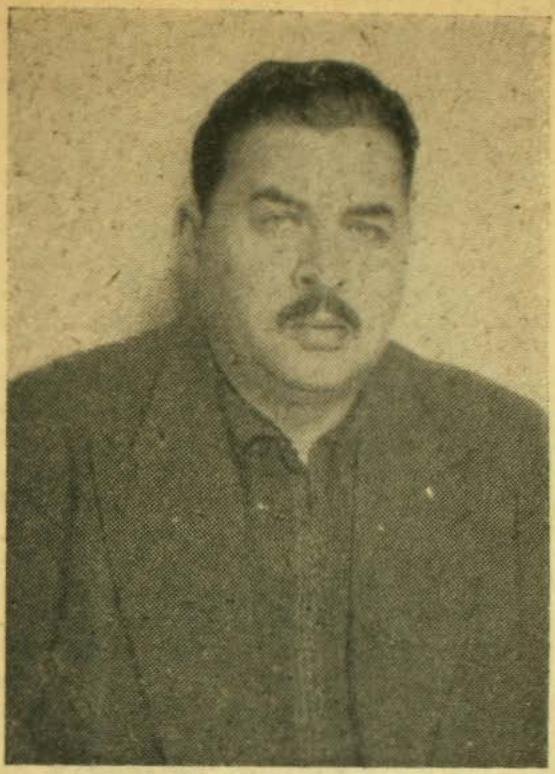
Pablo García nació en Santiago el 7 de diciembre de 1919. Su abuelo era un irlandés que se escapó de su país en las grandes revoluciones de fines del siglo pasado, y terminó casándose con una inglesa que residía en Lima. Infancia y adolescencia errabundas, según lo exigía el oficio de su padre: pastor protestante. Estudios en el Colegio Bautista y Liceo de Temuco y Liceo de Valdivia. Trabaja, en seguida, como obrero, a la par que continúa su formación humanística en un liceo nocturno. A los 17 años escribió una novela corta, "Biografía de un Proletario", cuyos originales se extraviaron al ser enviados a una editorial. Estudios intensos y desordenados: filosofía, literatura, metafísica. En 1942 concluye otras obras, "Palabras al Oído de la Noche" y "La Cabaña de Erliz", esta última premiada en un concurso.

De su extensa producción inédita, sólo ha publicado "El Estrellero Inútil" (poemas) y "El Tren que Ahora se Aleja" (novelas cortas).

Pablo García ejerce, además, la crítica literaria. Sin duda que estos dos relatos que leeremos sorprenderán por su violencia y sordidez. Su prosa seca y dura no se detiene

sino en lo esencial. Son dos cuentos que podrían ser, asimismo, dos breves piezas de teatro. Toda la acción está determinada por el diálogo. Su lenguaje crudo, excesivamente crudo a ratos, crea una atmósfera de tensión psicológica, que da a sus cuentos un dramatismo que nuestra literatura desconocía, y que por primera vez advertimos aquí presente y plenamente logrado.

Escritor del mundo negro, del mundo sombrío, Pablo García, en su registro, está llamado a realizar obras de gran significación creadora.



Pablo García

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Para mí, cuento significa: yo cuento. Como narrador, me interesa particularmente describir al hombre profundo, a ese ente vago y misterioso que se esconde tras el nervioso parpadear de unos ojos, o en el gesto histérico del que actúa un poco dislocado de la realidad."

YA la había arrinconado, y allí, junto al tabique que separaba una pieza de otra, pretendió besarla.

—No, no —exclamó ella, molesta—. No lo hagas. No me beses. Menos ahora. Menos ahora, cuando...

—Déjame —imploró él—. Déjame hacerlo ahora, antes de que se pase la oportunidad.

Se acercó más a la muchacha, y cuando arrojó de su boca el beso, éste rebotó contra el vacío, pues ella había desviado el rostro.

—Por favor —pidió—, no lo hagas. No ahora, cuando tú sabes que...

—¿Por qué no? —interrogó él—. Sé que no me quieres, pero ¿por qué no ahora?

—No comprendes —respondió ella con fastidio—. Un beso así, mientras al lado tu madre se muere.

—Mi madre se muere —exclamó él, y de nuevo—: Se muere mi madre.

—¿Cómo es posible? —preguntó ella—. ¿Cómo es posible?

—Sí —respondió él—. Ella se muere allá al lado, y yo aquí busco besarla.

—Tu padre vigila —arguyó la muchacha—, y bien sabes...

—No —la tranquilizó—, no es eso. El desea que yo me case contigo, es decir, que tú y yo...

Pero ahora se oían los golpes que el anciano daba en la otra habitación.

—Cuando yo vea que ella se muere, golpearé la muralla con mi bastón —explicó él—. Dos golpes es que jadea; tres, que ya parte de nosotros.

—Sí —respondieron los dos, sintiéndose culpables—; dos, que jadea; tres, que ya parte de nosotros.

Pero ahora eran sólo dos golpes.

—Todavía es tiempo —susurró él—. Todavía es tiempo. Dos, que jadea; tres, que ya parte de nosotros. De modo que...

—Es un crimen —exclamó la muchacha—. Tú eres un loco. Ya vez que él mismo golpea con su bastón.

—Sí —respondió él—. Pero sólo dos golpes. Ella no ha muerto. No ha muerto la anciana todavía. Es dura, es dura la anciana en su muerte.

Luego pensó para sus adentros: "¿Por qué no se muere? ¿Por qué no, al fin? Si la anciana muriese, tal vez Sezzi querría besarme, y después..."

"Debo tocarle los senos —recapacitó—. Si consigo tocarle los senos, ella se dejará hacer. Tengo hambre de su cuerpo."

—Sezzi, te amo —exclamó de improviso—. Tú sabes que mi padre apoya nuestro matrimonio. Mamá también lo hubiera aprobado.

—Yo también te amo —respondió Sezzi—, pero tú sabes que no es la hora. Tú sabes que no lo es.

Herni se decepcionó:

—No —respondió—, no me amas. ¿Por qué no dejas que te bese? ¿Por qué no me dejas, si todo esto es puro?

—No es que crea que no es puro —replicó Sezzi—, pero ¿qué objeto tiene apresurarse tanto?; ¿qué consigues con esto, aparte de ultrajar a la anciana?

El muchacho lanzó una exclamación de fastidio.

—No me comprendes —respondió—. No es lo que digo. Tal vez...

De nuevo se oyeron dos golpes en la otra habitación.

—Dos es que jadea; tres, que ya parte de nosotros —recordó Sezzi.

—¿Por qué no parte de una vez? —monologó Herni para sí—. ¿Por qué?

Luego volvió a su propósito.

—Te amo, Sezzi —repitió—. Sabes que te amo.

—Estás borracho —contestó ella—. Nunca creí que fueras tan miserable, Herni.

El sonrió con cinismo.

—¿Por qué lo crees? —interrogó.

—Tu madre está jadeando —dijo ella—. Tu madre se muere.

—Soy joven —respondió él—, y tú ¿no eres joven?

—Estás borracho —contestó ella. Luego, después de reflexionar, agregó—: No puedo casarme contigo.

—Sí puedes —dijo él—. Aunque no me quieras, puedes.

—No —afirmó ella—. No soy virgen, ésa es la verdad.

—No importa —respondió él, sin convicción. "No está virgen", repitió para sus adentros—. ¿De veras no lo estás? —preguntó en voz alta.

—De veras —respondió Sezzi—. No estoy virgen.

—¿Cómo lo sabes? —insistió él.

—Bah, porque lo sé —dijo ella.

—No lo sabes —contestó Herni—. Nunca una mujer sabe si está virgen o no hasta que se lo dice un hombre.

—Yo lo sé —confirmó Sezzi, molesta—. Lo sé porque...

—¿Por qué?...

—Por la tripita.

—¿Por la tripita?

—Sí.

—Entonces no lo sabes.

—Sí lo sé.

—Eres estúpida.

—Lo sé, y no soy estúpida.

—Dame un beso.

—No.

—Dame un beso.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque estás borracho.

—¿Por qué dices tú que estoy borracho?

—Porque hablas como los borrachos.

—¿Cómo iba a emborracharme? ¿Con qué?

Del otro lado golpearon contra la muralla. Tres golpes. Tres veces tres golpes.

—Es ella que muere.

—Ella que ya se va de nosotros.

Ambos corrieron al otro cuarto.

La anciana tenía abierta la boca y parecía querer hablar.

El padre acercó su oreja.

—Di, hija —gritó—. Di qué quieres.

Pero ella más bien parecía hacer esfuerzos para juntar las mandíbulas.

—Evacuar —gritó el anciano—, evacuar.

Sezzi acercó la bacinilla. Herni se alejó para no ver la desnudez de su madre.

—No puede —reflexionó el padre—. Es eso.

—Sí, es eso —confirmó Sezzi.

"¿Qué es eso?", pensó Herni.

La anciana estertoró.

Herni sintió crujir el somier.

"De nuevo la han acostado —pensó—. Otra vez la anciana..."

—Herni —llamó el padre—. Mamá se muere y ésta es su última noche entre nosotros. ¿Cuál es tu deber?

—Rezar, padre —respondió Herni—. Rezar. Pero no aquí —insinuó—. Empezaré a rezar al lado.

—Bien —aprobó el anciano—. Ve a rezar al lado. ¿Rezarás tú, Sezzi?

—Sí —contestó ella—, pero rezaré aquí, junto a la enferma.

—No. Rezarás con Herni —respondió el anciano, solemnemente—. Rezaréis los antifonales.

—Sí —respondió Herni, con alegría—, es mejor así. ¿No piensas que es mejor así, Sezzi?

—Sí —dijo Sezzi—, es mejor así.

—Ya sabéis —indicó el anciano—: dos golpes es que jadea; tres, que ya parte de nosotros.

—Dos, que jadea; tres, que ya parte de nosotros —repitió la muchacha.

Se fueron a la otra habitación.

—¿Cómo es que lo sabes por la tripita? —interrogó Herni.

Sezzi no respondió. Abrió el antifonario y empezó a recitar:

—"Jehová es mi pastor, nada me faltará".

—"En lugares de delicados pastos me hará yacer" —respondió Herni, de memoria—. ¿Cómo es lo de la tripita? —insistió—. ¿Cómo es, Sezzi?

Sezzi le lanzó una mirada rencorosa.

—"Junto a aguas de reposo me pastoreará" —siguió recitando.

—"Conformará mi alma. Guiaráme por sendas de reposo". Te amo, Sezzi. ¿No te hace feliz esto?

—Ahora no —contestó la muchacha—. Ahora no. ¿No ves que tu madre se muere?

—Sí —respondió Herni—. ¿Pero qué relación hay entre una y otra cosa?

—La hay —afirmó ella—. ¿Por qué no dejas morir tranquila a tu madre?; ¿por qué no te comportas como un muchacho decente?

Herni quedó pensativo.

—Entonces eres una mujer mala —exclamó.

—No —contestó ella resueltamente—; no lo soy.

—¿Y cómo no estás virgen?

Sezzi arrojó el antifonario sobre la mesa.

—No estoy virgen, pero no soy mujer mala.

—Eres.

—No lo soy.

—Entonces, ¿qué eres no estando virgen?

Sezzi no respondió. Se limitó a abrir de nuevo el antifonario.

—"Alzaré mis ojos a los montes" —leyó.

—"De donde vendrá mi socorro". ¿Qué eres entonces?

—"Mi socorro viene de Jehová, que hizo los cielos y la tierra".

—"No dará tu pie en resbaladero".

—"Ni se dormirá el que te guarde" —respondió para sí el anciano.

Ahora su mujer descansaba. Estaba allí, al fondo del lecho, en silencio. El sonrió.

—¿Tienes fe? —dijo.

La anciana confirmó con un movimiento de cabeza.

—Entonces estás salvada. Tu fe te salvará. La fe salvó a la hija de Jairo. ¿Recuerdas? La fe te salvará a ti.

—Sí —confirmó ella, con dificultad—, sí tengo fe.

—¿Crees?

—Sí creo.

—Herni —llamó el anciano.

—Voy —respondió aquél.

Oyeron sus pasos, los pasos desganados de Herni.

—Aquí estoy —exclamó.

Era un muchacho alto, desgarbado, huesudo.

—¿Cuidarás a tu padre? —interrogó la anciana.

—Sí, madre, sí lo cuidaré.

—Deja a un lado tus ideas —aconsejó—. Eres un buen hijo. ¿Eres un buen hijo?

—Sí, madre, sí soy un buen hijo.

—Entonces no discutas con tu padre. No discutas con tu anciano padre.

—No, madre, no discutiré.

—Ahora vete a acostar.

—No tengo sueño —mintió Herni.

—Sí, sí tienes. Sí tienes sueño.

—Bueno, tengo sueño. Me iré a acostar —mintió de nuevo.

Otra vez se escucharon sus pasos desganados mientras iba a la otra habitación.

Se sintió desconcertado, confuso.

"Todo es un enredo —pensó—, un maldito enredo. Mi madre se muere. Sezzi se niega a besarme. Además, dice que no está virgen. ¿Cómo está entonces?"

—Sezzi —llamó.

—Sí.

—Me iré —dijo—. Después que mi madre se muera, me iré.

—¿Por qué? —preguntó Sezzi.

—Por todo. Por ti, por mi madre, por mi anciano padre. Quiero estudiarme —agregó después de un silencio.

—No te vayas —rogó Sezzi—. No lo hagas. No huyas de nosotros. Tu padre quedará solo.

—Nada nos une, y además quiero ver lo que soy por dentro. Quiero verme por dentro, pero desde fuera, ¿entiendes?

—No sé.

—Una especie de búsqueda en mi alma, pero fuera de mí mismo. Dame un beso —rogó, cambiando de tema.

Ella dejó que se le acercara.

—Después —prometió—. Una vez que pase todo esto. Una vez que todo quede en reposo.

Se oyeron dos golpes.

—Herni —gritó el padre—, es mejor que se acuesten. Si algo ocurre, yo los llamaré.

—No, padre —respondió Herni—, no te preocupes. Creo que podemos estar en pie tal cual lo habíamos pensado.

Abrió el antifonario.

—"Hazme saber, Jehová, mi fin y cuánta sea la medida de mis días; sepa yo cuánto tengo de ser del mundo" —leyó.

—"He aquí diste a mis días término corto y mi edad es como nada delante de ti: ciertamente es completa vanidad todo hombre que vive" —respondió Sezzi.

El anciano rezaba en voz alta:

—"Si es tu voluntad que ella viva, que así se haga, y si quieres llevártela de nuestro lado, hágase en todo conforme a tu divina gracia, y si..."

La enferma pareció balbucir algo y luego quedó definitivamente inmóvil.

Herni escuchó los tres golpes, tres veces tres golpes.

—Ella parte de nosotros —murmuró Sezzi—, ella parte...

—"Yo soy la resurrección y la vida. El que en mí cree, aunque esté muerto vivirá" —gritó el anciano.

Y de nuevo los tres golpes.

—Herni —dijo el anciano—, Sezzi, ella ha partido de nosotros. Ella no es de esta vida. Ella está con Cristo, su salvador.

Se arrodilló junto a la muerta y de nuevo le gritó en el oído:

—"Yo soy la resurrección y la vida. El que en mí cree, aunque este muerto vivirá".

Luego se volvió a Sezzi:

—Busca una manteleta o algo así —ordenó—. Algo para sujetarle la quijada.

Herni se acercó al lecho.

"Ha muerto —pensó—. Ha muerto mi anciana madre."

Después procuró encontrar algún indicio de su muerte, algo que le revelara lo que en verdad era la muerte. Tocó la mano de la anciana. Presionó sobre ella. La dejó caer. La tomó de nuevo: no se había enfriado aún.

—Mi madre ha muerto —repitió maquinalmente. Luego descubrió que no tenía deseos de llorar, sino curiosidad por saber lo que en verdad había ocurrido para que las cosas llegaran a esa conclusión: un cuerpo que se enfriaba paulatinamente y un anciano que procuraba centrar una mandíbula desencajada.

—Trae el ataúd —ordenó el padre—. Anda y diles que ella reposa en la gracia de Dios, y que te den el ataúd.

Herni bajó la escalera que daba a la calle. Llegó al depósito de ataúdes y llamó: apareció un hombre soñoliento.

—Ella ha muerto —dijo Herni—. Quiero el ataúd.

—Sí —respondió el hombre—; Santiago —llamó—, Santiago.

Apareció un muchacho sujetándose los pantalones.

—Ayúdale a llevar el ataúd —dijo el hombre—. Ella ha muerto.

Salieron llevando el ataúd.

—¿Sufrió mucho? —preguntó Santiago.

—No —respondió Herni—. Me dijo si tenía sueño. ¿Por qué iba a tener sueño?

—El ataúd no pasará.

—No.

—Lo pondremos de lado.

Silencio.

—¿De lado?
—Sí. De lo contrario no pasará.
Silencio.
—¿Le pusieron monedas en los ojos?
—¿En los ojos?
—Sí.
—¿A quién en los ojos?
—A ella, a la muerta.
—Sí.
Mientras tanto Sezzi había lavado el cadáver, de modo que cuando ellos llegaron sólo restó colocarlo dentro del ataúd.
—Llevadlo a la iglesia —ordenó el anciano.
—Será difícil hacerlo pasar —dijo Herni—. El ataúd es ancho. Sólo pasará de costado.
Pusieron de costado el ataúd y Santiago procuró sostenerlo mientras bajaban la escalera. Pero el ataúd era pesado y uno y otro rodaron hasta dar contra el pavimento.
—Ella estaba cabeza abajo —exclamó el anciano—. Ella estaba... Herni, Herni.
—Sí, padre.
—¿Estaba ella...?
—No sé. Creo que no —contestó Herni.
—Estoy herido —exclamó el muchacho de nombre Santiago—. Es en la pierna.
—No es nada —respondió el anciano—, no es nada. Di que no es nada, por respeto a la anciana.
—No, no es nada —confirmó Santiago—. Por lo menos no es nada grave. Sin embargo, me duele —agregó, después de un silencio.
El anciano abrió la puerta de la iglesia.

Aún hay lugar, escucha, pecador,
en el banquete eterno del Señor.

—Herni —gritó—, acompáñame a cantar.
—Sí, padre —respondió Herni—: lo haré mientras sostengo el ataúd.
Se levantó Santiago y entre ambos llevaron el ataúd. Santiago se quejó al forcejear.

—Es mi pierna —dijo—. Es esta maldita pierna, y creo está quebrada.

—"Aún hay lugar, escucha, pecador" —canturreó Herni.

—¿Por qué ése? —preguntó Santiago—. ¿Por qué ése y no otro?

—Ese era el himno favorito de la anciana —explicó Herni—, ése era...

—Sezzi —gritó el anciano—, Sezzi.

Se escuchó el trotar de Sezzi en el segundo piso.

—Sí —respondió—. Ya voy.

—Ven a cantar —ordenó el anciano—. Ven a cantar su himno favorito.

—Estoy buscando el himnario —respondió ella de nuevo.

—¿El himnario? ¿Necesitas el himnario para cantar un himno? ¿Ni siquiera sabes un himno de memoria? ¿Ni siquiera...? ¿Lees la Biblia? —interrogó a gran voz.

—Me duele la pierna —gimoteó Santiago—. Es un dolor terrible.

—Deja colocar los caballetes —rogó Herni—. Deja colocarlos. Después veremos tu pierna.

Sezzi entró en la capilla.

Aún hay lugar, escucha, pecador,
en el banquete eterno del Señor.

—Me duele mi pierna —se quejó Santiago—. Me duele mucho mi pierna.

—Espera —rogó Herni—, ya verás como todo se arregla.

—Ella ha muerto —comenzó a decir el anciano—. Voló su alma hacia Dios, nuestro Creador. No veremos su cuerpo —polvo somos y al polvo hemos de volver—, mas su espíritu estará eternamente con nosotros.

"Recuerdo mis primeros años de amor con la anciana. Ella era una hermosa muchacha de pelo rubio y no tan descreída como cierta persona —añadió, mirando a Herni.

"Ella gozaba de paz en su espíritu y había tran-

quilidad en su conciencia. Siempre creyó y fué salvada. ¿Eres salvo tú, Herni? —gritó—. ¿Eres de veras salvo?

—No lo sé, padre —respondió Herni—. No sé de veras si soy salvo o no.

—No eres salvo. No eres. No tienes fe. ¿Por qué no intentas tener fe? ¿Por qué no intentas creer?

—Yo intento, yo procuro tener fe.

—¿Eres salva, Sezzi? ¿Tienes fe?

—Sí la tengo —respondió Sezzi—, y soy salva.

"Cochina —se dijo Herni—. Simula tener fe y ser salva. ¿Y no está desflorada? ¿Y no habrá quedado...?"

—Me duele mi pierna —gimió Santiago—. Es algo terrible. Es un terrible dolor el de mi pierna.

"Y ni siquiera he ganado algo —agregó—. No he recibido nada en pago de mis servicios.

—"Mi pasión, oh Jehová —dije—, será guardar tus palabras" —leyó el anciano—. "Tu presencia supliqué de todo corazón" —continuó.

"Algo debo hacer —se dijo Herni—. Yo estoy solo. La anciana se ha marchado."

—Herni —gritó de pronto el anciano—, vete a dormir. Vete a dormir tú, Sezzi —agregó—. Idos ambos a dormir. Yo velaré hasta que lleguen los fieles.

—Prefiero aguardar —insistió Herni.

—No, yo velaré hasta que llegue el alba. Yo rogaré por tu alma descreída —dijo el anciano—. También te irás, Santiago; rogaré por ti.

—Yo me quedaré —respondió Santiago—. Me duele mucho mi pierna.

—Te irás —gritó el anciano—. Se irán todos: tú, Sezzi y Herni. Dejadme solo. Dejadme cuidar este cuerpo muerto.

Herni sintió cuando el anciano cerró la puerta del templo. Le oyó más tarde leer un trozo del antifonario.

—Sezzi —llamó Herni—, Sezzi.

—No entres —exclamó la muchacha—, no intentes entrar.

—Me voy, Sezzi. No puedo vivir más en esta cochina casa.

—¿De veras te irás?

—Sí, me iré de veras.

Sezzi corrió el cerrojo de la puerta.

—¿Puedo acostarme aquí? —interrogó Herni.

—¿Por qué te vas?

—Nadie me quiere. Nadie está conmigo.

—¿Y yo?

—Tú estás llena de reservas, tú no me quieres. Además.... Además te has acostado con otros hombres...

—Nunca me acosté con otros hombres. Eres un cochino.

—Tú lo dijiste. Tú dijiste que ya no tenías la tripa.

Sezzi sonrió.

—¿Cómo crees que pueda tener una tripa? —dijo—. ¿Cómo crees que pueda tener algo donde tú dices?

—Déjame tocar —pidió Herni—. Deja darme cuenta de qué hay en esa parte.

—No debes tocar. Eso es malo —advirtió Sezzi.

La muchacha estaba desnuda bajo los cobertores.

—¿Es aquí? —preguntó Herni.

—No te dejaré hacer.

—Tengo derecho —advirtió el muchacho.

—¿Por qué? —interrogó ella.

—Porque debo saberlo. ¿No te casarás conmigo?

—No.

El muchacho se detuvo.

—¿Por qué no? —interrogó, asombrado.

—Porque eres un cochino, un puerco, y además, no crees.

—Al diablo con eso —replicó Herni—. Yo estoy en tu cama, no ante ese viejo mentecato.

—¿Y la anciana?

—La anciana ha muerto. Soy libre.

—¿Eres libre?

—Lo soy. Puedo hacer lo que me plazca.

—Eres un cochino.

—Sezzi...

—Sí.

—¿Por qué no te dejas poseer? ¿Por qué no dejas que te bese?

—Eres un puerco.

—Tú sabes que me voy.

—Lo sé.
—Deja siquiera que te bese los senos.
—No quiero.
—Sezzi...
—No. Y le diré al anciano que piensas irte.
—No irás.
—Iré. Suéltame. Voy a gritar —advirtió.
—No gritarás. Sé que no vas a gritar.
—Suéltame, puerco. Suéltame, maldito cochino.
—Sezzi, ¿por qué no quieres?; ¿por qué no dejas que yo haga eso?
La muchacha forcejeó.
"Esto es estúpido —pensó Herni—. Esto es algo demasiado vulgar."
—¿Por qué no quieres? —dijo.
—Suéltame —jadeó Sezzi—. Suéltame, perro. Tengo frío —agregó—. Estoy helada.
—¿Por qué no eres razonable?; ¿por qué no me despides en buena forma? —interrogó Herni.
La muchacha cesó de forcejear.
—¿Y bueno? —respondió—; ¿quién te sujeta? ¿Por qué no te vas?
—Déjame que te bese —suplicó Herni—. Deja hacerlo siquiera una vez.
—Estás hediondo —contestó la muchacha—. Tienes el aliento fétido.
—De todas maneras lo haré —dijo Herni—. Juro que lo haré. Y no sólo eso...
—Suéltame —jadeó la muchacha—. Suéltame, imbécil.
—Abrete de piernas.
—No quiero.
—Abrete.
—No quiero.
—Mierda.
Se sintió sucio, vacío, débil.
Abajo el anciano cantaba en voz alta:
—"Cuando de afanes ya libre esté yo..."
La muchacha rompió a reír.
—Te vaciaste, puerco —dijo—. Te vaciaste antes de tiempo.

—Mierda —gruñó el muchacho.

—Querías tú, ¿ah? Tú querías, ¿verdad?, ¿verdad, querido? Y ni siquiera aguantas. Ni siquiera eres hombre.

—Te voy a pegar.

—¿Y qué? No eres hombre: eres un maricón.

El muchacho la miró lleno de odio.

"Es mejor que me marche —reflexionó—. He estropeado todo. Lo mejor es que me marche ahora mismo."

Se dirigió hacia la puerta.

—Herni —llamó la muchacha.

El se detuvo.

—Ven.

El muchacho volvió.

—Tú querías, ¿ah? Tú de veras deseabas acostarte conmigo.

Herni la miró, perplejo.

—Toma —la muchacha le escupió la cara—, toma, puerco. Y ahora, ¡fuera!, ¡fuera de aquí!

Herni dió un traspié.

—Algún día lo lamentarás —dijo—. Algún día lo lamentarás, Sezzi.

La muchacha rompió en carcajadas.

—¿Me deseabas, querido? ¿De veras deseabas acostarte conmigo?

Se dió una palmada en las nalgas.

—Ven, amor. Ven, amor mío.

Abajo el anciano seguía cantando.

—Odio esta casa —gritó Herni—. Odio todo lo que hay en esta maldita casa.

Bajó la escalera a grandes zancadas.

Se sentía mortificado, herido en su dignidad de hombre.

—Es una perra —dijo—. Es una maldita perra. Pero me voy de esta casa —agregó lleno de alegría—. Me voy de esta maldita casa. ¡Y soy libre!

Se detuvo en la esquina, perplejo.

Sí, no era libre. Estaba atado, encadenado al estupendo cuerpo de Sezzi.

EL doctor preguntó si la muchacha se había hecho algún corte.

—Sí —respondió el muchacho—. Con una lata se hizo un corte en la mano derecha.

—Entonces es eso —dijo el doctor—. La niña se quedará en cama, haga despachar esta receta y mañana estará bien.

Ya al salir, el doctor advirtió:

—Es indispensable que alguien esté junto a ella sujetándole el brazo.

—Está bien, doctor —respondió el muchacho.

—Hasta luego, amigo.

—Hasta luego, doctor.

El muchacho volvió donde la enferma.

—No es nada —dijo—. Mañana estarás bien.

—No —respondió ella—. Quedaré inválida. Seré una paralítica. Lo soy ya.

—No seas estúpida —dijo el muchacho—. Fué por la porfía tuya de querer abrir el tarro de conservas. Pero ya pasará. Mañana a esta hora estarás bien.

Fué a la cocina, se preparó un sandwich y volvió de nuevo.

Mientras comía empezó a canturrear.

—Eres un infame —gritó la muchacha—. Yo estoy enferma y tú te alegras. He quedado paralítica y tú sigues con igual apetito.

El muchacho se apresuró en tragar.

—Todo lo que te ocurre es por imbécil —gritó—. Te dije que no abrieras el tarro de anchoas. Lo abriste y ahí tienes el resultado.

—Dame un bocado —rogó ella.

El muchacho movió negativamente la cabeza y siguió engullendo.

—Tú estás enferma —contestó, cuando pudo hablar—; tú estás enferma de cierta gravedad.

—Entonces quedaré paralítica —gritó ella—. Soy una paralítica. Soy una miserable tullida.

—No te pongas dramática —dijo el muchacho—. Y total, la mano se te ve muy bonita así.

La muchacha rompió a llorar.

—No, hermanita, no llores —rogó el muchacho—. El doctor dijo que mañana estarás bien.

Se acercó al lecho de la enferma y la besó en la mejilla.

—Qué asco —gritó ella—. Me dejaste la cara llena de migas de pan y estoy hedionda a anchoa.

—La hedionda eres tú —contestó el muchacho—, y es por tu enfermedad. Estás podrida.

De nuevo la muchacha se dió a llorar.

El muchacho se acercó a olerla.

—Puf —dijo—, qué asco.

Se apretó el estómago y simuló tener arcadas.

—Pero estás lo que se llama hedionda.

De pronto cambió de tema.

—Yo no te pienso sujetar el brazo —dijo—. Podrás moverlo todo el año, pero no te lo voy a sujetar.

La muchacha se miró el brazo. El brazo tenía un movimiento convulso que ella no podía controlar.

"Sí —reflexionó—, he quedado paralítica. Soy una tullida."

Y pensando en esto dió a compadecerse y a imaginar cosas en relación con su negro futuro.

—Seré una pordiosera —dijo, haciendo un puchero—. Tendré que pedir limosna y no podré casarme. ¿Quién va a querer casarse con una tullida?

—No tienes para qué casarte —la consoló el muchacho—, y total, te vas en un circo y ganas la mar

de plata. Te pueden anunciar como la mujer del brazo loco, y sería un número extraordinario, estoy seguro.

—Hermanito —exclamó ella—. ¿No crees que sanaré? ¿No crees que podré estar mejor algún día?

El muchacho miró la cara de su hermana. Estaba mojada de lágrimas y sus ojos pedían un poco de esperanza.

—El doctor dijo que mañana estarás bien —insistió—. Y ahora voy a la botica a que me despachen la receta.

—¿Tienes dinero?

—No, pero le diré al farmacéutico que anote a cuenta los remedios, hasta que llegue papá... Eh, Carmela —gritó—. Yo voy a la botica, así es que no se descuide con la enferma.

Al llegar a la puerta de calle volvió a gritar:

—Y guárdeme las anchoas. Que no se las coma el gato.

Pero el problema que le preocupaba no era sólo ése, de manera que, ya de regreso y después de dar el remedio a su hermana, empezó por sujetarle el brazo enfermo, para estudiar el asunto.

"No —reflexionó—, esto no es para mí."

En verdad, el asunto del brazo resultaba un poco complicado, y según lo vió el muchacho, había que aclarar ante todo si era necesario sujetar el brazo para impedir que se moviera, o sabía Dios para qué. Si había que impedir que se moviera, sujetar el brazo no era ninguna solución.

Al principio el muchacho pretendió hacerlo, pero resultó que el brazo podía más que él y parecía estar dotado de su propia vida —como la cola de una lagartija— y de una férrea voluntad en lo que se refería a no dejarse inmovilizar.

Por fin encontró una solución práctica. Trajo dos sillas, las colocó con el respaldo frente a frente. Juntó algunos cojines y sobre ellos hizo descansar el brazo enfermo. Enseguida atravesó una escoba entre las sillas, para que actuara a manera de barra, y después amarró con una media el brazo al palo de escoba.

Ahora todo el asunto consistía en vigilar que el brazo no se resbalara de los cojines y que la media no se soltara del palo.

"Es una buena solución —pensó el muchacho—, y tal vez podré librarme de tener que velar en la noche."

Todo el resto del día la enferma lo pasó durmiendo, y al parecer el doctor le había recetado algún calmante, pues el sueño de ella era profundo y tranquilo.

Al llegar la noche, el muchacho creyó que era necesario tomar algunas disposiciones. Pensó encargar a la empleada que vigilara el asunto del brazo, pero después decidió hacerlo él mismo.

"Al fin de cuentas es mi hermana —se dijo—, y debo sacrificarme. Traeré algunas frazadas y vigilaré el brazo. Es mi deber."

Esto ocurrió al caer la noche. Pero ya cuando las horas avanzaban y el sueño lo vencía, pensó que sería un poco difícil que el brazo cambiara de lugar.

"Dormiré un poco —se dijo—, y después vendré a dar una vuelta."

Se fué a su cuarto, se acostó y procuró dormir.

"Es difícil poder dormir —se dijo—, teniendo encima tantas responsabilidades."

De veras era en ese momento un hombre de grandes responsabilidades.

"Pueden venir ladrones —reflexionó—, o puede agravarse el asunto del brazo."

Se revolvió de un lado a otro en su lecho, y de pronto creyó sentir que alguien se quejaba.

Se levantó inmediatamente, consciente de sus deberes.

La enferma continuaba durmiendo y el brazo no se había movido.

Se quejaron de nuevo.

"Sin duda es la empleada —pensó—. Iré a verla."

—Eh, Carmela —llamó, encendiendo la luz—. Carmela.

La empleada parecía estar con pesadilla.

—Carmela, usted se estaba quejando —dijo

—No es nada —respondió ella—. Sin duda tuve un mal sueño.

—Ah. De todos modos, si algo le ocurre, no tiene más que gritarme —dijo varonilmente el muchacho, bien en su papel de hombre de responsabilidades.

—Bueno —respondió ella, volviendo a dormirse.

El muchacho apagó la luz, regresó a su cuarto y se acostó.

"La Carmela duerme con enaguas", se dijo. Pero no era un pensamiento apropiado para un hombre de responsabilidades.

Sin embargo, de nuevo volvió a lo mismo, aunque procuró cambiar de idea.

"Procuraré dormir un poco —se dijo—, y en seguida iré a vigilar."

Pero continuó sin poder dormirse, y ahora se apoderó del muchacho cierta intranquilidad que le turbó el espíritu.

"Debo estar más cerca de la enferma por lo que pueda ocurrir —reflexionó—. Es fácil que desde aquí no oiga ningún ruido, sobre todo si me quedo dormido."

Se levantó de nuevo.

La enferma seguía durmiendo. El brazo continuaba en su movimiento convulso y aparentemente había cambiado de lugar, pues los cojines estaban algo corridos y la media parecía próxima a desatarse.

"Fué buena idea la de haberme levantado", pensó el muchacho, volviendo a arreglar los cojines y amarrando nuevamente la media.

Se dirigió al cuarto de Carmela y encendió la luz.

"Tendré que acomodarme aquí —se dijo—, para estar más cerca de la enferma."

La mujer se había despertado del todo.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Nada —respondió el muchacho—. Pero pienso que si me acomodo aquí, puedo oír mejor a la enferma y estar más a mano para vigilar.

—No me gustaría que usted se acostara aquí —dijo ella—. Puede saberlo su papá o a lo mejor su hermana se despierta y se da cuenta de esto.

El muchacho volvió a su papel de hombre de responsabilidades.

—Debo hacerlo —dijo—. Usted sabe que ella puede sentirse mal y yo tengo que estar a mano.

—Yo puedo acomodarla lo mismo —objetó Carmela—, y mientras tanto usted váyase a dormir.

—No —contestó él, siempre a cargo de las responsabilidades—. Se puede quedar dormida, y por lo demás, usted debe estar descansada para hacer la comida mañana.

La mujer bostezó.

—Bueno —dijo—, usted sabrá. Tendrá, sí, que traer una frazada, porque las mías son pocas.

—Sí —respondió el muchacho—, ya había pensado en eso.

Fué a buscar la frazada, después observó a la enferma y por último se acostó junto a Carmela.

"Voy a dormir —se dijo—. Creo que ahora podré hacerlo."

La mujer le había vuelto la espalda y sin duda alguna dormía profundamente.

A lo que parece, el muchacho durmió también algo, y cuando despertó, tenía una mano afirmada en la cintura de la mujer.

Para él era una situación nueva, y hombre de responsabilidades o no, tuvo buen cuidado de mantener la mano donde había quedado. Fué como si todo su ser se hubiera transformado en una inmensa mano y reptara lentamente, explorando algo de la vida.

Se le resecó la boca y el corazón tomó un ritmo desusado.

Siguió palpando el cuerpo de la mujer, y de pronto ella rompió a reír.

—Usted es un diablo —dijo—. Tan chico y tan diablo. —Pero con la suya retiró la mano de él.

El muchacho estaba demasiado ansioso como para decir nada, y volvió de nuevo a lo mismo. Después, breve y atolondradamente, hizo lo suyo.

De nuevo la mujer se rió.

—Ya lo bauticé —dijo—. Ya se hizo hombre. Ya es capaz de escupir.

El muchacho se durmió profundamente, y al otro día, apenas despertó, fué a ver a su hermana.

—Eres un cochino —gritó ella—. Vienes de dormir con la empleada.

—No hay tal —respondió el muchacho—, y creo haber hecho bastante por tu maldito brazo.

Fué a la cocina. A través de la ventana se veía el huerto, y más arriba un cielo azul radiante.

—Oye —gritó—, el cerezo ha florecido.

—Es la primavera —respondió la empleada.

Y el muchacho, pletórico de vida, sabio en el bien y el mal:

—Hazme un buen sandwich de anchoas —ordenó.

MARIA . ELENA . GERTNER

María Elena Gertner H. nació en 1927. Hizo sus estudios en el British High School. Espíritu inquieto, ha cultivado diversos oficios. Escritora, poetisa, actriz, directora de diversas compañías teatrales, etc...

En 1950 publicó un libro de poemas, con ilustraciones de Enrique Lihn: "Homenaje al Miedo". Posteriormente, en 1952, estrenó, con su propia compañía, y dirigiéndolas ella misma, dos obras suyas: "La Mujer que Trajo la Lluvia" y "La Risa Perdida".

En 1953 viajó a Europa. En Inglaterra, especialmente, renovó sus ideas acerca del teatro. Tanto en España como en Francia, tomó contacto con varios de los más valiosos representantes de la actual literatura de esos países.

El cuento que aquí antologamos nos muestra a una narradora de gran fuerza expresiva, simple y directa. No hay concesiones en

su prosa. Cumple con celo su función de contar *lisa y llanamente hechos y acontecerés.*

Tiene en preparación una obra de cuentos, "Más Allá de los Muros", y una novela.



María Elena Gertner

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es una línea melódica expresada con palabras, cuyo perfecto ciclo describe el mundo de relaciones sentimentales entre la tierra y los seres."

N I Ñ I T A

LA niña estaba arrodillada en el centro del cuarto atestado de juguetes. Cinco muñecas fijaban en ella miradas vacías. Las pelucas desgreñadas y las mejillas desteñidas presentaban un aspecto lamentable. Una colorina de trapo estaba acostada en su cunita de madera. Recién ayer la había operado, cortándola medio a medio con las tijeras de la abuela.

—Muñeca tonta, ahora serás una alcancía.

Y comenzó a deslizar moneditas por el vientre abierto de la muñeca.

—Un botón negro es una moneda de siete pesos. Uno de color, cuarenta y cinco pesos.

Buscó de nuevo las tijeras. La de los ojos azules y los rizos castaños fué arrancada de su silla.

—Te voy a cortar el pelo, porque ahora irás interna a un convento.

De un tijeretazo rodaron los rizos por el suelo. La voz de la niña se hacía silbante como la de una bruja. Ideaba torturas para sus muñecas: una inyección, una ducha fría. ¿De dónde venía esa fuerza que la arrastraba a la crueldad? Se encaramó en el caballo de madera y comenzó a azotarlo. Lo apretaba con todas las fuerzas de sus piernas delgadas, y un cosquilleo tibio le subía desde los muslos hasta el estómago. Vió todo nublado. La pieza giró y estuvo a punto de caer. Se afirmó en la pared. Sentía las piernas flojas y la cabeza pesada. Trató de contener el llanto,

los sollozos le apretaban la garganta. "He hecho algo malo —pensó—. Mi muñequita pelirroja no es una alcancía." Recogió los rizos de la otra casi con ternura.

—No, no es cierto. No irás al convento. Y tu pelo volverá a crecer. Te lo prometo. He azotado mi caballo. No debo volver a hacerlo.

Pero ¿qué era eso, esa sensación tibia, como la caricia de una mano cálida entre sus muslos? ¿Era eso lo que la obligaba a destrozar los juguetes? "Dios me va a castigar —se dijo—. Se morirán papá y mamá, los abuelos, y tendré que vivir sola con las empleadas o la tía me llevará a la casa de huérfanos. No permitiré que me lleven a la casa de huérfanos. Antes me escaparé." Salió corriendo de la pieza y se fué a refugiar al huerto. Quitándose los zapatos, trepó a un árbol, más alto, más alto. "Aquí no podrán encontrarme."

"Los huérfanos caminando de a dos en dos, con caras feas y tristes, en una larga fila por los parques. Una monja delante y otra detrás. ¿Qué harán las monjas con los huérfanos? ¿Les pegarán como yo a mis muñecas? ¿Serán esos niños las muñecas de las monjas? ¿Y después de pegarles, sentirán lo mismo y estarán a punto de caer de sus caballos de madera?" Fué en busca de la niñera.

—Mamita, ¿las monjas tienen caballos de madera?

No obtuvo respuesta. La cocinera miró al mozo que estaba encerando las baldosas de la galería.

—Cada día hace preguntas más idiotas esta niñita. ¡Caballos de madera!...

El hombre le dijo algo al oído, y ambos estallaron en una risotada. Ella no oyó lo que decían, pero sintió vergüenza y miedo.

—Abuelita —gritó desesperada—. Abuelita.

Se abrazó al cuello de la abuela, sollozando.

—Los rotos estaban hablando cochinadas en la cocina.

—¿Cómo lo sabes, hijita? —preguntó la abuela, alarmada.

—Por la forma en que se reían.

La tía levantó los ojos del bordado y la miró con reproche.

—Deberíamos prohibirle a esta niña que acuse a los sirvientes. Siempre inventa mentiras.

Pero la abuela sonrió dulcemente.

—Vuelve a jugar, querida.

Y la voz de la tía se dejó oír una vez más:

—Si vuelves a molestar, te voy a pegar con la varilla.

Sacándole la lengua, desde la puerta, la niña desapareció.

El mozo seguía encerando las baldosas. Un cuadrado blanco y otro negro. Tenía la camisa pegada al cuerpo y un olor ácido se desprendía de su piel, mezclándose con el olor de la cera.

—Te acabo de acusar a mi abuelita.

El hombre no contestó.

—Te he acusado y mi abuelita te va a despedir por reírte delante de mí con esa risa fea.

La cocinera se asomó desde la cocina.

—A ti también te van a despedir —le gritó la niña.

La mujer salió enjugándose las manos con el delantal grasiento.

—Váyase mejor —dijo—. ¿No le ha dicho su tía que no venga a meterse aquí?

—A los dos los van a echar —seguía repitiendo obstinadamente la niña.

El calor era sofocante. Venía desde la cocina y se mezclaba con los rayos del sol que estallaban a través de los vidrios de la galería. La mujer se abrió la blusa. Tenía el cuello húmedo. El hombre la miró y se levantó de un salto. La tomó por la cintura, hundiendo su mano por el escote de la blusa, que se abrió totalmente, dejando descubiertos los senos grandes y pesados de la mujer.

—No —dijo ésta—. No delante de la chiquilla.

A ella el miedo le paralizaba las piernas y le impedía respirar. No supo cómo llegó hasta la habitación de su madre. La contempló en silencio.

—Qué linda eres, mamá —dijo. Miró el pecho de su madre y vió que era pequeño. Su mamá era rubia

y no tenía sudor en el cuello. La madre le tocó la frente. ¡Qué frescos eran esos dedos en su frente!

—Estás afiebrada —observó—. ¿Has corrido mucho?

—No, mamá.

—Anda a descansar, hijita. Yo voy a salir ahora.

La besó, rozándola apenas con los labios.

—No te olvides de lavarte la cara y las manos antes del té.

Desde la puerta le sonrió una vez más y salió.

Se quedó sola en la habitación de su madre. Respiró. El aire estaba impregnado de perfume. La ropa interior de seda, las zapatillas con el borde finito de piel, lo tocó todo. Sentía dolor en los dedos al dejarlos resbalar por la seda. Fué hasta el tocador y sintió deseos de embadurnarse la cara con las cremas. Lo hizo. Las había de varios colores. Y allí estaba el rojo, el rojo de las mejillas y el rojo de los labios. Se tiñó entera de rojo. Los párpados, el cuello y las manos. Experimentaba un frenesí en untarse con aquella pasta pegajosa. Luego, sin saber por qué, empezó a bailar, a saltar de una cama a la otra: volaba de la cama de su madre a la del padre, hundiendo los zapatos embarrados en los cobertores de felpa; pero nada era suficiente. De un manotazo desprendió la pantalla de una lámpara y un frasco de perfume fué a romperse en mil pedazos contra el espejo. Al estruendo acudieron voces, gritos de horror.

—Siempre hemos dicho que esta creatura es perversa.

Pero la niña parecía no reaccionar. El cosquilleo estaba allí, entre sus muslos, como una caricia que la penetraba. Luces y manchones cruzaban ante sus ojos. Recordó la mano del mozo entre los senos de la cocinera, sus juguetes maltratados y aquello indescriptible que la hacía ser mala y, de súbito, vió una mano, una mano sudorosa y ardiente. Se volvió y enterró los dientes hasta el hueso en aquella mano.

Esa noche tuvo fiebre muy alta y lloró muy largo. Por mucho tiempo no podría comprender que ella era simplemente una niñita más.

CLAUDIO GIACONI

Claudio Giaconi nació en Curicó el 23 de agosto de 1927. Realizó sus estudios en el Colegio Hispano Americano de los Padres Escolapios. Interrumpe luego sus Humanidades para dedicarse a heterogéneos meneste-res. Empleado en diversas firmas comercia-les, va abandonando sucesivamente todos sus puestos, incitado por un afán impreciso que le hace huir hacia el norte o sur del país, en jiras audaces y no siempre felices. Re-belde a toda dirección y disciplina, su for-mación ha sido, por su propia voluntad, autodidacta, llegando a consolidar una acen-drada posición estética con la concurrencia de las reiteradas lecturas de sus autores pre-feridos: Dostoyevski, Ibsen, Kierkegaard, Thomas Hardy, y, posteriormente, Kafka, Graham Greene y Faulkner, escritores todos que habrían de dejar una profunda huella en su espíritu.

Inquieto y aventurero, ha ido enriqueciendo su acervo literario con la experiencia directa que le proporcionan sus viajes, empresas argonáuticas que emprende cada cierto tiempo.

Su conocimiento profundo de las leyes de la mecánica del cuento le ha llevado a rea-

lizaciones tan logradas y felices como "La Mujer, el Viejo y los Trofeos", narración sórdida, violenta, conmovedora, sencilla; obra que equilibra la fuerza emotiva con un pleno dominio de los recursos formales.

En Claudio Giaconi se encuentra, quizás, a uno de los escritores más representativos de la nueva generación. Su obra representa de modo fiel los elementos constitutivos del espíritu actual: escepticismo, desorientación, pérdida del sentido de los valores, incomunicabilidad y desencanto apasionado. "El Conferenciante", cuento traducido a diversos idiomas, servirá de tema a un ballet mímico que ha creado en Europa el mimo Alejandro Jodorowsky. Naturaleza disciplinada, seria, Claudio Giaconi es uno de nuestros escritores de mayor constancia y espíritu de trabajo. Virtudes todas que, a no dudarlo, le han de conducir a crear una de las literaturas más ricas y diferenciadas de Chile, por de pronto, en el género que él domina a la perfección: el cuento.

Un libro suyo, "La Difícil Juventud", de próxima aparición, reúne algunos de sus cuentos más significativos. Dos nouvelles, *"Cara y Cruz" y "Los Amigos en la Hoguera", son algunas de sus numerosas producciones inéditas.*



Claudio Giaconi

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Un género que combina los elementos sensoriales —la supremacía de lo sensible a lo inteligible, del poema con el pensamiento en el que cabe el análisis, la composición psicológica— de la novela.

"Es indispensable que el cuento tenga algo que "contar", algo definido (un hecho concreto, objetivo, o bien psicológico, puramente psíquico, que se parcelará según sus partes: TEMA, DESARROLLO Y DESENLACE).

"Resumiendo: las condiciones que lo *significan* son las inherencias a la forma. Un cuento es lo que la música de cámara a una sinfonía. La frondosidad orquestal de Bruckner o de Brahms está muy distante del mundo pianístico de Chopin o Schumann. En estos últimos la materia musical se da en estado de concentración, densa, apretada, sin subterfugios, constando de sonoridades puras; allí no cabe la morcilla, la divagación.

"Así el cuento: *un género de sonoridades puras.*"

LA MUJER, EL VIEJO Y LOS TROFEOS

DECIDIDAMENTE, esta última habitación no era lo mejor que podía desear un jubilado de los Servicios Públicos. Después de todo, el viejo funcionario consiguió resignarse: con su modesta mesada de jubilación no podía pretender nada más lujoso; menos ahora, cuando la desvalorización de la moneda era un tema que, años atrás, no habría podido resistir a abordar exhaustivamente en rueda de amigos, entre colegas. Algo intervino, también, la inercia en la elección de la pieza, porque había alcanzado ya una edad en que nada importaba demasiado: no más que en la medida justa en que sufría una vanidad castigada, casi agónica. Los últimos meses se había aburrido de andar continuamente de acá para allá. Antes de mudarse había concebido la esperanza de reunirse con sus hijos y vivir con ellos. Les expuso el plan, pero terminó por comprender que éstos no aprobaban la idea, que lo consideraban —a él— algo así como un intruso en la vida independiente que habían iniciado.

De modo que el primer día de un mes cualquiera —ya era otoño— había llegado con sus bártulos a una calle apartada de los suburbios, en uno de los barrios populosos, pero perdida en medio de un enjambre de calles pequeñas e insignificantes. Era lo que él creyera conveniente: una calle tranquila, sin el ruido molesto de los pregones que desde temprano turbaban el reposo. El día anterior, como es natural,

había dejado reservada la pieza, pagando a la dueña un mes adelantado.

—¿Es una casa tranquila? —fué lo primero que preguntó.

—Esto parece un cementerio —dijo la dueña, con indudable acento profesional.

—¿Qué me dice de los otros pensionistas?

—Son dos más —dijo la dueña—. Una sobrina mía y un obrero de fábrica. Gente tranquila; le respondo.

Cuando llegara al dia siguiente con sus bártulos, la señora Ana salió a recibirlo. Desplegó una amabilidad que al funcionario le parecía cosa conocida, pero no pudo disimular su extrañeza ante la inopia material del viejo. No traía más que un catre de bronce, una mesa corriente y un par de sillas de mimbre que comenzaban a desenhebrarse.

—Es para comer —dijo el viejo, señalando la mesa.

—Ya entiendo... —repuso la dueña.

La señora dejó solo al nuevo pensionista, marchándose por el corredor, olvidando, además, su don de oficio: su amabilidad. Pero el viejo no tuvo tiempo para percatarse del gesto de la dueña, porque el pesado catre de bronce, que sostenía a duras penas, se le venía obstinadamente encima. Había pagado ya al carretelero al llegar a la puerta de la casa; el precio resultó bastante más subido de lo que había previsto, y ni siquiera se atrevió a pedirle una ayuda para trasladar los bártulos hasta la pieza.

—¡Señora Ana! ¡Señora Ana! —llamó afligido.

La dueña, desde el fondo del corredor, en donde había una sala espaciosa, una especie de galería, echó a andar con un irritado taconeo que resonaba en las frías baldosas.

—Si me puede ayudar... Hasta la pieza, hasta la pieza... —gimió el viejo.

—¡Déjeme eso!

El funcionario soltó el catre en manos de la señora Ana, para luego apoyarse contra la pared, resoplando violentamente. A medida que los latidos de su pecho se fueron haciendo más y más débiles —más normales—, su rostro comenzó a entristecerse. Per-

maneció por algunos segundos apoyado contra la pared, meneando la cabeza, como compadeciéndose de sí mismo. La señora Ana ya había regresado.

—Ahora qué más; déjeme esa maleta —dijo.

—¡No, eso no! —saltó el viejo—. ¡Eso lo llevo yo!

—Bueno, la mesa, entonces...

—Sí, la mesa y las sillas, si no es mucha molestia —dijo el viejo, empuñando la manija de la maleta.

Se dirigió con paso vacilante hasta su pieza; allí dejó la maleta. Pero tuvo la sensación de haber olvidado algo y salió casi al momento. Asomó, primero, la cabeza por la puerta: no vió a nadie.

La dueña se encontraba en la galería, echada sobre una raída poltrona, acompañada por una muchacha que al funcionario se le antojó desmañada y desagradable. "Debe ser la sobrina: Elisa..." No le gustó su manera desvergonzada de sentarse. Cuando lo vió llegar, la muchacha alargó innecesariamente una pierna, como para admirarla en toda su exuberancia. El viejo farfulló algunas palabras de excusa. Pensó que en los dones de la juventud había crueldad, algo de ofensivo. Se había olvidado para qué había salido de la pieza. La señora Ana le preguntó si deseaba algo.

—Es para decirle que quiero hacer las comidas en mi pieza —respondió.

—No hay inconveniente —dijo la dueña.

En la noche, había conseguido ya ordenar todos sus bártulos. Recién en ese momento abrió la maleta. La operación la hizo imbuído de solemnidad. Comenzó a desempacar y a extraer del interior de la maleta placas de metal, lustrosos trofeos de aluminio y cuatro o cinco banderines de colores chillones, en los que, junto a una fecha y a una frase ("por años de servicios prestados"), se leía su nombre. A medida que iba extrayendo los objetos, los ponía provisionalmente sobre la mesa. Se detuvo, porque se preguntó dónde iría a colocar tantos trofeos y placas, ya que esta pieza no tenía el zócalo de la anterior, hecho en la pared, a dos metros del suelo. En cuando a los banderines, era cosa fácil. Bastaba una media docena de alfileres. Registró las solapas de su vestón, pero descubrió ape-

nas tres... Estaba visto, el problema lo constituían las placas y los trofeos... "La señora Ana —se dijo— tal vez pueda facilitarme una mesa en donde poner estos... cachivaches. En último caso, ¿qué son sino cachivaches?..." Al salir, su mirada se topó con los trofeos y las placas, blandamente reposando sobre la colcha.

—Cachivaches, cachivaches... —dijo en voz alta, abstraído.

La señora Ana venía a su encuentro.

—¿Se le ofrece algo más? —preguntó.

—Una mesa para poner unos..., unas prendas de valor —murmuró, bajando la vista.

—¿Una mesa?... —exclamó la dueña, perpleja.

—Y unos alfileres, por favor; unos diez bastan...

Se le facilitó la mesa pedida. Los alfileres se los ofreció Elisa. El viejo pudo ver, por la puerta entreabierta, que la muchacha se afanaba en la búsqueda de los alfileres. Le habría gustado entrar en la pieza y ayudarla a buscarlos removiendo ropa interior en los cajones: enaguas, medias y otras prendas de Elisa.

Su primera noche en la nueva casa fué semejante a todas las demás noches en otras pensiones, aunque ahora no pudo conciliar el sueño demasiado pronto. Se revolvió en la cama, acalorado, y no hacía calor. Lo asaltaron violentos deseos de estar en otra parte, estar en otra parte, pero a esa hora había que dormir y nada más.

La vigilia lo hizo registrar algunos pormenores que, supuso, habrían de repetirse todas las noches, exactamente a la misma hora. Cerca de medianoche oyó una llave girando en la cerradura de la puerta de calle y, luego, unos pasos de hombre que avanzaban por el corredor, sin cuidarse de no hacer ruido. "Debe ser el obrero", pensó. El hombre en el corredor había entrado ya en su pieza, y después de cinco minutos lo oyó salir nuevamente, pero ahora lo oyó por tener el oído muy fino, porque el hombre, ahora, se esforzaba por no hacer el menor ruido. Lo sintió deslizarse por el corredor. Fué su oído muy fino el que lo hizo seguir sus pasos. Tuvo un estremecimiento cuando oyó

abrirse la puerta de Elisa, rechinando débilmente sobre los goznes. "Es una degenerada, una cualquiera", se dijo. Luego, creyó percibir unos cuchicheos... Luego, todo en silencio.

* * *

Una tarde, al mes siguiente, el viejo había aproximado su silla de mimbre a la ventana. El no dormía siesta como otros colegas de su edad, sino que acercaba la silla a la ventana que daba al patiecillo de baldosas. A veces, la abría... En mayo, el sol otoñal formaba a esa hora —las tres de la tarde— un ángulo agudo, de cuarenta y cinco grados, sobre la pared de su pieza. Pero en los primeros días de junio, era ya un ángulo obtuso.

Ahora había abierto de par en par los postigos, y los reflejos de sol sacaban un brillo mortecino, un haz de luz que iba a formar ángulo obtuso sobre la pared —un ángulo ya muy abierto, que contenía la presencia del aire en una forma geométrica— con los corpúsculos y las minúsculas pelusillas. El funcionario cabeceaba en la silla; se estaba quedando dormido. Pero vió algo que se deslizaba torpemente por el corredor y, sobresaltado, levantó la vista. Era Elisa. La falda descosida, arrugada; venía apoyándose en la pared, como reptando a lo largo de ella. "Viene borracha", se dijo. Elisa, en efecto, daba traspiés. Al comprender que el viejo la había sorprendido, rompió a reír de un modo grotesco, como pudiera reír una máscara. El viejo se apartó de la ventana y salió de su pieza.

—¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? —le preguntó solícito.

Elisa lo miró con odio.

—Déjeme; déjeme pasar —dijo.

—Ande, pase; no se lo impido... Pero ¿qué le sucede?

—¡Déjame en paz, viejo...!

El funcionario le hizo paso. Elisa continuó reptando por la pared, hasta llegar a la puerta de su habitación.

* * *

Nunca, desde la lejana fecha de su noviazgo, había sorprendido en una mujer expresión de hastío tan absoluta. Recordó cuando Teresa, su mujer, lo mirara con odio, cuarenta años atrás, antes de contraer matrimonio. Era a propósito del vientre hinchado de Teresa, que se había cogido a dos manos, mostrándoselo con impudicia, en medio de movimientos lúbricos, escandalosos: "¡Esto, esto lo has hecho tú!"

El no imaginó que fuese a reaccionar de ese modo. Siempre había pensado que las mujeres deberían cantar alabanzas al Señor por el fruto recibido. Posteriormente, una vez casados, estuvo por dos veces más el vientre de su mujer hinchado, y no se habían producido aquellas explosiones histéricas. "Luego, Elisa y...", pensó.

Pero él y su mujer se habían casado después: justo una semana después que Teresa le mostrara el vientre hinchado. En verdad, él no tuvo necesidad de hacer nada. Teresa de encargó de todo. Un mes más tarde, ingresaba a los Servicios Públicos como empleado en grado menor. Desde entonces fué consiguiendo adelantos económicos y, lentamente, ir avanzando en el escalafón. Se había retirado en grado ocho. Había sido un buen empleado: todos aquellos trofeos y placas que guardaba en su pieza daban cuenta de ello...

Pero las cosas llegan a su conclusión; todo termina una vez. Un día cualquiera, Teresa murió. Se había muerto sin ruido, sin estertores histéricos; había muerto porque ya no le quedaba otra cosa por hacer. La anemia la tenía postrada en el lecho desde hacía dos meses. Los últimos días había conversado menos y menos y, por último, un día martes, ya no habló una palabra. Hacia las siete de la tarde, cuando él regresaba de su oficina, Teresa abrió desmesuradamente los ojos y los paseó por toda la habitación, empeñán-

dose por seguir las más nimias sinuosidades —igual que un líquido que va llenando los intersticios sobre una superficie—, luego hizo un gesto de indiferencia, dió una vuelta en el lecho y ya no se movió más.

Todo terminaba.

* * *

El viejo no entró de inmediato en su pieza; pasó de largo y se detuvo frente a la puerta de Elisa. Oía unos sollozos débiles, apenas audibles. Era su oído muy fino —otra vez su oído muy fino— que lo hacía descubrir la presencia de unos gemidos. No pudo resistir más. Llamó a la puerta.

—¡Elisa! ¡Elisita!...

Esta vez, los débiles gemidos, desde lo recóndito de la habitación, no se respetaron a sí mismos. Sin transición se convirtieron en gritos, especie de aquellos alaridos impersonales y solitarios que lloran la miseria de la existencia.

—¡Déjame en paz, viejo ridículo! ¿No te das cuenta?... ¡Eres un viejo decrépito!... ¡Un viejo verde, asqueroso! ¡Déjame en paz! ¡Ay, ay, ay!...

El viejo corrió a encerrarse en su pieza. Temblaba como una hoja. Cerró los postigos. (El ángulo sobre la pared estaba reducido a una pequeña mancha.) En la noche no quiso comer; ni la empleada ni la señora Ana en persona lograron sacarlo de su mutismo. No deseó otra cosa que llegara esa hora, después de la comida, en que las personas se van a la cama. Esperó un par de horas, inmóvil, sentado en su silla de mimbre. El reloj de la galería vino a librarlo de su posición vigilante al dar once campanadas.

Después de meterse en la cama, su oído fino puso atención, pero lo que ansiaba oír no lo oyó. Hacia las tres de la mañana, aún en vigilia, comprobó que no había oído aquellos pasos amortiguados sobre el corredor. El obrero no llegó a dormir aquella noche.

Al día siguiente, el viejo había partido. En la mañana pagó a la señora Ana el alquiler por los días corridos del mes. Se mantuvo en su mutismo impe-

netrable. Vino nuevamente un carretón a estacionarse frente a la casa de la señora Ana y cargó los bártulos del viejo. El no se despidió de nadie; subió al carretón, sentándose en el pescante, junto al guía.

Momentos después la señora Ana penetró en la pieza deshabitada y comprobó que los trofeos estaban tirados en el suelo, en compañía de las placas. Por otro lado yacían desperdigados los jirones de banderines multicolores.

AQUI NO HA PASADO NADA

EL muchacho había oído en el curso de la última semana, repetidamente, a cada cierto intervalo, en un tono de voz grave y retenido: "Está agonizando. Agoniza. Está agonizando". El comprendía, más bien a raíz de observar con minuciosidad el semblante de su madre y el de algunas visitas ocasionales, que a su padre habría de ocurrirle algo importante, insólito, pero que no alcanzaba a representar en su mente. *"El último día estuvo todo el tiempo agonizando"*, habría de pensar con posterioridad el muchacho, porque cuando esa tarde él consiguió entrar en la pieza de su padre —después de vencer innúmeros obstáculos—, éste no lo había recibido con esa fatigosa alegría forzada que había mostrado las últimas semanas, siempre que el muchacho llegaba junto a su lecho, y que sobreponía trabajosamente a unos dolores punzantes, que él —los dolores— alcanzaba a comprender, porque sentía a veces dolores de vientre, de cabeza, de oídos (un dolor incisivo hacia el interior) o de muelas. Esta vez el padre entrecerraba los ojos turbiamente y todo él parecía estar algo turbio, como diluído en una atmósfera saturada por los vapores de su transpiración abundante en esa tarde tórrida de verano. No hizo, pues, ninguna señal de reconocimiento; pareció ignorar su presencia cuando penetró al fin en su pieza —escabullendo la vigilancia de su madre y de la vieja y fiel empleada—, para mostrarle un nuevo mapa que había

confeccionado —porque había descubierto que sus mapas entretenían a su padre, en donde el muchacho lo situaba todo al desgaire: el Senegal contiguo a Perquenco; Madagascar o Cambodia adyacente con Potosí o con alguno de aquellos nombres que entre sílaba y sílaba encerraban una secreta musicalidad y que se prendían primero de su memoria no muy leal, sino desvaída—, y tuvo que irse, porque su padre no despertaba de un semisueño envolvente, aun cuando permanecía con los ojos apenas semicerrados, pese a que dió repetidos tirones de la colcha, uno tras otro, en medio de un desconsuelo nuevo y desconocido, porque su mapa ahora no despertaba la atención de su padre. Y hacia el crepúsculo, otra vez, las voces cuchicheantes: "Está agonizando. Está agonizando". Hacía tanto calor y su padre transpiraba copiosamente: estaba agonizando. Pero cuando la tía Eduvigis, la vieja solterona, salió esa tarde precipitadamente de casa, en medio de un lloriqueo irritante, presintió que algo muy insólito ocurría, que quizás aquello de estar agonizando fuese algo grave de verdad, y, así, se puso con disimulo ante ella al llegar a la puerta, y tía Eduvigis, al momento, por una asociación que él buscara ingeniosamente, le dijo: "Vamos, acompáñame, Carlitos", con sus entrecortados sollozos. Los últimos días, también habíase percatado de lo fácil que resultaba a los adultos llorar por razones en que no sufría la piel o las piernas castigadas por la terrible y serpenteante varilla de mimbre de su madre, cuando se enroscaba silbando entre sus piernas, y esto —se dijo— tal vez se debía a que los adultos no recibían azotes y que, en cambio, se los hacían recibir a las personas como él. En aquellas ocasiones, él lloraba, claro está, lloraba; es decir, gritaba con gran sonoridad, como si esta sonoridad fuese a expandirse y a volver hacia él de otra manera, transfigurada o convertida en alguna forma concreta después, por ejemplo, de estrellarse contra las paredes como una pelota de goma y caer sobre su dolor —a modo de esencia, incienso o bálsamo—, aliviarlo de él, de ese mismo dolor que lo hacía gritar, y, claro, él lloraba; es decir, se le corría un líquido por las me-

jillas que tenía sabor salado. Pero tía Eduvigis no gritaba; en cambio, lloraba de manera muda —rodándole, también, el salado líquido por las fláccidas mejillas—, así como en los últimos días había visto llorar a su madre y hasta a la antigua empleada, apoyada en el umbral de la pieza de su padre, confirmando que los mayores eran seres que lloraban de otra manera y por causas que él no comprendía. Y se fué tras tía Eduvigis, también porque él quería, ahora, salir un rato a la calle y librarse de no sabía qué peso aplastante, opresor, que experimentaba ahora entre las paredes de la casa, aunque la tía Eduvigis lo cogió de la mano como tantas personas mayores que lo cogían de la mano no bien se encontraba en la calle, libre; entonces —y él comprendió que esta vez se sentía obscuramente tranquilizado al ir cogido de la mano— ella dijo, sorbiendo en la nariz la substancia licuosa que amenazaba resbalar hacia el tenue bigotillo: "Vamos a buscar a un cura, a un santo curita". El no preguntó nada, pero sintió un nudo en la garganta (*¿por qué un curita?*), que se iba apretando gradual, progresivamente, y cuando la tía Eduvigis, por una especie de incapacidad para poder ocultar algún hecho muy grave, que sólo ella y su madre y la empleada conocían y comprendían, dijo: "Tu padre se muere", apretó el paso a su lado, urgido por una súbita prisa, y casi corrió arrastrando de la mano a tía Eduvigis —quien con sus gordas piernas varicosas no podía acelerar el paso sin unir a sus sollozos unas voces quejosas de protesta—, como si ahora comprendiera vagamente que el santo curita habría de hacerle un bien grande a su padre; tal vez que había de conseguir que dejase de agonizar y que volviese a ser como antes, bien que la vieja solterona, gastada como los gastados engranajes de una vieja máquina sin lubricante y en desuso, le dió un brusco tirón (ella, que había visto a Carlitos no más de cinco veces en su vida, una vez al año, cuando venía a Santiago, y que había venido ahora inopinada y excitadamente, para mirarlo de un modo lastimero y decirle, dándole unas palmaditas protectoras en la nuca, que estaba más crecido, o más

flaco, o de color más rosado; ese pobre Carlitos, esmirriado, pensante y cabezón; de unas extremidades algo lacias, como un arbusto raquítico, que se doblegaban al menor tropiezo), aunque pretendió hacerlo inadvertidamente. Pero el muchacho percibió el brusco tirón que lo obligaba a regular el paso de acuerdo con el de la vieja tía y sintió una sorda irritación porque había que correr, correr... Había que apresurarse. Apresurarse. Y el curita había que ir a buscarlo a la parroquia vecinal, al otro lado de la ancha avenida. Su padre debía estar esperando ya impaciente, y ellos parecían no avanzar por la calzada... Apresurarse. Entonces, tuvo deseos de preguntar a tía Eduvigis qué le iba a ocurrir a su padre, pero temió que la respuesta viniera a confirmar que lo que estaba pronto a ocurrir era algo nada bueno para él, y empezó a sollozar de un modo en que se esforzaba a hacerlo, porque quería llorar de idéntico modo a como lo hacían tía Eduvigis y los demás mayores. Además, deseaba obscuramente oír esa frase: *tu padre se muere*, para ver si en esta ocasión podía penetrar más su sentido, hasta que llegaron a la parroquia vecinal, y fué él —el muchacho— quien entró por la sacristía hacia el patio interior, en busca del padre Laureano, el santo curita que debía visitar a su padre, aunque no se explicaba por qué razón se necesitaba su visita, pues había visto que cuando su padre sufría agudos dolores venía, por lo general, una enfermera que le inoculaba alguna inyección. Y por qué no una inyección ahora... "Ahora no, está agonizando; hay que apurarse", se dijo, tirando con fuerza de los faldones del padre Laureano, un viejecillo de amable rostro reseco, que no mostró una sorpresa manifiesta al momento en que tía Eduvigis le comunicó que un hombre no muy viejo, joven todavía, agonizaba a una cuadra de distancia. "Ahora el santo curita hará algún remedio", se dijo el muchacho, y pensó que bajo la sotana escondía una gran inyección, puesto que ahora su padre agonizaba. Y había que apresurarse. Efectuar lo antes posible los remedios. De regreso en la calle nuevamente, el muchacho cogió de la mano reseca

al curita y lo arrastraba frenético, mientras tía Eduvigis corría de atrás, acezando de cansancio.

* • *

El día terminó, lento, pesado, y él, como las otras noches, se fué a su pieza, eso sí que antes consiguió asomar la cabeza por la puerta de la pieza de su padre (ahora dormía a solas; quizás para que no lo molestaran —supuso—, puesto que su madre habíase trasladado a la habitación del fondo del corredor y desde allí permanecía en vigilia, atenta al menor ruido), pero su madre le impedía llegar junto al lecho, aunque alcanzó a ver a su padre que lucía un buen aspecto, toda vez que dormía con una respiración en exceso ruidosa, así como cuando dormía la siesta bajo algún sauce en los paseos campestres que hacían el año anterior, antes de que su padre cayera en cama, y se sintió, a la vez que más tranquilo y casi contento, con el fuerte deseo de ir a frotarse contra la larga barba, que la hoja de afeitar no había tocado en los últimos dos meses y que lo asemejaba a una de las estampas de su libro de Historia Sagrada; pero su madre lo obligó de inmediato a irse a acostar. Comprendió que había estado llorando, pues sus ojos aparecían ribeteados por una orla roja, y quiso preguntarle por qué lloraba, pero cuando ella lloraba (sólo los últimos días la había visto hacerlo), hacía empeño por ocultar el rostro o desviarlo de su mirada, y supuso que no estaría bien que se lo preguntara. Claro que sería porque su padre agonizaba, pero ya no agonizaba, porque el padre Laureano habíalo acompañado por un buen espacio de tiempo y estuvo a solas con él, encerrado en la pieza.

Le pareció que recién comenzaba a dormir cuando se sintió bruscamente despertado por los remezones de su madre, que había llegado (encendía en ese momento la luz) junto a la cabecera de su cama y se plantaba ante sus encandilados ojos, pétrea, envuelta en un gran silencio fatídico, de muerte. Ahora sus ojos estaban algo más húmedos, y él la observó por

algún rato, semidormido, aún sin poder rescatarse a un resto de sueño rebelde, con un vago temor. Entonces, su madre rompió el silencio atemorizante y habló, y notó que su voz estaba más ronca que lo normal —casi se parecía a la de su padre— cuando dijo: "Tu padre ha muerto". El dijo que sí con la cabeza: que había oído, y hasta encontró intranquilizador el hecho de que su madre no se retirara después de comunicarle que su padre había muerto. Dijo que sí: que había comprendido y que podía otra vez permitirle seguir durmiendo, cuando su madre soltó un sollozo que pretendía ahogar estrechándolo contra sus brazos, impidiéndole casi la respiración. El muchacho, sin embargo, sostuvo una lucha con su madre, porque él quería verse libre de sus brazos y, además, todo eso lo asustaba: aún era de noche, y en esa quietud —que le pareció enorme—, ruidosa tan sólo por su carga de silencio, resonaban pasos por el corredor, pasos amenguados que se silenciaban a sí mismos y que lo hicieron suponer que algo ocurría, que su padre tal vez se sintiese aquejado de nuevos y más terribles dolores, y su madre dijo: "¡Hijo mío, hijito!", y él no atinaba a hacer nada (*"Fué en ese momento que ella debería haberme hecho comprender de una vez por todas"*, habría de pensar con posterioridad el muchacho), porque comprendió que debía decir algo, dirigirle algunas palabras a su madre, preguntarle algo; pero ésta se fué y apagó la luz, diciéndole: "Son aún las cinco de la mañana. Duerme. Duerme", aunque esto bastó para que él, ahora, sintiera violentos deseos por que ya fuese de día, y hasta pensó en saltar de la cama y llegar en puntillas junto al lecho de su padre.

Aun después, en la mañana, comenzó a llegar gente, algunas personas que recordaba haber visto antes y otras que la empleada dijo que eran parientes, siendo que todos se presentaban algo llorosos y, lamentándose, abrazaban largamente a su madre. Le pareció ridículo y aburrido todo esto. Quiso salir y salió. Aunque en la mañana habían metido su esmirriado cuerpo dentro de un traje negro que había traído Alberto, un primo suyo, algo más crecido que él —su traje negro de la

primera comunión—, y que en ese momento entraba con su padre, después de que parecían haberse paseado durante mucho rato por la acera, y preguntó: "¿Tú también? ¿Por qué estás de negro? ¿Por qué te pusieron esa corbata negra?", y él dijo: "Mi padre está muerto", y recordó que en la mañana no le habían permitido entrar en su pieza, puesto que le significaron, compasivamente, que se estaban efectuando en el interior de ella algunos arreglos, olvidándose después por completo de ello, y creyó por un instante que lo que le decía a Alberto era algo divertido o, al menos, que debía serlo, y así establecer la necesaria camaradería entre ambos, y volvió a repetir, como si fuese algo divertido: "Mi padre está muerto", pero Alberto no respondió a sus instancias de comenzar a reír, como ocurría siempre que se reunían, y, más aún, éste fué reprimido por un movimiento del brazo de su padre —el tío del muchacho—, quien estaba en ese momento muy serio. Ni aun al día siguiente (porque entonces el muchacho ya no hacía ningún empeño por entrar en la pieza de su padre; manejado ahora por un secreto temor que lo tenía a la espera de "noticias"), cuando llegaron los empleados del servicio fúnebre con el negro catafalco a cuestas y con los negros lienzos y los negros crespones que comenzaron a distribuir por toda la casa; ni aun entonces comprendió, ni aun cuando horas más tarde la casa estaba cubierta de negros cortinajes y no le ponían ahora obstáculos para entrar en la pieza de su padre, cubierta también de negros cortinajes, siendo que su padre permanecía, ahora, reposando en el interior de ese negro cajón reluciente, aunque él todo cubierto hasta la barbilla por una tela alba, brillante. Se había cortado la larga barba y permanecía sin moverse; ni aun entonces, ni aun cuando empinándose sobre sus pies se asomó por el boquete abierto y rozó con sus dedos la cara de su padre, apretada, endurecida y fría, sí, muy fría, y le dijo que había confeccionado un nuevo mapa: "Terminé un mapa nuevo", y su padre esta vez permaneció en un silencio yerto, estatuario; ni aun entonces, ni aun cuando se aproximó la hora del sepelio y comenzó a

llegar a casa, otra vez, esa turba de gente desconocida que eran sus parientes y que se consideraban en la obligación de tratarlo cariñosamente, y él, asimismo, con las instrucciones de portarse educado con ellos, cuando él a muchos de ellos no los había visto nunca en su vida. Claro que, ahora, él permanecía más bien escondido detrás de algún cortinaje, a la espera de los acontecimientos, y ya presentía algo irreparable, porque cuando unos hombres vestidos de negro vinieron a sacar el cajón —que relumbraba a la luz de unos cirios a punto de derretirse, colocados en las paredes—, ya con el vidrio echado, él se fué tras el féretro, notando que todos los parientes hacían lo mismo, hasta que el negro cajón fué depositado en el negro vehículo tirado por seis negros caballos cubiertos de mallas negras hasta los cascos. (*"Al menos, fué un hermoso funeral, con seis caballos"*, habría de decirse con posterioridad el muchacho.) Entonces, él quiso ir junto a su padre en el interior del estrecho pasillo en donde fué depositado el féretro, pero esto se lo impidieron todos, tanto sus parientes, que vestían de negro, como los hombres vestidos de negro con acartonados trajes verdinegros; en cambio, tío Eulogio lo cogió de la mano y le dijo: "Vamos en auto, ¿qué te parece? En este maravilloso auto negro...", y él aceptó, por cuanto el cortejo debía partir, siendo que él lo estaba retrasando, y el cortejo partió, y las mujeres y su madre y tía Eduvigis y su primo Alberto no subían a los autos, sino que permanecían junto a la puerta de la casa, mientras las mujeres sostenían a su madre, que parecía medio ahogada, consiguiendo arrastrarla hacia el interior, y su primo Alberto lo miraba con pena, y así, en el viaje de una media hora en que el auto siguió al negro vehículo tirado por caballos, el muchacho permanecía mudo y caviloso. Ni aun entonces, ni aun cuando oyó a tío Eulogio y a otros ocupantes del auto: "Cementerio..." "Ya llegamos", y vió en la pequeña plazuela otros vehículos negros como aquel que transportaba a su padre, aunque de menor tamaño y con menos atuendo; ni aun entonces, ni aun cuando con gestos solemnes tío Eulogio y algunos pa-

rientes sacaron el féretro del interior del vehículo e iniciaron ahora un viaje a pie —con el cajón encima de un carrito tirado por un hombre de gorra—; pero ahora los negros trajes y las figuras tiesas, enfundadas, y los pasos resonando con demasiada nitidez sobre la vereda bajo los tilos, le hicieron recordar cuando su padre lo llevó una vez al cine y vieron una película de Buck Jones, una de esas buenas películas que le gustaban y que él ahora presintió de manera súbita que en adelante habrían de dejar de gustarle, mientras los parientes, en fila de a cuatro en fondo, semejaban a los soldados de otra película (cuando sintió miedo en el interior de la inmensa sala y fué recién consciente de la obscuridad completa a su alrededor; fué cuando él se arrellanó en su asiento como un ovillo y se negó a continuar viendo aquellos desfiles de soldados, que no le inspiraban tanto disgusto como los personajes de cuellos duros, tiesos y altos que siempre los precedían), que ahora recordaba porque los pasos, los fríos y metálicos pasos de sus parientes le traían una lejana asociación. Hacia el final del trayecto, los parientes hablaban, fumaban, discutían sobre asuntos relacionados con sus respectivas ocupaciones, mientras tío Eulogio decía: "Las acciones de Punitaqui... Cinco y medio por ciento...", a él —al muchacho— le pareció incomprensible y triste toda aquella conversación. "¿Cómo va la cosecha de avena?" "¿Crees tú en el porvenir de los arrozales?", y él —el muchacho— no quitaba los ojos del negro cajón, cubierto ahora por blancos alhelíes y clavelinas blancas que tremolaban blandamente, amenazando a ratos rodar carro abajo, muellemente, cuidando él por que esto no ocurriera, atento al carro, al ataúd, a las ruedas del carro: "¡Se mueve demasiado, se golpea!", se dijo, porque el carro, tirado por el hombre, había abandonado la vereda pavimentada y tomaba ahora por un sendero pedregoso y agreste, sombrío y tapizado de musgo, que hacía golpearse sordamente el féretro a merced de los bandazos del carro; entonces, él se desprendió del cortejo y se adelantó hasta ponerse junto al carro, vigilándolo. Mientras: "Los bonos a cuarenta y siete y medio o a

cuarenta y ocho...", y él —el muchacho— se decía que nadie miraba a su padre, a su padre que iba dentro de ese negro cajón que se golpeaba, cubierto por todas esas flores que amenazaban rodar. "Seiscientos quintales métricos me parecen una buena cantidad..." "Yo voy con mi padre." "Esas son tierras de mi cuñada..." "YO VOY CON MI PADRE", y empezó a comprender que su padre quizás había cesado de agonizar y que ahora había ocurrido algo definitivamente peor, porque, ahora, a la frase *tu padre se muere* le encontraba ya un sentido más concreto. Desde luego, equivalía a que su padre iba ahora en el interior de un cajón y él solo a su lado; significaba que no podía hablar ya más con él, porque parecía todo el tiempo dormir, y cuando el sepelio llegó a la sepultura y el sacerdote, brotado de no supo dónde, echó unas gotas de agua sobre el féretro, sacudiendo un instrumento semejante a una matraca de esas que le compraba su padre para producir ruido, ruido, hacer ruido, harto ruido, mientras ahora todo permanecía en un silencio de muerte, y el "Amén" final del sacerdote venía a resonar en los oídos —las cabezas gachas— como una amonestación en el día sin brisa; todo quieto, los árboles quietos. Y, ahora, las flores que comenzaban a derribarlas al suelo, sin delicadeza, en tanto que la sepultura permanecía abierta ante sus ojos: un boquete largo, estrecho y negro. Comprendió, entonces, que allí habrían de meter el cajón, pero con su padre en el interior; entonces quiso verlo y no se lo permitieron; entonces se derribó con todo el cuerpo rabiosamente al suelo y comenzó a arañar la tierra, porque él quería verlo, verlo, y nadie lo comprendía; todos se lo impedían, tal vez porque los parientes estaban ya ansiosos por irse y por terminar con aquello lo antes posible, y porque hasta oyó que alguien decía: "¡Qué muchachito tan insoportable!" Lo levantaron del suelo y ahora vió que el féretro había desaparecido en el interior del boquete y que los enterradores-albañiles, con una mezcla de cemento improvisada, comenzaban a tapiarlo. Entonces dijo: "¡No le pongan eso encima! ¿Dónde está? ¿Por qué lo esconden?...", y el es-

mirriado cuerpo hacía las más fantásticas contorsiones por desasirse de los fuertes brazos que lo sujetaban, y comprendió, empezó a comprender que su padre estaba muerto, que eso significaba algo que, en verdad, no comprendía —*está agonizando, se muere;* muerto, muerto—; pero que significaba, en todo caso, que no iría a ver más a su padre, a su padre muerto, que ya no saldría nunca del interior de ese boquete; que significaba todas aquellas flores hasta tan poco rato antes tiernas y ahora marchitas, pisoteadas, muertas; significaba, por último, que su padre no estaría más a su lado para defenderlo de la varilla de mimbre de su madre; significaba estar solo. Perder el apoyo y estar solo.

De regreso a casa, él —el muchacho— vagó por ella, restregándose contra las frías paredes. Vacío como ella, casi sintió frío —las paredes frías, la casa fría—, pese a la calurosa tarde de verano, cuando penetró en la vacía pieza, en la que ahora nadie le impedía entrar, que hasta pocas horas antes ocupaba su padre, diciéndose que su padre estaba muerto.

Comprendió que ya estaba muerto.

CESAR RICARDO GUERRA

César Ricardo Guerra nació en Arica en 1933. Su infancia transcurrió en un medio humilde y supo de las luchas y miserias de los esforzados pescadores. Su familia se trasladó a Santiago al poco tiempo. A la edad de 14 años se convierte en editor de una revista y periódico estudiantil. Ha cursado sus Humanidades en un Liceo Nocturno.

Su literatura —nos lo dice en una carta— pretende hablarnos del pueblo chileno, de sus luchas, de sus congojas, de sus aspiraciones. De oficio vendedor ambulante, ha tomado contacto íntimo y directo con la motivación originaria de su obra.

El cuento que aquí mostramos une a sus virtudes reivindicacionistas sociales, otras no menos estimables de pureza formal, continuidad de estructura, tensión, tema, desarrollo, desenlace, que nos hablan de un narrador estimable y meritorio.

En la actualidad prepara un libro de cuentos.



César Ricardo Guerra

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Así como en la vida no hay protagonistas totales, para mí, en el cuento, tampoco los hay. Lo que me atrae es el conglomerado humano en su cauce; veo los personajes girando alrededor de la vida y no la vida alrededor de los personajes.

"Cuento es una síntesis de la realidad, tomada en sus aspectos más representativos."

CURUNINAS DE FUEGO

EL orador exhortaba a la lucha sobre una tribuna improvisada. Todos, sin distinción de clases, bostezaban bajo la influencia del discurso. El líder matizaba rematando kinestésicamente los pasajes culminantes de su pieza oratoria, para no quedarse dormido con el mensaje eleuterómano:

—¡Y nada más; salud, compañeros!

Mujeres flacas, mujeres con cabelleras blancas, de rostro gredoso, aplaudían dando puñetes contra las capotas de los automóviles.

—Compañeros, compañeros. ¡Silencio!... Al final de esta concentración no se retiren; formen fila en la columna gigante que desfilará por las calles céntricas. Cerrará esta manifestación el líder sindi...

Los gemidos de las sirenas ensordecedoras, arrastrándose en neumáticos, frenan aullando en los oídos:

—¡Vienen los radiopatrullas!

—¡Los pacos; vienen los pacos!

—¡Los verdes en el zapato e' pituco!...

Los gritos de alerta son dominados desde la tribuna por la tesitura de una voz:

—¡ATENCION, ATENCION, ATENCION!... Compañeros: la confederación ordena terminantemente disolver el mitin. Suspender toda clase de manifestaciones. La confederación no se responsabiliza por las consecuencias que puedan sufrir los compañeros y compañeras que desobedezcan estas instrucciones...

¡ATENCION!; esta orden anula todas las anteriores; hacemos un llamamiento al...

Un sable cortó con su brillo el espacio, chocando contra la espalda del líder, silenciándolo:

—¡Bájate de ahí, desgraciao!...

—¡Toma, pa'que te callís, porquería!...

Oradores, micrófonos, tribunas, son pisoteados por los caballos:

—¡Disolverse, ya; ya, ya, ya, circular!

—¡Circular, circular, circular!

—¡Toma, infeliz; toma, pa'trás!

—¡Guarde con mis lentes, mi cabo! —protestó uno.

—¡Más respeto con la autoridad!; ¡toma!

A culatazos es derribado al suelo. Los cristales se destrozan en estrellas multicolores, mientras los botones de los verdes se hunden en sus costillas.

—¡Suéltenlo, asesinos!...

—¡No se lo coman, h.....!

De improviso surge una brigada de salvamento:

—¡Voluntarios, voluntarios!; ¿quién viene?...

—Todos.

—¿Todos?

—¡Todos!... ¡Suéltenlo, cobardes! ¡Adelante!

—¡Mueran los asesinos! ¡A quitarles las placas!

La multitud, con los puños en alto, formando un bosque de garras encrispadas, se abalanza.

—¡A ellos!... ¡Mueran los asesinos!

—¡Mueran!...

—¡Los pacos están apaleando sin placas!... ¡A quitarles las armas! ¡Adelante!...

—¡Perros cobardes, pa'qué arrancan! ¡Masacradores!

Una cadena de ojos interrogan al herido:

—¿Está bien, joven?

—¿Puede caminar, amigo?

Un dirigente taciturno le ayuda a incorporarse:

—¿Puede gritar, amigo? ¡Escuche! Esa es la consigna:

GRUPO DE VOCES RONCAS: —¿Cañones?

LA MULTITUD IRASCIBLE: —¡Nooo!

GRUPO DE VOCES RONCAS: —¿Escuelas?

LA MULTITUD.— ¡Síii!

Carabineros a caballo, en piquetes; carabineros sin placas se acercan. Encañonan los pechos. A caballazos obligan a replegarse:

—¡Circular, carajos; circular, circular!

—¡Disolverse! Circular, circular.

En las calles de la Plaza de Armas sólo quedan carteras, libros, estandartes y boinas momificadas:

—¡La lucha callejera continuará por los barrios populares!

—¡Allá no se atreven a ir los pacos!

—¡A los barrios, a los barrios!...

—Atención; el desfile continuará por San Diego. ¡Adelante! ¡Por San Diego!...

—¿A los barrios?

—¡A los barrios!

—¿CAÑONES?...

—¡Nooo!

—¿ESCUELAS?

—¡Síii!

—¡Viva el futuro de los pueblos libres!...

—¡Viva!

—¡Viva Chile!...

—¡Viva, pues, mi'alma!...

La calle San Diego, con los hoteles obscuros, las cocinerías y las compraventas de libros polvorientos, se estremece con los gritos. Las niñas bonitas del barrio San Diego, desgreñadas y de rostro soñoliento, se asoman a los balcones a aplaudir:

—¡Vivan los valientes!

—¡Viva el pueblo!

—¡Bravo!...

Los manifestantes respondían con besos:

—¡Vengan a desfilar, mijitas!...

Bosques de banderas chilenas marchan. Antorchas de papel iluminan los rostros vigorosos de patriotismo. La multitud marcha iluminada engrosando sus columnas; el pueblo desfila conquistando las calles. La muchedumbre avanza.

—¡Atención! ¡Atención!... El desfile continuará por la calle Arturo Prat y finalizará en la Alameda.

Gritos, carcajadas y estandartes siguen avanzando... Al llegar a la calle Arturo Prat, las cúpulas de un templo de expresión bizantina se empinan sobre los tejados coloniales, aplastando la arquitectura indefinida. Un par de ángeles atléticos, de rodillas en la parte superior del frontispicio, inciensan un cáliz de piedra: "Adoremos a Cristo Rey dominador de la gente. Que en este lugar de las leyes permanezca ahí mi corazón". Bajo esta leyenda en latín yacen trozos de acero manufacturando extrañas paráfrasis.

De pronto cururninas de fuego saltan sobre la multitud. Cururninas de fuego rebotan y bailan sobre el pavimento. Cururninas de fuego queman las carnes morenas; la muchedumbre se desorganiza y huye con los despavoridos gritos:

—¡Están disparando! ¡Nos matan!

—¡Ahí vienen, disparan!...

—¡Arranquemos! ¡Están disparando!

Puertas y balcones se han cerrado como obedeciendo a un conjuro. La gente huye en todas direcciones. Las mujeres trepan arrastrándose por las escalinatas del templo y golpean las puertas de acero hasta ensangrentarse las manos:

—¡Padres, abran, por nuestras guaguas inocentes!

—¡Están disparando, abran las puertas!

El llanto y los gritos de las mujeres pidiendo asilo se agigantan en la gran bóveda de cirios apagados. El eco responde:

—Están disparando...

Las mujeres con sus guaguas mal envueltas y los zapatos llenos de barro, imploran:

—¡Abran, por Dios! ¡Por favor, abran!

—¡Nos balean! ¡Nos matan!

El templo permanece cerrado, y en la tierra, de hinojos, los carabineros gatillan los fusiles con desprecio. El murmullo y el clamoreo de temor y de miedo de los primeros instantes se transforman en una voz ronca, ancha y valiente:

...Puro, Chile, es tu cielo azulado...
Puras brisas te cruzan también...

La Canción Nacional se entona y se abre camino por entre las gentes. Cuando se termina de cantar, empieza de nuevo en el centro la muchedumbre:

—¡Viva Chile!...

—¡Viva!

La multitud avanza. Marchan con los rostros encendidos de indignación y de repudio:

—¡La vida del pueblo chileno no se vende!...

—¡Viva!...

El gentío reinicia decidido su marcha, mientras la muerte encañona con fusiles los pechos; el pueblo avanza cantando. Golpes eléctricos pinchan las vértebras recorriendo los cuerpos... Las mujeres desfilan y guían el movimiento de la masa:

—¡Adelante! ¡Bajen los brazos!... ¡Aún no estamos rendidos!

La multitud se agita en oleadas que avanzan compactas. Ha caído un hombre con el rostro de Cristo; está pálido, con los ojos bañados en lágrimas; tiene aprisionada entre sus manos la bandera chilena con la estrella solitaria ensangrentada; la sangre surge a borbotones de las heridas que hierven y crujen. Las mujeres, con los ojos húmedos, inclinadas, escuchan al que ha caído a sus pies:

—Camaradas, no provoquen...; sin violencia, camaradas... —Las frases se ahogan en un vómito de sangre, sellando los labios.

Gritan hasta enronquecerse:

—¿Por qué lo asesinaron?

—¡Verdugos, asesinos!

—¡A quitarles los fusiles!

—¡Adelante!

—¡Salgamos a la Alameda!...

.....

Las comisarías de la Avenida La Paz están a puertas cerradas, y desde cada ventana atisban los ojos de acero de las ametralladoras. El pueblo, en columnas, se ha vertido en las calles y lleva sobre sus hombros un cadáver cubierto de banderas. El cortejo marcha lentamente. Coros de voces tristes preguntan:

—¿Camarada Román?...
El cortejo responde, grave:
—¡PRESENTE!
Las voces interrogan acusadoras:
—¿Quién mató a Román?...

Alejandro Román, con su mirada eterna teñida de infinito, interroga a la muerte y a estas columnas que ignoran por qué agitan una roja bandera. Y la muchedumbre, intuitiva, capta la voz lejana de Román, que les habla por última vez:

—Compatriotas... Mi vida ha sido triturada por dos engranajes; entre el imperio de la Utopía y de las Estepas, y los Mercaderes guerreros del norte... El Estado, propietario del individuo y del pensamiento, trata de desarticularnos para imponer en nuestras ruinas un nuevo orden. Si lograra dominarnos, el alma rebelde del chileno les reventaría en el puño como un tiro de dinamita. Y los que piden nuestra adhesión con pactos tributarios, ignoran que los chilenos queremos saber por qué morimos. No deseamos una orden que nos sorprenda sin patria en los labios. Un extranjero extendió su capa al paso de una reina; los chilenos, a cada instante, extendemos nuestras vidas a los pies del ideal en un gesto racial de darlo todo.

"Los chilenos queremos nuestra solución. Nuestro pulso integral brotando de la inercia y alzando la riqueza y derramándola hasta el más humilde rincón de territorio... Una solución hecha de espíritu, de geografías y de sangre...

.....

Por las calles semicirculares del cementerio transitan la vaciedad de los discursos y los reproches de los líderes, acrisolados en consignas. Pero la multitud escucha desde adentro... La sangre de chileno de Alejandro Román les ha escrito su arenga...

YOLANDA GUTIERREZ

Yolanda Gutiérrez nació en Arica. Hizo sus estudios en el Liceo de Niñas N.º 3, de Santiago, para seguir, posteriormente, la carrera jurídica en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile. Allí colabora activamente en la revista "Mástil" y en la Academia Literaria.

Su obra permanece inédita. Prepara un libro de cuentos, "Ventana". La narración que conoceremos es simple, casi ingenua, con un estilo espurio a ratos, pero tiene el gran mérito de estar claramente organizada, en una perfecta arquitectura temática, con entrada y salida.

Por su conocimiento práctico, casi instintivo, de la legislación íntima del cuento, las obras posteriores de Nana Gutiérrez deberán integrarse a los más preciosos bienes de nuestra joven literatura.



Yolanda Gutiérrez

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es un mensaje breve, personal, múltiple, dirigido a los demás con el propósito, no sólo de entretener, sino de sembrar: una idea, un sueño o un personaje, y que los refleja en alguna de sus manifestaciones, sea éste real o ficticio. Debe alcanzar, en su relato, invariablemente, algún vértice de la vida misma."

MARGARITA MARÍA

MARGARITA María es la hija del coronel del pueblo. Y tiene dos hermanas.

Todos la saludan, conocen su nombre y lo que hace. Ella parece ni notarlo.

Sus hermanas la miran inquisitivamente, siempre revoloteando cerca de un espejo al que no han logrado acercarla por mucho tiempo. Es como si Margarita María fuera la única niña del mundo contenta de su rostro. Y eso les produce desconcierto.

No se peina; no quiere. Y es dulce su chasquilla al viento; dulces son sus ojos rasgados de misterio; dulce su sonrisa de dientes grandes, disparejos; dulce su andar moreno y delgado.

Margarita María es auténticamente feliz. ¡Y cómo lo goza todo!

Amanece mordiendo una manzana, la devora a grandes mascadas, para disgusto de toda la casa. Y se va a la playa.

La playa del pueblo está abrasada de secretos y de signos más que de sal y de viento; pero ella no lo advierte y aparece corriendo.

Su traje de baño es rojo como un grito que le surge de las esbeltas piernas morenas. No se ve linda, y ella lo sabe, y no le importa. Lo quería sólo porque era un color alegre, abierto, y le impresionaba así.

La tortura y angustia de los otros corren mientras tanto de boca en boca, tocando su espalda, flotando por

su pelo, resbalando por su cara, y ella se pasea curiosa y solícita por aquella playa "feliz", como la llama.

Es allí donde las casadas miran de soslayo a sus maridos gordos y hastiados; donde las solteras de más de treinta años dejan rodar sus manos lánguidas en los maridos de estas otras; donde las recién casadas felices no se preocupan de ellos, porque aún les pertenecen.

Es allí donde las niñas jóvenes juegan con los tenientes y se peinan cada cierto tiempo. Es allí donde las tres niñas del coronel juegan con ellos. Y parece como si sólo Margarita María devolviera auténticamente la pelota o les tirara arena o corriera hacia el mar. Los movimientos de las demás son lentos y sonríen de nada, como si fuesen tontas.

Las tardes del pueblo, como las tardes de verano en todas partes, son azucaradas y lánguidas. Margarita María las rehuye.

A las seis —hora de la retreta y del vestido de organza con enagua almidonada—, ella se escurre de la casa, las manos prisioneras en los bolsillos profundos de sus viejos *blue jeans,* sonriéndose a sí misma con su boca grande y suave.

En el paseo está su padre, gordito y alegre en su uniforme, conversando con las autoridades. Ella se les acerca sonriendo abiertamente, y se pasea con ellos, seguida de la mirada de reproche de su distinguida madre; pero él, como buen varón que es, la encuentra linda y no sabe lo que lleva puesto. Y lo quiere más por eso.

Tiene amigos y pretendientes que buscan ansiosos su clara amistad, tan sin límites ni bordes de ansiedad. Pasean jugueteando y riendo, mientras las otras niñas luchan con el viento, que les agloba los vestidos como lámparas inmensas, de colores.

En las noches duerme plácidamente. Sus hermanas se cuentan muchas cosas mientras tanto, y preparan un peinado "para mañana".

La miran de vez en cuando, con cierto aire de disgusto, porque ella duerme allí descuidadamente, con

su pelo lacio y su chasquilla como un abanico hermosamente abandonado sobre sus ojos de misterio.

Y sonríe junto a una manzana que, roja en su velador, la acompaña mientras sueña.

¡Y qué feliz es también al otro día, y cuánto ama la vida!, metida en sus pantalones arrugados, escurriéndose entre la lujuria del pueblo atormentado, ignorando cómo es de observada a veces esa su ostentosa dicha por los ojos de los demás, turbios de realidades y deseos.

Ella pasa, simplemente. Nada finge, nada escucha, nada sabe de las ruinas de los otros. Va dejando por las calles caldeadas de cansancio algo así como un recuerdo de sus dientes hermosamente disparejos, su boca suave y grande, su sonrisa dulce, su chasquilla al viento, sus piernas largas y morenas... Porque Margarita María tiene nueve años.

EUGENIO GUZMAN

Eugenio Guzmán Ovalle nació en Santiago el 7 de junio de 1926. Se educó en el Colegio de San Ignacio y en el Liceo de Aplicación. Ingresó al Teatro Experimental de la Universidad de Chile, participando como actor en la mayoría de las obras presentadas por dicho conjunto escénico. Ha tenido importantes papeles en "NUESTRO PUEBLO", de Thorton Wilder; en "LA VISITA DEL INSPECTOR", de J. B. Priestley; en "COMO EN SANTIAGO", de Daniel Barros Grez, etc... Se destaca como el más brillante director escénico de la nueva generación de este Teatro. Desempeñó el papel protagónico en la cinta titulada "CONFLICTO DE SANGRE". Su labor de difusión teatral es ampliamente conocida. Autor de varios cuentos, su creación literaria permanece aún inédita.

La obra que aquí mostramos nos indica a un narrador ameno, sobrio, cuya prosa sencilla y austera cumple de modo sensato su cometido.



Eugenio Guzmán

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"El cuento encierra para mí un mundo de sentimientos bellos, y seres bellos, comunicado por la magia sensible de palabras familiares y dignas, aprendidas desde la infancia."

L A C A L L E

CUANDO golpeó suavemente con los nudillos la madera lisa y pintada de blanco de la puerta, sintió un nuevo estremecimiento. Luchó por abandonar la idea y sonrió justo a tiempo. La puerta había sido abierta, y detenidos en el umbral estaban sus dos hijos, mirándole derecho a la cara.

—Papá —gritaron casi a la vez, sin darle tiempo a sentir otra cosa que la emoción de abrazarlos. Los bracitos se tendían y buscaban con nerviosa premura la firmeza de la nuca y la espalda, allí donde ellos sabían que al cogerse muy estrechos del cuello del abrigo, él los iba a alzar a la manera del gigante bondadoso de los cuentos, más arriba de la altura del marco de la puerta.

El lo hizo. Adivinaba muy bien sus deseos. Y los cubrió de besos, mientras una ola de tristeza lo atravesó tenuemente al observar la penumbra del *living* tan familiar. Luego, miles de recuerdos llegaron a su mente, sin poder desecharlos; primero, la esposa, que estaría allí arriba, seguramente escondida en su cuarto, muda, agazapada, con el rencor agrietándole los ojos; y en seguida, todos aquellos otros recuerdos de los días de la separación, precisos algunos, vagos y esfumados otros, pero cada uno igualmente doloroso.

Quiso salir sin demora. La calle era su cómplice. La calle poblada de árboles viejos, murallas caprichosamente delineadas, ruidos de bocinas e indiferentes

transeúntes. La calle, bendita compañera de sus paseos inciertos, enfilando siempre ante sus ojos una ruta nueva, por firmes calzadas de cemento, entre el excitante deslizar de los vehículos. La calle..., "tu amante", como en una grotesca conmoción de celos le increpara su mujer, meses atrás.

"La calle, mi amante", sonrió con un rictus de sorna en los labios.

"La calle, mi esperanza", corrigió muy adentro de su corazón, estremecido por el temor de resbalar el secreto en sus pupilas.

Pero sus hijos, ahora, cogidos de cada una de sus manos, lo empujaban hacia adelante, en alegre carrera, sin siquiera mirarlo.

Tomaron la avenida de la derecha, amplia y salpicada por unas pocas hojas amarillas, desprendidas de los árboles, camino hacia la pastelería vecina.

Acortó sus pasos, mientras una bocanada de aire frío, nuevo atisbo del otoño, le rozaba el rostro. Apretó suavemente las manos de los niños y les preguntó si sentían frío. Quería conversar con ellos. Convertirse en el héroe de sus sueños infantiles o tal vez aparecérseles como alguno de esos padres de familia que adornan los viejos álbumes de recuerdos: sencillo, de largas barbas y patillas, respirando en cada gesto, en todo el continente, una actitud paternal. Pensaba en la imagen creada por él mismo de su propio padre, que nunca conociera y a quien amó con la fuerza indestructible de la ficción.

Llegaron a la pastelería. Pidió para ellos toda suerte de dulces y galletas. La dueña del local lo miró con aire de reconvención, moviendo la cabeza de un lado a otro, y él pudo leer en aquella mirada claramente: "Los echa a perder, los mima con exageración". Ella no comprendía, sin duda; ¿cómo podía comprender? Pensó decirle: "Los veo cada semana, sólo una hora o dos. Y los amo tanto. Quiero que me recuerden afable y pródigo, que no piensen en mí sino como yo deseo ofrecerme a su imaginación. Fuerte, tierno, amable y poderoso". Pero no podía enterarla de eso, por lo menos delante de ellos, y ahora lo molestaba, hasta

irritarlo dolorosamente, aquella mujer gorda, de cabellera descuidada y tosco delantal, que coartaba la intimidad de su encuentro.

El más pequeño de los niños, con apetito insaciable, sorbía estrepitosamente la taza de chocolate recién servida. El mayor, también con la taza a la altura de los labios, le clavó de pronto la mirada en su rostro aún irritado. Una ráfaga de tristeza llenaba sus ojos infantiles, obscuros, casi negros, cercados por abundantes pestañas.

Parecióle a él que comprendía. "Sí, Dios mío, éste lo entendía, tal vez." De pronto, la idea primitiva que llevara al golpear la puerta se le presentó de nuevo... Luchó por olvidarla, tuvo miedo, un miedo salvaje de ella. Hizo un esfuerzo supremo y llevó su mano derecha a la cabeza del niño, esperando con el gesto desvanecer aquella mirada húmeda y apartar, así también, sus propios mortificantes pensamientos. Hurgó con sus dedos los rizos de la cabeza y la acercó muy junto a su pecho para acallar los latidos de su desacompasado corazón.

El niño dejó la taza sobre la mesa. Ya no estaba allí, en el fondo de sus pupilas brillantes, la mirada. Sonrióle a su padre, como si él mismo fuese un hombre crecido, un viejo buen amigo. Y comenzó a hablar un poco atragantado por el rápido fluir de las palabras. Le contó del colegio, de las tareas, de las clases, de los vecinos, de sus juegos, de sus riñas.

El, aliviado, casi contento, sonreía, sonreía con una infinita ternura danzándole por todo el cuerpo, primero en forma de dulce calofrío redondo entre el vientre y el comienzo del pecho, luego como temblor suave allí en las aletas de la nariz y por entre el poblado entrecejo.

Pagó la cuenta. Volvió a tomar de la mano a ambos niños, y salió con ellos a la calle, de regreso.

Afuera hacía menos frío. Tal vez las calorías del chocolate ingerido le daban nuevas energías. Caminó lento, muy lento, saboreando cada paso que daba en compañía de sus hijos; pero ellos, indiferentes de nuevo, llenos de la vitalidad del apetito satisfecho, que-

rían andar con apresurado ritmo. A medida que se acercaban a la casa, otra vez la idea inicial tomaba cuerpo en su cabeza y se escurría quemante como el alcohol. por toda la sangre de sus venas.

La tensión se le hizo insoportable, le agarrotaba las piernas, le confundía la mirada. Las casas, convertidas en fantasmas de piedra, grises y verdes, desfilaban en informe alegoría.

Ahora estaban frente a la verja del jardín. Muy luego la criada, al sentir el travieso correr de los niños, abriría la puerta.

Pidió, desde el fondo de su ser, que aquello no sucediera.

El niño menor saltó hacia el interior de la casa, al sentir que abrían la puerta, olvidando las palabras de adiós. El mayor le siguió, pero en un brusco impulso se detuvo. El quiso gritar, huir velozmente en dirección contraria. Pero era tarde.

El niño se acercó, con la mirada húmeda de antes, y le dijo lo que en cada minuto, toda la tarde, todo el día, y todos los días que precedían cada encuentro, temía alguna vez escuchar de sus labios:

—Papá, ¿por qué no te quedas aquí con nosotros?

Una respuesta agria se le formó en la garganta apretada, pero su boca no se animó a dejarla escapar. Retrocedió unos pasos, esquivando la mirada del niño, ahora llena de sorpresa; dió media vuelta y salió, golpeando con ronco furor la reja enmohecida del jardín.

Avanzó hacia las primeras sombras de la tarde, refugiadas en las copas de los árboles, para perderse en los confines de la calle, su esperanza.

LUIS ALBERTO HEIREMANS

Luis Alberto Heiremans nació en Santiago el 14 de julio de 1928. Hizo sus estudios humanísticos en The Grange School, y actualmente es alumno de la Facultad de Medicina.

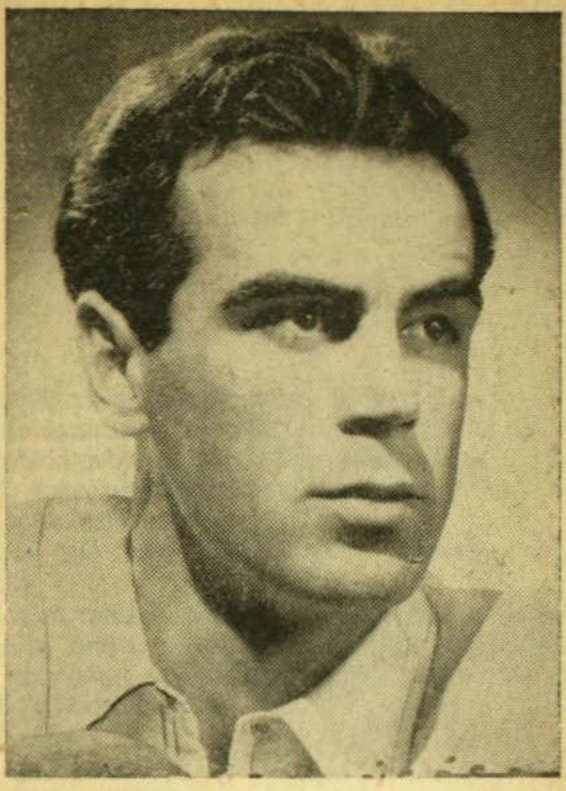
Ha compartido sus inquietudes literarias con actividades como actor. En efecto, en múltiples oportunidades ha representado diversas obras, inclusive dos de las cuales es autor: "Noche de Equinoccio", estrenada en 1951, y "La Hora Robada", estrenada en 1952. Esta última mereció el Premio Municipal de Teatro, como la mejor obra del año.

Ha publicado, además, dos libros de cuentos: "Los Niños Extraños" (1950) y "Los Demás" (1952), acerca de los cuales la crítica se pronunció elogiosamente. Narrador ameno, sutil; llenos sus relatos de una delicada poesía, conduce al lector, merced a procedimientos técnicos casi imperceptibles, hasta el término, adscribiendo con su obra a la definición que Somerset Maugham diera del cuento: "Aquello que se puede leer, de una sola vez, hasta el final".

"El Cuerpo Restante", "La Novena Luna", son inéditos. Ambos cuentos nos muestran dos dimensiones bien precisas del escritor.

Con una prosa limpia, etérea, seca, nos introduce en situaciones, casos y cosas de la existencia cotidiana, mostrándonos lados ocultos, en sombras.

Luis Alberto Heiremans es uno de nuestros valores reales. Su labor, hasta donde ella alcanza, nos ha revelado a un artista auténtico, estudioso, hondamente comprometido consigo mismo. Podemos esperar, seguros, confiados, la obra que habrá de continuar y de continuarlo.



Luis Alberto Heiremans

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es una forma de expresión. Las otras características dependen, exclusivamente, del autor."

LA NOVENA LUNA

LA ventana se abría sobre el jardín en sombras. Una ola de jazmines venía a estrellarse contra el balcón y embriagaba el aire. Las flores constelaban la oscuridad, logrando que todo fuera liviano y frágil en esa noche estival.

—¡Mira qué hermoso está todo! —exclamó Andrés.

—Hum.

Miró a su madre. La mujer se había sentado en un rincón de la pieza y tejía. Los palillos se entrecruzaban con un ritmo establecido; pero, como de costumbre, había olvidado traer lana.

—¡Mamá!

—Sí, Andrés.

—Olvidaste la lana.

—De veras. No me había dado cuenta.

—Me parece que pierdes el tiempo si tejes sin lana.

—De ningún modo.

—¿Cómo?

—Tejo el aire. Si vieras cuán lindas resultan las cosas...

—¿Qué?

—Pero ¿no te mostré ese chal que terminé el mes pasado?

—¡Ah! Sí, es cierto. Lo había olvidado.

—Es tan abrigador.

Y siguió tejiendo. Poco a poco los minutos se enhebraron a las agujas y así urdió una hora. La noche

era más oscura; pero los jazmines iluminaban el balcón. Andrés salió a respirar el aire y descubrió, en pleno cielo, una luna pequeña, apenas esbozada, como un trazo de luz encorvado sobre sí mismo.

—¿Sabes una cosa, Andrés?

—¿Qué?

—Debes decidirte a tener un hijo.

—¡Yo, mamá!

—No. ¡Qué tonto eres! Una mujer lo tendrá; pero será tuyo.

—¿Por qué?

—Porque... —se interrumpió—: y no sé por qué. Supongo que será porque eres joven, o tal vez porque a mí me encanta tejer, y así podría hacerlo para un sobrino.

—Nieto, querrás decir.

—Sobrino. ¿Acaso tu hijo no será mi sobrino?

—Pero, mamá..., tú eres mi madre, yo tu hijo. Luego mi hijo...

La mujer repetía palabra por palabra:

—Tú eres mi madre, yo tu hijo. Luego mi... ¡Ay! Andrés, no puedo pensar. Me marean esos jazmines. No puedo pensar —concluyó, y así pudo volver el silencio.

Andrés salió nuevamente al balcón. Afuera también reinaba una gran quietud. Ni una sola brisa, ni el murmullo que produce la hoja al caer, nada. El muchacho contempló por segunda vez aquella luna detenida en un cielo sin estrellas ni nubes.

—¡Mamá! —llamó de pronto.

—¿Qué quieres?

—Ven.

Ella acudió, tejiendo siempre. Caminaba a pasitos cortos, como contando los centímetros.

—¿Qué quieres? —repitió cuando estuvo junto a él.

—Es hermosa la luna —y no era una pregunta.

—La novena luna —dijo simplemente.

—¿La novena?

—Quiero decir que hace nueve lunas comencé a contarlas, y ésta es la novena.

—¡Ah!

Desde lo alto, el astro se supo aludido y brilló con mayor intensidad. Ahora uno de sus rayos llegó hasta la tierra, escondiéndose entre los jazmines. Ahí parecía buscar algún nido secreto, y lo encontró quizás, pues no volvió a moverse. Las flores se aureolaron de plata.

—La novena luna es fecunda.

La frase, esta vez, traía algo de revelación.

—¿Qué significa eso? —inquirió Andrés.

—Bajo la novena luna todo puede nacer.

Sin embargo, el muchacho razonó:

—Pero ¿quién me asegura que ésta es la novena luna, y no la próxima o la anterior?

—Yo lo aseguro —por un instante, la mujer detuvo el movimiento de los palillos y alzó hacia él su mirada gris—. Yo las he contado y ésta es la novena.

Entonces se desprendió el viento. Venía de todos los árboles, riendo como un niño. Dos sapos encadenaron su diálogo al borde de un charco.

—Hace frío —dijo ella—. Buenas noches.

Y desapareció.

"Si yo tuviera un hijo. Mamá lo desea. ¿Y yo, lo deseo acaso? No sé. Qué curioso debe ser mirar a una persona y pensar que ha salido de uno, que por un gesto se ha organizado todo aquel mundo, todo el misterio que encierra un cuerpo. Y después de mucho tiempo, al contemplarlo, recordar lo que yo era, encontrarme. ¿Me gustará eso? Cuando ya no tenga los cabellos rubios ni la frente lisa, descubrir esos mismos rasgos en otro. ¿Me gustará eso? No sé, no sé si quiero tener un hijo. Porque en el fondo equivaldría a satisfacer mi propio orgullo, a poseerme en eterna juventud. Los demás podrían llamarme orgulloso o egoísta. No, no soportaría que lo hicieran. Tengo miedo."

La alcoba reunía las brisas de la noche. Ubicada en una esquina, se abría a todos los vientos, los dejaba entrar y arremolinarse entre los tules. Todo fué idea-

do por su madre. El trató de oponerse contra aquella pieza demasiado blanca, demasiado vaporosa, alegando que parecía el dormitorio de una niña; pero ella la quiso así.

El viento arremolinaba las cortinas y también aquel velo que, cayendo desde una corona dorada, envolvía el lecho. Todo en la estancia parecía estremecerse, como queriendo emprender un vuelo tímido, y él, sin despojarse de su ropa, se recostó sobre las sábanas.

En la pieza adjunta, escuchaba la respiración acompasada de su madre. Llegaba hasta él como una cadencia necesaria. Sin oírla, le era imposible conciliar el sueño. Esta costumbre había nacido en su infancia, y cuando, adolescente ya, decidieron separar piezas, Andrés insistió para que ocuparan cuartos contiguos. No temía la oscuridad ni los fantasmas; pero sí aquel silencio de la noche que sólo lograba destruir la respiración de la mujer. Ahora la palpaba casi. Se tranquilizó.

En ese instante, la luna se detuvo frente a su ventana y uno de sus rayos, atravesando celosías y cortinas, cayó sobre el lecho. Ahí se diseñó en franjas de plata y sombra, pues la celosía lo quebraba a trechos. Primero, Andrés lo sintió y, al darse vuelta, lo descubrió recostado junto a él, suave y sedoso. Sin saber por qué, inclinándose, besó el resplandor, poniendo en sus labios igual caricia que recibió de la luna. Fué un primer contacto maravilloso.

Sin levantarse, Andrés se desvistió y, una vez que estuvo desnudo, dejó que el rayo jugueteara sobre su piel. Pero la luz llegaba entorpecida por aquellos espacios de sombra. Se levantó entonces y lenta, silenciosamente, descorrió las celosías. Al volver a acostarse, la luna saltó sobre su espalda, cayendo como él, con él, dentro del lecho.

Acaso éste fuera el objeto: buscar su propia imagen. En el fondo de todo abrazo, perseguir la réplica de sí. La mujer llegaba a ser la laguna sobre la cual

el hombre se inclina para conseguir el reflejo de su cuerpo y de su rostro. Todo suyo. Todo suyo y de ella también, porque ahora en las entrañas de esa luna estaba lo que él y su madre habían deseado.

Cerca del alba, acudió presuroso al cuarto vecino.

—¡Mamá!

Una claridad amarillenta palpaba apenas el borde de la ventana y se extendía sobre el piso, caminando bajo los inmensos pliegues de las cortinas rojas, yendo por fin a acharcarse junto a la alfombra.

—¡Mamá!

La mujer se desperezó entre las sábanas; pero aún no despertaba del todo. Se veía mucho más joven en el lecho; despeinada, los hombros desnudos, toda sumida en las sombras, como fuera del tiempo, de aquel día que se insinuaba bajo las cortinas.

—Mamá! —gritó por tercera vez, y ahora la mujer se incorporó.

—Sí..., sí..., ¿qué hay?

—Mamá, anoche...

—¡Ah!, eres tú. ¡Qué manera de gritar!

—Mamá, anoche dormí con la luna.

Al comienzo, ella permaneció inmóvil, el tronco erguido y rígido, como una estatua; pero luego comprendió y una expresión de júbilo estalló sobre su rostro con la fuerza de un amanecer.

—¡Lo sabía! ¡Lo sabía! —palmoteaba como una niña—. Tenía que suceder. Cuéntame todo, cuéntame cómo fué.

Pero callaron. En el alba, tras esas cortinas, donde ya era día, un trino se unió a la claridad. Pareció trepar, corriendo como una lagartija, de árbol en árbol, hasta perderse quizás dónde. Luego retornaron las primeras horas, quietas y demorosas.

—Mamá, la luna va a tener un hijo mío.

Hablaba lleno de expectación, como si él hubiese sido fecundado, como si él llevara en alguna célula escondida el fruto maravilloso.

—¡Andrés!

—Ella lo tendrá; pero yo seré el padre.

—¡Claro que sí! ¡Le tejeré las más bellas ropas! ¡Todo lo que puedas imaginar!

Y, de un salto, Andrés estuvo junto a la ventana y descorrió las cortinas. Toda el alba se desparramó dentro de la estancia, alocada, inminente, como si el canal del día hubiera estado enojado contra aquella esclusa de felpa que entorpecía su libre curso. Renacieron las cosas: las sillas volvieron a ser rígidas, el espejo surgió entre las sombras, plateado y hermoso, tal un cuerpo húmedo alzándose en el lago oscuro. Revivían el mundo, el lecho, la madre y el jarrón ahogado en rosas sobre la mesita, revivían y hoy adquirieron un nuevo sentido.

Andrés aspiró el aire empapado en rocío. La luna se perdía tras unas montañas trazadas con liviandad en el cielo incierto, y él la miró con cariño, como quien, viéndola alejarse, dice adiós a su amante.

Desde entonces, los momentos, las horas, los días, la vida misma, poseyeron otro significado. Ahora se aguardaba algo. Esperaban el amanecer o la noche, el tiempo se había hecho lógico, encadenado a un instante preciso, al maravilloso minuto que verían llegar en veintiocho días más.

La madre tejía sin cesar. Urdía puntos de aire y tejía la atmósfera. Su hijo le reprochó su empecinamiento; pero ella se irguió con furia. Sobre aquello no aceptaba discusiones.

—¿Estás loco? Con qué vas a vestir a un hijo de la luna, si no es con ropas de aire.

—Tienes razón.

Y ambos se inclinaban sobre el jardín, observaban la luna. En realidad, crecía noche a noche, redondeándose, pesando como una mujer grávida en el centro del cielo siempre oscuro. La miraban con cariño, sabiendo que algo suyo estaba mezclado a esa linfa helada que debía ser la sangre de la luna. A veces, Andrés le hablaba. La madre, en cambio, le conversaba sin cesar. Por fin había comprendido que aquel niño

iba a ser su nieto y no su sobrino. Pero si transigió sobre aquel detalle, desde un comienzo estableció distancias con su nuera refiriéndose a *mi nieto* y nunca a *su hijo*. Recomendábale ser cuidadosa en los últimos tiempos, no someterse a esfuerzos demasiado grandes, y le reprochaba la locura que cometía al emprender, día tras día, esa larga caminata a través del cielo. Sin embargo, la nuera no parecía hacerle mayor caso y, por esto, las conversaciones finalizaban intempestivamente. Enojada, la madre partía hacia el interior de la casa, dejando a Andrés solo en el balcón.

No por eso dejaba de tejer. Durante todo el día y buena parte de la noche trabajaba en la pieza de costura. Cuando la luz era escasa, se cobijaba bajo la pantalla de seda de una lámpara de pie, y ahí seguía tejiendo. Disponía luego las prendas ya terminadas en un armario que había en esa misma pieza, y así fué cómo una tarde decidió mostrar a su hijo lo que ya llevaba realizado.

—Aquí están —murmuró en secreto, al entreabrir las puertas del ropero.

—¡Muy hermosas!

—¿No es cierto? Me he esmerado tanto en este ajuar. Me alegro de que te guste.

Luego comenzó a mostrarle las prendas una a una. Las desenvolvía con cuidado, temerosa tal vez de que el tejido de aire se deshiciera.

—¿Te gustan estos botines?

—Sí, pero lástima que el material sea un poco gris.

—¡Ah!, fué torpeza mía. Una tarde olvidé cerrar las ventanas, y como había mucha neblina...

—No importa.

—Pensé deshacerlos; pero luego me dije que tal vez serían útiles para los días en que el niño se sienta un poco triste.

—De veras. No se me había ocurrido.

Y todavía, durante varias horas, permanecieron mirando y comentando cada detalle.

Llegó el crepúsculo y el perfume de lavanda que flotaba en la pieza se hizo insoportable. Andrés quiso

irse; pero antes se acercó a su madre y la besó en la frente.

—Gracias —murmuró—. Me has hecho muy feliz.

Ella cerró los ojos, aguardó que él hubiese salido y sólo entonces comenzó a llorar.

Los días se perseguían. El vigésimo octavo ya estaba próximo. La madre lo había anunciado: veintiocho noches después de aquélla, la luna daría a luz. Por algo era la novena luna, no era necesario aguardar más.

Instalaron la cuna en una pieza que había en el ala norte. Andrés no quedó muy satisfecho. Le dijo a su madre que aquel cuarto estaba demasiado distante de los suyos; pero ella respondió que eso era absolutamente necesario, sólo así el niño llegaría a ser lo que ella esperaba que fuese. La estancia que escogió era amplia, y el ventanal miraba a una muralla trepada por madreselvas e hirviente de grillos.

—Ese será su cascabel —explicó la mujer y, en un instante, solucionó aquel ruido verdaderamente insoportable.

Andrés quiso tallar la cuna con sus propias manos. Al comienzo, la madre se opuso. Desde que él le anunció que iba a nacer un hijo suyo, lo rodeó de cuidados y mimos, como si fuese el muchacho quien debía dar a luz. Le prohibió subir o bajar escaleras, alzar objetos demasiado pesados y prolongar hasta horas tardías esos diálogos con su amante. Pero Andrés insistió en lo referente a la cuna y ella hubo de declararse vencida. Consiguieron un leño blanco, pulposo, fácil de tallar, y, de él, el muchacho extrajo una cuna alada. De inmediato, la mujer tejió una colcha para los pies.

Por último, todo estuvo pronto, y los dos se detuvieron en el rectángulo que dejaba la puerta abierta. Se miraron y, sin decir palabra, sonrieron.

¿Cómo será un hijo de la luna? ¿Pálido y frío quizás? Con las mejillas apenas sonrosadas y los ojos

muy abiertos, como si nunca fuera a dormir. ¿Cómo será un hijo de la luna? Pero también es mío. Mío, ¡qué raro es decir mío de un ser!

Por fin llegó el vigésimo octavo día. Lo aguardaban con tal impaciencia, que ese amanecer y aquella tarde se arrastraron en forma penosa. Durante las últimas noches habían visto hincharse la luna cada vez más. Palidecía también, y del amarillo intenso que ostentó en los mediados de su crecimiento, pasó a un blanco platinado.

—No está bien —diagnosticó la madre.

—¿Puede sucederle algo? —preguntó Andrés, asustado.

—No es por ella que temo. El niño corre peligro.

—¿Podemos hacer algo?

—Nada.

El crepúsculo entró con lentitud. ¿Nunca llegaría la noche? Andrés se incorporaba una y otra vez, caminaba a lo largo de la estancia y, cada dos minutos, se asomaba al balcón y escrutaba el cielo. Pero la luna no aparecía.

Por primera vez, la madre permanecía inmóvil, sin tejer. La tarde anterior había suspendido su trabajo y ahora esperaba también, las manos cruzadas sobre la falda, en el sillón verde que la aureolaba con resplandores submarinos. Sin embargo, su espera parecía distinta a la de Andrés. Algo surgía en ella, algo que sólo podía interpretarse como miedo, y que ella trataba de ocultar, traicionándose no obstante por el temblor de las manos, por su mirada inquieta y por aquel movimiento imperceptible casi de los labios, como si quisiera hablar y le faltaran las palabras. Al cabo de cierto rato logró decir:

—Descansa, Andrés. Luego necesitarás todas esas fuerzas.

Pero él no comprendía.

Cuando descubrieron las primeras estrellas, Andrés suspiró aliviado. ¡Era la noche! Y la luna no tardó en aparecer, precedida por un cono de claridad que

remedaba el perfil de la montaña tras la cual se alzó.

—¡Ahí está!

El muchacho se precipitó hacia el ventanal que daba al balcón; pero la voz de la mujer lo detuvo:

—¡Andrés!

—Sí.

—Acércate, hijo.

Obedeció sumiso y se arrodilló junto a ella. Entonces la madre tomó el rostro del muchacho entre sus manos y, acercándolo al suyo, lo miró fijamente en los ojos. Al ir a hablar, se detuvo y fué como si su pensamiento cambiara de rumbo, porque cuando pronunció sus frases, el tono de su voz era muy distinto al que su expresión hacía presagiar.

—Andrés, nunca he estado tan orgullosa de ti como en este momento.

Y lo besó.

—Vamos ahora —dijo ella; pero al llegar junto al balcón se detuvo miedosa. Fué como si, de súbito, despertara de un largo sueño. Su mano subió hacia los labios queriendo ahogar todas las palabras que podrían formarse. Inmóvil tras la espalda de su hijo, escuchó la respiración gozosa, la precipitación, la dicha de aquel ser, y tuvo más miedo que antes. La mano volvió a caer, deteniéndose junto a esos hombros, donde esbozó un gesto de protección o de advertencia. Pero no alcanzó a materializarlo, porque en ese instante Andrés se dió vuelta, diciendo:

—¡Vamos!

—Sí, vamos —concluyó ella y, tomados de la mano, salieron al balcón.

EL CUERPO RESTANTE

ES costumbre dejar el cuerpo acostado de noche y salir a vagabundear por las calles. Más bien era la costumbre, porque ahora todo ha cambiado. Desde que sucedieron esas aventuras... Pero eso es el final de la historia. ¿Para qué adelantarlo?

Tal como digo, se deja la envoltura humana, la piel y los huesos, en fin, durmiendo el sueño de los justos, y la otra parte de uno se levanta a eso de las doce y, echándose cualquier cosa encima, porque estas noches de otoño suelen ser muy frescas, atraviesa los corredores, abre la puerta de calle y ¡afuera!, a vagar, a perderse hasta el amanecer.

Claro que todo no es tan sencillo. La mayor dificultad radica en convencer al cuerpo. Como no piensa, tampoco escucha razones; sólo siente y resulta complicadísimo hacerle entender que es preferible que se acueste y duerma para que al día siguiente amanezca rebosante de energías. En un comienzo, suele resistirse. La aventura atrae y el cuerpo también quiere vivirla. Pero existe una fórmula para lograr una pronta y duradera disgregación. A mí me la enseñó uno de mis pensionistas, el mismo que me inició en este tipo de excursiones. Se llamaba Orión, el mago, José Castro en el Civil, y, a pesar de todo lo que hizo, le guardo cariño. Bueno, la fórmula de que hablaba no es muy sencilla; pero eso no importa, ya que de ningún modo

pienso revelarla, sobre todo ahora que este asunto se ha puesto tan peligroso.

En esa época, cuando comenzó mi aventura, yo tenía una casa de pensión en la calle Grajales. Es un barrio decente, sin lujo ni ostentación, por cierto, pero con un vecindario relativamente tranquilo y honrado. Mi casa estaba ubicada en una esquina. Casa antigua, de construcción demasiado sólida y de arquitectura un tanto alambicada. A mis huéspedes siempre les resultó difícil hallar el camino en ese verdadero laberinto de pasadizos cuando salían a pasear por las noches.

Sólo tenía cuatro pensionistas. El mago del cual ya hablé, quien a los pocos meses decidió cambiar el turbante y la bola de cristal por una visera y un pequeño negocio de crema mágica, desmanchadora-pulidora-antiséptica, mucho más lucrativo. Tal vez recuerden haberlo visto: suele pregonar su mercancía en alguna esquina céntrica y acostumbra llevar una serpiente a guisa de bufanda, lo único que conserva de su época orientalista.

Los otros eran menos atrayentes. Una señora de buena familia, a quien su marido abandonó pocos meses después del matrimonio. Vino a esconder su vergüenza a la calle Grajales. Para pagar su pensión, bordaba. Todo en el mayor secreto, por cierto, ya que jamás nadie debía saber que trabajaba. Esa sería su mayor deshonra. Los días domingo alquilaba un taxi para ir de visita donde sus parientes; pero el resto de la semana se lo pasaba bordando unos manteles muy bonitos y muy grandes que las tiendas pagaban a precio de hambre.

Mi tercer huésped era un universitario venezolano que rara vez iba a la Universidad. Se desquitaba saliendo todas las noches. Era muy moreno, cantaba al hablar y recibía unas cartas gordas que, según me contó la señora Irquiñiguez, venían repletas de dólares.

Por último, Cecilia. Esta muchacha era la más reciente de mis pensionistas. Vino a ocupar la vacante dejada por don Nicolás, quien, al recibir su jubilación, hizo las paces con su hija y se fué a vivir en su casa.

Cecilia no era bonita; pero sólo le faltaba dinero para serlo. Quiero decir, tenía uno de esos rostros llenos de posibilidades, con los cuales un buen maquillador y un mejor modista logran una obra maestra. Pero para eso se necesita dinero, y nadie pensaba dárselo, ni siquiera el venezolano, que con un par de dólares y un poco de paciencia podría haberla transformado en una de esas mujeres que tanto les gustan a los hombres: las que los demás envidian. Por otra parte, Cecilia tenía un futuro ante ella. No sé por qué el segundo día me hizo confidencias:

—¿Qué hace usted, mi hijita? —le pregunté.

—Trabajo..., por el momento.

—¿Cómo por el momento?

—Sí, muy pronto heredaré una fortuna. Hay un pleito pendiente. Una tía que murió en La Serena...

Todavía no me explico por qué le creí. El cuento era tan viejo, tan obvio, tan estúpido, y, sin embargo, tuve confianza en lo que decía. Desde entonces Cecilia pasó a ser una *heredera*, y aún más, llegué a perdonarle una que otra deuda, en previsión de su fortuna.

Pero volviendo a lo otro: fué Orión, como ya dije, el que comenzó a hablarme de las maravillosas aventuras que uno puede correr dejando el cuerpo en la cama. Tanto me habló que, por último, más por cansancio que por deseo, acepté acompañarlo una noche. Entonces me enseñó la fórmula que se debía emplear, y con la última de las doce campanadas, nos encontramos en la calle. He de confesar que Orión me pareció mucho más simpático así que con su cuerpo, ya que era un poco deforme.

Por lo menos, nunca me arrepentiré de haberle hecho caso. Es una experiencia única. No voy a contar todo lo que uno encuentra, conoce y descubre en esas peregrinaciones, porque sería una maldad describirles eso y no enseñarles la fórmula.

Era maravilloso. Solíamos regresar al amanecer y encontrábamos los cuerpos descansados, prontos a iniciar una nueva jornada. Esto duró un mes, más o menos. En un comienzo, partía a vagabundear en

compañía de Orión; pero muy pronto me independicé e hice mi vida.

Cierta tarde en que Cecilia me estaba contando su única experiencia sentimental por octogésima u octogésima primera vez, sentí de pronto la necesidad de confiarle todo lo referente a mis excursiones. Así lo hice, y ella se entusiasmó tanto con la idea, que me pidió la llevara en mi próxima salida. Dije que debía consultarlo con Orión, y esa misma noche le pregunté si no sería posible enseñarle la fórmula a Cecilia. Al comienzo se mostró reticente. Pero cuando yo le describí lo triste que era la vida de la muchacha, aceptó.

Al día siguiente salimos los tres. Cecilia regresó como una loca. Dijo que nunca antes había visto o experimentado algo igual. Pasó toda esa noche y buena parte de la mañana agradeciéndonos, hasta que Orión hubo de hacerla callar para que la señora Irquiñiguez y el venezolano no se impusieran de todo.

Durante un tiempo fuimos muy felices los tres. Vagábamos de noche, y en el día intercambiábamos impresiones. Fué una época sumamente agradable, cuyo recuerdo siempre me será grato. Pero un día, más o menos un mes después de haber iniciado a Cecilia, sucedió lo más inaudito que imaginar se pueda.

Al volver a casa esa mañana, noté que había luz en mi pieza, en circunstancias que yo estaba segura de haberla apagado al salir. Corrí por el pasillo, y al entrar en mi habitación, no observé nada especial. Ahí, sobre el lecho, estaba mi cuerpo, al parecer profundamente dormido. Los párpados bajos, las manos cruzadas sobre el pecho, tal como lo había dejado. Pero al querer deslizarme dentro de él, escuché una voz que decía:

—Ocupado.

Me sobresalté. ¿Quién estaba en mi cuarto? ¿Y dónde? Busqué con la mirada; pero no encontré a nadie. Entonces me atreví a preguntar:

—¿Cómo?

—Ocupado —volvió a decir la voz, y la hallé muy parecida a la de Orión.

—Pero ¿quién es usted?
—Soy Orión, Adelaida. No se asuste.
—¿Dónde está?
—Aquí, en su cuerpo.
—¡Cómo!
—Escúcheme..., no se enoje. Por lo menos espere hasta que haya oído mi explicación.

Orión, más bien dicho la voz de Orión, me contó una larga historia. Comenzó por describirme lo monótona que era su vida. Trabajaba de la mañana a la noche, pregonando su crema milagrosa, para lograr juntar unos pocos pesos que apenas alcanzaban a cancelar su alojamiento y la comida. Era desproporcionado. Entonces me dijo cómo se le había ocurrido intercambiarse conmigo. Para lograrlo, me enseñó la fórmula y la manera de realizar esas peregrinaciones nocturnas. Nada fué hecho a la carrera, en todo hubo método y ciencia. Según me confió, había pasado largas semanas controlando mis ingresos, mis gastos, mis utilidades líquidas y, tras un prolongado estudio, llegó a la conclusión de que yo era una persona a la cual valía la pena suplantar. Así, esa noche regresó más temprano y me sustrajo el cuerpo, porque según él mismo lo dijo:

—Es el cuerpo el que modela todo lo demás. En pocas semanas, habré olvidado mi antigua condición y seré una Adelaida ciento por ciento, tal como usted. Porque todos se equivocan: creen que el cuerpo es arcilla blanda sobre la cual uno y otro pueden esculpir. ¡Qué lejos están de la verdad! Ya que es él quien construye todo lo que contiene. Por eso hay que perseguir la perfección del receptáculo. Lo demás vendrá por añadidura, bello o defectuoso, según la calidad del envase. La vida, mi buena señora, no se engaña. Resulta absurdo pensar que colocaría la esencia fina en un frasco ordinario.

Materialista, lo habría llamado mi abuelo; pero yo lo encontré bastante acertado. A pesar de aquel lirismo oriental desvirtuado por la jerga callejera, era sensato lo que dijo. Por eso no pude contestarle. Me supe impotente, junto a mi cama, a mi cuerpo, mirándolo

todo con una lucidez que aún hoy día me sorprende. Pero la voz de Orión puntualizó:

—Créame que lo siento de veras. Pero mi vida ya no era soportable. Buenas noches.

Y habiendo dicho esto, mi mano apagó la lámpara de mi velador, mientras yo quedaba al margen de todo lo mío. Entonces abandoné el cuarto y, una vez en el pasillo, me detuve a pensar. ¿Qué podía hacer? Era absurdo que yo ocupara el cuerpo de Orión después de todo lo que acababa de contarme; tampoco podía permanecer así, flotando, sin piel ni huesos. Y en ese momento, ¡un verdadero milagro!, pensé en Cecilia. Si ella no había regresado aún, a mi vez podría robarle su cuerpo. No era gran cosa; pero, en todo caso, mejor que el de Orión. Por lo menos era joven, y además existía la posibilidad de esa herencia, lo que terminó por decidirme.

Cecilia no volvió esa noche, ni después. No he vuelto a saber de ella. Pensar que desperdició tantos años de su vida y pensar que yo los gané. Es una sensación impagable ésta de retroceder en el tiempo. Vivir así resulta tanto más fácil; sobre todo cuando se ha elegido con inteligencia, como lo hice yo. Fuera de la juventud, heredé a las pocas semanas una cuantiosa fortuna de esa tía que, en realidad, vivió en La Serena, lo cual viene a demostrar que tener fe en lo que le cuentan, siempre ayuda. Dejé la pensión y me he venido a vivir en una casa que tiene mucho de mansión, donde, gracias al dinero, me he convertido en lo que prometía ser. Todo esto lo ha perdido Cecilia por haberse independizado durante esos paseos. No la puedo culpar: es el camino obligado. Pues bien, no he vuelto a verla, y lo único que consta es que no tomó el cuerpo restante, el de Orión, ya que a la mañana siguiente se encontró al ex mago de espaldas sobre su lecho, y cuando le hablaron, no contestó. Por lo tanto dedujeron que había muerto.

En cuanto a mí, es decir, Adelaida, o sea Orión, sigue regentando mi, más bien, su pensión, y parece ser muy feliz. Cuando las cosas se organizaron, tomó dos nuevos huéspedes y salió ganando, porque les co-

bra más caro. A nadie se le ocurre dudar de su autenticidad, ni siquiera a la señora Irquiñiguez, a quien fuí a visitar el otro día. Son grandes amigas, ella y Adelaida, más de lo que éramos en mi tiempo. Lo único que no le perdona es haber conservado la serpiente de Orión y usarla, de vez en cuando, alrededor del cuello, tal como lo hacía su primer dueño. La señora Irquiñiguez atribuye esta excentricidad a una manía de solterona; pero ya casi ha logrado contrarrestar sus impulsos ante el reptil.

¡Y a mí que me dan escalofríos las serpientes!

PILAR LARRAIN

Pilar Larraín nació en Río de Janeiro el 28 de diciembre de 1927. Hizo sus estudios humanísticos en el Santiago College y en el Universitario Inglés.

Comparte sus inquietudes literarias con las musicales. En 1948 obtuvo un premio en la revista "Margarita" por su obra "El Límite Peligroso".

Pilar Larraín representa, dentro de nuestra joven literatura, una actitud expresiva de extrema sensibilidad. Su prosa no maneja grandes conflictos humanos ni desarrollos conceptuales rigurosos. Se limita a señalar de un modo poético directo los aconteceres. "Rosita" es una obra de cuidadosa organización estructural, en donde la autora nos introduce en las reconditeces psicológicas de una mujer.

Por su capacidad para aprehender lo imperceptible y su imaginación delicada, com-

prometida con el mundo y la existencia, Pilar Larraín está llamada a ser uno de nuestros valores dentro de la nueva literatura. Y si a ello se agregan un espíritu de trabajo sistemático, que lo tiene, y una amplia cultura, que la posee...

Prepara actualmente un libro de cuentos.



Pilar Larrain

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es condensar brevemente una emoción, experiencia, sensación, sin un propósito literario determinado."

R O S I T A

NOS abrimos paso por entre la muchedumbre que inundaba las calles de Buenos Aires en esa tarde de Navidad.

Millares de personas, cargadas de alegres y tentadores paquetes, nos pasaban a llevar como una marejada impetuosa y arrolladora.

Arturo caminaba adelante y yo lo seguía muy de cerca, para no perdernos uno del otro. Y fué de pronto, en un gran escaparate adornado de estrellas fulgurantes y sembrado de juguetes, que la vi. Era una muñeca pecosa, de trenzas colorinas y vestida de colegiala.

—Espera, espera, Arturo —y me acerqué a la vidriera, para poder verla más de cerca.

Arturo volvió a mi lado.

—¿Qué te gusta?

—Esa —y le señalé la muñeca.

—¿La quieres?... ¡Estás pensando en Rosita! —exclamó suavemente, y en su tono había algo de reproche.

Moví la cabeza en señal de afirmación, porque inesperadamente sentí que se me nublaban los ojos de lágrimas, y me enterré con brusquedad las uñas en las palmas de las manos, para dominarme, pues sabía que Arturo detestaba el sentimentalismo.

Entramos en la tienda y una vendedora se acercó amable y sonriente.

—¿Algún juguete, señora? —preguntó con esa entonación argentina, que súbitamente comencé a detestar.

—La señora quiere ver esa muñeca que está en la ventana —dijo Arturo, señalándola.

—¡Ah..., sí! Modelo "Bebita". ¡Es monísima! Ya se la traigo. ¿La prefiere de uniforme o con un vestido más paquete? Las hay de las dos maneras.

—De uniforme. Sí, de uniforme —repetí, y es que Rosita llegaba por las tardes de uniforme, despeinada y jadeante y me besaba sin parar, hasta hacerme daño: "Mamá, que me hacías tanta falta". "Deja, deja, que me rompes el vestido." "Mamacita linda."

Desapareció la vendedora y nos quedamos rodeados de los juguetes y de los niños que probaban velocípedos y pelotas. Arturo me observaba. Sentí su mirada intensa y posesiva. Esa mirada que me hacía estremecer de felicidad y olvidarlo todo...

—¿Estás cansada?

—Un poco, ¿y tú?

—Totalmente agotado. Lo único que quiero es llegar luego al hotel, para tomar un trago, darme una ducha fría y descansar antes de la comida.

Apareció luego la vendedora con un primoroso paquete de Pascua de anchas cintas rojas.

—Aquí está, señora. Su chica quedará encantada... Señor, la boleta; sírvase pasar a cancelar, por favor. Aquí al frente.

Me quedé inmóvil, con la caja plateada entre las manos. "Su chica quedará encantada." ¡Rosita! ¡Mi Rosita! Y nuevamente las lágrimas imprevistas se agolparon a mis ojos. Sin duda el cansancio del día me hacía sentir débil.

Era la primera vez en estos meses de inconsciente locura, de nuestro viaje a Europa y de nuestra estada en Buenos Aires, que pensaba en Rosita con tanta vehemencia. También era la primera vez que pasaba el día 24 lejos de ella. Y en un país que no era el mío.

Arturo volvió a mi lado, y tomados del brazo logramos salir de la tienda.

Traté de aparecer alegre durante todo el camino hasta el hotel. Desde hacía algunos meses, tenía el absurdo temor de que si no era alegre y entusiasta por todo, Arturo llegaría a cansarse de mí. Aceptaba siempre contenta cualquier programa que él sugería, sin contradecirlo jamás en nada, y así habíamos vivido unos meses de intensa y agitada felicidad.

Apenas llegamos al "Plaza", Arturo pidió su trago, y luego fué a darse una ducha fría, mientras yo deshacía apresuradamente la gran amarra del paquete plateado. "Bebita" tenía unas trenzas muy cortas que terminaban en un rizo y una cinta azul, y su boca no era en forma de corazón, como la de todas las demás muñecas, sino que recordaba el gesto de una niñita consentida.

La dejé a los pies de la cama, y me quedé sentada, con los hombros caídos, sin pensar en nada, como si de pronto me invadieran ese cansancio y esa nostalgia que trae consigo la noche de Navidad.

Arturo chapoteaba en el agua fría, canturreando alegremente; pero aquel ruido ya familiar, que escuchaba todos los días mientras tomaba el desayuno y que me daba una sensación de intimidad feliz, lo oía ahora como uno de tantos sonidos extraños de afuera.

—¿No te vas a cambiar?

Apareció Arturo en bata, secándose el pelo rubio y alborotado.

—No sé..., estaba mirando la muñeca..., ¿te gusta?

Sonrió distraídamente y volvió al cuarto de baño para terminar de vestirse.

Experimenté de pronto la imperiosa necesidad de que me tomara entre sus brazos..., la necesidad de sus besos..., besos que me reconfortaran y me dieran la seguridad de que nuestro amor era verdadero, que todavía existía y existiría siempre con la misma intensidad. Estaba junto al ser que más quería en el mundo, por el cual había podido dejar en un momento de locura todo lo que era mío, y, sin embargo, de pronto me sentí tan sola...

¿Dónde estaría mi Rosita en este momento? En casa de la abuela, seguramente, junto a todos sus primos y deshaciendo paquetes atolondradamente, rasgando impaciente las envolturas de colores... "¡Mira, mamá, mira! ¡Es una muñeca vestida de uniforme, y colorina! ¡Qué linda es, mamá!... ¡La muñeca que yo siempre había querido tener!"

Pero ahí, a los pies de la cama, estaba la muñeca colorina, y Rosita no la alcanzaría a ver en esa noche de Navidad.

Tal vez ahora tomaban helados de fresas y partían el pan de Pascua alrededor de la inmensa mesa, en el comedor de la abuela, y Rosita, acercándose a su padre, le preguntaría: "Papá, ¿y mamá por qué no está aquí?" Entonces Carlos la quedaría mirando a los ojos, sin hablar. Carlos siempre miraba a los ojos en silencio, como tratando de buscar las palabras exactas, o porque creía que con una mirada quedaban contestadas todas las grandes preguntas. Cuántas veces, durante los ocho años de matrimonio, llegué alegre y despreocupada, preguntándole: "¿Me quieres, Carlos?, dime que me quieres. ¡Eres tan indiferente! ¡Tan frío! Dímelo, quiero oírlo, dímelo". Y él me quedaba mirando largamente, fijamente, y sin hablar me lo decía. Para mí el amor era un juego, algo de risa y fantasía. Para él era un refugio, algo de paz y de sosiego.

—¿Pero todavía no te comienzas a vestir? ¿Qué te pasa esta noche?

Arturo se acercó y me tomó entre sus brazos fuertes, todavía húmedos.

—¿Qué tienes?

—Nada.

—¿Me quieres?

—Sí..., sí.

—Vamos, tienes que arreglarte, llegaremos tarde a la comida.

—¿Te importaría mucho que yo no fuera? —le pregunté de pronto.

—¿Por qué no?

—No sé..., estoy cansada. La idea de estar con tanta gente extraña en esta noche me asusta; no puedo..., déjame aquí.

—¡Qué absurdo! ¡Pero si ya contestamos que iríamos!

—Déjame a mí..., anda tú.

—Pero, mujer, domínate. No puedes dejarte llevar de un sentimentalismo tonto. Estás cansada por las compras de Pascua, eso es todo. Después de un baño tibio te sentirás como nueva.

—No es eso..., no quiero ir..., no quiero ver a nadie. —Y de pronto comencé a sollozar desesperadamente. No podía dominarme. Me estremecía de pena y sin motivo, y mientras más intensos eran los sollozos, más intensa la pena, la desesperación.

Arturo no trató de consolarme. Me quedó mirando sin hablar, y yo sin verlo sabía que su mirada era dura, como ante todas las cosas que no llegaba a comprender. Para él, mi llanto era histérico y sin motivo.

Después de un instante terminó de vestirse y luego volvió junto a la cama donde yo lloraba suavemente, ya sin fuerzas.

—¿No cambias de opinión? ¿No quieres venir?

Moví la cabeza negativamente, sin levantarla. ¿Por qué no me tomaba en sus brazos? ¿Por qué no me besaba? ¿Por qué no me decía: "Si no quieres ir nos quedaremos aquí los dos. Haremos que nos suban la comida a la pieza. Yo sólo quiero estar contigo, nada más que contigo"?...

Me quedé esperando las palabras, las únicas palabras que podían salvarme de la desolación en que me sumía más y más; pero Arturo salió bruscamente de la pieza y me quedé sola, sola sobre la cama, estremecida y cansada.

¿Para qué engañarme? Después de seis meses algo había cambiado entre nosotros. Arturo me quería, pero necesitaba de la gente, y yo no le bastaba para ser feliz.

Apagué todas las luces y dejé prendida solamente la pequeña lámpara del velador, que envolvió la habitación en su luz rosada y nebulosa.

En la pieza vecina habían encendido la radio y muy suavemente llegaban hasta mí los villancicos de Navidad.

Me quedé recostada, inmóvil, como si durmiera: pero mi pensamiento despertaba más a cada instante a una realidad atormentada y cruel.

¿Qué fuerza imperiosa y desconocida me hizo descontrolarme hasta el punto de olvidarlo todo, aun el verdadero motivo de mi vida, Rosita?

¿En qué sueño terrible me desvanecí para despertar un día de Pascua, sola, en la pieza triste y silenciosa de un hotel?

¡Rosita!... "¿Mamá, qué tienes? ¿Por qué estás triste?"... "No, mi amor, yo no estoy triste, estoy contigo...; nunca más me iré de tu lado, nunca más...", y apreté a mi pequeña Rosita entre los brazos..., pero era sólo la muñeca colorina, que me miraba burlona por entre sus pestañas oscuras.

A mi Rosita nunca más la tendría junto a mí, para verla desenvolver bajo el árbol de Pascua una muñeca vestida de uniforme. ¡Nunca más! Carlos me lo había pedido así. Pero sentí que tenía que oír una vez más, en esta noche, su vocecita suave y regalona.

Levanté el fono junto a la cama.

—Señorita. Quiero una comunicación con Chile.

—Es imposible, señora. Le podríamos dar la comunicación mañana a primera hora.

—No, no. Tiene que ser esta noche. Tiene que ser ahora.

—Pero, señora. Ya le digo que no se puede. La Compañía... —y el resto de la frase se perdió en el espacio.

Así, con la vista fija en el gran círculo oscuro que dibujaba la pantalla del velador sobre el techo gris, comencé a juguetear lentamente con las trenzas rojizas de la muñeca.

* * *

—¿Y mamá por qué no viene, papá?

—No habrá podido venir, Rosita... No habrá podido, pero te mandó juguetes lindos.

—Sí, pero yo quería que viniera ella, y yo quería una muñeca. —Y la pequeña corre alborotada junto a sus primos alrededor del gran árbol de Navidad.

Y Carlos se queda solo, junto al marco de la puerta, pensando en ella, en ella que los ha dejado solos y que no ha tenido tiempo de llamar siquiera en esta noche de Pascua.

* * *

—¿Hotel Plaza?
—Sí, señor.
—Déme la pieza 301.
—Sí, señor.
Arturo se impacienta.
—Señorita, ¿qué pasa? ¿No contestan?
—No, señor.
—No puede ser. Pruebe nuevamente.
Y después de unos instantes:
—Lo siento, señor..., pero el 301 no contesta...

J A I M E L A S O

Jaime Laso Jarpa, chileno, nacido el 19 de enero de 1926 en Alicante (España), es hijo de uno de los maestros del género en nuestra literatura, el distinguido autor de los cuentos militares, Olegario Laso Baeza.

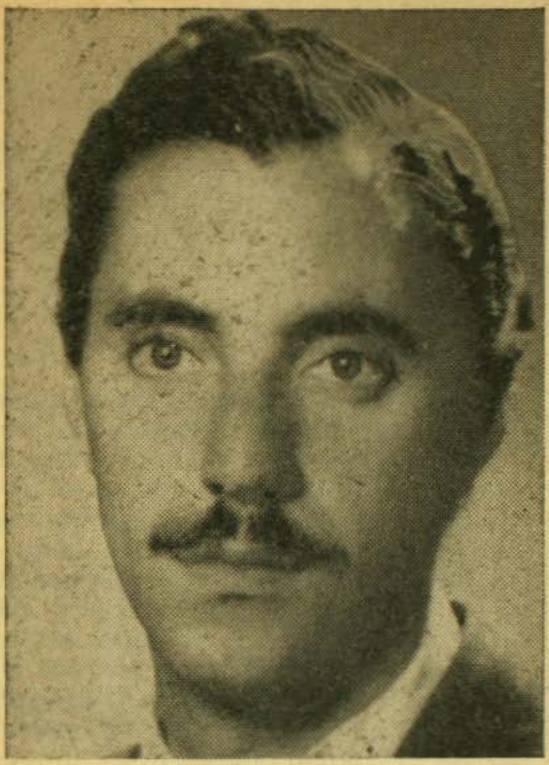
La narración de este escritor que ahora conoceremos nos muestra una indudable capacidad para contar, *esa primera condición que debe cumplir un escritor. Su estilo eólico, sin jadeos expresivos, a lo que se agrega un cabal conocimiento del idioma, de sus posibilidades y asechanzas, dan a la producción de Jaime Laso un valor auténtico y permanente.*

Artista de severa formación intelectual, disciplinado, estudioso de la literatura chilena y contemporánea, nos muestra esta narración armoniosa, coherente, con una violencia dramática que el autor controla en

todo instante y que entrega con cálculo sabio al lector.

Tiene actualmente en preparación una novela: "El Cepo".

Estamos ante un escritor verdadero, a quien será menester seguir, en sus futuras realizaciones, atentamente.



Jaime Laso

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"El cuento —verdadera *maquette* de la novela, cualesquiera que sean sus géneros literarios y sus características— es un relato de unas cuantas páginas presentando en forma amena hechos de la vida real, de la fantasía o imaginación del autor, etc. El cuento completo, sin deformaciones o mutilaciones, tiene, como las personas, cabeza, tronco y extremidades. Además, posee interés, concisión, rapidez en la acción y visos de realidad, aunque el tema sea neta fantasía."

LA PIERNA PERDIDA

A veces tengo la seguridad de que pienso y miro a través de una pequeña ventana. Con frecuencia esta ventana está empañada, como en los días de invierno, en que se forma sobre los vidrios una ligera escarcha, y no permite ver el exterior. Pero, en fin, quizás para mí sea igual que esté o no empañada mi ventana. También me pregunto qué hago entre esta gente desagradable y repugnante que camina por los pasillos y los patios sonriendo todo el día. Nunca me dejan tomar el sol tranquilo. En reciente ocasión estuve a punto de pegarle a uno de tales personajes con mi muleta; hubiera deseado golpearle la cabeza y quebrarle los vidrios de su ventana. Contuve el impulso porque estaba presente el mismo caballero de delantal blanco que me trajo aquí. Es fornido y temo que me encierre, como sucedió la vez que lo tomé y lo remecí porque no se interesó en buscar mi pierna perdida, de la que él algo debe saber. No me gustó el encierro. En la pieza contigua había un hombre que ladraba y aullaba permanentemente. Traté de hacerlo callar diciéndole que no fuera tonto, que no era perro. No contestó y continuó gritando en la misma forma.

Hoy me siento como si hubiera pasado un dedo por los vidrios empañados: todo lo veo como en fragmentos. Claro que hay otros días en que esta niebla se disipa y recuerdo lo que me sucedió, pero nunca puedo explicarme por qué estoy aquí, en este sitio que

me recuerda el hospital. Sí, el hospital: ése fué el lugar donde mi ventanita se empañó, y por más que me empino en la punta de los pies para tratar de ver lo ocurrido, y me doy vueltas con rapidez, jamás alcanzo a divisar ese trozo de nebulosa.

Pero quiero ir con cierto orden, para ver si puedo recordar lo acontecido. Yo iba por la calle..., sí, por la calle; atravesaba y escuché gritos; al volverme divisé una señora gorda con los brazos en alto y los ojos desorbitados. Pensé que era una estúpida o que estaba loca. En ese instante me golpearon. No supe más hasta que recobré poco a poco la noción de las cosas. Extrañado de no escuchar los ruidos familiares, abrí los ojos lentamente y me pareció que estaba cara al sol, pero sólo era la punzante luz de una ampolleta que había sobre mí. De reojo vi camas a mi lado. Me enderecé en el lecho y miré con asombro: estaba en una sala amplia con más de diez camas. Todo era blanco: la ropa, los catres de fierro y las paredes. También de blanco, alcancé a divisar una mujer de gorro. Era una enfermera; entonces me pregunté por qué estaría yo allí. Como un torrente irrumpió en mi recuerdo el golpe que tuve en la calle; pero ya estaba bien y supuse que me permitirían volver a casa. Llamé a la enfermera, que no acudió, pues acababa de marcharse, confundida con un montón de sombras del corredor. A los pocos momentos regresó y la llamé con suavidad. Le dije que deseaba irme y que trajera mi ropa. Con voz autoritaria afirmó que era imposible, porque sólo el médico concedía el alta.

—Pero si estoy bien —respondí.

—No tanto —replicó, agregando—: Y ahora déjeme trabajar, porque tengo mucho que hacer.

Tuve deseos de gritarle "fea", mas encontré que el esfuerzo no valía la pena. Esperaría al doctor y él me dejaría partir; estaba seguro. Mi vecino de la izquierda se quejó y preguntó la hora. No supe a quién se dirigía. Como no obtuvo respuesta, nuevamente llamó, aunque más fuerte. Vino la enfermera y le dijo:

—No moleste más, son las cuatro.

Nuevamente quedamos solos. De cierta distancia partió una voz de anciano: "¿Qué significa esto?" Quise ver su rostro, pero las sombras lo protegían. Insistió en su pregunta: "¿Qué significa esto?" Acompañó la frase de un quejido. Ya no volvió a callar. Me entretuve contando los segundos que mediaban entre sus preguntas. Después, ya no le presté atención. Sin embargo, al prolongarse de improviso el silencio más de lo acostumbrado, extrañé no escucharlo; empero reanudó de inmediato su pregunta quejumbrosa:

—¿Qué significa esto?

Al no poder dormir, medité en lo dicho por la enfermera: "No estaba tan bien como yo creía". En realidad, la cabeza me dolía un poco, y cuando pretendí tocármela comprobé que la tenía vendada. No obstante, fuera de eso, nada tenía. Con lentitud y parsimonia me desperecé, queriendo distender los músculos y tocar el fondo de la cama con mis pies. Me asombró sentir ropa entre las sábanas, a la altura del muslo izquierdo, y así mismo no haber tocado con una pierna a la otra en el instante de estirarme. Tuve una sospecha de agonía y pensé:

"Es imposible... No puede sucederme. A otro tal vez sí, pero a mí no..."

A pesar del argumento y de tener la sensación viva de la extremidad completa, no pude más y eché la ropa de cama hacia atrás. Sólo vi mi pierna izquierda. La derecha era un muñón forrado en vendas y trapos sanguinolentos. Algo como una bola de fuego comenzó a golpear mi cerebro. De cada martillazo rojo salían chispas y palabras que se atochaban a la salida de mis oídos, gritando y haciéndome temblar: "¡Te robaron una pierna!" "Está perdida, cóbrala." "¡Tu pierna es tuya y está viva, pídela, reclámala!" Sollocé angustiado:

—¡Mi pierna, quiero mi pierna!

Me levanté y casi perdí el equilibrio; tuve que apoyarme en los barrotes del catre. Juzgué imperioso ir a buscar a la enfermera para que me dijera dónde estaba mi pierna. Ella tenía que saberlo. Después,

todo sería fácil: tomaría aquella extremidad y la pondría en el lugar correspondiente. Nuevamente estaría bien. Eso era todo lo que pedía, y continúo suplicando: que me entreguen mi pierna. Sin embargo, no lo hacen.

Siempre considero que fué ella, la enfermera, la culpable de todo, porque no quiso contestarme lo que le preguntaba.

Como decía, me levanté de la cama para buscar a esa mujer; pero fué ella quien llegó hasta mí. Negó que tuviera en su poder mi pierna perdida, y agregó que ignoraba en qué parte la hubiesen dejado. La tomé de un brazo; trató de liberarse, pero no pudo, porque yo la mantenía presa, ayudado por mi desesperación. Gritó, y fué entonces cuando me indigné: además de haber ocultado mi pierna y negármelo, poníase histérica. Entre brumas escuché la pregunta del viejo quejoso: "¿Qué significa esto?" Fué la gota que rebasó mi paciencia. Mientras sujetaba a la mujer, busqué algo para golpearla, con intención de hacerla callar y castigarla. No encontré nada. Sólo el orinal del vecino estaba sobre su velador. Lo tomé con una mano; con la otra siempre retenía el brazo de la enfermera. Levanté el bacín para golpearla y el agua se derramó sobre su cara. Vi una expresión de espanto que casi me conmovió. Había cesado de gritar. Le rogué suavemente, por última vez, me confesara dónde estaba escondida mi pierna, y respondió que no lo sabía. No la pude soportar más y le pegué. La golpeé una, dos, tres, no sé cuántas veces. El vecino de cama me gritó:

—¡Basta, bruto!

La mujer estaba en el suelo, y su cabeza era una masa llena de sangre. Fijaba en mí sus ojos, que tenía desorbitados, como aquella señora de la calle. El grito de mi vecino de cama me exasperó. Apoyé mi mano izquierda en su catre, di un pequeño salto y, blandiendo el bacín en la diestra, le pregunté si él también quería... Calló asustado y se escondió bajo las frazadas.

Después vino el caballero fornido, con delantal blanco, y me trajeron aquí, aunque no puedo com-

prender para qué. A otros señores que me interrogaron sobre el motivo de mi enojo, les expliqué: "Porque la enfermera no me entregó la pierna. Ella no quiso dármela, y la golpeé. Nada más".

Fuera de eso, yo no tenía nada contra ella. A los mismos señores también les he preguntado si saben dónde puede estar mi extremidad perdida, y me contestan que sí, que saben, pero que en un tiempo más me la devolverán.

Sin embargo, parece haber transcurrido mucho tiempo y no me la entregan. Por tanto, ya no les creo. Su afirmación era mentira, sólo una burda mentira. Presiento que mi pierna no puede haberse extraviado, ni estar muy lejos de aquí.

Estoy así buscándola por los pasillos, corredores y por los lugares que me parece podrían haberla escondido. Siempre trato de hallarla, porque me desespera el ruido que produce mi muleta y el balanceo circular que toma mi cuerpo.

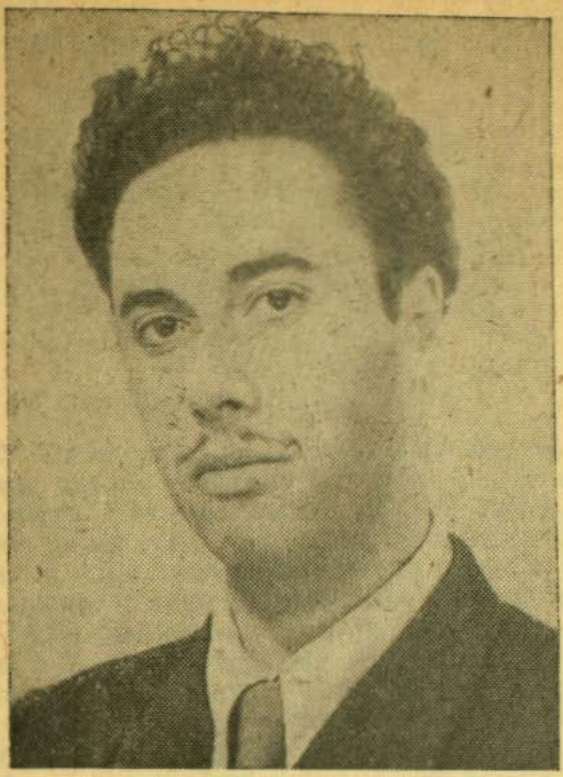
Y tengo la certeza de que un día la encontraré.

ENRIQUE LIHN

Enrique Lihn C. nació en septiembre de 1929. Hizo sus estudios humanisticos en el Instituto Nacional. Posteriormente ingresó a la Escuela de Bellas Artes, para ser atraído hacia la literatura, movido por irrefrenable vocación. Su obra es múltiple, inédita, gran parte extraviada. Publicó en 1949, en la Casa Nacional del Niño, un libro de versos, "Nada se Escurre". El crítico literario de "El Mercurio", Alone, seleccionó uno de aquellos poemas, incluyéndolo en su Antología de poesía chilena. Como poeta, su madurez lírica, expresiva, es innegable. Actualmente tiene otra obra de poemas, "Día a Día". Trabaja, asimismo, en una pieza de teatro, "En la Sombra", y en una colección de "nouvelles", que ha denominado "Hágame Usted el Favor de Vivir".

Cuentos suyos han aparecido en el Boletín Literario del Instituto Nacional y en "El Diario Ilustrado". El que aquí presentamos muestra con cierta pureza la inquietud actual de este joven escritor. Su afán racionalista, metafísico, conmovido por los ecos que los actos y experiencias humanos despiertan. Atento a esos ecos.

Prosa densa, difícil, enriquecida por la confusión de lo onírico y lo vigílico, hará al lector que la atraviese, salir por último — naturalmente que por otro lado del punto de acceso— con la conciencia de estar ante un escritor de gran jerarquía creadora. Por su capacidad de estudio, por su rigurosa e implacable formación cultural, Enrique Lihn entregará, en un futuro muy próximo, obras de vasta significación dentro de nuestra nueva literatura.



Enrique Lihn

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es una representación en palabras de un acontecimiento objetivo o subjetivo. Ejemplo: un hecho policial, un sueño.

"Difiere el cuento de la novela, acaso fundamentalmente, por su extensión."

EL HOMBRE Y SU SUEÑO

EN algún punto de la ciudad, de esta ciudad demasiado grande para que dos seres que se amen se encuentren si se han perdido de vista alguna vez, un hombre de mi edad vela, mientras todos duermen. Su vigilia no tiene nada de común con la vigilia a la que nos condena la súbita desaparición de nuestra amada, la angustia que precede a un día de decisiones irrevocables o la persistencia de un pensamiento que se resiste a tomar forma. No es tampoco el efecto de una digestión trabajosa, ni del desorden físico que sucede a un largo período de disipaciones. Es una vigilia no registrada hasta ahora en los anales médicos; una enfermedad incurable; una espléndida llaga destinada a no cicatrizar.

—El sueño —me dijo un día mi amigo— es nuestro doble: una especie de hermano gemelo al que, de no mediar un acto de voluntad sobrehumana, permaneceremos unidos durante toda nuestra vida. Hasta ahora, nadie, que yo sepa, ha intentado desprenderse de él. La operación es más que peligrosa, y los dolores que sin duda provoca, o son superiores a nuestra capacidad para soportarlos, o las ventajas que aquélla nos ofrece, si es llevada a cabo felizmente, no alcanzan a compensarnos de ellos.

—Si es así —murmuré, pues mi facilidad de palabra en ese entonces era escasa—, ¿qué motivos tie-

nes, no ya para desear esa separación que consideras imposible, sino para detenerte en un pensamiento tan superfluo; tú, que eres por naturaleza inclinado a la acción, que nunca te has propuesto nada que no pudieses realizar en el acto?

En los labios de mi amigo se dibujó una sonrisa a la vez dulce y amarga, no exenta de cierto misterio turbador.

—Escucha —me dijo, extendiendo ambos brazos sobre la mesa, las palmas de las manos vueltas hacia mí—. Sabes de más que un carácter como el mío no cambia de la noche a la mañana.

Estas dos últimas palabras me estremecieron visiblemente.

—¿Entonces?

—Cada 1111 años, un hombre, entre millones de semejantes suyos, puede intentar disociarse de su propio sueño, sea asimilándolo a su vigilia, sea dotándolo de los atributos necesarios para que la naturaleza lo confunda con uno de sus hijos. Ese hombre del que hablo es el único capaz de exponer objetivamente las ventajas de la vigilia absoluta. Te hablaré de dichas ventajas...

—Amigo mío —le dije, con una voz turbada por la emoción—. A no dudar, tu inteligencia es infinitamente superior a la mía. Igual cosa puede decirse de tu cultura científica y humanística; mientras tú dominas más lenguas muertas y vivas de las que puedo enumerar, yo apenas logro expresarme en mi lengua materna. No en vano has enceguecido sobre los libros cuando yo vagaba de un lado para otro entre las cuatro paredes de esta habitación o en los suburbios de esta ciudad maldita. Con todo, me atreveré, para tu bien, a formular la opinión en que tengo las palabras que has dicho y las que estás por decir. Amigo mío, te extravías. El hilo demasiado extenso y fino de tu pensamiento, debe ser cortado antes de que te conduzca a regiones de las que no regresarás. Recuerda que nuestros deseos deben estar en proporción a nuestra capacidad para saciarlos, y que, si se extralimitan, nos conducen a la ruina. No te sientas llamado a desempe-

ñar un papel que ignoras si otro, antes que tú, ha desempeñado.

Las últimas frases de mi discurso fueron dichas en alta voz, de una manera delirante. Ya serenado, posé mi vista en el rostro de mi compañero, esperando sorprender en él una expresión aprobatoria o, al menos, inquieta.

Nada de eso; la más profunda quietud y seguridad interiores se reflejaban en sus rasgos.

Pero, a partir de esa noche, mi amigo guardó silencio durante muchos días.

En la actualidad desempeño un sinnúmero de pequeños oficios. Ninguno de ellos por sí mismo me permitiría vivir, y las rentas que me proporcionan en conjunto apenas cubren mis necesidades, por lo demás ínfimas. Creo, sin embargo, en la necesidad de que el ciudadano se especialice, para beneficio suyo y de la colectividad. Aunque esta ciudad en que habito me es casi desconocida y, en consecuencia, puedo decir que no la amo, he intentado varias veces serle útil mediante el aprendizaje de una profesión bien definida. Mis esfuerzos no han sido recompensados. En primer lugar, soy demasiado viejo para entrar como aprendiz en los talleres artesanos y, en segundo lugar, mi casi absoluta falta de capacidad para concentrarme en una actividad dirigida, hace de mí una presa poco codiciable por los maestros.

Después de todo, no me quejo de mi suerte. De mi incapacidad obtengo algunas ventajas. Llevo una vida agitada y caótica, como mis pensamientos. Me desplazo, de escenario en escenario, a una velocidad incomparable. Mis ocupaciones se diferencian entre ellas tanto como mi rostro de sí mismo, según las emociones que me embargan. Durante quince días he hecho de ayunador en una feria de los arrabales; he sido incorporado al ejército y expulsado de él cada vez que la ciudad se ha visto en peligro de caer en manos de sus enemigos. No por indisciplina, sino por falta de instintos militares. Un hombre de ciencia me hace en-

trar todas las mañanas en su laboratorio. Me examina con minuciosidad, incansablemente. Encuentra que mi organismo ofrece curiosas anomalías e inexplicables lagunas. "Tu vida —me ha dicho— no está en tu cuerpo, sino en alguna otra parte. Un hombre cualquiera no podría vivir sin los órganos que en ti no se han desarrollado suficientemente." En las noches frecuento las alfarerías subterráneas, donde ancianas bellísimas y pobremente vestidas se dedican a la fabricación de complicadas figurillas de barro perfumado. Yo les hablo del mundo exterior, del que ellas tienen una confusa noción, que coincide en todo con la idea que he logrado formarme de él. Entre las alfareras soy admirado por mi habilidad para modelar y pintarrajear toda clase de animalillos fantásticos, que me reportan algunas monedas. Eventualmente, soy aguatero o hago pequeños papeles mímicos en los circos ambulantes. Mi sentido musical hace de mí un flautista muy solicitado para las bodas y bautizos.

Por las tardes, cuando no tengo nada que hacer y la melancolía empieza a apoderarse de mí, me deslizo hacia los barrios inferiores. Allí comparto mis alimentos con algún vagabundo. Cuando las circunstancias no me deparan compañeros pacíficos, es tanto mi miedo a la soledad, que no desdeño las posibilidades de atraerme las simpatías de los ladrones y los asesinos. Entre éstos y aquéllos he hecho algunas amistades, poco durables, por cierto, pero profundas. Cuando he visto sus cadáveres suspendidos por el cuello a lo largo de las calles de la ciudad, no he podido dejar de sollozar. En general, sólo evito encontrarme con los mendigos ciegos, que están siempre demasiado ávidos de mi palabra y que parecen sentir por mí una especie de sórdida ternura.

No es que no tenga dificultades con la gente: más de alguien me ha abofeteado cuando le he propuesto que durmiese conmigo. Es inútil que trate de explicarles el sentido de mi invitación. Sé que las costumbres de un pueblo poco numeroso en relación a la inmensidad de sus dominios, condenan, justificadamente, el vicio solitario, la esterilidad y, con mayor razón, las inver-

siones sexuales. Ni siquiera la gerontofilia, vicio muy común en regiones menos civilizadas y que, dada mi noción defectuosa del tiempo, comprendo a la perfección, hace estragos entre nosotros. Las bellas alfareras han sido recluídas en sus subterráneos para evitar a la juventud los dolores de un amor imposible, y los ancianos públicos desarrollan su actividad patriarcal en recintos a los que no se llega sino con una recomendación especialísima o en cumplimiento de misiones oficiales. Estoy perfectamente enterado de todo esto, y agradezco, en el fondo, a mis amigos que se limiten a vapulearme con ocasión de esas invitaciones que les hago en los momentos de mayor intimidad. Si ellos perteneciesen a las clases privilegiadas, mucho más prejuiciosas, mi reputación estaría ahora por los suelos y, con seguridad, se me hubiese recluído.

Pero si por una parte es encomiable el silencio que guardan los delincuentes respecto de mis palabras comprometedoras, por otra, hasta a mí mismo, que soy su beneficiado, me parece digno de censura. Ese silencio, más que el efecto de una libertad y profundidad de pensamiento, lo es de una ciega y perniciosa relajación de las costumbres. Prueba de ello es que, sin comprender la pureza de mis intenciones, éstas, que despojadas de dicha pureza me parecerían abominables, les parecen a ellos, a lo más, inconvenientes.

En algún punto de la ciudad hay, sin embargo, un hombre: mi semejante, que no enrojecería ni me maldeciría si intentase arrastrarlo, al atardecer, por la escalera de caracol que conduce a mi desnudo y estrecho aposento. Durante sus años de formación y mis años de progresiva lucidez mental, él y yo vivimos tan estrechamente unidos y separados como Narciso y su imagen reflejada en la superficie de un espejo. Desde el amanecer hasta el crepúsculo, mi amigo permanecía inmóvil, el rostro entre las manos, siguiendo el infinito hilo de su pensamiento a través de un laberinto que se hubiera creído circular. Entonces, una gran laxitud me embargaba. Como no tuviese proble-

mas que resolver a corto plazo, me tendía yo en nuestro lecho común, los brazos cruzados bajo mi pequeña cabeza, o me deslizaba por la habitación como una sombra, deteniéndome de tarde en tarde a sus espaldas. Llegada la noche, como no lo retuvieran sus intereses en el centro de la ciudad, se tendía mi amigo junto a mí y, como a dos líneas paralelas, nos reunía el sueño en lo infinito. Era el momento en que el universo se coloreaba para mí y la sangre comenzaba a circular acompasadamente por mis venas. Como a un prisionero al que de súbito se le abren las puertas de su celda y al que un ángel le indica la salida con un dedo de fuego, todo me parecía conducir a una región sin sombra. A través de mis párpados entornados examinaba yo el rostro de mi compañero, y el amargo rictus de sus labios no menoscababa el placer que me proporcionaba su presencia. Entre él y yo se extendía un espacio intensivo, no mensurable en su invisibilidad, pero que, como una lámina transparente, nos hacía insensibles el uno al otro. Sus más secretos pensamientos me eran, por el contrario, revelados. No en lo que tenían de claro y distinto, no en su orden y extensión formales, sino en su profundidad y en su vida. Distinguía en ellos, con una mirada certera, lo esencial de lo superfluo, y gustaba de ordenarlos como un ajedrecista consumado ordena las piezas de un juego de principiantes, hasta situarlas en su justa peligrosidad. Sé que mi proceder no era del gusto de mi amigo; pero me era imposible escatimarle los beneficios del que yo creía un impulso generoso. Cuando he reflexionado en las razones que mi compañero de lecho ha podido tener para abandonarme, la más plausible de todas me sigue pareciendo la de que, en su excesiva sensibilidad, no pudiese reposar a sus anchas junto a un ser estragado por una vigilia clarividente. Más de una vez despertó en el momento en que mi poder adivinatorio respecto de él se intensificaba al máximo. Esto no significa, de ningún modo, que yo lo juzgase menos piadosamente que de costumbre. Jamás he juzgado a nadie; con mayor razón mi amigo, objeto de mi más absoluta comprensión, ha esca-

pado a mis dictámenes; caso de que éstos pasen a formar parte, en lo sucesivo, de mi bagaje mental.

—¿Estás despierto verdaderamente? —me preguntaba mi amigo, envolviéndome en una mirada penetrante. Yo no sabía, de buenas a primeras, qué contestarle. Despierto, ejercía él sobre mí un poder superior a mis fuerzas para soportarlo. Su lucidez era mucho mayor de la que yo era capaz de concebir mientras duraba su reposo.

Sin mentirle, podía yo articular un sí desprovisto de toda convicción. Despierto él, el sueño o el letargo se apoderaban de mi cuerpo y de mi alma como el alba de la noche.

—Escucha, entonces... —su voz adquiría un tono apremiante, patético—. ¿Sabes tú en qué se diferencia un hombre dormido de otro despierto?

—Tal vez...

—En que el despierto sabe quién es, y el dormido no lo sabe.

Un silencio. Mi amigo acercaba su rostro al mío, la mirada brillante y, casi tiernamente, como una madre que interroga la lección a su hijo, murmuraba:

—¿Quién eres tú?

Mi turbación se hacía en ese momento indescriptible. Pero, con todo, intentaba contestar su pregunta:

—Yo soy... tú.

De antemano sabía que esta respuesta, que en labios de una muchacha enciende a su amante, no tendría para él el menor encanto. También yo la formulaba a desgano, y estaba lejos de querer conmoverlo con ella. Nunca mi afecto por él parecía más débil en su fundamento. Llegaba casi a odiar su superioridad sobre mí. Cuando, desilusionado, cerraba nuevamente los ojos, más para evitar mi vista que para conciliar un sueño que le era difícil reanudar, yo sonreía con alivio, como si me hubiesen quitado un gran peso de encima.

Ayer tuve ocasión de recordar un suceso ocurrido hace algunos años y al que mi memoria fuera infiel.

Le he pedido a un copista, que se divierte en sus ratos de ocio con mi facilidad para asociar palabras, que lo anote en un trocito de pergamino, y me he propuesto hacérmelo leer cada vez que empiece a olvidárseme. Es posible que esté por fin en posesión de la verdad; aunque no veo el beneficio que ella pueda reportarme. Mi amigo me ha abandonado por una razón demasiado sencilla para que yo la hubiese descubierto. En una oportunidad me adelanté a sus deseos, realizándolos por mi cuenta y riesgo. Deseaba demostrarle que sus sentimientos respecto de cierta muchacha no debían ser sino de una naturaleza puramente animal. Yo estaba seguro de que ella no merecía otra cosa. El no era de mi opinión; aunque no nos explayamos sobre nuestras diferencias, él por pudor y yo por temor de malquistármelo, ambos las conocíamos de sobra. Es más, la mucha cautela con que procedí a sus espaldas no impidió, ésa fué al menos mi impresión, que él siguiera el desarrollo de una tesis que luego no tuve el ánimo de desarrollarle oralmente. Triunfé, sin embargo, en esa oportunidad, cuando creía haberlo echado todo a rodar. Mi amigo olvidó su pasión al comprobar que el objeto de ella estaba muy por debajo de la idea que se había formado a su respecto. La muchacha se me entregó sin conocerme y en circunstancias que la delataron como a un monstruo de obscenidad.

La escena revivió en mí con fuerza al divisar a mi amante de unos minutos entre las columnas que sustentan la entrada del templo. Del interior de éste emergía una de esas procesiones que nos atraen la burla de los paganos: "Un ejército de viejas para la defensa de Dios". Los ecos de un cántico desgarrador llegaban hasta mí, mezclados al griterío de una muchedumbre electrizada por el resplandor de las antorchas. No era de noche; sin embargo, como desde hace algunos días un inexplicable malestar me impide entregarme a mis ocupaciones habituales, vagaba yo al acecho de una oportunidad de distraer mis pensamientos y la encontré en la figura de esa muchacha que a primera vista me resultó difícil distinguir de sus compañeras, como ella jóvenes y vestidas, según

lo exigía la ocasión, de rigurosa púrpura; las manos enlazadas, formando un ángulo en el regazo, y el rostro piadosamente inclinado, me hicieron pensar en la inmensurable riqueza de hipocresía que se esconde en cada mujer. Imposible distinguir, respecto de ella, dónde termina la realidad y empieza la ficción. Sólo yo era capaz, en ese momento, de no caer en la trampa de la apariencia y reconstituir la desnudez de una cortesana bajo los hábitos de una virgen entregada al éxtasis religioso.

Me acerqué más a ella, pues mis ojos debilitados por la falta de sueño podían engañarme. Por otra parte, debo reconocerlo, su hermosura volvió, como antaño, a turbar mis sentidos. Comprendí, a pesar mío, que en mi relación con ella el mero deseo sexual no había dejado de jugar un papel de importancia. Acaso el propósito de desengañar a mi amigo —me dije— haya sido la justificación de un acto menos generoso en su fundamento. Recordé, con un progresivo sentimiento de culpabilidad, los preliminares de una escena de la que no me pude sustraer como mero espectador y testigo, y a la que una fuerza ciega terminara por arrastrarme, recompensándome en goces lo que había perdido en dignidad moral.

Dicha escena tuvo lugar en un cementerio público, al atardecer de un día radiante. En contradicción con la vitalidad exacerbada de un paisaje inundado de perfumes vegetales, la muerte había determinado que se cavase allí la tumba de un hombre respetable. La ceremonia se prolongó largo rato, como si el propio cadáver y sus portadores hubiesen acordado apoyar mis propósitos. Yo me había deslizado entre el grupo familiar que, alrededor de la fosa recién abierta, esperaba el resto de la comitiva al que se le confiara el ataúd. Nadie reparó en mi presencia a causa de la tristeza, salvo la hija del difunto, víctima del asedio de mi mirada. Este es el momento de referirnos a ciertos poderes de que estoy dotado y que ejerzo, en especial, sobre las mujeres No obstante mis ojos sean pequeños y estén demasiado hundidos en sus órbitas para escapar a un observador de la fealdad humana,

es muy grande el influjo que tienen sobre las naturalezas sensibles. Como ciertos animales salvajes, puedo provocar en mis víctimas una especie de consentimiento letárgico por el solo hecho de mantenerlas, durante unos instantes, en mi campo visual. En esa oportunidad la sumisión de la elegida me ahorró trabajo. Desde el primer momento depuso toda resistencia y pareció ansiosa de encontrarse a solas conmigo. Su rostro, humedecido por las lágrimas, se contrajo en un gesto lascivo y su mentón temblaba flojamente. Así fué cómo, una vez que el sepulturero terminó su tarea al compás de cánticos rituales; apenas el cortejo se desbandó en dirección a la ciudad; próxima ya la noche, ella y yo, aprovechando el desorden y olvido generales, nos escabullimos hacia una cripta, ocasionalmente abierta. En un abrir y cerrar de ojos ambos estuvimos desnudos, bajo la débil claridad de una lamparilla de aceite. Mi sexo hipertrofiado, del ancho de un cuerno de buey, no me impidió entrar en ella holgadamente. Adheridos el uno al otro, con una fuerza convulsiva y poderosa, rodamos haciendo círculos en el suelo y golpeándonos en las aristas de los catafalcos. Yo había perdido todo dominio sobre mí mismo. Dejó de preocuparme la posibilidad de que los gritos de mi compañera hiriesen los oídos de los guardianes del cementerio. Ignoro cómo pudimos salir de éste, después de una sesión que se prolongó hasta el amanecer, sin que se nos detuviera. La puerta principal debe haber estado cerrada con llave, y sólo provisto de largas sogas es posible escapar por el extremo opuesto a ella, limitado por un abismo profundo.

La procesión se desplazaba ya a algunas cuadras del templo. Me le incorporé y acompasé mis pasos a los de mi amante. Marchábamos juntos, pero pasó mucho rato, acaso horas, antes de que notase mi presencia. Tanta era su abstracción o mi insignificancia. Por último, como me apoyase en su brazo para no resbalar —apenas me sostenía sobre mis pies—, fijó en mí una mirada en que el fastidio, la indulgencia y,

finalmente, la indiferencia más absoluta se sucedieron a una velocidad vertiginosa. Decididamente, no me había reconocido. Herido en mi orgullo, demostré, una vez más, mi inescrupulosidad. A los oídos de mi compañera deslicé un sinnúmero de frases soeces en las que se mezclaban, por iguales partes, los recuerdos comunes y las exigencias que en su nombre me permitía hacerle para el porvenir.

El silencio con que respondió a mis palabras era el efecto de un desprecio tan profundo, que le impedía devolvérmelas. Puede que mi voz no llegase hasta ella, interceptada por el rumor de la procesión e impotente para sobreponérsele. De hecho mi compañera siguió su marcha sin que en su rostro se alterase un rasgo. Fué entonces cuando caí en la cuenta de que mi imaginación excesiva había podido jugarme una mala pasada. Acaso nunca poseí yo a esa muchacha, digno modelo de los artistas de la corte. En mi juventud resolvía con tal facilidad las situaciones en que me hallaba, que hoy en día sospecho no todas fueron igualmente reales.

Imbuído en estos pensamientos que me llenaban de espanto, e incapaz de seguir una marcha tal vez interminable, tomé asiento en la primera piedra que encontré en el camino. Pronto la procesión desapareció de mi vista, mientras la noche se apoderaba, vertiginosamente, del espacio. Las luces de la ciudad se encendieron y apagaron, en tanto yo recuperaba mis fuerzas. Algunas continuaron encendidas, pero la tiniebla me impedía calcular la distancia a que me hallaba de ellas. "En una de esas habitaciones iluminadas — pensé—, mi amigo se entrega a los placeres y dolores de una vigilia sin término. Ha conseguido su propósito. Ha cortado la maravillosa flor de su conciencia del tallo que la hundía en lo obscuro; pero la flor languidece, sin alimento, y mi amigo comprende, demasiado tarde, el alcance de su acto. El vencedor es a su vez vencido por la magnitud de su triunfo, y la bella columna, elevada en arenas movedizas, se hunde bajo su propio peso. Unos momentos más y su desaparición será completa."

Elegí, al azar, una de las ventanas iluminadas. Reuniendo todas mis fuerzas, me puse en camino hacia ella. Al cabo de unos segundos corría desbocadamente, como un animal de regreso a su redil. Privado, durante mucho tiempo, de esa luz interior en que los seres humanos se reflejan y revelan sus propios pensamientos y deseos, ella resplandecía ahora en mí con tal poder, que amenazaba consumirme. Pasé revista mentalmente a todos mis actos pretéritos, y no pude sino expresar, a gritos, el disgusto que me producían. Como si otra persona los hubiera cometido con el propósito de envilecerme. Las últimas palabras que mi amigo me confiara sonaban y resonaban en mis oídos: "Todo lo que la vigilia nos permite conquistar, nos lo arrebata el sueño. Una ley insidiosa exige que la altura a que nos hemos remontado libremente esté en proporción a la profundidad a donde nos precipita con las manos atadas... Es necesario infringir esta ley. Es necesario que el sueño y la vigilia se confundan o se separen definitivamente..."

En mi ansiedad, elegí bien. Una a una se extinguieron las luces de la ciudad, menos esa hacia la que me dirigía. Temblando, subí la escalera que conduce a mi habitación, naturalmente desierta. La lámpara, bajo la cual paso largas veladas de meditación y estudio, ardía para sí misma, en medio de una soledad dolorosa. Soy olvidadizo, y la dueña de casa me ha amenazado varias veces con la expulsión por hechos como éste. Un pensionista no se puede permitir el lujo de dejar encendida la luz de su pieza.

Esta mañana desperté en una posición absurda. El sueño se vengó de mi obsesión por vencerlo, sorprendiéndome en el momento en que me dirigía al lecho. No estaba totalmente de pie, pero el gesto de mi mano sobre el respaldo de la silla indicaba a las claras mi intención de sustituir a ésta por aquél. En compensación, creo que nunca he estado más próximo al triunfo. Hay un punto en que el instinto y la razón, el sentimiento y el pensamiento, el sueño y la

vigilia se asocian en un abrazo radiante. Mi vida no ha sido sino un largo y penoso intento de encontrarlo. Quienes como yo comprenden que sólo la exacerbación de la conciencia nos permitirá atravesar inmunes esta época de pesadillas, aprobarán el sentido y el giro de mi aventura. Estas líneas son el primer testimonio "escrito" de ellas. Las redacté en el instante, llamado en lenguaje profano, del despertar. Ignoro si al término del sueño o al principio de la vigilia o, como lo espero, entre ambos estados. Hecho que podré comprobar cuando pueda hallarlas y releerlas; pues, lamentable y misteriosamente, se han extraviado en una habitación en la que eran lo único visible.

ENRIQUE MOLLETO

Enrique Molleto Labarca, chileno, 28 años de edad, es un escritor que ha permanecido largo tiempo en Europa (1939 a 1943), visitando Francia, Italia, España. Posteriormente (1951-1952), Inglaterra, Francia, Suiza. En 1951, la Editorial Cultura publicó su primera obra, una novela, "Solo, Calle Arriba". Ha colaborado activamente con crónicas y reportajes en "El Diario Ilustrado" y la revista "En Viaje". Tiene, actualmente, una colección de cuentos y dos novelas inéditas, "Nada en el Recuerdo" y "Tiempo Frágil".

Su inquietud perenne le ha llevado, asimismo, a intentar trabajos escultóricos. La Municipalidad de Ñuñoa premió una obra suya de Bernardo O'Higgins en 1951.

La narración que integra esta Antología está escrita en primera persona. Oscila permanentemente entre la realidad concreta y el monólogo obsesivo, psicológico. Su materia

literaria limpia, sin asperezas, sin desbordes líricos, otorga a este cuento una extraña madurez creadora. No es posible dudarlo. Estamos ante un escritor auténtico.



Enrique Molleto

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"El cuento es síntesis, y como tal, trata de captar las reacciones sobresalientes de uno o más seres frente a los acontecimientos de un tiempo determinado.

"En el escenario del cuento, el autor pone a sus personajes frente a la vida y les concede, para definirlos, la brevedad de los grandes acontecimientos."

¿RECUERDAS?

—UNA ventana sobre Posílipo bien vale el mundo —nos dijo el hombre aquel.

Eran los tiempos en que todos pensábamos que el mundo valía algo. Tú, yo y el hombre aquel.

Yo, porque a tu lado había aprendido a conocer una nueva forma de paz. En tus largos silencios y en tus partidas precipitadas.

Sin palabras enseñabas que para no sufrir bastaba evitar caídas en pasiones de raigambre sedentaria. Nunca ahondabas en el trato de las gentes ni en el conocimiento de las cosas. Tu superficialidad, empero, no era frívola. Era el equilibrio, la llave de tus peregrinaciones sin lágrimas.

Fué quizás en Posílipo donde tu maravillosa fantasía empezó a experimentar un cierto cansancio. Te quedabas tardes enteras descansando tendida sobre el diván, en el rincón más umbroso de la pieza. Era tu lugar preferido en esos días de calor.

Hasta hace poco habías estado dominado por la fiebre de ir de un lugar a otro. El hecho que en Madrid dieran una conferencia era motivo suficiente para abandonar nuestro sencillo refugio de Passy. Entonces nos precipitábamos en las espirales agotadoras de nuevos desplazamientos. Nuestras maletas quedaban con frecuencia a medio deshacer. Cuando llegaban los primeros calores, se hablaba que las piscinas de Viena eran las mejores de Europa, y en seguida el

desorden de un departamento entero desaparecía con espantosa precipitación dentro de aquellas valijas de tapas cansadas de abrir y cerrar.

En Posílipo precisamente fué donde nos hablaron de ese lugar. Allí, nos dijeron, jamás encontrarán turistas, pues está aislado de toda ruta terrestre.

Ahora pienso que quizás era eso lo que tú buscabas.

En el tren que nos conducía al norte yo meditaba sobre la increíble coincidencia de nuestros destinos. Antes de conocerte, había vivido en un miasma pegadizo, hecho de una serie interminable de pequeños momentos tediosos. Dolores, nunca los tuve grandes, ni tampoco placeres. Se diría que viajaba sobre una directriz única y monótona. Angustiado siempre por pequeñas cosas, por amarguras diminutas, mi carácter se había inclinado hacia las actitudes taciturnas, propensas a la indiferencia. En ese estado mío de abulia, nos conocimos. Ante tu dinamismo, hecho de savias vitales, debí parecerte algo así como un raro ejemplar para estudiar y clasificar con curiosidad botánica. Tú eras una bandera desplegada, henchida de juventud, y atraído por tu fascinante personalidad, te seguí sin saber por qué.

Meditaba aún en esas cosas cuando llegamos al puerto de nuestro embarco. Desde allí partimos una noche en pos de aquel paraje singular.

La pequeña embarcación a motor que nos conducía navegaba sin dificultades sobre un espejo de aguas inmóviles. Lentamente las luces de la ciudad se hicieron diminutas y distantes. Estuvieron danzando como serpientes de fuego sobre la estela antes de desaparecer definitivamente.

En ese momento se me ocurrió que huíamos de algo. Acaso de nosotros mismos. Pensé que si rehuíamos la vida en su mejor edad, quedaríamos sin recursos para los años que vendrían un día. Vacíos e insatisfechos, sin una meta ni un objetivo que dignificara nuestra comunidad errabunda. Llegaríamos al final, eso sí, sin sufrir. En el fondo éramos profundamente solitarios y gustábamos a las gentes. Pero no nos ama-

ban. Entregábamos demasiado poco para que pudieran perdonarnos la impresión que dábamos, de huir de ellos. De huir de cualquier cosa, substrayéndonos a una prueba definitiva y cualquiera.

En esos momentos, recuerdo, rompiste tu silencio dejándome sorprendido con tus palabras. Dijiste:

—A veces pensamos que dejando atrás algo, vamos necesariamente al encuentro de cosas nuevas. Sin embargo, hallamos todo igual si no sabemos ser diferentes.

Comprendí que nunca te conocería verdaderamente. Desorientado me quedé dormido, y cuando abrí los ojos rayaba el alba. Te miré y vi que dormías, ligeramente inclinada sobre tus piernas dobladas. Así, en esa posición, parecías hasta pequeña. Me acerqué para ordenar tus ropas y abrocharte el cuello. Hacía casi frío. Luego me volví para ver dónde estábamos.

—Pronto llegaremos —me dijo el hombre desde el timón—. Apenas doblemos aquel promontorio.

El agua donde navegábamos era verde y transparente. A escasa distancia nuestra, las montañas se sumergían casi perpendicularmente en el espejo inmóvil del mar. Los pinos marítimos rozaban con sus follajes la superficie. Entonces tú te despertaste maravillada de ver tan cerca esa ribera acantilada.

Doblamos el promontorio con el sol alto. Imposible olvidar la impresión que nos hizo el lugar donde acabábamos de entrar. Altas montañas, cubiertas de olivos y castaños, encerraban una pequeña ensenada de aguas verde turquí. En el fondo, enfosado por aquellos paredones, estaba el pueblo diminuto, y frente a él, una playa dorada cubierta de barcas. Todo en torno era vegetación, y el mar lamía las raíces de esos árboles que parecían crecer sobre la roca porosa y negra.

Cuando saltamos a la playa, el pueblo estaba reunido, silencioso y hostil, y nos observaba sin intención de moverse, hablar o ayudarnos. Satisfecha la curiosidad, desaparecieron en sus casas. Sentado sobre el montón de redes quedó el viejo que nos miraba cordialmente. Bertín. Nunca olvidaré a ese viejo metido dentro de un raído chaleco demasiado grande, ni su

bonete rojo, ni sus manos anchas y quebrajadas que sujetaban su pipa de barro.

La casa donde Bertín nos condujo estaba situada en un ángulo del pueblo. Vieja, solitaria y deteriorada. Nos la indicó como la suya. Una escalera sombría nos condujo a una alegre habitación, blanqueada a la cal, que daba a una azotea de pizarra, perfumada de jazmines.

—Vivo solo —dijo Bertín—. Todos los míos han muerto. Mi hijo, el 12, doblando el Cabo Verde; mi mujer, el año pasado, de fiebre. Otro hijo se precipitó en el acantilado cuando pequeño.

Al mirarte comprendí que descubrías una interesante compañía. Y te aproximaste. Te atraían la vida complicada y las gentes simples.

Desde ese momento transcurrías las mañanas junto al viejo Bertín. El te hablaba de goletas, bergantines y de aquellos tres mástiles que sabían tener el mar como ninguna otra embarcación. Otras veces te contaba que el pueblo tenía unos mil años, pero que su población no podía aumentar porque el mar arrebataba a los hombres, casi siempre jóvenes. El mar da el sustento al pueblo, pero sigue siendo enemigo, te decía, con sus tranquilos ojos azules. También nos aseguraba que en los días diáfanos se podía ver Córcega. Y nosotros pasábamos largos momentos escrutando con nuestros pobres ojos débiles el horizonte transparente.

Y así el tiempo pasó, sin monotonía. En las noches de calor nos quedábamos inmóviles, siguiendo con la mirada las luciérnagas que incursionaban por nuestro cuarto, iluminándolo con su pálida fosforescencia.

Paz, silencio y tú. Cosas que más tarde me dió por llamarlas felicidad.

Conocíamos una a una esas casas de ocho y diez pisos, resquebrajadas por el sol implacable, que a veces parecía querer romper las piedras de aquellas calles tortuosas, breves y desiertas.

Desde nuestro atalaya divisamos una tarde la embarcación que maniobraba en la entrada de la ense-

nada. Bertín acababa de exhibirnos satisfecho el pequeño velero que había introducido en una botella. Nosotros no teníamos dudas respecto a la identidad del barco recién llegado, pero un extraño presentimiento nos dejó consternados.

En la playa escuchamos las palabras apesadumbradas del marinero. Impasible mirabas al hombre que nos decía que la situación era grave, a tal punto de aconsejar que todos los extranjeros se encontrasen reunidos en la ciudad.

Lentamente volvimos a ordenar nuestras maletas, y por vez primera noté cansancio en tu temple admirable. Sin decir palabra, preparaste tus cosas, a las que esta vez se agregaba la botella con el diminuto velero de Bertín.

Abandonamos así aquel pueblo de marineros de recia voluntad, de capitanes de navíos y fragatas que morían silenciosamente en el mar, sin dejar descendientes.

En la ciudad nos aconsejaron países neutrales. Suiza o España. En las calles las gentes se mostraban nerviosas y oían pálidas los comunicados oficiales que propalaban las radios por todas partes.

Era menester admitir que las cosas cambiarían en forma grave. Fiésole o Passy seguirían siendo iguales, pero la ventana de Posílipo asomaría hacia un mundo diferente, posiblemente extraño, quizás hostil y vulgar.

Nos quedaba un último refugio, y yo te hablé de él con calor por aquellos días. No conocías América. Sin embargo, ¡cuánto costó convencerte!

Las playas de Europa estaban ya en llamas, y yo no comprendí a tiempo que tú tal vez deseabas desaparecer; como nunca comprendí que yo era tan sólo un accesorio, un amigo fiel con quien se podía recorrer el mundo confiadamente.

¡Gitana maravillosa, vagabunda distinguida!

Parecía que nuestro barco llevase de Europa todo lo que en ella había de desesperado. Individuos frenéticos trataban de reincorporarse a las costumbres de un pasado que acababa de extinguirse sin remedio.

Los tiempos habían cambiado, quizás de mucho antes. Nosotros no lo advertimos oportunamente. Se vivía apresuradamente, y las cosas antaño estables, se renovaban ahora año a año, pero su misma renovación implicaba un envejecimiento.

Por eso Bray nos sedujo. En medio del caos, llevaba el semblante risueño y la compostura de otros tiempos. Cuando los demás probaban sus cinturones de salvamento, Bray, impasible, se iba a pescar en algún lugar del barco. Tú apreciabas su compañía más que yo. Creo que de mi parte no hacía esfuerzos por dejarme arrastrar con mis simpatías hacia aquellos hombres que no lograban asimilarse a cambios tan grandes.

En Trinidad anclamos por primera vez contra nuestra voluntad. Nunca habíamos tomado en cuenta el juego del destino.

En Trinidad debían comprobar la viabilidad de los *navicerts* otorgados en tierra.

Fué entonces cuando Bray apareció en su verdadera importancia. Pero ¿quién era Bray, después de todo? Hombres como él habíamos conocido tantos. Sus juegos de salón, sus chistes y sus galanterías, ¿no eran acaso eco de cosas vistas u oídas ya?

Recuerdo cuando lo desembarcaron, junto con otros dos de segunda y tercera clase. Estaba derecho y tranquilo sobre la chalupa. Nosotros, uno junto al otro. Sin embargo, esa mirada profunda fué para ti. También cuando, sin apartar la vista, levantó la mano, lo hizo para saludarte a ti. La chalupa se mecía en el agua, y encima de ella, Bray erguido y sereno. E iba hacia el cautiverio y la muerte.

Mientras viva lo recordaré. Sus carceleros esperaban arrancarle algo más de su rostro tranquilo y risueño. Detrás del humo de la descarga que le quitó la vida quedó Bray tendido. Se llevó algún secreto quizás. Para nosotros, el de su sonrisa confiada. Para ti, algo más.

Nosotros nos dijimos también adiós. Y nuestro mundo se apartó bruscamente y también se fué. Tú, cosa increíble, volviste sobre tus pasos.

Las ciudades de Europa se cubrieron de escombros, de vehículos quemados, y sobre las líneas de los ferrocarriles crecieron zarzas y matorrales.

Después todos empezaron de nuevo, sin recuerdos. Menos yo. Sin embargo, en tanto tiempo, de ti no conservo nada. Ni una foto, ni una carta o un objeto personal. Nada. Y mi cerebro empieza a tener dificultades cuando trato de reevocar la fragilidad de tu persona, la delicadeza de tus manos.

Tampoco volví a preguntarme hacia dónde fuiste, desde cuándo empecé a dudar si eras sueño o realidad.

Sueño, quizás.

No puedo recordar ya tu rostro. Sé que era hermoso como tus manos. Eso lo recuerdo bien.

Pero ¿dónde estás tú? Tu raqueta de tenis, tu gargantilla, tus sombreros de paja florentina, tus trajes y tus libros, el velero de Bertín. ¿Desaparecieron contigo, devorados en una sola noche de guerra? ¿O descansas ignorada, junto con otros miles, bajo los escombros de un mundo que se derrumbó con demasiado estruendo?

Pero, si vives, ¿recuerdas?

GLORIA MONTALDO

Gloria Montaldo nació en Valparaíso en 1925. Hizo sus estudios secundarios en el Liceo N.º 5 de Santiago. Bachiller en Letras, ingresó al Instituto Pedagógico de la Universidad de Chile, donde obtuvo el título de Profesora de Inglés. En la actualidad ejerce su profesión en el Liceo de Mulchén.

Publicó sus primeros cuentos y ensayos en el diario "La Prensa", de Osorno. En 1948 ganó el Primer Premio de Poesía en los Juegos Florales de San Fernando, y en 1949 apareció un cuento suyo en la revista "Nuevo Zig-Zag".

"Las Flores, el Jarrón y los Perros" —tal se denomina el cuento que leeréis— da testimonio de una sensibilidad afinada hasta raros extremos. Estampas poéticas, elude esta obra la fisiología tradicional del cuento. Nada sucede y, sin embargo, notamos ese fluir casi imperceptible de la vida, de los seres. Su prosa es clara y limpia, certera en la adjetivación, fluctuante en las situaciones, siempre en movimiento, sin jadeos ni soslayos.

Tiene en preparación un volumen de cuentos.



Gloria Montaldo

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es la reproducción de incidentes que han impresionado la sensibilidad del escritor. Esta reproducción, que a menudo se ajusta a los hechos verdaderos, se hace casi siempre con algún toque que desfigure un poco la realidad de los hechos. El autor puede cambiar el paisaje o la apariencia de los personajes, acentuar algún rasgo característico, injertar un detalle que le dé mayor firmeza al relato. Debe ser un cuadro de la eterna lucha entre lo objetivo y lo subjetivo. De ahí que deba tener mucho de verdad y mucho de ficción."

LAS FLORES, EL JARRON Y LOS PERROS

I

EL viejo alemán sonríe y me guiña el ojo picarescamente. A mí se me ocurre que don Hans es un bebé gigantesco. Su boca, que curvada en una sonrisa no acusa un diente; sus ojillos azules reidores y su escaso cabello, juntado como en un rulo en medio de la cabeza, me producen el efecto de un rostro de niño aumentado cinco veces del natural.

Don Hans declara que me quiere y desea adoptarme como hija. Oigo su acento germano al decir:

—Yo estaría orgulloso de pasearme del brazo de Ana María. A todos les diría: "¡Esta es mi hica!"

El ya celebró sus bodas de plata. Su esposa, nieta de alemanes, no le dió descendencia. Cuando él expresa sus deseos de adoptarme, Frau sonríe. Creo que no la seduce la idea... Quizás ella en otro tiempo soñó con una hija rubia, alba, de formas redondeadas y ojos azules. En cambio, mi tipo latino es indiscutible. Sin embargo, don Hans cree que podría hacer un buen papel.

Esto me pone en la disyuntiva. ¿Acepto o no?

Si digo que sí, tendría que pasearme del brazo de don Hans, que tiene una barriga enorme y arrastra una pierna.

La gente diría:

—¡La profesora joven del Liceo está loca!

Y al enterarse de la adopción:

—¿Cómo no iba a aceptar, si don Hans tiene tantos pesos?...

Mas si digo que no, ya veo el rostro decepcionado del viejo alemán:

—¡Yo siempre había soñado con una hica, y es usted la hica con que había soñado!...

¿Cómo convencer a don Hans de que yo, con ojos y cabellos negros, nunca podría serlo? Pero él está encaprichado como un niño.

Ya no iré más a su casa, o iré muy rara vez. Entonces pensará que soy una hija ingrata, me dejará de querer y me borrará de su mente. Lo que siento es que ya no recibiré más el bello ramo de flores que coge para mí todos los días lunes.

II

Ha llegado al Liceo una nueva profesora de música. La llaman doña María, y es una gorda nerviosa y parlanchina. Ella tiene siempre la razón y vive preocupada de los asuntos del prójimo. Casó hace diecisiete años con un hombre cuarenta años mayor que ella, el que le dejó una hija y una pequeña fortuna. Hace ya un lustro que es viuda. Un asunto judicial la llevó al estudio de mi hermana, y el pretexto de ser mi colega le sirvió para introducirse en nuestro departamento.

Apenas llega, sus ojos caen sobre un jarrón de porcelana china.

—¡Qué cosa más preciosa, más delicada, más encantadora, Ana María! ¿Dónde lo compró?

—Se lo regaló un colega mío a Inés.

Mira los cuadros, los libros, un vestido que estoy arreglando. No ha dejado de charlar. Aquello suena como un molinillo de café. Habla de Santiago, de las propiedades que tiene allá, de la parcela en San Bernardo. Sí. En San Bernardo ella reunía a su amigos y canasteaban todas las noches. Todos sus amigos eran encantadores. (En la media hora en que ha monologado he contado veintitrés veces el adjetivo "encantador".) Especialmente uno, que era profesor de fran-

cés. Muy simpático el muchacho. Muy aficionado a la música. Su querido amigo Luigi.

Inés se sorprende levemente:

—¿Luigi Vidal? Le conocí hace algún tiempo.

—¡Oh! ¿Le conoce? ¿No es cierto que es encantador? Mire. Me escribe. Y yo también le escribo. Aquí está mi carta para él. Yo escribo tanto como hablo.

La explicación huelga. El sobre se ve voluminoso. Una catarata de frases de alabanza llena la habitación:

—Es muy simpático. Y tan gentil. Cuando íbamos a jugar canasta donde las Martínez, él me acompañaba de regreso a casa. Yo recién había enviudado.

Suspira. Inés sonríe. Adivino lo que está pensando y también me lo imagino. Doña María, con su medio siglo a la espalda, alta, voluminosa, con timbre de contralto, haciendo pareja con un hombre de treinta apenas, delgado, pálido, de profundas ojeras y de suave voz. Mi hermana conoce muy bien a Luigi. En otro tiempo mantuvieron una simple amistad. Para un cumpleaños él le regaló el jarrón de porcelana que nuestra visita ha admirado. Después, las malas lenguas se dedicaron a dudar de la integridad física y moral del hombre. Nunca supo Inés hasta dónde aquello pudo haber sido verdad. Lo único efectivo fué que Luigi se marchó un día cualquiera, no le escribió nunca y la dejó desconcertada, en medio de las habladurías de los que ya veían un noviazgo hecho.

Por fin, la viuda nos ha dejado. No puedo evitar de abrir la ventana apenas sale.

El domingo nos ataja a la salida de la iglesia. Tiene los ojos brillantes y se dirige a Inés:

—¿Así que la niña guardaba el secreto? Y yo, la ingenua, la simple, creyendo en una pura amistad. No, no lo niegue. Usted estuvo de novia con Luigi. Me lo han contado. Pregunté si lo conocían y me lo han contado todo. Y yo sin darme cuenta. ¿Por qué no me lo había dicho?

No hay caso de esclarecer el asunto. No acepta explicaciones. Nos va a dejar hasta el hotel, hablándonos siempre de lo mismo. Estoy mareada. Inés, molesta.

Sin embargo, callamos. Una actitud cualquiera podría interpretarse mal. La gorda resopla, porque ha debido seguir nuestra carrera escaleras arriba. Deja caer su cartera encima de la mesita y arrastra el jarrón de porcelana, que cae al suelo y se hace trizas. Hay una fugaz sonrisa que desaparece al exclamar:

—¡Cuánto lo siento! ¡Un jarrón encantador! ¿Se lo había regalado Luigi?

III

Llueve cuando volvemos del teatro. Estamos en pleno febrero, pero los paraguas no han tenido tiempo de apolillarse. Vamos andando de prisa. Una anciana que se acerca en sentido contrario ha reconocido a mi hermana:

—¡Señorita Inés!

Nos detenemos, y he aquí nuestra sorpresa. La anciana no es otra sino doña Raquel, la esposa del notario, mujer que apenas frisará los cuarenta años. Ha cogido a mi hermana del cuello y la besa nerviosamente en ambas mejillas:

—Señorita Inés, ¡qué gusto de verla! Andaba en busca de un abogado, y ése tiene que ser usted, no más. Tengo que hablar con usted. Tengo que hablar.

Las palabras se le atropellan. En cinco minutos la ha abrazado de nuevo, se ha mesado los cabellos, ha llorado. Tiene algo que contarle. Le ruega a Inés que alguno de esos días alcance hasta su casa, porque desea pedirle un favor. La abraza y la besa otra vez. A mí casi no me mira, y se marcha bajo la tormenta con la cara mojada en lágrimas y en lluvia.

Inés me adelanta algo:

—El notario tiene amores con una mujerzuela, y doña Raquel está en antecedentes.

Comprendo que la ha afectado mucho, porque parece haber envejecido quince años de un golpe.

Dos noches después estamos en su casa. Es un departamento moderno y lujoso. Hay un busto de Beethoven sobre una radioelectrola último modelo. En

las paredes, cuadros valiosos. Me siento atraída por la biblioteca, mientras mi hermana oye sus confidencias.

Veintitrés años de casados. Sin hijos. Una vida tranquila y desahogada. Gustos similares: buena música, libros, pintura, viajes. Ambos, amantes de los animales. En el departamento se ven tres perros bien cuidados y regalones, tendidos sobre la gran alfombra que cubre el piso.

Y ahora, sorpresivamente, el marido la ha abandonado por una mujer de la calle y ha ido a vivir públicamente con ella. La esposa humillada grita con desesperación:

—Es un canalla. Un sinvergüenza. Se ha burlado del hogar. Me ha dicho: "Ahí tienes tu hogar. ¿Para qué sirve? Lo que necesito es un cuerpo joven junto a mí". Me lo ha gritado a mí, que le di mis mejores años, que lo amé desde los quince y siempre fui esposa fiel. Maldita fidelidad. ¿Qué me reportó?

Se limpia los ojos y me pregunta de sopetón:

—¿Sabe usted con qué se envenenó Pierre Laval?

Muevo la cabeza negativamente. Ella me lo dice. También ha averiguado en qué consistió el veneno que tomara Hermann Goering. Me sorprendo al notar su gran interés por el asunto. Se ríe y dice:

—Tengo dos pastillas muy efectivas. ¡Ah, ya verá el infame! Pero... ¿y mis pobres perros? —Y continúa—: He escrito cartas. Sí. Muchas cartas. A sus colegas. Al intendente y al alcalde. A todos les he dicho que es un infame. Que me ha abandonado por una cualquiera...

Inés procura calmarla:

—No siga haciéndolo. Su marido pronto volverá a usted. No podrá adaptarse a un ambiente tan diferente al suyo. Es un arranque pasional del que se arrepentirá pronto.

La otra estalla en sollozos. Ahora dice:

—¡Pobrecito! Sí, sí. Allí no puede estar bien. Esa mujer es sucia. Será joven, pero es sucia. Y ordinaria. ¡Pobrecito! ¡Cómo echará de menos su *bergère* y su discoteca! ¡Volverá, volverá!

Su mirada se ilumina. Nos ponemos de pie y vamos hacia la puerta. Ella baja los dos pisos con nosotras y los tres perros, que salen a dar su paseo nocturno. En la escalera repite:

—¡Es un infame! ¡Un canalla!

Y en seguida:

—¡Lo adoro!

Después, besa una vez y otra a mi hermana, le dice algo al oído y se despide:

—Es usted una buena amiga. Gracias por haber venido.

Me da apenas la punta de los dedos y sale con sus canes. No aguanto la curiosidad:

—¿Qué te ha dicho?

Mi hermana se encoge de hombros.

—Que interceda ante el juez para que no le hagan la autopsia.

Tirito. Hace frío. Nos vamos al hotel. A lo lejos, la mujer se pierde en la noche acompañada de sus tres perros.

HERBERT MÜLLER

Herbert Müller Puelma nació en Viña del Mar el 19 de febrero de 1923. Hizo sus estudios humanísticos en el Colegio San Ignacio y en la Escuela Militar. Después de trabajar algunos años en labores totalmente ajenas a la literatura, empezó a escribir cuentos, a la par que ingresaba a seguir estudios de Arte Dramático en el Teatro Experimental de la Universidad de Chile. Integró el Directorio del Teatro de Cámara.

Su obra, escasa y de una enorme madurez creadora, permanece inédita en su totalidad. Prepara un libro de cuentos. Los dos relatos que hemos antologado muestran con fidelidad la pureza estilística y la claridad conceptual que Herbert Müller tiene sobre el cuento. Tanto "Perceval" como "Soliloquio o Coloquio" constituyen grandes obras, por su estructura rigurosa, por su lenguaje aé-

reo, por la respiración interior de su prosa, perfectamente adecuada a su objetivo.

Sin duda que Herbert Müller será, a poco andar, uno de nuestros escritores de mayor significación y jerarquía. Por de pronto, he aquí dos muestras.



Herbert Müller

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"Cuento es lo que contamos a un niño al darle la comida, y a los adultos, para que nos la den."

P E R C E V A L

UN gigante no puede pasar inadvertido, y menos si está borracho.

Perceval estaba borracho porque siendo gigante no podía pasar inadvertido. Era día sábado; su ebriedad no debiera de haber escandalizado tanto, pues todos esperan que sea día sábado para beber cuanto se les viene en gana. No obstante, todos estaban pendientes de él, aunque por vez primera parecía ignorar lo que acontecía a su alrededor.

Sentado en un taburete frente a la vara, sonreía beatíficamente, mientras que con su cabeza seguía, un tanto a destiempo, el compás de la música que llegaba desde el salón. Pero Perceval, aun sentado, no pasaba inadvertido. Cierto es que su cabeza sobresalía varios palmos por sobre las de los otros; pero, con buena voluntad o, más bien, mirando el conjunto, podría haber sido confundido con uno de los tantos que, indudablemente, prefieren beber de pie.

Los que conocieron a Perceval se hubieran sorprendido sobremanera de verlo en ese estado. Mas él no corría ese riesgo, pues quienes fueron sus conocidos no frecuentaban ni frecuentan lugares tan sofisticados, máxime un día sábado. De lunes a viernes, al salir de la oficina, Perceval se encontraba con ellos puntualmente. Ocuparon siempre la misma mesa en el mismo bar, y el mozo que les atendía era siempre el mismo. Unos ordenaban aperitivos, otros pedían ciga-

rrillos por un valor equivalente al de las bebidas; mas Perceval, que no fumaba ni bebía, pero sí amaba jugar a los dados, susurrante rogaba que le trajesen un vaso de limonada muy dulce.

El sábado aquel, Perceval fué débil de carácter. Durante siete meses había resistido la tentación, pero ese día ella insistió tanto, que Perceval, como un ser humano cualquiera, cedió. Siete meses duraba ya el romance, siete largos meses transcurrieron desde que, al cruzarse las líneas, escuchara su impaciente voz. En aquella ocasión, paternalmente, había él explicado cómo, ciertos días, todos los teléfonos funcionan mal: en tales casos, le dijo, queda el recurso de solicitar a la central que le comunique a usted directamente. Le agradeció, pero el asunto no había terminado allí. Cuando ella intentó comunicarse con la central, las líneas nuevamente se cruzaron. Perceval se atrevió entonces a ofrecerle su ayuda: valientemente insinuó que, si le daba el número de su teléfono, él pediría su revisión por parte de la Compañía. Ella accedió y, además, de nuevo le dió las gracias. Hecha la atención, volvió a su máquina de calcular con menos parsimonia que de costumbre. Creyó necesario marcar el número que ella le indicara, para enterarse de si el arreglo se había efectuado o no. Sus balbuceantes excusas iniciaron una conversación que, poco a poco, fué haciéndose más cómoda.

El hablar con ella fué primero hábito; después necesidad.

Perceval tenía sus razones para eludir un encuentro entre ambos. Su experiencia le había mostrado que aun cuando los normales acepten fácilmente a los pequeños, en cambio no soportan entre ellos la presencia de los grandes. ¡Vaya si lo sabía! No podía pasear por las calles sin sentirse blanco de todas las miradas. No podía acercarse a acariciar un niño — y a él le gustaban los niños—, sin que éste retrocediera asustado a esconderse en las faldas de su indignada madre. Ni siquiera podía viajar fuera de la ciudad los fines de semana, pues las camas de los hoteles no eran adecuadas para él. De ir solo corría el riesgo de pare-

cer raro; y Perceval no quería agregar motivos para merecer este calificativo. La sola idea lo irritaba. No podía entrar en un cine si no encontraba asiento en la última fila. Cuando lo lograba, debía esperar que todos abandonasen la sala para no sentir su reprobación.

¡Escabullirse! Pero Perceval era un gigante, y un gigante no puede escabullirse, por muy modesto que sea.

Ese día, pues, había ella insistido en verlo, y Perceval cayó en la tentación.

¿Tenía un terno gris? Sí, lo tenía. ¿Tenía una corbata azul? Sí, también la tenía. Y un libro bajo el brazo. Sí, aquel libro sobre el que tanto habían hablado. Ese sería el distintivo. También ella indicó el lugar de reunión. Y Perceval, para acostumbrarse al lugar, había llegado con tres cuartos de hora de anticipación. Todas las mesas estaban ocupadas. Buscó arrimarse a algo para evitar las miradas de la gente: la vara fué lo único que encontró. De dos zancadas llegó junto a ella y se agachó.

De inmediato el barman se le aproximó:

—Una limonada dulce, muy dulce —Perceval hablaba quedamente.

El mozo movió la cabeza.

—Lo siento, señor. Aquí sólo se expenden bebidas alcohólicas.

—Déme cualquier cosa —aceptó Perceval.

"Un trago no me vendrá mal", pensó. Necesitaba valor para enfrentarla, pues a ella no le había dicho "eso".

Como pasara el tiempo y ella no llegase, cansado de la postura, se irguió; sobre él convergieron las miradas. Se agachó nuevamente.

El *barman* estaba frente a él.

—¿Otro?

—Otro.

Así Perceval se irguió varias veces; y varias veces el *barman* llenó su vaso, hasta que se desocupó un taburete y pudo sentarse. Pero ya era tarde: Perceval estaba borracho.

Sintió que una mano tocaba su cintura, y sobresaltado, dióse vuelta, levantándose. Era ella; vió en su rostro el asombro. El "¡Oh!" que exhalara, llevándose la enguantada mano a la boca, le trajo a la realidad. Ella salió rápidamente, casi corriendo. Quiso seguirla, pero el *barman* le tendía una tarjeta con la cuenta. Perdió tiempo en encontrar un billete y lanzarlo sobre el mesón. Tambaleante, atropellando a la gente a su paso, derribando una mesa, salió. E inició la persecución.

Aterrorizada, la gente le abrió paso. Gritó. Por primera vez desde que fuera niño, gritó su nombre: ¡Perceval! ¡Perceval! ¡Perceval!...

Fué un bramido espantoso que, como un torrente, se estrelló en los altos edificios. De allí, en monstruoso eco, volvió al gigante, que, aturdido, manoteó en el aire y se derrumbó en el pavimento.

Allí yacía ahora Perceval. Inmóvil, enormemente inmóvil, blanco de todas las miradas. Un gigante no puede pasar inadvertido, y menos si está muerto.

SOLILOQUIO O COLOQUIO

YO necesito contárselo a alguien; a alguien discreto que pueda entenderlo, que no lo tome como una disquisición de loco. Pues, ¡gracias a Dios!, no estoy loco, y puedo respirar tranquilo por no ser un caso más. Anoche estuve conversando con Jorge sobre estas cosas. Ha estado loco en tres oportunidades, en el manicomio; y esto, según me lo aseguró, nada tiene que ver. Dice que la sensación de estar loco es inconfundible. Desde luego, el primero en saberlo es el interesado. Dice que la primera vez, cuando sintió que se le corrían las ideas, estaba de lo más tranquilo: se le corrían igual que cuando uno está tejiendo y súbitamente, ¡prrrum!, se va un punto. No es que Jorge sepa tejer, pero puede asegurar que la sensación es la misma. ¿Quién no ha visto cómo se teje? De repente, se va el punto; éste es un hecho concretísimo. Bueno, pues; las ideas no serán hechos concretos, pero el que a uno se le vaya una idea, y después otra, y otra, sí lo es. Jorge se sorprendió diciendo cosas. Había sido Balmaceda: el propio presidente Balmaceda redactando de noche, antes de suicidarse, su testamento político. Nunca me he creído nadie que no sea yo; es totalmente distinto, ¿verdad? La familia sufría mucho con Jorge; su mamá lloraba todo el día. Pero cuando salió totalmente sano, nadie habló más del asunto. Cuando después de un tiempo sintió que nuevamente se le corrían las ideas, no se lo dijo a nadie; guardó silencio. Cierto es que exageró la nota, pues estuvo callado durante un mes; a nadie molestaba con ello. Cuando le

preguntaban algo, asentía o negaba con la cabeza, y si no sabía lo que quería, levantaba un dedo lentamente. Le costaba levantarlo, pero lo lograba tras un esfuerzo. Yo creo que fueron muy arbitrarios al enviarlo de nuevo allá; pero Jorge se muestra muy conforme, pues me aseguró que había sido un gran descanso el poder hablar, hablar, hablar todo lo que quería, sin que nadie estuviese escuchando... Pero tampoco es mi caso, pues si yo no hablo es porque no tengo con quién hacerlo. Vivo solo en mi departamento; mi padre viene todos los días, me deja paquetes con comida y es él quien no habla. Creo que está un poco raro, pero deben ser cosas de la edad. A los sesenta y siete años, uno puede darse el gusto de proceder como se le antoja, y nadie tiene derecho a burlarse como —me consta— lo hacen de mí por no salir a la calle desde hace tres meses. Pero ¿por qué habría yo de salir, si no tengo nada que hacer fuera? Además, me enfermaría. Es invierno, hace frío, y aquí dentro estoy calentito. Si El no hubiera venido, estaría feliz. Porque es El quien me tiene inquieto... Jorge se sintió verdaderamente mal la tercera vez. Cuenta que todos, en su casa, le daban muestras de excesiva y acosadora simpatía: se empeñaban en hacerle comer; y a Jorge comer no le interesa. Cuando tiene hambre se encierra en la despensa para que no lo molesten y come mermeladas: mermelada de guindas, mermelada de frambuesas, mermelada de damasco o de membrillo. Si le gustan, ¿por qué no habría de comerlas? La naturaleza es sabia: si a los caballos les gusta el pasto, no vienen otros caballos a obligarles a comer carne, por muy molida que esté. Como a Jorge, a quien obligaron a comer callampas. Dice que eran unas callampas negras y gigantescas, pero yo no creo que fuesen más grandes que las más grandes que yo he visto en el mercado. El pobre las vió y no soy yo quien va a discutirle. Jorge sintió que las callampas le habían caído mal, y se enfermó. Dice que estuvo muerto y tuvieron que alimentarlo por medio de sondas metidas en la nariz; ¡qué horror! Además, le pusieron unas inyecciones enormes de suero glucosado. Todo por cul-

pa de la testarudez de su madre, que le obligó a comer callampas, que son harto peligrosas... No, él me describió los síntomas detalladamente, y nada tiene que ver con lo que a mí me acontece. Yo salí de la casa de mis padres hace mucho tiempo: allí había montones de gente. Además, yo duermo de día, porque no me gusta hacerlo de noche. Poco tiempo antes me habían extirpado las amígdalas. Como tenía algo de dinero y a nadie quería ver, no dejé mi nueva dirección, para que no me vinieran con lloriqueos. Con llamar por teléfono al restaurante, me traían lo que yo deseaba comer; venía el mozo y por la puerta entreabierta me pasaba la bandeja; después de un tiempo prudencial, volvía para retirarla; no le daba propina por no tener que oír el ¡gracias! Pero una mañana, por primera vez, llegó El. ¡Era día jueves! Sentí que golpeaban a mi puerta; sorprendido me pregunté quién podría ser, y decidí no abrir. Como insistiera durante más de un cuarto de hora, airado fuí hasta la puerta y entreabrí: allí estaba El. Descubrióse cortésmente y se presentó: "Vengo de parte del doctor por una cuentecita". Recordé de inmediato, y rápidamente pensé; le dije que en ese momento no tenía dinero, pero que podría volver la semana siguiente; sonriendo se despidió con igual cortesía. Me olvidé del asunto: tengo tantas cosas mucho más importantes que pensar. El jueves, a las pocas horas de estar en mi cama, golpearon suavemente a la puerta. Sobresaltado me levanté y entreabrí: nuevamente estaba El de pie frente a mí. Vió mi confusión y sonriente me dijo: "No me diga nada". Con una pequeña reverencia se despidió, y girando sobre sus talones se marchó; nuevamente olvidé el asunto. Todos los jueves volvió, y sus visitas fueron igualmente breves. Hasta que un día —de esto hace precisamente un mes— me sorprendió tan dormido, que lo hice pasar. Me metí en la cama y seguí durmiendo. Cuando desperté, varias horas después, lo primero que vi fué su rostro sonriente. Estaba inmóvil: estoy seguro de que en todo el rato no se había movido. No supe qué decirle. Fué El quien rompió el silencio: "Yo tengo un hijo que es de su tamaño; ¿no tendría

usted alguna ropa que pueda servirle?" Deseoso de no verle, salté de la cama y en silencio le pasé una camisa que me aburría. Se fué, no sin antes agradecer infinitas veces mi regalo; respiré aliviado. El jueves siguiente se deslizó en mi departamento apenas había tocado la manilla de la puerta. Con aire confidencial me dijo: "Usted no tendrá inconveniente en que me dé una ducha, ¿verdad?; sí, decididamente lo tenía. Me pareció un exceso de confianza, y me disculpé diciendo que las cañerías estaban malas. Decepcionado, se marchó, no sin antes darme una mirada llena de reproche. Volvió puntualmente. ¡Ah, pero yo lo esperaba!, y con el índice en mis labios le hice una vaga seña, como dando a entender que no me encontraba solo. Con una sonrisa de complicidad se retiró en puntillas. Ya había encontrado la solución. Ayer miércoles me puse nervioso: por todas partes le veía, sentía que golpeaban a la puerta, la entreabría para ver, y ¡nada! Estaba obsesionado, y lógicamente sin razón, pues era miércoles. De pronto, una duda me asaltó: todo podía ser producto de la imaginación, como ese día. De un tiempo a esta parte sólo mi padre (que me trae paquetes con comida) conocía mi domicilio; pero jamás me habría delatado. Decidí llamar a Jorge en mi ayuda: me aclararía la incógnita. Anoche, después de su visita, quedé tranquilo... Cuando hoy El golpeó mi puerta, lo recibí con toda serenidad. Como disculpándose, me dijo: "Vengo de una carrerita. Tengo un gran apuro; ¿puedo pasar?" No, no tenía inconveniente. Sin hacer ruido se encerró en el baño; yo me volví a la cama. Pero de pronto sentí que mi corazón se estrujaba de terror. Oía música: sí, era El quien tocaba una música de boca. ¿Digo tocaba? ¡Toca! ¡Ininterrumpidamente! ¡Desde hace ya catorce horas! Está sin luz. No me atrevo a molestarlo, no. Ni siquiera me he atrevido a abrir la puerta a mi padre (que me trae paquetes con comida), y no me decido a salir, porque en la calle me enfermaría y hace mucho frío, y El está ahí y toca la música de boca. Yo tenía que contárselo a alguien, pero a alguien que no me tomase por un caso más.

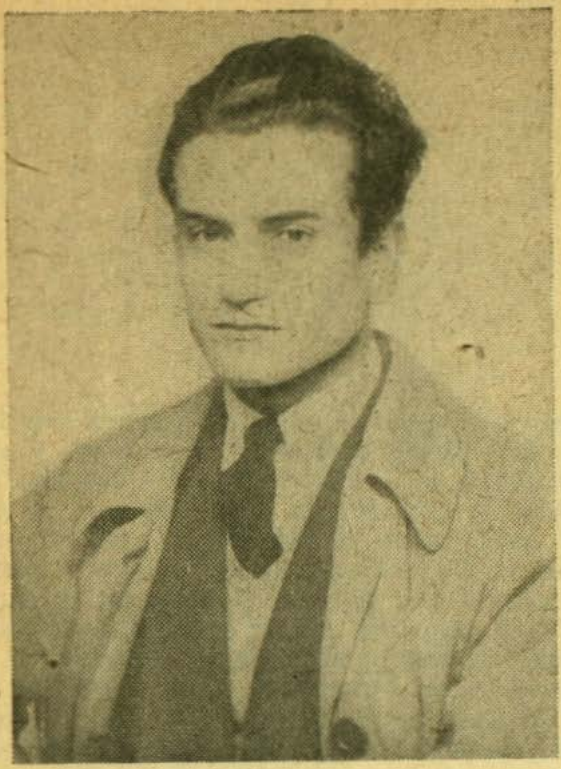
ALBERTO RUBIO

Alberto Rubio Riesco, nacido en Santiago el 8 de mayo de 1928, hizo sus estudios humanísticos en el Instituto Nacional, San Pedro Nolasco y Escuela Militar, sucesivamente. En su cuento "Los Compadres" muestra una de sus dimensiones creadoras. Su mundo es humorístico, con una alegría de buena ley, con descubrimientos poéticos de primera mano.

Autor de un libro de poesía, "La Greda Vasija", publicado en 1952 —el cual fué considerado por la crítica como uno de los descubrimientos líricos del último tiempo—, Alberto Rubio ha realizado incursiones por el cuento, la novela y el teatro; interesado por lo originario, ha intentado un proceso de rehabilitación del criollismo. En efecto, su obra nos habla del Sur de Chile, del campesino, de los animales, de la naturaleza agreste y agresiva.

Ha publicado, esporádicamente, en revistas, algunos poemas y narraciones. Estudiante de

Derecho del quinto año en la Escuela de Derecho de la Universidad de Chile, Alberto Rubio ha llevado su verdadera vocación — aprovechando la austeridad y pureza lógica y racional que dan los estudios de estas disciplinas— a realizaciones como la que ahora pasamos a leer.



Alberto Rubio

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"A diferencia de la poesía, que se entusiasma con los objetos de la naturaleza —el amor, el sol, la luna, la muerte, los desastres—, sin que ocurra nada más que la propia existencia de dichos objetos, y en lo cual se averigua lo que de permanente, valedero y eterno tienen en sí, el cuento ama la anécdota y entra a la historia temporal en el acaecer, en lo que es, precisamente, fugaz y pasajero, pero que adquiere valor de eternidad por lo que de profundamente humano tiene."

LOS COMPADRES

(TONADA)

EN una choza a la orilla de un bosque vivían un hombre y una mujer. No habían tenido nunca hijos, pero sí copiosas lluvias en invierno. Se dedicaban a la crianza de aves de corral, al huerto y un poco a los árboles frutales. Cogían de los maravillosos árboles los frutos en otoño, y comían los colorados tomates en el tiempo de los tomates. Al viejo le gustaban los cebollines tiernos, y a su mujer, las zanahorias. Ambos vivían en completa soledad. De cuando en cuando un pájaro se posaba en la techumbre de la choza. Alejadísimos del camino principal vivían. Mas las huellas diarias del viejo habían hecho un camino por entre el bosque y lós cerros, de manera que la mujer sentía mucha dulcedumbre cuando miraba el camino por donde llegaría el viejo.

—No tenemos hijos —decía el viejo en invierno—. Pero las lluvias son copiosas.

—No tenemos ropa que hacer —decía entonces ella.

—Ponle traje al huerto de los cebollines —contestaba entonces el viejo.

Y la mujer entonces ayudaba a su marido en la plantación de las hortalizas en el tiempo de la plantación, poniendo especial empeño en el huerto de los cebollines. Los disponía de manera que parecieran una falda de niña sobre la tierra.

—Tendremos tiernos cebollines —se alegraba el viejo.

—Y zanahorias del color del ladrillo —decía la vieja.

Los dos viejos tenían también un par de cerdos. Uno era pequeñito y el otro grande. El viejo los soltaba del chiquero y los dejaba que buscaran su comida por el bosque. La vieja se preocupaba de las gallinas. A veces, en la mañana tempranito, atrapaba una, y colocándole una mano por el culo a la gallina, comenzaba a tantearla. Cuando le parecía que algo había encontrado con sus ojos debajo de la cola de la gallina, decía:

—Sí, ésta tiene huevo...

Así profetizaba los huevos que aparecerían aquel día de las diferentes gallinas.

Tenía el matrimonio bueno, a cierta distancia de la choza que habitaba, unas amistades que eran dos viejas solteronas. Las viejas solteronas se dedicaban a coserle a la gente que vivía más allá... Más allá estaban los lejanísimos sitios de la choza de los viejos. Desde la casa de las viejas solteronas remendadoras, comenzaba el reino lejano de los demás mortales de la tierra. Tan aislados vivían los viejecitos.

Un día, el viejo andaba cuidando los cerdos por el monte, y la pobre vieja se aburría sola, pues ya había terminado todos los quehaceres. Había dado de comer a las gallinas, por la huerta había hecho una ronda espantando a las tencas que se comían los damascos, y se había zurcido la última rotura de su vieja y gruesa media de lana.

"A mi comadre Juana me iré a ver", se dijo la vieja.

Pasito a pasito se fué por el camino que habían hecho las huellas de su esposo. Así atravesó el monte, y siguió caminando, perdiendo ya el sendero del esposo.

¡Bueno que estaba lejos la casa de la comadre Juana, la remendadora! La vieja se sobaba las piernas, quejumbrosamente reumática. Recordaba que hacía solamente tres años que no conversaba con la co-

madre. La última vez que había conversado con ella, la comadre le había dicho que aquel año el peral que tenía detrás de la casa había dado más peras que nunca. Ahora, ¿qué sería? En fin, sería lo mismo, pues hacía poco tiempo que le había dicho aquello.

"Las cosas no cambian de un día para otro", se decía la vieja.

¡Claro está que nuestra caminadora hubiera preferido mil veces más a las peras que hubiera recogido su comadre Juana del peral que estaba plantado detrás de la casa, que la casa de ella se hallara un poco más cerca!... Y entonces la viejecita dijo una fea palabra, sobándose con más fuerza una pierna... Pero, sin embargo, siguió caminando.

"¡Santo Dios! —se decía—. ¡Ya no me quedarán fuerzas para volver, y mi marido se va a quedar solo allá en la choza!"...

Pero había que conversar con la comadre Juana...

Después de mucho andar, después de mucho andar, llegó al fin la vieja a casa de la comadre Juana. Encontró afuera de la casa a la comadre Josefa regando unas plantas con un tarro de lata.

—¡Buenos días, comadre! —saludó la vieja visitante—. ¿Cómo está usted?

—¡Buenas tardes, comadre! —contestó doña Josefa, con su regordeta y avejentada cara—. ¡Qué tiempo que no se la veía por aquí!

A la vieja de la choza le pareció que la comadre Josefa estaba más avejentada que de costumbre.

—¿Y qué es de la comadre Juana? —preguntó la vieja por su querida comadre.

—¡Ay, se nos fué, comadre María! —respondió doña Josefa.

—¿Cómo, adónde se fué? —inquirió la comadre María.

—¡Al cielo, Jesús! —dijo sobriamente doña Josefa.

—Santo Dios, ¿y cómo?

—Así son las cosas de la vida, pues, comadre... Una se queda en la tierra y otras se van al cielo...

—Así que usted se ha quedado solita, doña Josefita...

—Aquí me he quedado, pues, con mi perro... ¿Adónde anda éste? Apuesto que ya se fué a meter a la cocina... ¡Cholo! —llamó la vieja con voz carraspienta—. ¿Qué andas haciendo?

De repente apareció el quiltro desde una esquina de la casa. Se fué derecho donde la comadre María para hacerle sus fiestas a la visitante. Movía la cola para allá y para acá el Cholo de contento.

—¡Deja tranquila a doña María! —gritó la comadre Josefa. Agachó las orejas el perro, metió de inmediato la cola entre sus piernas y se fué a envolver en su cuerpo a los pies de la comadre Josefa.

La pobre vieja María no podía comprender que su comadre Juana se le hubiera ido al cielo. Cuando la comadre Josefa la hizo pasar al interior de su casa, ella se fué mirando de cuarto en cuarto con desconfianza, como si pensara que la comadre Juana pudiera estar por ahí amasando la harina para hacer el pan... Pero todo fué inútil, y después del mate, la vieja visitante se volvió medio loca, pues se le ocurrió que la comadre Juana podía estar en el huerto de su casa recogiendo las peras... Así que le dijo a la comadre Josefa:

—Comadre, mientras usted enciende el fuego de la cocina, yo iré a dar un paseo por la huerta...

—¡Vaya no más, comadre, que aquí la espero con la sopa lista!...

La vieja se fué atrás, a la huerta, como tres años antes también había oído, y debajo del peral se puso a mirar las maravillosas peras. ¡Qué ganas le dieron entonces de comerse una! Pero ella, en realidad, venía por la comadre Juana; ¡no fuera que ella estuviera por allí!... Pero no la encontró, porque realmente la comadre Juana se había ido al cielo. Entonces la vieja María sintió miedo. ¡No fuera a ser que la comadre Juana estuviera por allí y no se la viera!... Y efectivamente, lo que vió y oyó la comadre María no lo creería nadie... Desde el fondo del viejo peral salía la voz carraspienta de la comadre Juana, que decía:

—Comadre María, le agradezco la visita... Por casualidad yo bajé a la tierra desde el cielo, de visita

también, y me encuentro en el peral, que es donde puedo estarme cuando bajo del cielo.

—Comadre Juana —dijo la vieja María—. ¿Y por qué no baja, por qué no sale del árbol?

—Porque el compadre Dios no me deja salir de aquí cuando bajo a la tierra...

Entonces la comadre Juana comenzó a arrojar peras desde arriba del árbol a la comadre María, y mientras se las arrojaba, decía:

—Este es mi regalo, comadre, éste es mi regalo...

Entonces la vieja de la tierra comió todas las peras que le arrojó la vieja de los cielos. Tanto comió, que se quedó allí mismo dormida.

La sopa estaba bien caliente, y la comadre María no volvía del huerto. Además, ya se había hecho de noche.

—¿Qué le pasará a esta vieja? —refunfuñó, al fin, doña Josefa.

Pero la pobre doña Josefa, de sola que estaba, comenzó a inquietarse, así que decidió ir a buscar a la comadre del diablo.

Pero lo que sucedía era lo siguiente. La comadre María también se había ido al cielo. Las peras amarillas brillaban en el peral, encima de la tierra.

Cuando llegó a su choza el viejo, lloró amargamente, porque se dió cuenta de que su mujer le había abandonado para siempre. Pero después se compuso su alma, con la serenidad que dan a los viejos los años y los cerdos que se cuidan por el monte. Aquella noche durmió solo. Ligeras brisas golpeaban de cuando en cuando la puerta de su choza, y a él le parecía que era la mano vagabunda de su mujer que andaba buscándolo.

El viejo pasó tres años cuidando los cerdos, dándoles de comer a las gallinas y plantando cebollines alrededor de zanahorias. Cubría su choza de zanahorias por todas partes, desde la puerta hasta su cama. Las zanahorias le acompañaban en su soledad. Comía cebollines solo.

Un día los cerdos murieron, las gallinas huyeron, las zanahorias se pusieron grises, y el viejecito se puso demasiado viejo.

"Es la hora de que busque a mi mujer hasta que la encuentre", se dijo.

Y abandonó su choza con mucha pena, porque sabía que nunca más volvería a ella. Caminó largamente por el sendero que habían hecho sus huellas propias en busca de los cerdos, y que tampoco jamás volvería a cruzar. Cuando dejó atrás el monte, el viejo no pudo más que soltar el llanto. Pero luego se compuso su alma con la serenidad que dan los años y la crianza de cerdos. Y siguió su camino alejándose mucho, mucho, mucho... Golpeó a la puerta, pero nadie le respondió. Así rodeó la casa y llegó al peral del huerto. Las peras brillaban maravillosamente amarillas encima de la tierra, en el fondo azul del viejo árbol.

Entonces sopló un viento que dió con muchas peras amarillas al suelo. Y el anciano comió de ellas hasta hartarse.

Tiempo después, un perro vagabundo llegó por allí, como conociendo esos lugares, y trotando alegremente, feliz con su cola, se dirigió hacia una cruz que estaba plantada debajo del viejo peral, ya seco y rugoso; y agachando las orejas, y metiendo la cola entre las piernas, se echó debajo de la cruz, envolviéndose para siempre y dulcemente en su flaquísimo cuerpo.

Si alguien hubiera podido ver las inscripciones borrosas que había en la cruz, habría podido leer:

Aquí descansan cuatro compadres.

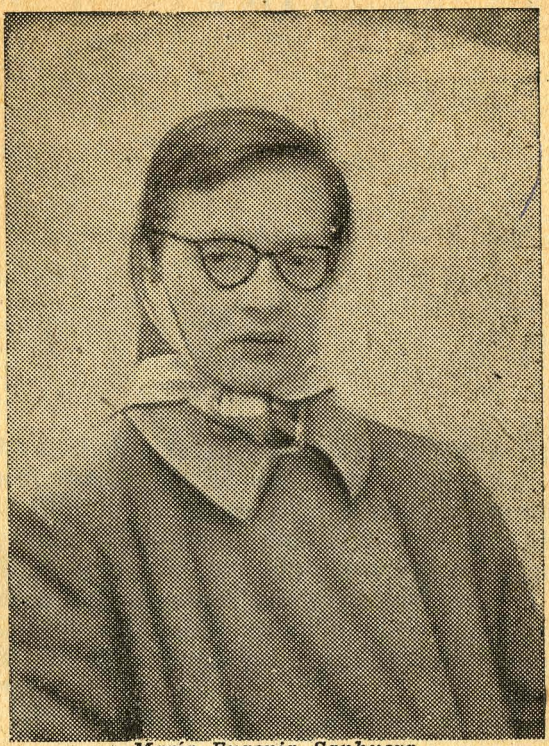
MARIA EUGENIA SANHUEZA

María Eugenia Sanhueza Echavarría nació el 19 de noviembre de 1927 en Santiago. Hizo sus estudios en el Santiago College e Instituto Secundario de la Facultad de Bellas Artes.

De 1949 a 1951 trabajó en la revista "Eva", donde ocupó el cargo de Subdirectora. En 1950 publicó una obra de poemas en prosa, "Libro", acerca del cual la crítica se pronunció elogiosamente, reconociendo en esta escritora a uno de los valores líricos de la nueva generación. En 1951 viaja a Europa, permaneciendo en Londres y París hasta 1953. En esta última ciudad estudió mímica con Etienne Decroux, y escribió un libro de poemas y cuentos, el cual permanece inédito. Colaboró, asimismo, en la "Revue des Poètes", de Amberes, Bélgica.

Numerosos escritos suyos han aparecido en "Pro-Arte", "Ateneo", "Eva", "Margarita", etc...

Formada en el periodismo, María Eugenia Sanhueza tiene una prosa ágil, leve, casi ingrávida. Su cuento de pesca que mostramos es una narración poética, de firme y delicada estructura. No vacilamos en calificar a María Eugenia Sanhueza como uno de los más altos valores del cuento de la nueva generación.



María Eugenia Sanhueza

¿QUE ENTIENDE USTED POR CUENTO?

"El cuento es de suyo indefinible y se caracteriza, precisamente, por sus infinitas manifestaciones. Relata un suceso de la existencia. Y la existencia es infinita en sus manifestaciones. No hay, por lo tanto, una limitación en sus temas, estilos o finalidades. Sólo tiene un límite de extensión. Y en esa extensión es donde comienza su diferencia con la novela.

"Un cuento no tiene, necesariamente, que comenzar o terminar, pero, para mi modo de ver la cosa, los cuentos de los hermanos Grimm o de otros autores del género infantil o legendario, son los que más se acercan a mi idea del cuento, aunque haya en ellos un comienzo, un desarrollo y un final muy definidos y, por último, una moraleja de gran relieve.

"Pero como un cuentista nunca escribe un relato siguiendo los patrones de una definición (definir es más bien tarea del crítico literario en este caso), este cuento mío no tiene nada que ver con uno de los hermanos Grimm. Es una rebanada de una experiencia personal."

UNA HISTORIA DE PESCA

Primavera

UNA mañana de Domingo Santo, todas las cosas, vale decir las calles, el cielo, las aceras, las gentes, los animales, los árboles y lo demás, mostraban un aspecto muy primaveral. Cada cual a su manera, bien entendido, para que así hubiese violentos contrastes y sutilezas que llegaban hasta el borde de lo inconcebible. Todo esto daba un interés particularísimo al conjunto. El aire corría puro y mezclado con aromas diferentes.

La vida, en fin, se deslizaba como un río...

Un hombre y un perro

Y al llegar al río, el hombrecito de largos brazos y contextura más bien gruesa, bajó confiado las escaleras de piedra que conducían directamente a la ribera. Un perro pequeño y travieso lo seguía. Con sus ojos agudos iba perforándolo todo. En el lugar elegido de antemano, el hombre dejó caer al suelo su saco de cuero, los anzuelos y el gorro, y miró a su alrededor, satisfecho. El perro descubrió un manchón de pasto, corrió a escarbarlo y se tendió de espaldas encima, feliz ante este mundo aparecido de improviso.

Una niña

Había varios pescadores diseminados por las riberas. Unos eran felices, otros no mucho, y otros francamente desgraciados. Algunos habían llevado amigos para que, en caso de un fracaso, hubiera por lo menos alguien con quien compartirlo. Se habla de un fracaso pesquero.

Desde lejos venía una niña vestida con abrigo café y gorro rojo. Se acercaba paso a paso y pronto estuvo al lado del pescador y su perro. Allí se detuvo. El pescador dió vuelta hacia ella su cara sanguínea. Hubo un instante de suspenso en que ambos se recorrieron con la mirada, y el perro meneó la cola. En un frasco flotaban pescados entre el agua sucia. Era la carnada.

—¿Se pesca algo aquí? —preguntó ella.

—A veces. Yo he sacado truchas grandes, comibles, ¿no es verdad? —respondió el hombre, consultando a su perro.

La niña siguió su camino, sin olvidar de sonreír de despedida, y pensando en lo que sería ese hombre sin su perro.

Un pescado pequeño

Después de preparar su aparejo, después de colocar con amor un trozo de carnada en el anzuelo, el hombre lanzó el hilo al aire y retuvo la caña en la mano. El hilo cayó al agua y se hundió en el río y fué llevado por la corriente hasta quedar tenso. Un instante después salía a flote una suerte de pescadito rojo de carey. Y en ese punto, el hombre y el perro se dispusieron a esperar los acontecimientos.

Lentamente sucedieron cosas. Poco a poco el sol se desplazó y cambió la forma de las sombras. Una brisa muy suave mecía las ramas de los sauces. Por el puente deambularon personas sin cesar, y de pronto... el pescadito de carey se hundió, lo cual significaba que algo singular estaba sucediendo en el extremo del hilo. El hombre tiró la caña hacia su cuerpo.

En la punta del hilo se debatía y retorcía un pescado pequeño, plateado, luminoso. El hombre lo desprendió del anzuelo y lo lanzó al frasco de agua sucia. El perro meneó la cola y olió el frasco.

Un pescado grande

Nuevamente voló el hilo por los espacios, para luego caer al agua. Por el centro del río avanzaba una barcaza negra y roja, con un largo cordel atado a la popa. El perro ladró con furia y los marineros le espetaron palabrotas. En la orilla se formó un oleaje que subía hasta la superficie del muelle. De la chimenea de la barca salía un humo espeso.

Pasó una segunda barca, lenta, negra, sin forma alguna, remolcada por la anterior: ni proa, ni popa, ni chimenea. Tan sólo una plancha de madera ahumada. Detrás, atado al borde, un pequeño bote saltando hacia todos lados y tocando apenas el agua. Instantes después, y para cerrar esta lenta procesión de barcas, venía una, mucho menor que las anteriores, que dejó tras sí una estela arremolinada.

Y el hombre, que a pesar de presenciar este desfile no descuidaba su tarea, tiró la caña y, ¡maravilla de maravillas!, colgado de la punta venía un gran pescado negro. El perro y el hombre gozaron intensamente este suceso.

Pan y vino

Llegó el momento del descanso. El hombre dejó la caña a un lado, junto al pescado aún palpitante, y extrajo del saco de cuero una botella de vino, un trozo de queso y un gran pan. En seguida, un pedazo de carne para el perro. Con un cuchillo abrió el pan y lo llenó de queso. Comenzó a comer a grandes mascadas, y de vez en cuando bebía largos tragos de vino. La sangre le corría más rápida por las venas. El perro sujetaba la carne con las patas delanteras y la consumía con gula. Ambos estaban sentados.

La lluvia y el sol

En el cielo se habían ido multiplicando las nubes hasta que lo cubrieron de negro. Consecuentemente comenzaron a caer unas finas gotas de lluvia. Los pescadores y los paseantes corrieron a refugiarse bajo los aleros más próximos, y el hombre y su perro, dejando los aparejos en el lugar, se instalaron debajo de un árbol plantado en la ribera. La lluvia cayó. El río adquirió una extraña y fascinante calidad cuando los infinitos aros formados por las gotas iban abriéndose y deshaciéndose unos en otros.

Y tal como vino, la lluvia se fué y reapareció el sol, más brillante y más hermoso.

Los pescadores fueron saliendo de sus respectivos refugios y llenando otra vez las riberas. No habían perdido su fe, y ni por un instante pensaron que la lluvia continuaría eternamente. Incluso algunos, como por ejemplo nuestros héroes, estaban dispuestos a esperar aún más, de manera que cuando salió el sol se miraron un tanto sorprendidos, pero satisfechos y sonrientes. En cambio, los paseantes y los amigos de los pescadores habían desaparecido.

Nuevas tentativas y final

Felices regresaron el hombre y el perro a sus aparejos. La lluvia había limpiado la atmósfera y corría un airecillo inquietante. El hombre lanzó una vez más su hilo de pescar.

En sentido contrario a la corriente venía una barca inmensa, con cabina y chimenea. Flameaban con el viento unas ropas blancas colgadas en un cordel sobre cubierta. En la proa iba parada una mujer oteando el horizonte. Un largo pelo negro le caía sobre la espalda. Al pasar frente al hombre y el perro, dió vuelta la cabeza hacia ellos para saludarlos. Y, sin embargo, ninguno de ellos la vió.

El perro se había quedado profundamente dormido.

El hombre estaba demasiado absorto en su tarea.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

B I B L I O G R A F I A

Diccionario de la Real Academia Española.

The Revised Matriculation English Course, de Lancelot Oliphant. Editado por The Gregg Publishing Company, Ltd.

Diccionario de Literatura Española. Edición de la "Revista de Occidente". 1949.

La Deshumanización del Arte, de José Ortega y Gasset. Editorial Cultura. 1937.

Algunos Cuentos Chilenos, selección, prólogo y notas de Armando Donoso. Colección Austral. Espasa-Calpe. 1943.

Nuevos Cuentistas Chilenos, selección, prólogo y notas de Nicomedes Guzmán. Editorial Cultura. 1941.

Diccionario Universal Pierre Larousse.

Enciclopedia Universal Ilustrada, Espasa.

Antología del Verdadero Cuento Chileno, selección, prólogo y notas de Miguel Serrano. Editorial Zig-Zag.

Antología de Cuentos Chilenos, de la Revista "Atenea". Editorial Nascimento.

I N D I C E

	Pág.
Exordio	7
AGUIRRE, Margarita:	
El Nieto	23
BALMACEDA, Fernando:	
Dos Niños	35
BLANCO, Guillermo:	
Pesadilla	49
CASSIGOLI, Armando:	
En la Gavia	57
DONOSO, José:	
"China"	77
ECHEVERRÍA, Alfonso:	
Naufragio	87
EDWARDS, Jorge:	
La Herida	99
Los Pescados	105
EMERICH, Félix:	
Flor de Ceibo	113
Diamantino	119
ESPINOSA, Mario:	
Caída de un Angel	131
GARCÍA, Pablo:	
El Angel Muerde sus Cadenas	141
Otra vez la Primavera	155
GERTNER, María Elena:	
Niñita	167

Pág.

GIACONI, Claudio:
La Mujer, el Viejo y los Trofeos 175
Aquí no ha Pasado Nada 183
GUERRA, César Ricardo:
Curuninas de Fuego 199
GUTIÉRREZ, Yolanda:
Margarita María 209
GUZMÁN, Eugenio:
La Calle 217
HEIREMANS, Luis Alberto:
La Novena Luna 225
El Cuerpo Restante 235
LARRAÍN, Pilar:
Rosita 247
LASO, Jaime:
La Pierna Perdida 259
LIHN, Enrique:
El Hombre y su Sueño 269
MOLLETO, Enrique:
¿Recuerdas? 287
MONTALDO, Gloria:
Las Flores, el Jarrón y los Perros 299
MÜLLER, Herbert:
Perceval 309
Soliloquio o Coloquio 313
RUBIO, Alberto:
Los Compadres 321
SANHUEZA, María Eugenia:
Una Historia de Pesca 331

Bibliografía 335

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA

BIBLIOTECA NACIONAL
25 AGO 1954
Secc. Control y Cat.

BIBLIOTECA DE ESCRITORES CHILENOS

CHILENOS DEL MAR Y OTROS CUENTOS,
por Mariano Latorre.

ÑAUFRAGIO Y OTROS CUENTOS,
por Juan Marín.

EL LOCO ESTERO,
por Alberto Blest Gana.

COIRON,
por Daniel Belmar.

ON PANTA,
por Mariano Latorre.

EL PATRIOTA MANUEL RODRIGUEZ,
por Magdalena Petit.

LA LUNA ERA MI TIERRA,
por Enrique Araya.

PENA DE MUERTE,
por Enrique Lafourcade.

LA HEREDAD,
por Marta Elba Miranda.

EL LICENCIADO JACOBO,
por Luz de Viana.

LAS LEYENDAS DEL HOMBRE,
por Juan Donoso.

ANTOLOGIA DEL NUEVO CUENTO CHILENO,
por Enrique Lafourcade.

*

Empresa Editora Zig-Zag, S. A.
Casilla 84-D — Santiago de Chile.

FABRICACION CHILENA / PRINTED IN CHILE